

LEIA VALENTI EL DESPERTAR DEL FÉNIX

(HASTA LOS HUESOS V)

CREÍ QUE ÉL ERA UNA CASUALIDAD.
ME EQUIVOQUÉ. ÉL SIEMPRE FUE MI DESTINO.



EDITORIAL VANIR

ENGÁNCIATE AL
FENÓMENO ADORABLE
HASTA LOS HUESOS



**EL DESPERTAR DEL
FÉNIX
HASTA LOS HUESOS V**



Tabla de contenidos

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Créditos

«A veces, tienes que caer para poder volar. Otras, deberás morir un poco para renacer. Y cuando te levantes, será como un despertar a una nueva vida, a una nueva tú. Una más fuerte, más sabia. Más Fénix».

Palabras de la primera O'Shea



Uno

Anteriormente *Ancient Burying Ground*

Aparcados en los alrededores, los dos saboreamos un frapuccino del Starbucks, con los nervios a flor de piel por lo que estábamos haciendo.

Kilian permanecía como un témpano de hielo, manteniendo la calma y la seguridad que me faltaba. Era el clavo al que me agarraba en aquella locura.

Lo miraba de reojo absorbiendo la deliciosa bebida mientras escuchábamos la música del Bluetooth de mi coche.

Entonces, sonaba Helium de Shia.

—¿Seguro que te ha dicho aquí? —me preguntó él. Miré mi reloj y asentí.

—Sí. Todavía quedan veinte minutos para la hora. No te angusties.

Había llamado al segundo teléfono. Por fin había gastado la segunda llamada, y la voz que me contestó fue la de una mujer que en cuanto oyó la palabra «recipiente» musitó un «Oh, Dios mío. Está pasando». Dicho esto, me dijo de vernos a las siete de la tarde, hora del Crepúsculo en el cementerio antiguo de Hartford.

Aquel lugar sereno y lleno de respeto estaba cubierto por enormes árboles que le ofrecían sombra y refugio.

Había aprendido a ver el romanticismo de los campos santos y la verdad era que la muerte

también tenía música y poesía.

No sabía a quién debía esperar ni qué, pero al menos me gustaba el modo en que esperaba, al lado de Kilian.

—¿No has reconocido la voz de esa mujer? —me preguntó.

—Por teléfono no.

—¿Estás nerviosa? —sorbió su frapuccino de café.

—Sí —asentí.

Él me tomó de la mano y la dejó sobre su muslo.

—Tranquila. Yo voy a estar contigo en todo momento. Si la muerte nos lleva, que nos lleve a los dos.

—No digas eso, por favor —le pedí.

Él puso aquella cara de estar gastándome una broma, y me relajé. Tenía ese efecto en mí. En cada una de mis células.

—Tu padre te ha dicho que te quiere —le recordé—. Ha sido bonito.

Él se intentó hacer el duro, aunque sabía lo mucho que le habían emocionado esas palabras.

—Tu padre no es tan duro como crees.

—Puede que no lo sea —no le quiso dar importancia.

—Se veía preocupado por ti.

—Sí.

—Bueno —al ver que no quería hablar de aquello, porque le desorientaba, decidí hablar de su madre—. Me encantó tu familia, Kilian. Tú

madre es increíble. Betty tiene un carácter descomunal.

—Sí. Sí lo es —sonrió como un hijo que sentía adoración—. Nunca la vi así. Siempre guardó las formas, aunque yo sabía que no se le escapaba ni un solo detalle. Creo que le va a poner las pilas a mi padre muy rapidito.

—Seguro que sí. Y Thomas, cuando se sienta fuerte y empiece a recuperarse, debe hablar con Sherry, ¿no crees?

Kilian apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y suspiró.

—Lo de Thomas me dejó totalmente perdido. No lo imaginé. Pensé que era todo por un asunto de competitividad. No creí que... —meditó con incredulidad.

—Las cosas nunca son lo que parecen, ¿verdad?

Inclinó la cabeza a un lado y me miró.

—No. Nunca lo son —parecía que intentaba memorizar cada uno de mis rasgos. Como si más tarde quisiera pintarme—. ¿Te das cuenta, Lara?

—¿De qué?

—¿Te das cuentas de cómo has cambiado mi vida? —me preguntó de golpe, con una intensidad en los ojos fuera de lo común.

Fue algo tan precipitado que dejé de sorber de golpe.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien —me dijo—. Yo... tengo algo para ti —se llevó la mano al interior de la cazadora negra Philipp Plein con la calavera en relieve en la espalda y sacó un paquetito envuelto en papel de regalo rojo, con un lazo dorado—. Debí dártelo en

tu cumpleaños. Pero entonces no estaba de humor.

—¿No me digas? No lo había notado —repuse con sarcasmo.

Kilian osciló los ojos hacia arriba y me entregó el regalo.

—¿Lo has llevado todo este tiempo ahí?

—Sí. Quería encontrar un buen momento para dártelo. Los muertos no se levantarán de sus tumbas para molestarnos.

—Bueno. Hay de todo —murmuré—. Pero Kilian... —susurré sin palabras—. No hacía falta que...

—Hago lo que quiero, Lara —sentenció—. Ahora ábrelo. Retiré el papel y abrí la cajita que tenía una corona preciosa y dorada con el nombre de Nina Queen. En su interior

había una preciosa pulsera con varios abalorios ya puestos. Una mano de fátima, una lupa, una calavera y un corazón. Los *charms* tenían todo tipo de detalles. Desde piedras preciosas y brillantes a colores de todo tipo, en los que preponderaban los dorados y negros.

—La mano para que te proteja —me explicó—. La lupa porque vas a ser una criminóloga impresionante. Y la calavera y el corazón, porque tienes en tu poder el corazón de un Huesos.

Sus palabras me llegaron al alma. No sabía ni qué decir, nunca había recibido un regalo así. ¿Tenía su corazón? ¿De verdad?

—Tú lo tienes, Lara —me repitió como si me hubiera leído la mente—. No lo dudes.

—Cuidaré de él —le prometí con nuestros ojos perdidos el uno en el interior del otro.

—Y yo de ti —me contestó.

Tocada y hundida. Le entregué la pulsera y estiré mi muñeca hacia él.

—Pónmela —le pedí.

Me la colocó en la muñeca derecha. Y cuando la cerró y se oyó el clic, me dio un beso en el dorso de la mano, como si fuera una princesa.

—Felicidades, mi cachorrita.

Me mordí el labio inferior, lo tomé del rostro y le di un beso de tornillo que nos dejó a los dos jadeantes y sin aire. Porque era así como me apetecía besarle. Con todo mi cuerpo y toda mi alma.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? ¿A quién me voy a encontrar ahí adentro? —susurré acariciándome la mejilla.

—Sea quien sea, Lara, vamos a ir juntos. Le abracé fuerte y él a mí.

Se acercaba el momento de salir del coche y asistir al lugar exacto en el que había quedado con la desconocida.

Al acabar el día, ya nada volvería a ser igual.

A todos nos llega la muerte en algún momento. Y aquel lugar, repleto de piedras talladas en el suelo, con recordatorios, esquelas y fechas, hablaba abiertamente de ello.

Paseaba entre las tumbas con Kilian a mi lado, que me cogía la mano como el puerto seguro al que me agarraba en aquella marea de emociones que sentía en mi interior.

La desconocida me dijo que me esperaba en la tumba más antigua de todas. La de Timothy Stanly, que databa en el 1648.

Kilian se quedó rezagado pero mantuvo una distancia prudencial conmigo.

Al fondo del caminito de césped, entre lápidas, vi la silueta de una mujer, que tenía la cabeza cubierta por un pañuelo negro que no dejaba ver nada de su pelo.

Vestía con una parca larga marrón, y parecía esbelta. Llevaba pantalones negros y unas botas de tacón tipo amazona de piel oscura.

Cogí aire a cada paso. Había visto muchas películas en las que una mujer de ese tipo, se giraba con un arma con silenciador, y mataba al protagonista.

Esperaba que ese no fuera mi caso.

El olor a humedad y a atardecer me embriagó. Cuando llegué, me detuve a medio metro de su espalda. Ella leía la lápida con las manos ocultas en los bolsillos de su parca.

Parecía concentrada. Eran las siete en punto.

—¿Señora?

La mujer se envaró pero no se dio la vuelta.

—Hábleme del Recipiente —repetí las palabras que me dijo Christopher.

Entonces, la mujer se dio la vuelta lentamente, y cuando me vio, a ambas se nos cayó el mundo al suelo y nos quedamos paralizadas.

Ella abrió sus ojos azules con consternación.

—Dios mío, Lara. No es posible... —murmuró—. No puedes ser tú —me miró de arriba abajo.

Yo fruncí el ceño y sentí que el corazón se me paralizaba.

—¿Trinity? ¿De qué va todo esto?

Esperaba con mucha paciencia una respuesta. Pero en vez de eso, ella sacó la mano de uno de sus bolsillos y vi que sostenía una carta totalmente sellada. Esta vez, a diferencia de lo que vi en la biblioteca, la mano le temblaba notablemente. Ese sobre parecía no haber sido abierto jamás.

—No puedo decirte mucho por ahora. Antes tienes que leer esto —me entregó la carta.

—¿Qué? ¿Qué significa...? ¿De quién es?

—No estoy segura... —dijo confundida, intentando cuadrar su tetris en la cabeza—. He guardado esta carta desde hace veinte años —me aseguró igual de impresionada que yo—. La persona que me la entregó, me dijo que la

guardara, porque llegaría un día en que alguien me llamaría para hablarme del Recipiente. Cuando eso sucediera, yo tenía que entregarle a esa persona esta carta.

—¿Quién te la entregó, Trinity? —exigí saber presa de sacudidas nerviosas.

Trinity se humedeció los labios y dio un paso hacia mí.

—Mi compañera. Mi amiga. Mary O'Shea.

Me sentí fría. Fría y desubicada. ¿Podía ser que...? —¿Qué tiene que ver ella contigo? —continuó.

Cerré los ojos y, de repente, caí de rodillas delante de ella, porque no me sostenían. Me quedé débil. Como si me hubieran arrancado la vida de repente.

—Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller —repetí lentamente. Se me cortó la respiración. Cubrí mi boca con mis manos, y sentí a Kilian acercándose a mí a toda prisa. Era el nombre completo de mi madre—. Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller. Mi madre —certifiqué acongojada.

Trinity se llevó la mano al pecho.

—No puede ser... Yo solo la recuerdo como Mary O'Shea.

¿Se quedó solo con dos apellidos cuando continuó con sus estudios en Barcelona? ¿Los cambió? ¿Qué hizo? Mi padre la conoció como Eugene Miller. ¿Por qué en Yale poseía otro nombre? ¿Por qué decidió cambiárselo? Esa era la pregunta que me rondaba por la cabeza. Pero estaba segura que era mi madre, porque el apellido O'Shea era irlandés y nada común. Y porque la nuca me hormigueaba como nunca, como si su espíritu me rondara para decirme que

sí, que era ella.

—Mi padre conoció a mi madre como Eugene Miller — dije. Mis lágrimas humedecían el sobre —. Pero su nombre completo era Mary Eugene O'Shea O'Malley-Miller. Nos reíamos de ello por lo largo que era. Su familia tenía la manía de conservar los apellidos, a diferencia de otras de Irlanda e Inglaterra. Es... es ella. Hay muy pocas O'Shea en el mundo —dije pasando los dedos por el papel envejecido de la carta. La había guardado durante veinte años esperando por una persona que buscara información sobre un «recipiente».

—No sé qué decirte, Lara —me dijo—. Ella era mi mejor amiga. Y me dejó esta carta para... para ti, parece ser —estaba tan sorprendida como yo—. ¿La vas a abrir? —me urgió nerviosa.

Miré hacia atrás. Kilian tampoco comprendía nada, pues lo había oído todo, pero él también tenía algo que decirme, por increíble que

pareciese.

—¿Kilian Alden? —se preguntó Trinity extrañada. Entrecerró los ojos. No entendía nada —. ¿Qué haces aquí?

Todo se precipitaba a una velocidad de vértigo. Como en las mejores películas.

Como en los mejores thrillers.

—Lara —él posó su mano en mi hombro y, sin más, me enseñó la pantalla de su móvil.

En ella había escrito:

De: Padres de Luce

Querido Kilian, nos alegra decirte que Luce, por fin, ha despertado. Ya ha abierto los ojos.

En la Tumba

A la misma hora

Ellos siempre creyeron ser hombres de palabra. Creyeron hacer lo correcto.

Dentro de su mundo, eran seres con privilegios, pero para ello debían prestar sus servicios a la sociedad Bones.

Ahora, la sociedad Bones les había traicionado.

Habían jugado con sus inversiones, les habían dado la espalda y les mantuvieron engañados y desinformados sobre la Luz. Como siempre sucedía, solo unos pocos movían los hilos. Y ellos no eran hombres a los que les gustara que nadie les pasara por encima.

Los veinte maeses que residían en Connecticut y que estaban al corriente de todo lo que sucedía

gracias a la información de Richard Alden, se habían unido para cerrar la Tumba.

Para enterrarla para siempre.

Todos formaron un círculo en la sala central. Poseían una antorcha en las manos.

En el centro del círculo, cada uno había depositado su anillo Bones. Veinte alianzas con calaveras que para ellos, ya no tenían ningún sentido.

Uno de los maeses roció toda la sala y los subterráneos con líquido inflamable.

Iban a acabar con todo, y a demostrar a las arcas superiores, que la fraternidad de Huesos y Cenizas se disolvía si no había coalición y no se actuaba en base a unas normas morales que la presente Cúpula, con Josh Klue a la cabeza, había violado.

Richard fue el primero en lanzar su antorcha contra la librería de la Tumba. El fuego prendió a gran velocidad.

Uno a uno, los maeses rebeldes que habían decidido acabar con la fraternidad, fueron haciendo lo mismo y siguiendo los pasos de Richard.

Ser Bones no debía significar ser corrupto y malintencionado. Ser Bones no tenía por qué ser irresponsable con el poder que se otorgaba ni abusivo con él.

Aquella, fue su manera de decir basta. De cortar con todo.

Los veinte maeses salieron ilesos de la Tumba, a través de sus pasadizos secretos, con una idea en mente: que los cuatro maeses de la Cúpula se hicieran cargo de lo que acababa de pasar. Si ellos querían representar aquella rama casi fascista de

los Huesos, que lo hicieran. Si querían guiarse por dioses, entonces que dejaran de contar con los demás maeses que se consideraban todavía humanos.

Ahora era momento de dejar la Tumba en Llamas.



Dos

La vaga sensación de irrealidad que tantas veces había sentido desde mi llegada a Yale, volvió a golpearme de nuevo para después, lanzarme por los aires y dejarme caer contra el suelo con la fuerza suficiente como para romperme todos los huesos.

Inesperadamente, aquella noche tuve tres revelaciones. Tres bofetadas que me giraron la cara a un ritmo perforador, sin apenas dejarme reaccionar.

La primera: que Trinity guardaba relación con la información del Recipiente.

La segunda: que poseía una carta escrita a mano por mi madre, muchísimo antes de ser yo concebida, y que iba dirigida a mí.

Y la tercera: que Luce había salido del coma.

Menos mal que la pericia de Trinity fue mucho más ágil que mi velocidad mental en ese momento de ilogismo y decidió que fuéramos a otro lugar a hablar, en el que, con más calma, pudiera leer esa misiva y poner orden el caos de mi cabeza.

Accedimos. En el cementerio hacía frío y por el gesto de Trinity, que no dejaba de mirar a un lado y al otro, estaba claro que temía que los muertos tuvieran oídos.

La subimos a mi coche, pues ella había ido hasta allí en un taxi, guardando en todo momento el ser vista de cualquier forma reconocible, y ella nos guió hasta su piso.

—Es aquí —dijo.

—Pensaba que vivía en la universidad —murmuré yo con la mirada fija en el sobre.

Estábamos las dos sentadas en el asiento de atrás. Kilian conducía, pues sabía que me encontraba un poco estupefacta por todo.

Trinity miró la hermosa fachada del edificio vanguardista en el que vivía y sonrió incrédulamente.

—Soy incapaz de vivir en la universidad. Me gusta separar mi trabajo de mi vida —contestó—. La residencia es más para profesores extranjeros que vengan con sus familias. Yo estoy sola —contestó sin más.

—Trinity —le dije alzando la vista al edificio. No tenía más de cuatro pisos—. Debo cerciorarme de que vamos a estar seguros en tu casa.

—¿Cómo dices? —sus ojos azules se entrecerraron.

—Si sabes que esto tiene que ver con los Huesos

y eres consciente de que posees información que...

—Lara —me cortó abruptamente—. Llevo mucho tiempo cubriendo mis espaldas. Tengo una ligera obsesión con la seguridad. Y te aseguro que en mi casa si hay cámaras, solo son las mías.

—¿Qué tipo de cámaras? —quise saber.

—De las de wifi. Es una línea privada. Exclusiva para mí. Negué con la cabeza y saqué mi móvil del bolsillo de la chaqueta.

—Deja que haga una llamada.

Trinity miró a Kilian disconforme y este le contestó advirtiéndole por el retrovisor.

—Es lo mejor, decana —la tranquilizó—. Es por la seguridad de todos. Creo que es consciente de que estamos en medio de algo turbio.

—Todavía no sé si hablamos de las mismas aguas turbulentas —musitó precavida, sin pretender hablar más de la cuenta. Y yo lo entendía.

Hice una llamada urgente y cuando oí la voz de Taka al otro lado de la línea exhalé más sosegada.

—Menos mal que me lo coges.

—Para ti siempre. Ya sabes —me dijo el japo—. ¿Qué pasa?

—¿Taka, puedes rastrear si hay cámaras espías conectadas a la red wifi de una casa?

—Claro. Necesito la IP de la red. Y la clave de acceso a la red.

Miré a Trinity:

—Necesito la IP de tu red y tu clave —le pedí.

—Lara...

—No —esta vez fui yo quien la cortó—. No voy a arriesgarme. Si vamos a hablar en tu casa y voy a leer esto —sacudí la carta frente a su rostro— antes vamos a asegurarnos de que nadie más nos oye y nos ve.

Ella arqueó las cejas rubias y perfectas, se sacó el pañuelo que todavía le cubría la cabeza y asintió rendida a mi perseverancia.

—Está bien.

—¿Con quién estás? —quiso saber Taka.

—Ya te contaré —murmuré—. Es una larga historia. Trinity trasteó las aplicaciones de su móvil hasta que accedió a sus cámaras.

—Aquí tengo la IP —informó—. ¿Con quién se supone que estamos hablando?

Negué con la cabeza.

—Con el único que puede mantenernos a salvo de la red y de las cámaras —sentencié.

Ella no dijo ni una palabra más. Se limitó a darnos lo que le pedíamos y dejó que Taka hiciera sus gestiones.

Solo cuando él nos dio luz verde, los tres salimos del coche y nos dirigimos a su portal. En el que un portero privado nos abrió la puerta, saludando a Trinity respetuosamente como si fuera una eminencia, y tras ello, nos metimos en el amplio y lujoso ascensor.

Iba a ver la casa de Trinity, iba a hablar con ella de su compañera Mary O'Shea, de una carta que dejó para un recipiente, y cuya receptora era yo.

Iba a leer a mi madre, y no podía comprender, ni siquiera me imaginaba, qué pintaba ella en todo

aquello. Kilian me sujetaba la mano con fuerza, y me insuflaba valor y también seguridad. Temblaba ansiosa por saber más, por meterme entre esas paredes y abandonarme a lo que ella había escrito.

Pero fuera lo que fuese, me había negado a leer esa carta en el cementerio. Porque aunque ya sabía que mi madre estaba muerta, no hacía falta recibir sus palabras entre tumbas.

Cuando Trinity abrió la puerta de su hogar, me dio toda la impresión de llegar al palacio de una reina. Y no me extrañó nada. Porque esa mujer era todo elegancia y autoridad, que intentaba mantener controlada bajo una fachada de normalidad bañada de acero. Pero para mí era inconfundible. Trinity no podía fingir ser una mujer cualquiera. Tenía el derecho y la obligación

de ser ella misma, y además poseía una gran virtud: que, a pesar de contar con tanto poder físico e intelectual, no abusaba de él. Por eso podía hablar con cualquiera y a todos caía bien. Porque hablaba con los demás como ellos necesitaban que les hablara. Pero al final, acababas asintiendo y haciendo lo que ella quería que hicieras. Siempre te llevaba a su terreno. Menos a mí.

Posiblemente, por lo que me dijo aquel día en la biblioteca. Sabíamos leer a la gente. Nos habíamos leído la una a la otra. Y mi reticencia en confiar en nadie en aquel campus me obligó a ser extremadamente reservada con ella. Ahora, ella era la clave para comprender más de lo que me esperaba.

—Desconéctalas —ordené.

Trinity me miró por encima del hombro.

—No haces concesiones, ¿eh?

—No. Desconecta las cámaras —repetí sin titubear.

—Ya te ha dicho tu amigo, el delincuente, que mi red está limpia.

—Lo sé. Pero prefiero que las apagues. No quiero que haya una mínima posibilidad de que algo de lo que se diga aquí se pueda grabar. Y Taka no es un delincuente —añadí con la boca pequeña.

Trinity resopló levemente.

—De acuerdo, Lara. Se hará como tú quieras — Me mostró su aplicación para enseñarme cómo apagaba las tres cámaras que cuidaban de su hogar—. ¿Ves? Ya está. Y para que te quedes más tranquila, apagaré el móvil.

—Gracias.

Ella lo hizo, y lo guardó en su bolso.

—Es bueno que seas tan precavida. Incluso conmigo.

—Debo serlo —contesté muy seria.

—Estáis en vuestra casa —encendió las luces de su recepción y dejó las llaves en la cómoda de la entrada que sostenía un enorme espejo renacentista. Era hermoso.

Vivía en un duplex. Los balcones de la parte de arriba daban al salón central, tan grande como un aula. La escalera sujeta a la pared se conformaba sobre tablones de acero revestido de madera blanca. Todo el suelo tenía aquella peculiar textura y aquel tono claro que hacía los ambientes más grandes y luminosos. Las cristaleras iban desde el suelo hasta el techo de la planta superior

y daba la sensación de que estábamos volando sobre el centro de Connecticut. Las luces de la ciudad flotaban en el horizonte y reconocí que aquella casa era preciosa, y costosa. Pero Trinity era decana, mucho más que eso por lo que podía intuir, y la verdad era que se ganaba muy bien la vida.

—Sentaos, por favor —nos pidió señalando el sofá enorme de color morado en forma de L que ocupaba una parte del salón. Se quitó los zapatos delante de nosotros de manera informal y se dejó el pelo suelto. Era la primera vez que la veía así. Parecía más joven sin los recogidos estirados que solía llevar—. Necesito una copa —dijo frotándose la nuca, sin dejar de mirarnos—. No sé si me gusta que alguien me haya hackeado la red para ver si había invasores en ella —frunció el ceño y resopló—. ¿Queréis beber algo? —nos ofreció educadamente—. Toda esta situación me crispa los nervios —reconoció un tanto molesta.

Yo negué con la cabeza, pero Kilian asintió.

—Yo sí quiero una copa.

—¿Qué te gustaría tomar, Alden? —le preguntó sin poder obviar el apellido con retintín—. Me parece tan inverosímil que tú, siendo un Bones, estés aquí...

—No más que a mí —contestó él dibujando una sonrisa provocadora en su rostro—. Pero a veces suceden cosas inesperadas, como se habrá dado cuenta —contestó soberbio—, y de repente, lo que cree conocer es una farsa, los que cree que están en el ajo no lo están, y en cambio, los que no se imaginaba que estaban, hace tiempo que nadan en esas aguas —sonrió sabiendo que le había devuelto la misma insinuación juiciosa—. Creo que también me va a sorprender lo que nos cuente, señorita Foster.

Ella aceptó las palabras con elegancia.

—¿Bourbon?

—Tomaré lo mismo que usted.

Ambos se sostuvieron la mirada, y al final, Trinity cedió y se dirigió a la barra de bar que estaba ubicada en el otro lado del salón.

Mientras ella preparaba las copas, yo, sentada al lado de Kilian, abrí la carta de nuevo y me dispuse a leerla por completo.

Sentía los dedos entumecidos y el corazón en la garganta y en las sienes.

—Eh, Lara —Kilian posó su mano en mi espalda y me meció el alma—. Tranquila. Todo va a estar bien. Lee con calma.

Le dirigí una mirada llena de temores y esperanza.

—Es mi madre, Kilian —susurré con voz temblorosa.

—Lo sé —asintió él con un brillo de consternación en sus ojos amarillos—. Tómame tu tiempo. Yo estoy aquí, contigo —me acarició la nuca—. No estás sola.

Me mordí el labio inferior y asentí. No porque estuviera de acuerdo con él, pues me sentía extrañamente sola y desvalida ante aquellos folios que desdoblaba cuidadosamente frente a mis ojos. Asentí porque él era lo más real que tenía en aquel instante.

Entonces, empecé a leer. La realidad se convirtió en una ilusión, todo desapareció y solo las palabras escritas de puño y letra de mi madre fueron mi presente.

Mi pasado.

Y también mi futuro.

Para mi hija Lara:

No sé muy bien cómo empezar esta carta sin que parezca que estoy completamente loca por escribirle a una hija que aún no he concebido. Pero confío que para entonces tú puedas comprenderlo mejor que yo. Estoy segura de que podrás.

Soy tu madre, cariño. Y el motivo de esta carta es el de advertirte y explicarte por qué estás en la situación en la que, si no me ha fallado el don, estás envuelta. Hay algo seguro y es que, si la estás leyendo, es que yo ya no estoy contigo.

Aquí me conocen por Mary O' Shea, y he estado estudiando en Yale Biología Neuronal, o mejor dicho, Neurobiología. El

motivo por el que decidí estudiar esta carrera la sabrás de sobras. Seguro que lo comprendes. Porque tú vas a poseer un don, distinto al mío, pero vas a ser igual de especial. Las O' Shea tenemos peculiaridades. Y aunque no todas las heredan, pues los genes que conllevan estas capacidades no son dominantes, cuando estas anomalías genéticas aparecen, las consecuencias suelen ser excepcionales. Como ha pasado conmigo. Como sé que sucederá contigo. De ahí mi interés por el funcionamiento del cerebro y de su potencial. Por ese motivo estoy relacionada con este ramo de la ciencia.

Verás, siempre me ha llamado el misterio, la magia y la sinestesia cerebral. Creo que todo es compatible si se ve con los ojos adecuados. Todo tiene un hilo conductor. Te hablaré de ello cuando te conozca. De

hecho, seguro que esto que te estoy diciendo ya lo has oído en mis labios.

La cuestión es que pensar así y ser tan expeditiva fue lo que, precisamente, llamó la atención de la logia de Calavera y Huesos en esta universidad. ¿Te suenan? Sí, claro que te suenan. Por eso estás metida en el lío en el que te encuentras. Ellos me abrieron la puerta de profundos y oscuros conocimientos, me hicieron partícipe de sus secretos y me propusieron para ser "tapped". Sí. Como tú. Ya sé que estás sorprendida preguntándote cómo sé todo esto.

Deja que te siga contando.

Leer aquella carta era como sentirla a mi lado, hablando conmigo de tú a tú. Pero, aunque las lágrimas me impedían leer con nitidez, era

incapaz de detenerme. Mi madre me hablaba y yo era todo ojos y oídos. Todo alma y corazón encogido.

En Calavera y Huesos era muy difícil que entraran mujeres, pues es una fraternidad patriarcal. En tu tiempo seguirá siéndolo. Sin embargo, si esas mujeres se tenían en cuenta, si al final entraban, era porque tenían algo especial, poseían aptitudes excepcionales y una clarividencia fuera de lo común. Trinity y yo cumplíamos con las premisas para ser chicas Bones y formar parte activa en la Logia. Trinity cursaba abogacía y era la mejor en su promoción. El don de palabra es algo muypreciado para la logia de los Calaveras, y Foster era increíblemente elocuente. Yo, por mi parte, poseía un don especial y único, más creativo y más tocando lo divino que lo terrenal. Y también les interesaba.

Como fuera, nos trataban como a diosas, Lara. Cuidaban de nosotras, nos lo daban todo. Pero nadie da nada sin pedir nada a cambio.

Ellos nos veían como "recipientes". Querían que nos formáramos en la logia para moldearnos, darnos unas bases adecuadas y que nuestro cuerpo y nuestra mente fueran correctamente adaptados para que la diosa Eulogia acudiera a nosotras. Para que se reencarnara. Era de locos. Ellos confiaban vehementemente en nuestra conversión a lo divino.

Trinity y yo no creíamos en ello. De hecho, para nosotras, pertenecer a la Logia era más bien un motivo para pavonearnos y disfrutar de los privilegios de estar rodeadas de chicos poderosos y guapos. Éramos adolescentes, ¿quién nos podía culpar?

No obstante, todo se descontroló cuando el líder de la Logia se obsesionó conmigo y empezó a mostrar una clara preferencia hacia mí. Se llamaba Joss Klue, era increíblemente guapo, y la verdad es que tanto Trinity como yo estábamos un poco hechizadas por él y su encanto.

Él y yo estudiábamos lo mismo. Estaba realmente interesado en mi don. Aunque siempre fui muy cauta, alguna vez le hablé sobre mi capacidad para tener sueños lúcidos y proféticos. Y lo tomó como la señal divina y definitiva de que yo debía ser la elegida y de que debía ayudarles a encontrar en los laboratorios lo que no eran capaces de desarrollar por sí mismos. La Neurobiología trabaja, entre otras cosas, comprender el desarrollo del cerebro y dar las claves para albergar una mente más evolucionada. Joss estaba convencido de

que entre los dos conseguiríamos esa sustancia que haría que los humanos lográramos acceder al cien por cien de nuestro potencial cerebral. Seríamos dioses, según él.

La idea no me pareció mala, sobre todo porque se suponía que estaba destinada a ayudar y a hacernos mejores. Para mí, todo lo que supusiera evolución era positivo, si se llevaba con conciencia. Hicimos varias pruebas, él por su cuenta y yo por la mía, y después uníamos criterios. Hasta que un día, encontré la piedra filosofal, y me callé, porque no quería decir nada sin asegurarme de que funcionaba y de que no era un peligro biológico y neuronal. Así que hice la primera «cata» de dicha sustancia sin que Joss se enterara. Fui la paciente cero. Y el resultado... y el resultado fue maravilloso y terrorífico a la vez, porque vi más de lo que

me estaba permitido, más de lo que cualquier persona cuerda debería tener acceso a ver, Lara. De hecho, lo que vi me permite escribir esta carta ahora y confiar en que, en un futuro, llegue a ti.

Como supondrás, vi más allá. Vi cosas que aún no habían pasado. Vi a mi Kelpie, a tu padre. Sí, le vi. Y te vi a ti... Descubrí la vida que aún no me había sido dada, y lo que el destino me tenía deparado. La droga me abrió un plano totalmente extraño e imposible, y me conectó incluso con tu línea de tiempo, una línea de tiempo que yo ya no compartiría contigo, en un futuro en el que yo ya no sentía que estaba. Vi a una chica que se parecía a mí, y la vi en Yale, siguiendo mis pasos. Y esa chica eras tú. La ventana del futuro se abrió de par en par y me hizo cómplice de lo que aún no había sucedido y, sin embargo, sucedería. Pero no

lo vi todo. Solo el tiempo que la droga me permitió contemplar. Un intervalo de espacio temporal en el que yo vivía, y otro intervalo en el que ya no existía. Como el día en el que tú estás leyendo esta carta, tu ahora, que ya no es el mío. Un ahora en el que ya no vivo.

Me sequé las lágrimas y me relamí los labios. Saboreé la sal de mi dolor y mi pena y continué con la apasionante y helada lectura. Mi sangre había cristalizado, fría y congelada por las noticias.

La droga me mostró el futuro que quería, el que tendría, el que no podía evitar y el que tú podrías llegar a vivir aunque ya no estuviera contigo. Vi muchos caminos, unos buenos y otros no tanto; muchas alternativas, pero ninguna,

lamentablemente, permitía que estuviéramos juntas demasiado tiempo. Nunca vi cómo iba a ser mi muerte ni cómo iba a suceder, pero sí sabía que te dejaría cuando aún fueras una niña, porque el futuro que vi ya no lo sentía mío. Vi la naturaleza de los Calavera y lo que ellos pretendían hacer con la sustancia y conmigo, y no me pareció bien darles la fórmula ni tampoco me pareció adecuado seguir en Yale, con ellos. Porque eso no solo me pondría en peligro a mí, también expondría a la niña que tendría en un futuro. Así que tomé la mejor decisión entre todas las probabilidades que mi mente había abierto.

Nunca le dije a Joss ni a Trinity ni a los demás que había conseguido la fórmula perfecta para la "abertura" del tercer ojo y de otro sentido más. A Trinity saberlo la pondría en peligro. Y Joss lo anhelaba, pero

no para buenos propósitos. Tanto poder en manos inadecuadas era altamente peligroso para todos. Nunca revelé lo que descubrí, porque no era bueno ni para la ciencia ni para la salud mental de la especie. Si éramos tan destructivos solo con el diez por ciento del potencial de nuestro cerebro desarrollado, ¿qué pasaría si nos daban las herramientas para poner toda la maquinaria en marcha? Por eso me llevé mi secreto a la tumba. A la mía.

Tampoco les dije cuál iba a ser mi siguiente movimiento. Debía irme de ahí sin hacer ruido.

Escribí una carta, esta que estás leyendo, y se la di a mi amiga Trinity. Ella había acabado muy desencantada con la fraternidad por no ser la elegida, pero se calmó cuando le dije que yo tampoco iba a seguir con ellos. Ninguna de las dos íbamos

a formar parte de los Huesos. Una por decisión propia y la otra porque había sido rechazada por la orden, a pesar de ser una mujer igualmente excepcional.

Solo a ella le dije que me iba para no volver, aunque nunca desvelé adónde me mudaba.

Me fui a Barcelona a vivir. Me cambié en el registro el nombre y los apellidos. Dejé de ser Mary O' Shea para convertirme en Eugene Miller. Cambié todas mis cuentas, me creé una nueva vida. Hice desaparecer el apellido O'Shea, porque sabía que ellos podrían encontrarme cuando quisieran, y yo lo que quería era alejarme lo máximo posible de su influencia. Borrarme.

En mi ahora, en mi hoy, te digo que en Barcelona acabaré mis estudios, y allí conoceré a tu padre. El hombre de mi vida. Tal y como lo vi en mi visión. Él y yo nos

*casaremos y yo continuaré con la vida que ese futuro que he elegido me depara. Seré bióloga y tendré una familia. Dos años después de mi llegada a España tendré a una niña preciosa a la que llamaré Lara.
Lara Clement Miller.*

Nunca he podido hablarte de esto, porque no quería que el futuro que yo había visto se saliera del camino. Porque las cosas deben transcurrir como están escritas, y porque nada debe alterar tus decisiones. Debías seguir los pasos que ibas a emprender. Y yo no debía interferir ni en tu manera de pensar ni en la toma de decisiones.

Lara, sé que ya no estoy en tu vida, y lo cierto es que no sé cómo me fui. Porque no pude ver mi muerte. Pero sí pude sentir cuándo dejé de existir en tu futuro.

Lo que sí sé es que, si tienes esta carta entre

manos, es que todo está saliendo bien, aunque no lo entiendas o todavía no lo sepas ver. Y que debes continuar con lo que tramamos, porque al final de esta aventura podrás conseguir todas las respuestas que buscas. Aunque te asusten.

Quiero que hables con Trinity, que ella te explique qué es un Recipiente y qué métodos tienen los Huesos para hacer cumplir sus credos. A partir de ahora, bajo ningún concepto, permitas que los Huesos den contigo ni con tu protector. Ese chico, Kilian, es un ángel protector para ti. Tu Kelpie. Sí. También lo vi en mi visión. No dejéis que os cojan, Lara. Haz lo que tengas que hacer, pero aléjate del radio de los Huesos.

Confía en Trinity como yo lo hice. Fue la única persona de la que me podía fiar.

*Y nunca me traicionó. Ni me traicionará.
Pídele ayuda. Cuéntale todo lo que sabes.*

*Sigue adelante, Lara. No te rindas ahora. Ve
siempre en busca de la verdad.*

*Y nunca, nunca, olvides que te quiero, esté
donde esté.*

*No quiero decirte nada más que pueda
influenciar en tus decisiones próximas y que
hagan que vayas por el sendero incorrecto,
porque, ante todo, debes seguir en el que yo
vi, y el que yo decidí elegir por tu bien.*

*Haz caso de tu intuición. Nunca falla,
preciosa.*

Tu madre, que siempre te querrá

Eugene



Tres

Aire. Necesitaba aire para respirar. Dejé la carta encima de la mesa. En realidad, perdí la conciencia de lo que hacía. Sentí una presión insoportable en el pecho, me levanté como si tuviera un muelle en el trasero y miré hacia todos lados completamente desorientada.

Escuché la voz preocupada de Kilian tras de mí, y me di cuenta de que mis pies se dirigían a las puertas de la terraza. Ni siquiera fui consciente de que las abría y que salía entre ahogos hasta la preciosa balconada de Trinity. No aprecié las vistas.

Me agarré con fuerza a la barandilla de piedra maciza y tomé una bocanada de aire por la boca. Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, luchando por concentrarme en mi respiración.

—¿Lara? ¿Qué pasa?

No oía nada. Me pitaban los oídos, como si estuviera a punto de desmayarme.

Todo a mi alrededor me parecía de otro mundo, no lo reconocía. Me entraron ganas de huir, de correr, de escapar de la verdad que me decía que mi madre, cuyo don era el de profetizar el futuro en sueños, había sido miembro de Calavera y Huesos y pretendida por el mismísimo Joss Klue, al que tarde o temprano iban a poner esta semana entre rejas.

Ella descubrió la fórmula mágica pero nunca la reveló, y en la primera prueba que realizó consigo misma, pudo ver el futuro como nunca lo había visto, hasta el punto de verme a mí, y de dejarme esa carta para advertirme del peligro que corría.

Todo era tan extraño, sorprendente y tenía tan poco sentido para mí que tenía la sensación de

acabar de salir de un huevo enorme y de nacer a una nueva realidad, como un polluelo.

Me cubrí el rostro con las manos y arranqué a llorar. Ella nunca me habló sobre lo que vivió en Yale. Nunca me dijo nada sobre ello, solo que era una universidad increíble a la que debía luchar por ir. Pero yo sabía que, al final, había acabado la carrera en Barcelona. Y nunca le pregunté por qué. Ella murió cuando yo tenía sólo ocho años. ¿Se supone que debía interesarme por eso entonces? No. Porque de haberlo hecho, ella tampoco me habría hablado sobre nada más, ya que no podía hablar de ese futuro que vio. Las cosas debían cumplirse y nada debía alterar mis decisiones. Eso me había dejado escrito.

—¿Lara? —sentí las manos calientes y queridas de Kilian sobre mis hombros, y su presencia sedante pegada a mi espalda—. ¿Qué pasa, bonita?

Me di la vuelta y me refugié entre sus brazos, hundiendo mi rostro en su pecho y abrazándole con fuerza.

Kilian me acarició el pelo preocupado y besó mi cabeza.

—¿Qué te decía tu madre en esa carta? — preguntó en un susurro, meciéndome de manera apaciguadora.

—Mi madre lo sabía —dije temblorosa—. Sabía que iba a ser una tapped y que iban a querer mi don...

—¿Cómo? ¿Tu madre? Pero ¿por qué? ¿Cómo puede ser? Lara... —notaba en su voz lo contrariado que estaba.

En ese momento, apareció Trinity en el balcón, sacudiendo la carta frente a nosotros.

—Debe de ser una jodida broma —musitó con los ojos brillantes, acongojados y decididos.

Levanté la cabeza del cobijo del cuerpo de Kilian y le devolví una mirada igual de intensa.

—¿Te parece una broma? —le contesté—. ¿Crees que tengo ganas de bromear? Es la misma carta que has estado guardándole durante años.

—¿Cómo es posible? ¿Eres la hija de Mary? —espetó algo pálida—. ¿Eres de verdad la hija de Mary?

—Sí. Y tú eras su mejor amiga en Yale —advertí sorbiendo por la nariz—. Tú y ella fuisteis las dos únicas mujeres tapped en la fraternidad.

Ella exhaló consternada.

—Estoy a un paso de tirarme por el balcón —advirtió nerviosa.

—Pues me tiro contigo —dije yo todavía mareada.

—Pero por todos los clavos de... —posó su mano en la frente—. Me temo que después de esto tendré que ir al psicoterapeuta.

—Pídeme hora a mí también —repliqué.

—Joder —murmuró Kilian cubriéndome con su brazo protector—. ¿Tú fuiste una Calavera y Huesos, señorita Foster? —inquirió con sus ojos amarillos a punto de salirse de las cuencas.

Trinity bebió de la copa que sostenía en la otra mano y se dio la vuelta entrando de nuevo en el salón.

—Venid adentro —nos ordenó—. Os contaré todo lo que sé. A cambio de que vosotros me contéis todo lo que os está pasando. Desde el principio —mover los hombros como si tuviera

tensión en la nuca—. Tengo que comprender lo que sucede.

Kilian y yo nos miramos el uno al otro y accedimos a la petición.

—¿Crees que es de fiar? —me preguntó él en un susurro.

—Sí. Mi madre confió en ella. Y yo también lo haré. Sin más, todavía con el shock y con lágrimas en los ojos, entramos de nuevo al salón y cerramos las puertas de la terraza. Hacía frío, y suficientemente helada estaba ya como para que me diera un golpe de aire.

Empezamos nosotros. Le conté a Trinity todo, absolutamente todo. Desde Lucca, lo de Luce, lo de Yale, lo de la Luz hasta el hecho de que me

nombraran tapped, y la invitación que había recibido de la Cúpula. Le dije que habíamos dado la información al padre de Prince sobre el negocio que tenía la Cúpula con el ejército y con el mundo farmacéutico. Que él iba a hundir a los Huesos porque los Huesos habían hundido al tarado de su hijo.

Cuando acabé, Trinity se estaba llenando la segunda copa de Bourbon y llevaba puestas las gafas de leer de cerca, sin apartar la mirada de la carta escrita por mi madre. Estábamos sentados en el sofá en forma de L, cerca los unos de los otros.

Veía en los ojos azules de la decana que luchaba por cuadrar el rompecabezas que azotaba su mente con revelaciones demasiado relevantes y peligrosas para su vida calma. Después de eso, todo iba a cambiar. Era como una bomba de relojería a punto de estallar.

—He tenido esta carta conmigo durante veinte

años. Ahora tengo cuarenta y dos —sacudió la cabeza haciendo negaciones—. Mary siempre me sorprendía.

La admiré. Para tener cuarenta y dos parecía una mujer que recién acababa de cumplir los treinta. Mi madre, de estar viva, tendría la misma apariencia sexy y elegante que ella. Me las podía imaginar a las dos juntas siendo la comidilla de la universidad y las presas de los hombres de las fraternidades, pero ellas eran demasiado listas para dejarse engatusar por nadie.

—Tantos años —repitió sin apartar la mirada del folio arrugado—, y me hizo prometerle que nunca la abriría.

—Y nunca lo hizo —asentí.

—No. Nunca lo hice —se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita de cristal del centro—. Mary hacía todo por una razón. Y yo creía firmemente

en su don tan especial... Además, nunca rompo mis promesas.

—¿Conocía el don de mi madre?

—Ya lo creo que sí —sonrió—. Ella y yo éramos muy buenas amigas. De hecho, como ella bien te dice en esta carta, fue precisamente su don el que anhelaban los fanáticos de la Vieja Guardia de la logia. Por eso se decantaron por ella. Aunque me alegró que les rechazara —sonrió sin más.

—¿Joss Klue era miembro entonces de la logia?

—Sí —asintió resoplando—. Klue era entonces un Caballero a punto de ser Reich. Pero era el gallito de la fraternidad. El líder. Le faltaba la tercera llama para ser Reich. Y quería conseguirla a nuestra costa —dejó la carta sobre la mesa y entrecerró los ojos tan perdida como yo me sentía—. A ver, no lo entiendo. Mary dice que cuando leyeras esta carta ella ya no estaría...¿Acaso ella

murió? ¿Por eso no he sabido nada de ella en todo este tiempo?

Yo tragué saliva con todo mi pesar y dejé caer la barbilla de manera afirmativa.

—Sí. Murió diez años atrás —ahí estaba el engarrotamiento y el terror en mi voz.

Trinity frunció el ceño y después me miró con pesar.

—Lo siento mucho, Lara. Siento que la perdieras tan joven. ¿Cuántos años tenías? —Ocho.

Ella torció el gesto.

—Ella tendría treinta y dos o treinta y tres, ¿no? Era unos meses mayor que yo.

—Sí. Tenía treinta y tres.

Se frotó la barbilla. Parecía mucho más confusa

que yo.

—Cuando te recibí en la universidad no relacioné el nombre de tu madre con el de Mary.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Ella se cambió el nombre al llegar a España.

—Sí, pero el viejo Holloway, el Presidente de Yale — anunció Kilian— tenía que saber que tu madre estudió en el campus —meditó—. Se le dan más puntos a aquellos cuyos padres ya han estudiado en la universidad, ¿no es así, Trinity? Tuvo que certificar dicha información y ver que los nombres que dabas no cuadraban con ninguna estudiante pasada.

—No. Ya no es así —aseguró Trinity—, y menos con el viejo Benjamin. Le da más importancia al currículum. En la beca que se le dio a Lara el hecho de ser «hija de» no sumó. Fueron sus notas, las mejores a niveles europeos, y también su alto

nivel de inglés. Cuando te entrevisté, debí indagar más en ti, pero tu beca estaba clara —admitió mirándome como hasta ahora nunca lo había hecho—. No pensé que debía investigarte tan a fondo —jugó con su copa, agitando el hielo que flotaba en la superficie—. Aunque no negaré que empecé a hacerlo cuando empezaste a llamar la atención de los cabecillas de las fraternidades. Joder... —murmuró asombrada sin apartar sus ojos de los míos—. Siempre noté algo familiar en ti. Y es que tienes su mirada —reconoció—. Ahora la veo. Y —me señaló con el dedo que sujetaba su copa—, también sonríes con tus ojos, como si vieras más de lo que los demás son capaces de abarcar. Maldita sea, Lara —dejó caer la cabeza y cerró los ojos—... Eres la hija de Mary. Increíble.

—Sí, lo soy —asentí.

—Sabía que eras especial y que debía cuidar de ti, pero nunca pensé que tenías que ver con el

Recipiente ni con Mary.

—¿Por qué ha intentado protegerme tanto? —le pregunté con sumo interés.

—¿Por qué? —se repitió a sí misma dejando la copa sobre la mesa. Entrelazó los dedos y me miró de frente—. Porque no puedo permitir que alguien sensato e inteligente caiga en las garras de esas logias, Lara. Porque estos Huesos, en su fijación por encontrar a esa mujer especial, son incansables. Porque tú llamas la atención. Porque yo he estado en ellas, y al menos, en la de Calavera y Huesos, el fanatismo y las creencias esotéricas les nubla la razón. Son poderosos, vehementes y muy peligrosos con sus credos. Y no te voy a engañar: me enloquece saber que tu madre pudo llegar a ver este futuro, esta reunión y este espacio —oteó el salón—. Hace que mi realidad se tambaleé y que todo me asuste más de lo que ya lo hace. Y aun así, puedo comprender por qué Mary eligió este instante. Después de todo

lo que me has explicado, ya sé por qué quería que llegaras a mí y te hablara del Recipiente.

—Y a qué esperas —dije impaciente—. Ya no puedo con la intriga.

—De acuerdo. Tú eres el Recipiente que ellos quieren — sentí cómo Kilian se tensó a mi lado —. La Vieja guardia de los Huesos, que son parte de los miembros que conforman la Cúpula —me explicó con lentitud— creen que su diosa Eulogia debe reencarnarse en el Recipiente adecuado. Creen que la diosa puede reencarnarse en ti. ¿Comprendes? Lo pensaron con tu madre y conmigo. Y ahora lo creen a ciegas contigo.

—Están como una puta cabra —Kilian se levantó nervioso, pero yo le sujeté de la muñeca y tironeé de él para que volviese a sentarse a mi lado. Su cercanía era calmante.

—Yo soy el recipiente —lo dije en voz alta para

comprenderlo mejor.

—Sí, Lara.

—¿Cómo demonios creen que una diosa puede acudir a un Recipiente? —tenía tantas preguntas y todas me parecían tan paranormales que me daba hasta vergüenza exponer mis dudas.

—Para ello deben realizar un ritual. En nuestra época — nos contó con la voz teñida de misterio — se decía que era un Reich, el más poderoso, quien debía enlazarse con la Recipiente en medio de una ceremonia con la Cúpula en la que se invocaba a la diosa. En medio del éxtasis, la diosa acudía al cuerpo del recipiente, y cuando finalizara el acto, esa chica debía convivir con su personalidad y la de Eulogia en su interior. Y Eulogia abriría el conocimiento supremo para los Huesos. El más allá. Y sería su líder.

—¿De qué estás hablando? —dije horrorizada—.

¿Un ritual? ¿Qué tipo de ritual?

—Uno sexual —contestó Kilian con disgusto.

—¿Conoces el ritual? —le preguntó Trinity con suspicacia—. Eres un Huesos, ¿no? Seguro que os han hablado de él...

—No, señora. No nos han hablado de él. Conozco los rituales por los libros que había en la Tumba. Los revisé alguna vez, pero nunca les di ninguna credibilidad —contestó—. Yo no creo en esas cosas. Soy empírico, no doy veracidad a las leyendas ni al misticismo.

—Pero eres el Magog —continuó Trinity—. El Magog es el nombre del diablo roba virtudes, ¿me equivoco? —su mirada era acusadora—. En este caso, tú serías el Reich destinado a acostarse con Lara. Seguro que tienes la tercera llama —supuso alzando una ceja rubia y estilizada.

—Sí —Kilian la miró de reojo y se frotó el tatuaje inconscientemente.

—Eso es porque no podías acostarte con la Recipiente siendo solo un caballero. Necesitabas la señal ante la diosa. Por eso ellos te marcaron. Ahora ya lo tienen todo. Todo para hacer el ritual. Y tienen prisa —abrió los ojos como si acabase de comprender el intrincado enigma.

—Aquí nadie se va a acostar con nadie —irrumplí. Después carraspeé—. Al menos, no en un ritual. ¿Por qué tienen prisa? —pregunté rápidamente.

Trinity se levantó del sofá y acudió rápidamente al lado opuesto del salón donde se encontraban estanterías completas, del suelo al techo, de color blancas, repletas de todo tipo de libros. La mayoría, por lo que podía ver desde donde estaba, eran de derecho penal, y de psicología criminal, pero las de arriba no podía verlas bien. Tomó la

escalera con ruedas que se deslizaba por toda la parte superior con ayuda de unas bisagras, se subió unos peldaños y eligió un libro bastante grande, de tamaño DinA-4.

Caminó de nuevo hasta el sofá, y me recordó a los fantasmas que levitaban sobre la superficie como si no pesaran. Porque eran demasiado etéreos para que su materia acariciase el suelo.

Se sentó entre los dos y abrió el libro.

—¿Qué es? —preguntó Kilian.

—Es un libro sobre eventos astronómicos. Este fin de semana es la luna azul —concluyó abriendo una página con un calendario en el que se mostraban todo tipo de lunas—. Claro...—añadió pensativa en voz baja—. Es por eso...

—¿Crees en estas cosas, Trinity? —le interrumpí llena de curiosidad.

—Estar con los Huesos te abre mundos, Lara — arguyó colocándose de nuevo las gafas y pasando la yema de los dedos por encima de las páginas satinadas y llenas de color. Era un libro hermoso —. Y solo hace falta ver la pasión con la que ellos creen en todo lo que dicen y en todo lo que hacen para que, como mínimo, te cuestiones si lo que dicen es verdad o no. Te abren horizontes. Otras maneras de ver la vida. No hay nada malo en estudiarlos. Mira, aquí —señaló dos lunas iguales—. Este fin de semana es la luna azul. El sábado por la noche llega la segunda luna llena. Es un fenómeno que se repite cada dos años y medio, ¿ves? —me dijo mostrándome el calendario—. ¿Sabes lo que significa?

—Ni idea. No sabía ni que podían existir dos lunas llenas seguidas —contesté encogiéndome de hombros.

—La luna azul simboliza que hay dos mundos. En los libros de demonología de los Huesos, existe

la creencia de que hay dos velos. El humano y el divino. La primera luna del viernes es la de los humanos. El astro de la noche alumbra al mundo que solo los que no están iluminados pueden ver. La segunda luna, alumbra a los iluminados y muestra el segundo velo, el de los dioses y los seres ocultos. Esta noche —golpeó la punta del dedo sobre la luna azulada—, es la luna azul. Y es en esta luna donde quieren hacer el ritual. Se supone que Eulogia debe elegir este rayo divino y místico para entrar en tu cuerpo. A eso es a lo que llaman los Bones «la Ascensión». La capacidad de comunicarse supuestamente con los dioses, ¿comprendéis? Pero como no pueden lograrlo mediante el ritual de la Recipiente porque hasta ahora no habían dado con ninguna chica adecuada para recibir a Eulogia, lo intentan conseguir mediante la estimulación química que les otorga la Luz.

Hice una mueca de incredulidad. ¿Eso era la

Ascensión? ¿De verdad estábamos hablando de comunicarse con los dioses? Se me hacía muy difícil oír hablar a Trinity de esa manera. La consideraba una mujer seria y muy cabal.

—Me miras como si estuviera loca —me dijo ocultando una sonrisa.

—Me sorprende oírte hablar así —aduje con todo el tacto que pude.

—La mayoría de psicópatas y sociópatas que te encontrarás en tu vida profesional, Lara, tendrán connotaciones con temas divinos. Piensa que ellos se creen con el poder y la potestad para hacer todo lo que hacen. Se sienten capaces y dotados de fuerzas superiores. Se creen especiales. Enviados por seres superiores para implantar su Ley. En sus mentes enfermas ellos representan el bien y la justicia. Su cruzada es divina. Nunca viene mal versarse en otros temas que te den mayores conocimientos para estudiar a tus presas —me

miró por encima de la montura—. Tú les darás caza, Lara. Por eso estudias criminología. Y tu madre, cuando tuvo su visión, también vio lo mismo que yo veo.

—¿Qué ves? —le pregunté. Me sentía tan asustada y tan expuesta que dudaba de mis propias facultades.

—Tienes la determinación de un cazador. Y el cazador auténtico, el de verdad, no teme a viajar entre mundos ni a sumergirse entre diferentes tipos de mentes. Porque sabe cuál es su objetivo y no se detiene hasta que lo consigue. Tú tienes el don. Sabes que tu mente nunca te jugará una mala pasada. La memoria eidética es como un súper poder. Es rara y tremendamente poderosa y útil. Y es la mejor baza con la que puede jugar un criminólogo. Mary tenía capacidades que yo no podía comprender, y era muy especial. Gustaba a todos —recordó con cariño—. Era mi mejor amiga —su voz se rompió—, aunque luego jamás

volví a saber de ella porque ella no me lo permitió. Y ahora entiendo el porqué. Se estaba protegiendo. Se protegía de él. Y te protegía a ti.

—¿De Joss?

—Sí. Joss estaba enamorado de ella.

—¿Joss Klue enamorado de mi madre? —Dios, se me puso la piel de gallina.

—Sí. Pero ella huyó antes de que pudieran hacer ningún ritual. Y los Huesos se quedaron sin Recipiente. Yo nunca más volví a pisar la Tumba después de que eligieran a tu madre. Y durante años, dos décadas para ser exactos —aclaró—, ninguna mujer volvió allí como tapped. Creo que los Huesos no supieron encajar el golpe. Durante ese tiempo, Joss ha ido en busca de la fórmula que ideó tu madre... Y aunque ha encontrado una que parece que cumple su cometido, seguramente no sea igual a la que creó Mary. De hecho, ella

decidió no seguir adelante porque era peligroso para las personas. En cambio, Joss sí quiere continuar. Su ambición no tiene límites. Sin embargo, ahora la hija de Mary O'Shea está aquí... Los Huesos la quieren como tapped, y si hay un ritual querrán realizarlo este fin de semana, por eso te dieron la invitación a la Isla Deer y te dijeron que el Magog te iba a acompañar. Pero, joder —sacudió la cabeza y sonrió con incredulidad—, no tienen ni idea de quién eres en realidad. Ni saben la que les va a caer encima cuando el padre de Prince saque a la opinión pública todo lo que le habéis facilitado. De alguna manera, tu madre te protegió bien —dijo con admiración.

Sí, mi madre me protegió muy bien, incluso muerta lo hacía.

Me froté la nuca y exhalé agotada.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Kilian.

—Lo principal y más importante es que no den con vosotros. Estarás a salvo cuando pase el fin de semana. Esos pirados no podrán hacer ningún ritual sin la supuesta energía de la luna azul. No sé cuándo la justicia decidirá ir en busca de los miembros de la Vieja Guardia, pero, mientras tanto, ellos irán a por ti, Lara. Te quieren. Eres lo que más desean. Por encima de todo piensan que con la diosa Eulogia de su parte serán invencibles. Tienen la Ascensión cerca.

—Están enfermos —musitó Kilian con gesto desagradable.

—Puede ser —ella se encogió de hombros—. Pero también te querrán a ti, Kilian —añadió como dictaminaría un juez—. Tú eres el imán de Lara. También les interesas.

—Yo no soy el imán de nadie —juró—. Y están locos si creen que voy a dejar que se lleven a Lara y que nos utilicen para sus propósitos.

Le miré con firmeza y sentí cómo mi corazón se expandía en el centro de mi pecho. Oír hablar al chico que amaba con tanta vehemencia me emocionaba. Y más si hablaba de mí. Él no permitiría que me hicieran daño. Era mi verdadero protector.

—El padre de Kilian nos ha recomendado que nos vayamos de Connecticut unos días —anuncié.

Trinity asintió de acuerdo con aquella sugerencia.

—Está bien que Richard os haya dicho eso. Debéis alejaros de su radio de acción. Por cierto, sobre lo que me has explicado sobre Luce Gallagher... Hay algo que creo que te puede interesar y que os ayudaría en la investigación de quién pudo haberle hecho eso o, al menos, quién estaba relacionado con ella.

—¿A qué se refiere? ¿Sabe quién la empujó? — me removí nerviosa.

—No —negó Trinity quitándose las gafas de nuevo—. Pero si Luce dejó el nombre del Alfil como señuelo para que alguien avisado investigara con quién estaba relacionada, entonces creo que sí te puedo ayudar. En nuestros tiempos, en la Tumba, había un caballero al que llamaban Alfil.

No sé si se nos levantaron las orejas como a los lobos cuando prestaban atención, pero me dio la impresión que así era.

—¿Había un Alfil? —dije sorprendida—. No sale nada en el Rumpus de los anteriores años.

—Eso es porque en el Rumpus no siempre salen los nicks reales. Los Huesos no son tan transparentes para con la universidad como quieren hacer creer que son. Es todo una tapadera,

como has podido ver. La Logia domina el ocultismo a la perfección. ¿Crees que van a mostrar a todos sus secretos? ¿Crees de verdad que van a ser tan honestos respecto a sus actividades? No. Muestran solo lo que quieren mostrar. ¿Verdad, Kilian? ¿Le has hablado a Lara de vuestros rituales con las vírgenes? ¿De vuestros juegos en la búsqueda de la Bone perfecta? O ¿ahora no es todo tan... esperpéntico?

Yo ya lo sabía. Sabía qué papel había tenido Kilian dentro de la Logia. Aunque me fastidiaba admitirlo, él había sido «el desvirgador». Y no me gustaba, me hacía sentir insegura. Pero también sabía que él actuaba bajo el yugo de la orden, y de la voz de su padre. Estaba convencida de que no se sentía orgulloso, pero me valía la forma en que había desafiado a la Cúpula y cómo me defendía ahora. Iba a dar la cara por mí y a darles la espalda a la Logia. De hecho, ya lo había hecho. Por eso estaba en esa encrucijada a mi lado.

—Sé las cosas que hacían en su época — contestó él muy desafiante—. Y me entristece pensar que a usted la usaron de ese modo.

Trinity dejó ir una carcajada.

—¿A mí? No —negó rotunda—. Ni a Mary ni a mí osaron ponernos una mano encima. Éramos sagradas para ellos. Nos respetaban. Pero en sus correrías nocturnas y en sus rituales macabros, sí desfilaban chicas dispuestas a ser usadas de ese modo con la excusa de que buscaban a la auténtica Bones. Eran orgías. Como las que sé que hace Dorian en su fraternidad. ¿De dónde crees que han adoptado esas curiosas manías los Llaves? El padre de Dorian era un Huesos. Pero lo echaron. Igual que no aceptaron a su hijo. Y ahora los Llaves tienen una ligera obsesión con el... sexo. Y desean vengarse como sea de los Huesos.

—Yo no he estado en ninguna orgía, Trinity. Si se refiere a eso. Y hoy por hoy, la Tumba no tiene

nada que ver con esos festivales públicos. Si se hacen, que lo desconozco —aclaró— no será en mi presencia ni en la del resto de Caballeros. Puede que la Cúpula continúe con esas tradiciones. Aunque yo nunca lo he visto.

—Ni lo verás. Hay más sombras que luces en esa hermandad. Y vosotros solo habéis visto la punta del iceberg. Como sea —cambió de tema rápidamente—, el Alfil de hace veinte años era...

En mi cabeza sentí el redoble de unos tambores y después, noté cómo el tiempo se detenía.

—Era Kirk. Kirk Andersen.

¡¿Cómo?!

—¿El Rector? —preguntamos Kilian y yo al mismo tiempo.

—Sí —aseguró—. Ahora atad cabos. Hay un

Andersen en los BONES actuales. Un Caballero. Y me has dicho que en los informes de Luce, ella aseguraba que el Alfil habló con su padre, al parecer, miembro de la Cúpula, para que la propusieran como tapped. ¿Entonces? ¿De quién estamos hablando? Venga, que sé que lo sabéis.

Kilian y yo nos miramos el uno al otro.

—De Fred Andersen —contestamos.

—Es Fred —añadí yo—. Él es el Alfil de Luce.

Fred, el Assassin quarterback de los Bulldogs, alto y rubio con el pelo rapado.

—Y su padre, el rector Kirk Andersen, es miembro de la Cúpula —concluyó Kilian con asombro.

—Bien —Trinity se cruzó de brazos y nos sonrió—. ¿Qué vais a hacer con la información que

tenéis? ¿Creéis que Fred agredió a Luce? ¿Creéis que él fue quien la empujó? ¿Que él está en el ajo?

No supimos qué contestar. Estábamos procesando la información todavía como para hacer cábalas.

—No lo sé —dije yo—. No podemos poner la mano en el fuego, pero...

—Tenemos que hablar con él. Vamos a hablar con él —decidió Kilian—. Fred es amigo mío. No sabía que él tenía una aventura con Luce. Además, él tiene novia desde hace tiempo. Desde hace más de dos años. ¿La engañaba?

Trinity arqueó las cejas e hizo un gesto como diciendo que todo era posible.

—Tú, mejor que nadie —le dijo Trinity—, sabes que las chicas con las que os enlazan, no son el amor de vuestra vida, ¿verdad? Tal vez Fred se

sentía igual que tú, pero no tuvo el valor de cuadrarse frente a la Cúpula y romper el enlace en nombre de Luce, como en cambio, tú sí hiciste por Lara —le guiñó un ojo—. Ahí sacaste buena nota, Alden.

Yo oculté una sonrisa. Kilian agradeció el piropo, aunque no se vanagloriaba por ello. Lo cierto era que estaba preocupado por Fred, y sabía que lo que viniera a continuación, iba a ser doloroso para ambos.

Porque no quería creer que Fred tuvo la sangre fría de hacerle eso a Luce.

Trinity se pasó las manos por el pelo y miró su reloj.

—Chicos, mañana debe haber clase con normalidad. Y debemos actuar como si no supiéramos nada. Al menos yo. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—No pienso moverme de aquí sin hablar cara a cara con Fred —sentenció Kilian muy enfadado.

Trinity me miró con preocupación. Igual se pensaba que yo podía hacerle cambiar de opinión. Pero el brillo poco compasivo en los ojos de Kilian ya me decía que eso no iba a ser posible.

—Id con cuidado. Ahora descansad y meditaad sobre todo lo sucedido. Mañana será otro día y seguiremos hablando. Yo me pondré en contacto con vosotros, ¿de acuerdo? Debemos ser cautos.

—Sí —afirmé. Estaba agotada por todo. Tenía tantos datos en la cabeza que sentía que me iba a estallar el cerebro.

—Id a un sitio en el que estéis seguros —convino Trinity—. No sé cómo de preparada va a estar la Cúpula para encajar lo que les viene encima. Pero en cuanto eso suceda, actuarán rápido, chicos —nos volvió a advertir— y tendréis poco tiempo de

maniobra antes de salir corriendo. Sus tentáculos son muy largos. Así que procurad no estar en Connecticut cuando eso suceda. Porque no creo que los detengan tan rápido como simulan en las películas. Estas gestiones son lentas... Y mientras estén libres harán lo posible para atraparos. Nada hay más importante para ellos que invocar a Eulogia.

Ambos asentimos escuchándola con atención. Me sentía en deuda con ella. Se estaba jugando el pellejo revelándonos todo lo que sabía.

—Trinity —di un paso adelante y la miré con agradecimiento—. Sé que te pones en peligro al ayudarnos. Y te agradezco que hayas pasado por encima de esos juramentos Bones y nos hayas dicho la verdad.

—No me lo agradezcas —me contestó con cariño y sincera simpatía—. Agradéceselo a tu madre. Ella te ha traído hasta mí. Además —chasqueó

conformista—, yo no soy una Bones. Nunca lo fui. Una no se queda donde no la quieren.

La abracé y ella me devolvió el abrazo.

—Cuídate, Lara. Y cualquier cosa, me llamas al número de teléfono que te dio el padre de Steakhouse, ¿de acuerdo? — me tomó del rostro de manera maternal—. Y tú, demonio —le dijo a Kilian con tono amistoso—, haz que arda aquel que pretenda ponerle un dedo encima. Ella es lo más importante. ¿Entendido?

—Sí, decana —contestó Kilian sin ninguna duda, y después sonrió de ese modo que tanto me gustaba. Como si fuera el más malo de todos—. El que toque a Lara, acabará en las llamas de mi infierno.

Pensé en tatuarme esa frase de por vida. Porque si había una marca que definía que me gustaba ser de Kilian, no como propiedad, sino como parte de

los suyos, era esa. Yo ya hacía meses que me quemaba en las llamas de su infierno.

Y no había mejor manera de arder.



Cuatro

Casa de Taka y Thais

Eran las doce de la noche. Se suponía que al día siguiente todos teníamos clase. Pero eso no iba a ser así. Ninguno de nosotros iría a Yale el lunes.

Nos encontrábamos reunidos los cinco, como los famosos Cinco de Enyd Blyton. Unos sentados en los sofás del salón y otros sobre la alfombra. Amy había venido corriendo en cuanto le avisamos, porque estaba deseosa de noticias. Les contamos todo, y cuando acabé de narrarles lo sucedido punto por punto, solo se escuchó el rebufo de Thais, que estaba sentada en el suelo entre las piernas de Taka y sujetaba un vaso de Coca-Cola.

No perdieron detalle. Me daba la sensación de

que me escuchaban como si les estuviera contando una película. Pero no era una película. Era la vida real.

Al menos, mi vida.

—Joder... —susurró—. Joder qué fuerte. ¿De verdad creen que una diosa puede reencarnarse en ti? Es...

—Una putada. Es una gran putada —aseguró Amy abriendo los ojos como platos—. Si tú y tu madre no hubieseis tenido esos súperpoderes que tenéis, nunca se habrían fijado en vosotras. Ya es casualidad que ahora su objetivo sea su hija. Coño, ¡es el colmo de las desgracias! Cuando se enteren de quién eres van a enloquecer —se rio alzando su zumo como si brindara con los dioses.

—¿Y cuál es el plan ahora? —preguntó Taka más serio que nadie—. No vais a quedaros en Connecticut esta semana — parecía una amenaza

—. Trinity te ha dejado claro que debes alejarte del influjo de los Bones hasta que finalice la luna azul. Tenéis que iros.

Kilian y yo nos miramos. Habíamos hablado sobre ello en el coche y ya habíamos tomado una decisión. Era la mejor, dentro de nuestras posibilidades.

—Antes vamos a hablar con Fred —contestó Kilian con gesto severo.

—Ese cerdo de Andersen... —espetó Amy con cara de asco—. Qué sin vergüenza. Ya sabía yo que no me merecía... — dijo hablando para sí misma.

—A ti no te merece nadie, Amy —Thaïs alargó el brazo, posó su mano sobre la de ella y le sonrió para transmitirle todo su apoyo—. Tú necesitas un todoterreno. No un niño de papá.

Amy le guiñó un ojo y asintió conforme.

—Claro que sí, barbie.

—El rector Kirk forma parte de la Cúpula —la voz de Kilian daba miedo de lo rabiosa que era. Le observaba mientras hablaba, y tenía la sensación de que iba a explotar tarde o temprano—. Van a cerrar filas, pero antes de que todo estalle tengo que coger a Fred por sorpresa —aseguró. Parecía decepcionado y desilusionado con su amigo. Me sentí mal por él—. Y para eso necesito que me ayudes, Taka.

—Lo que quieras —el japonés lo saludó como un militar—. ¿Qué necesitas?

—¿Tienes manera de hackear el sistema operativo de un coche?

—No dejáis de ofenderme —soltó él aburrido.

Yo oculté una sonrisa y le pedí perdón en nombre de Kilian.

—¿Eso es un sí? —preguntó Kilian.

Taka frunció el ceño y yo intervine antes de que le lanzara el jarrón de cristal que reposaba en la esquina del salón, a solo dos metros del sofá.

—Sí. Taka sabe hacerlo todo. Hackearía hasta las puertas del cielo si hubiera red allí.

—Pues necesito que se meta en el sistema del coche de Fred —señaló Kilian—. Lo tiene todo informatizado. Es uno de esos... un Maserati.

—No importa la marca —contestó Taka—. Si tiene sistema operativo e internet puedo llevarlo hasta Texas si quiero.

—Genial —asintió Kilian con asombro.

—Solo necesito mi ordenador y colocarme cerca de él para robarle la señal. ¿Qué quieres que haga?

Kilian se inclinó hacia adelante y absorbió la atención de todos.

—Quiero que mañana a las ocho y media, lo lleves a él y a su coche a East Rock.

—¿Le vais a interrogar?

—Sí —dijo sin más.

—De acuerdo, Kilian. Si es lo que quieres, lo tendrás. Pero después de hablar con Fred tenéis que ir de aquí cagando leches.

—Sí. Ya lo habíamos pensado —asentí—. La idea es ir a Europa, parar en Barcelona y ver a mis padres. Y, a continuación, ir a ver a Luce. Averiguar cómo está y si recuerda lo que sucedió.

Necesitamos una declaración de Luce y saber la verdad. Los Bones no podrán hacer nada en cuanto salten las noticias sobre su negocio turbio... Tenemos que maniobrar con habilidad y jugar con el tiempo que tenemos. A esa chica alguien la intentó matar —no tenía ninguna duda. Y Kilian, a estas alturas, tampoco—. Necesitamos un nombre. Grabarlo todo. Hay que ponerles a todos entre rejas —juré—. A los que lo encubren, a los que lo han organizado... A todos.

—Perfecto. Entonces, iremos con vosotros —sentenció Taka.

Amy dibujó una sonrisa de aprobación y se levantó como si se apuntara a un bombardeo.

—Sí —afirmó emocionada—. Sí. Necesitáis guardaespaldas. A todo el equipo. Yo quiero ir a Barcelona.

—No... —negué aturdida—, no quiero que os

metáis en esto más de la cuenta. No.

—¿Estás de broma? Estamos metidos hasta las cejas, guapa —convino Amy—. Somos los NM List. Hemos fastidiado a los Bones desde que nos hemos unido. Y somos tu cuadrilla. También irán a por nosotros. Irán a por todos aquellos que te importen, Lara. Son como la mafia, ¿no lo entiendes? Por eso es mejor hacer una buena cohesión.

—Pero tu padre... Tus estudios, Amy —protesté.

—¿Mis estudios? Soy la mejor de la Facultad de Arte — se jactó—. Puedo faltar una semana sin perderme demasiado.

—Pero Christopher...

—¿Crees que mi padre dirá que no? Claro que querrá que me aleje de aquí hasta que las cosas se calmen. Además, la buenorra de Trinity también

hará por cubrirnos y apoyarnos. Es la decana y nos echará un capote, y más ella que sabe todo lo que está pasando. Necesitamos que cierren filas a nuestro alrededor como los Huesos cerrarán filas en su entorno. Va a ser una guerra estratégica. La primera ficha la has movido tú al contactar con el padre de Prince. Él pondrá a los Huesos en el ojo de la opinión pública. Limitarán sus movimientos. Pero seguirán caminando. No se quedarán de brazos cruzados. La serpiente es más letal cuando más amenazada se siente.

Me cubrí el rostro con las manos. No me gustaba la idea de haberlos puesto a todos en peligro. No quería *vendettas* para con ellos. No lo soportaría.

—No sé si es buena idea.

—Claro que lo es —aseguró Thaïs—. No vamos a dejaros solos. Haremos un viajecito juntos.

—Además, todo esto es culpa mía —anunció

Taka dejándonos a todos con la boca abierta—. Yo os apunté al Turing y ahí empezó todo. No habrías conocido a los Assassins ni habría pasado nada de esto si no llega a ser por mí y mis ansias de superación. Me siento responsable.

—Eso es una gilipollez —le corté yo de golpe—. No creas ni por un segundo que la culpa es tuya. Aquí no hay culpables, Taka. Las cosas pasan... —me encogí de hombros—. Simplemente pasan. En todo caso, es gracias a vosotros que aún seguimos aquí, a punto de condenar a unos hombres corruptos y fanáticos de los rituales.

Thaïs le tomó del rostro y le dio un beso invertido en los labios.

—Mi japonés atormentado. Cómo le gusta fustigarse — susurró sobre su boca.

A Taka se le suavizó la mirada y sonrió como si, de repente, todo el arrepentimiento y la

responsabilidad que sentía se desvaneciera por la dulzura de aquel beso. Fue como ver el efecto inmediato de una aspirina contra el dolor.

—Como sea, la decisión está tomada —Taka apoyó la barbilla sobre la cabeza de Thaïs y nos fulminó con sus ojos plateados—. Nos vamos a Europa con vosotros.

Kilian miró a mis amigos, que ahora también eran los suyos, como si estuvieran locos. A mí me encantaba que los demás los mirasen así, porque eso quería decir que no me equivocaba. Eran especiales. Mágicos. Únicos. Uno no miraba así a las personas del montón. Uno miraba así a los que eran distintos. Y ellos lo eran. Y nos queríamos. Por eso teníamos esa necesidad de protegernos y de hacernos cargo los unos de los otros.

—Mañana por la tarde saldremos del país —anunció Kilian—. Los Bones tienen contactos en todas partes. En cuanto se sepa que el Washington

Post está investigando la Tumba, y después de que mi padre haya roto las relaciones con la Cúpula, pasaremos a ser una diana —anunció preocupado—. Tenemos que darnos prisa.

—Eso déjame a mí —dijo Taka—. Me encargo de los billetes y de todo lo que necesitemos. No quiero que nadie haga registros ni realice pagos en tarjeta en ningún sitio. Tenemos que ser invisibles. Y yo soy el Rey de la Invisibilidad —se jactó orgulloso—. ¿Me has oído, Amy?

Ella estaba trasteando páginas web desde su móvil, preparada para comprarse ropa y cosas a estrenar en ese viaje que, para nada era de placer.

—Em, sí —dijo guardándose el móvil de nuevo—. Perdón.

—Perfecto —Kilian entrelazó los dedos de su mano con los míos y me los presionó con gentileza—. Vamos a preparar tu maleta —me dijo—.

Después iremos a mi casa a preparar la mía.

—¿A qué hora queréis que coja los billetes? — preguntó Taka.

—Me tengo que despedir de mis padres y de mi hermano antes de irme —anunció Kilian—. Y dejarles a Xena. Seguramente, ellos también deban irse unos días. Deben ponerse a salvo para que nada les salpique —se quedó pensativo—. Nosotros deberíamos irnos por la tarde, sobre las cuatro o las cinco.

—Hecho. Déjame a mí —Taka se levantó del sofá y le ofreció la mano—. Yo me encargo de la logística. Tú encárgate de proteger a Lara.

—Eso haré —Kilian aceptó la mano y se dieron un buen apretón.

Estaban cerrando un trato frente a nosotras. Uno que hablaba de hombría, de respeto, y también de

confianza. Y nada me hacía más feliz ni me gustaba más que saber que los dos chicos que más quería de mi vida, iban a ser tan buenos amigos.

Por mi parte, tenía a la vista la posibilidad de darles una buena sorpresa a Gema y a mi padre.

No estuvimos mucho rato en mi habitación. Lo justo y necesario para poder organizar las maletas y cargarlas en mi coche. Le había cogido el gusto al hecho de conducir yo.

En el camino de vuelta, los dos estábamos nerviosos, y no hablamos demasiado.

Yo pensaba en la carta de mi madre, que había guardado en mi bolso. No me quitaba de la cabeza sus palabras ni todo lo que me había contado. Recordaba cada línea y la repasaba.

Y Kilian estaba absorto mirando el paisaje cubierto por el manto de la noche, sumido en sus pensamientos. Y me sentía tan conectada a él que entendía lo que se le pasaba por la cabeza. Pero le veía sensible y no estaba dispuesto a hablar conmigo de ello. Así que esperé hasta que llegamos a su casa, dimos de comer a Xena y después acabó de preparar su maleta.

Íbamos a estar siete días fuera. Y no era un viaje de placer. Era una huida para buscar respuestas y obtener una declaración en firme de Luce Gallagher. Ella acabaría por destaparle todo.

Preparé unos vasos de leche caliente con miel para los dos. Era mano de Santo, y lo que me acostumbré a tomar durante las noches de insomnio, además de la pastillas de hierbas que ya ni tocaba. La miel me ayudaba a dormir, o al menos, hacía que me entrara el sueño con más dulzura.

Kilian se apoyaba de pie, meditabundo, contra la pared de la ventana que daba al jardín delantero. Tenía los brazos cruzados. Ni un músculo se movía en su barbilla tensa. Y sus ojos no parpadeaban.

Me acerqué por la espalda, con las dos tazas de leche caliente en las manos, pero las dejé sobre la mesita de madera que había al lado del sofá. Podía sentir el torrente emocional que irrumpía en su interior como un furtivo y potente oleaje. Era como si él fuese un fuerte, y el agua estuviera a punto de romperlo.

—Kil... —susurré posando una mano entre sus omóplatos.

Pareció relajarse ante mi contacto pero continuó en su mundo. Posé mis labios sobre su hombro izquierdo y le acaricié la musculosa espalda de arriba abajo. Los abalorios de mi pulsera, que había decidido que sería la más bonita de todos

los tiempos, tintinearón con el movimiento y me recordaron que era yo quien tenía el corazón del Huesos. Solo yo.

Y yo debía cuidarlo. Y eso haría. Porque no necesitaba que él me dijera que estaba mal para saber que lo estaba.

Entonces, de repente lo soltó. Dijo lo que más le preocupaba.

—Voy a poner a mi familia en peligro —sus labios se movieron débilmente—. He pasado de tener toda mi vida más o menos bajo control a no controlar nada y a poner en riesgo la vida de las personas que quiero. La Cúpula no va a dejar las cosas así. No sé de lo que son capaces, pero me basta con oír el respeto con el que los ex Bones hablan de la Logia. No es respeto —se corrigió— es miedo. Les tienen miedo —dejó ir el aire por la nariz, suavemente, como si poco a poco su reflexión le calara hondo—. Menos mi padre.

—A alguien te tienes que parecer —dije yo intentando animarle.

—Mi padre, a pesar de temerles, acaba de ponerse un señuelo, Lara. Y lo va a hacer por mí. Por Thomas —reconoció. Lo estaba comprendiendo poco a poco—. Porque prefiere que vayan a por él antes que a por sus hijos. ¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? —me preguntó con los ojos vidriosos.

—¿Qué? —atendí cariñosamente.

—Que tú me advertiste desde el principio, Lara. En Lucca, y después nada más llegar a Yale —enumeró castigándose a sí mismo—. Y yo no te creí. Porque... ¿cómo iba a formar parte yo de una hermandad de este tipo? Yo, que me creía por encima de estas cosas... ¿Cómo me iba a imaginar que Huesos y Cenizas de verdad creía en todas esas leyendas urbanas? ¿Qué sabía yo de la Luz y de sus verdaderos propósitos? Pensaba que era

todo simple parafernalia —se rio de sí mismo—. Y lo peor es que no tenía ni idea de nada. Estaba solo concentrado en mi carrera y en mi desdén hacia mi hermano y mi padre, hasta el punto que no era consciente de que hacía daño a Thomas con el tema de Sherry. Hasta el punto de no saber que mi mejor amigo, Fred, estaba liado con Luce. Hasta el punto de no querer creermelo que el accidente de mi amiga no era un accidente... —se frotó los ojos, ocultando su tristeza de mi mirada—. Hasta el punto de estar a un paso de entregarte inconscientemente a la Cúpula y de tratarte mal porque estaba enfadado contigo —noté cómo cerraba los puños con frustración—. Soy un fraude. Me siento indigno...

—¿Indigno?

—Sí —dijo desengañado—. Indigno de ti —¿Era desesperación lo que había en sus ojos? ¿De verdad se estaba creyendo lo que decía?

—No. No digas eso. No lo eres —le defendí yo—. Todos tenemos derecho a equivocarnos, Kilian —intenté consolarle tomándole del rostro—. Todos. Además, ninguno de los dos ha sido totalmente sincero con el otro hasta esta noche pasada —le recordé—. Supongo que todos tenemos miedos y corazas y que, a veces, nos protegemos ocultándolas tras verdades a medias. Pero eso no nos convierte en malas personas ni en indignas. Nos convierte en humanos. Totalmente imperfectos. Además, yo también me equivoqué contigo. Porque a pesar de todo lo que dices, tú eras el más sensato, leal e íntegro de todos los Huesos y estuve a punto de pensar que no lo eras. Y te preocupas por todo el mundo —sonreí y le pasé el pulgar por la barbilla que tanto me gustaba—. Tienes alma de guarda —él me devolvió la sonrisa. Pero seguía disgustado—. Eres mi Kelpie. Mi caballito de mar. Y te he elegido. Por eso es imposible que me haya equivocado contigo. Porque mi Kelpie nunca puede ser un fraude.

Kilian dejó caer sus ojos sobre los míos y noté cómo los entrecerraba, sin comprender lo que acababa de decirle.

—Háblame de eso —me pidió humildemente. Me recordó a cuando era pequeña, y le pedía a mi madre que me contara leyendas irlandesas para seguir creyendo en los sueños y en la magia. Se me rompió el corazón por él. Porque si Kilian hubiese podido ver lo que veía yo en sus ojos en ese instante, habría comprendido que la magia era él—. Háblame de ese Kelpie.

—Ven —tomé su mano con las dos mías y lo arrastré lentamente a la planta de arriba. Como si él no conociera su casa... Entramos en el baño. Encendí solo las luces de la ducha y abrí el agua caliente. Mientras esta corría sobre el amplio plato de cerámica, me acerqué a Kilian lentamente y me coloqué a un palmo de su cuerpo—. Mi madre era hija de un americano y de una irlandesa —le expliqué quitándole el jersey y la camiseta interior

por la cabeza, dejando su torso expuesto y descubierto para mí. Le acaricié el pecho con los dedos y sentí cómo se le erizó la piel. Nunca imaginé que podía llegar a conseguir un grado de intimidad tan vinculante con alguien. Pero lo tenía con Kilian. Cuando los dos nos tocábamos era como si en realidad fuéramos uno solo.

—¿Qué embrujo estás tejiendo, Larita? —me dijo. Inclino la cabeza a un lado, pero no impidió que siguiera con mi propósito. Se quedó callado escuchando cada una de mis palabras.

—Mi abuela era descendiente de las O'Shea. Unas mujeres irlandesas de mucho carácter y también mucha poesía —sonreí y le desabroché el botón del pantalón—. Muchas de ellas tenían una sensibilidad especial para algunas cosas y desarrollaron dones. Dones que muchos consideraban mágicos por ser extraños. Con el paso del tiempo, generación tras generación de O'Sheas, los dones aparecieron intermitentemente

en sus descendientes. Algunas los desarrollaban y otras no. Sabía que mi madre Eugene tenía un don, pero hasta leer su carta, no era consciente de que tenía que ver con los sueños astrales. Ella tenía el don de soñar y de ver el futuro —tragué saliva y tuve que esperar unos segundos a recuperar mi voz. Me emocionaba saber que ella conocía el destino y que aceptó su sino, a pesar de ser el que fue. Por mi parte yo no lo encajé nada bien. Y ahora comprendía por qué ella lo había mantenido en secreto. Aunque eso no haría desaparecer el dolor de la pérdida—. Yo soy O'Shea —dije alzando la barbilla con orgullo—, y he recibido un don. El de la memoria eidética.

—Sí —susurró Kilian acariciándome los mechones de mi largo pelo liso—. Tú tienes muchos dones, preciosa.

—Pero las O'Shea —continué bajándole los pantalones y llevándome los calzoncillos con ellos. Le miré la entrepierna y el desvergonzado se

sonrió. Era consciente de lo atractivo y lo imponente que era, pero yo había decidido ser la que controlara la situación en ese momento. Porque él lo necesitaba. Necesitaba que lo curasen a base de mimos. Que le quitaran el peso que llevaba consigo. Y yo le liberaría. Kilian se quitó el calzado con dos puntapiés y quedó desnudo por completo—. Las O'Shea no solo tienen dones, guapo.

—¿Ah, no, guapa? —me siguió el hilo.

—No —dije como una reina—. Ellas no aman a cualquiera, ¿sabes? Se enlazan con sus kelpies. Sus caballitos de mar. Esos hombres con los que podrían surcar todos los océanos y que las dejarían sin respiración, como le sucede a un humano bajo el agua.

—¿Pero no se ahogarían?

Yo negué con la cabeza mientras me quitaba la

ropa lentamente y me quedaba igual de desnuda que él.

—No. Porque los caballitos de mar son mágicos. Ellos dejan que la mujer que los elijan viajen sobre su lomo; permiten que cabalguen con ellos —guié a Kilian hasta el interior de la ducha y los dos nos sumergimos bajo el potente chorro de la alcachofa. Rodeé su cuello con mis manos y me puse de puntillas para rozar mis labios con los de él—. Solo así pueden respirar juntos. A la vez —murmuré en voz baja—. El Kelpie le da la capacidad de cabalgar con él a cambio de su corazón. Y la O'Shea se lo ofrece gustosa porque sabe que solo hay una cosa más poderosa que el latir de un corazón —pasé mis dedos por su pelo tieso y adoré cómo el agua salía disparada por todos lados.

—¿Qué hay más poderoso? —preguntó pegándose a mi cuerpo. Disfrutaba de mi contacto tanto como yo disfrutaba del suyo.

—Dos corazones latiendo al mismo tiempo —
contesté emocionada por tenerle entre mis brazos.

A él los ojos se le iluminaron y brillaron con un amarillo intenso lleno de emoción.

—Lara... —musitó un segundo antes de dejar caer su boca sobre la mía y engullirme en una marea de besos, en un baile de lenguas y en una pelea de caricias que nos tomó a los dos por sorpresa.

Pero yo ya estaba preparada. Porque también necesitaba aquello y esperaba que sucediera. No sabía que podía ser seductora, pero acababa de seducir a Kilian conscientemente. Y me encantaba gozar de ese poder.

Y era tan maravilloso. Kilian se arrodilló en el suelo y jugueteó con su lengua por mis zonas más erógenas. Aquello era increíble. Una locura.

Me cuidó y me dio todo el placer y el amor que tenía para mí.

Sin embargo, era yo quién quería darle aquel regalo. Así que lo senté sobre el respaldo de la ducha hidromasaje.

—Lara, ¿qué hac...?

—Chist, déjame a mí —le dije mientras el agua recorría libremente mi cuerpo.

Kilian tragó saliva y negó con la cabeza como si estuviera viendo un espejismo.

—No eres una humana. Eres una sirena — musitó alargando sus manos para tomarme de las caderas. Posó su boca sobre mis pezones y se deleitó con ellos.

Yo le abracé fuertemente contra mi pecho y me senté a horcajadas sobre sus caderas. Él no tuvo

que hacer nada.

Lo hice yo todo. Le tomé entre mis manos y le acaricié como sabía que le gustaba. No teníamos preservativos y ninguno de los dos iba a salir de la ducha a coger uno. Y no pensábamos hacerlo sin condón, por mucho que confiáramos el uno en el otro.

Aquello era para él. Así que le cuidé y le mimé como tenía ganas de hacerlo.

—Lara, no tienes que...

—Cállate —le dije besándole y tragándome sus palabras. Lo tenía en mis manos. Y fue increíble sentirlo temblar bajo mi cuerpo, rodeado por mis dedos. Sentía cómo se endurecía, se hinchaba y se hacía más grande.

Él gemía en mi boca, y yo le escuchaba con el corazón. Dios, estaba tan enamorada de ese

chico... ¿Cómo una persona podía volarme la cabeza de ese modo? Era increíble. ¿Ese era el amor verdadero del Kelpie? Me daba más placer amarle que ser amada. Me gustaba más dar que recibir. Para mí era un regalo poder entregarle eso.

Por él había hecho cosas que nunca imaginé, que nunca olvidaría. Kilian era mi aventura como chica y como mujer. Y a pesar del peligro, no quería perdérmela por nada del mundo.

No me lo quería perder a él.

Entonces, se dejó ir en mis manos y lo hizo sin detener aquel beso eterno e imperecedero que me dio de principio a fin.

Cuando acabó y el agua nos purgó a los dos, barnizando nuestros cuerpos, se abrazó a mí y hundió su rostro en el lateral de mi cuello.

Yo solo tuve que mecerle y llenarle la cabeza de

besos.

—Estoy enamorada de ti —le susurré—. De todo lo que has sido y de todo lo que eres. Con tus errores y tus aciertos. Nada va a hacer que cambie de idea. Nada de lo que hagas va a echar por tierra lo que siento.

Él me abrazó con más fuerza, en silencio, como si nunca quisiera soltarme. Como si fuera demasiado intenso para el bien de su armadura el reconocer lo débil o lo fuerte que yo le pudiera hacer sentir.

Esperaba de verdad que nunca me soltara. Estábamos a punto de encarar la peor prueba de todas. Si la Vieja Guardia de los Bones era una serpiente que empezaba a sentirse capturada, como dijo Amy, se asegurarían de provocar bajas y llevarse consigo a sus verdugos con sus últimos coletazos.

Debíamos estar preparados.



Cinco

East Rock Park

Nos encontrábamos en las cornisas del mirador. A nuestros pies New Haven amanecía y se llenaba de nueva actividad. Aquella mañana no perdimos el tiempo. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Levantarnos. Vestirnos. Meter las maletas en el Porsche de Kilian y dirigirnos al East Rock. Se suponía que Fred cogería su Maseratti para ir a la universidad como cada mañana. Pero ese día se le iban a torcer las cosas.

Taka iba a interceptar la señal del sistema operativo de su consola e iba a manipular el coche a su antojo. Eran las ocho de la mañana y nadie poblaba el mirador. Había bajado la temperatura considerablemente y estábamos bastante

abrigados.

Yo permanecía sentada, apoyada en las rodillas de Kilian que, de pie, detrás de mí, como un respaldo, miraba al horizonte con las manos escondidas en los bolsillos de su cazadora negra y con capucha.

A nuestro lado habían dos telescopios metálicos de pago, con los que se podía ver una increíble vista panorámica del lugar. Ojalá todos pudiéramos tener uno a mano para avistar cada camino que nuestras decisiones nos harían tomar. Pero, de ser así, de poder ver el futuro, todo sería traumático; y no solo eso, la vida dejaría de ser una aventura y un misterio.

Aunque nuestra aventura ponía los pelos de punta, querría vivirla una y mil veces, no solo por tener a mis amigos tan cerca, sino, por experimentar todo lo que había experimentado hasta el momento con Kilian a mi lado.

Ganábamos y perdíamos cosas a cada paso. Ganábamos experiencia y perdíamos inocencia. Pero continuábamos caminando. Y eso era valiente.

—¿Has llamado a tus padres? —le pregunté sin perder un detalle de la nube de pájaros que sobrevolaba la ciudad.

—No. Lo mejor será presentarnos por sorpresa. Mi padre hubiera querido que aceptáramos la propuesta de ir a una de sus casas y cobijarnos ahí. Pero no podemos quedarnos en Estados Unidos si Luce ha abierto los ojos. Quiero respuestas —dijo con vehemencia—. Y quiero verla. Solo ella puede decirnos la verdad.

—¿Y qué crees que dirá Fred cuando le digamos que sabemos que estuvo con ella? ¿Que él era su Alfil?

—No lo sé —contestó Kilian—. Tengo que

hablar con él. Quiero mirarle a los ojos cuando le hable de ella. Ningún Hueso ha hablado de Luce desde entonces. Han hecho como si no existiera, como si no hubiera pasado nada. Mi padre y Thomas incluidos. Aceptaron a ciegas que había sido un accidente y dejaron de insistir. Pero yo no me he podido quitar de la cabeza su imagen tirada en el suelo. Si Fred estaba con ella y ella estaba tan enamorada de él, no puedo entender cómo ha podido darle la espalda de esta manera. ¿No la ha llorado? ¿Qué sentía por Luce? ¿Sabía algo de su investigación?

Yo sabía la respuesta. Y estaba convencida de que Kilian también la adivinaba. Pero dolía pensar que su mejor amigo era un cobarde y que prefería negar a Luce a ser señalado por posible homicidio. Si Fred formaba parte de un complot de intento de asesinato, quería decir que su mejor amigo era culpable, directo o indirecto. Pero culpable.

—Siéntete afortunada —dijo Kilian de golpe.

Alcé mi cabeza, cubierta por mi gorro rojo que calentaba parte de mis orejas y arqueé una ceja.

—¿De qué?

—De tener unos amigos tan transparentes, Lara. Tan...—buscó la definición adecuada—, claros. Tan poco corrompidos. La gente con la que me he relacionado nunca fue tan diáfana. En los círculos en los que he crecido, todos eran más bien al contrario. Mueven los hilos según sus intereses, sin importarles si hacen daño o no con sus decisiones.

—La hermandad a la que pertenecías, Kilian —le dejé caer—, es la líder de la turbiedad. La gente con tanto poder y tanto dinero, suele ser opaca y moverse por otros menesteres. ¿Sinceramente? —me encogí de hombros—. Tú eras el único destello de luz en esa Tumba.

—Creo que nunca he tenido amigos íntimos. Con

Fred me llevaba de maravilla. Y con Aaron también. Luce y yo bromeábamos mucho y yo admiraba lo viva que era —reconoció por primera vez—. A mi hermano le quiero. Pero creo que nuestra situación está en punto muerto después de lo perdido que ha estado y lo malo que ha sido. Y a pesar de todo eso, yo no soy mejor. Aun así, siempre creí que él era mi mejor amigo. Pero ahora... —se rio de sí mismo—. La cagué con lo de Sherry. Debí saberlo. Debí darme cuenta.

—No eres adivino —le di un golpecito en las rodillas con mi cabeza—. Además, ahora ya vas por el buen camino. Estás con los buenos, ¿no?

Él dejó caer su mirada hacia mi rostro, levantado al cielo, y noté cómo sonreía y cómo se relajaba. Kilian tendía a echarse la culpa de las cosas que no podía controlar. Pero tenía que entender que la vida era así. Como yo lo empezaba a comprender.

En ese momento, vimos llegar el coche de Fred.

El chico parecía totalmente enloquecido. Golpeaba los cristales de las ventanas y el salpicadero. Se sentía enjaulado e intentaba llamar por móvil, pero al parecer, no tenía cobertura.

Tras él, Taka, Thaïs y Amy se reían sentados en la ranchera de Amy. Esta conducía y Thaïs y Taka miraban la pantalla del portátil de Taka, controlando cada movimiento que ejecutaba el japonés.

Cuando nos vieron, nos saludaron alzando el pulgar. Todos menos Fred, claro.

Él no comprendió nada, no asumía lo que sucedía y ni se imaginaba el interrogatorio al que iba a ser sometido.

Kilian me ayudó a levantarme cogiéndome de la mano y los dos, caminando con tranquilidad, abrimos las puertas del Maserati, que se detuvo a un metro del Porsche, nos subimos y las cerramos

a tiempo para que Fred no saliera.

Aquel era un coche muy caro, pero yo no sabía lo que costaba más, si la tapicería de piel roja y la consola de aquel monstruo con ruedas, o la carrocería y su motor.

Fuera como fuese, Fred Andersen, con su pelo rubio perfectamente afeitado, sus ojos árticos furiosos y un rictus de absoluto desconcierto en su rostro, nos miró apabullado por la situación.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿De qué vais?

—Hola, Fred —contestó Kilian.

—¿Hola? —repitió incrédulo—. Tengo a esos tres frikis —señaló el coche de Amy con el pulgar— controlando el coche desde que he cogido la principal para llegar a Yale, viendo cómo se parten de risa por jugar con mi Mas de esta manera.

—¿Tu Mas? —repetí yo incrédula. ¿Su Maserati se llamaba Mas? Qué ridículo.

—¿Y me traen aquí? —continuó él ignorando mi tono—. No me jodas, Kilian. Les va a caer una demanda que se van a...

—No creo —dije yo negando con la cabeza.

Fred vertió toda su rabia en mí. Apretó los dientes y le salió la arruga de la ira entre las cejas.

—¿A qué coño juegas, Lara? —me soltó—. Tienes que follar muy bien para tener a mi amigo tan absorbido, haciéndolo partícipe de estas gilipolleces. Este coche vale una pasta y estoy seguro que...

No me iba a ofender por eso, porque era justo lo que buscaba. Pero no hizo falta que yo me enfadara. La mano de Kilian salió disparada hasta la pechera de la sudadera de Yale de Fred.

Yo, que estaba sentada detrás, contemplé aquel enfrentamiento como un choque de gigantes. Pero en cualquier choque, en cualquier comparación, al menos para mí, siempre ganaría Kilian.

Siempre.

—Vuelve a hablar así de Lara y te arranco los dientes uno a uno —le amenazó con un tono que me dejó de piedra—. Y no bromeo. No es solo una expresión. Te juro que te dejo mellado si vuelves a faltarle el respeto.

A Fred los agujeros de la nariz se le abrieron como a un caballo y resopló como tal.

—¡Vete a la mierda, Kilian! —le gritó—. ¡Sus amigos, seguramente, han roto el sistema operativo de mi coche! ¡Y tú lo has permitido!

—Tu coche no significa nada para mí —le aclaró Kilian sin soltarle. Acercó su nariz a la de él y

añadió—: Te da más pena lo que le pueda pasar a este trasto, que lo que le sucedió a Luce.

En ese instante, la expresión de Fred se volatilizó. En sus ojos vi dudas y sorpresa; vi miedo y terror; vi inseguridad y estupefacción. Todo lo que a ese rubio guapo le convertía en la imagen opuesta a la que él se había creado. No era ni tan perfecto. Ni tan bueno. Ni tan inteligente.

—¿De qué hablas? —ya daba igual. No se lo creía nadie. Kilian se dio cuenta. Tanto como yo. Trinity había dado en el clavo. Él había sido el Alfil de Luce. Luce había dejado un cepo por si todo se acababa torciendo. Nunca diría el nombre de su amante, porque le amaba, pero lo dejaría caer entre líneas, para que si alguien le seguía las huellas, pudiera desenmascararlos a todos.

Mi assassin tomó varias respiraciones profundas antes de continuar con su ataque.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? Tú y Luce teníais una relación.

—¿Qué? No... nono, no es verdad —intentó apartarse de él y salir del coche. Pero su vehículo se había convertido en una prisión monitoreada por Taka. Ni los de Prison Break iban a salir de ahí.

—Escúchame —Kilian volvió a cogerle de la pechera—. Vas a decirme toda la verdad ahora mismo. No hagas que te la saque a golpes, Andersen —le advirtió—. Lo sabemos todo. Absolutamente todo —admitió sin una grieta en su convicción—. Así que empieza a hablar.

Por mi parte, encendí la grabadora de mi móvil disimuladamente. Queríamos confesiones que incriminaran directamente a lo de Luce con los Bones. Y con Fred empezaba la base del iceberg.

—¿Qué sabes? —preguntó temeroso.

—Todo —aseguró Kilian sin querer decirle demasiado—. Su investigación, tu relación con ella, y el miedo que tenía a que le pasara algo...

Fred palideció y sus ojos se enrojecieron.

—¿Por qué lo hiciste? —era solo una pregunta. Pero Kilian mantuvo la actitud justa para que él se sintiera señalado por su accidente.

Y entonces el quarterback se desmoronó.

—¡Yo no hice nada! —gritó—. No... no es lo que crees. Él me dijo que... pero yo no accedí —se le rompió la voz y sujetó el volante con fuerza, muerto de miedo—. ¡Tienes que creerme!

—Ayúdame a hacerlo —dijo Kilian sin tenerlas todas con él. Llegados a ese punto, Fred iba a revelar más datos que desconocíamos, pero no sabíamos de qué naturaleza iban a ser, así que nos esperamos para oír lo peor.

Fred sorbió las lágrimas y limpió el moqueo que le apareció como a un niño de cinco años lloroso. Estaba asustado.

—Yo nunca le hubiera hecho daño a Luce. Nunca —repitió—. Estaba enamorado de ella —admitió sin más—. La quería —hizo un mohín y sacudió la cabeza—. Pero no sabía que estaba investigando nada para ese blog tan famoso que ella llevaba...

—Entonces —susurró Kilian—. ¿Sabías que ella era La Voz de Artemisa? —parecía perdido.

—No. No lo sabía —el rubio negó abruptamente—. Yo quería a Luce —intentó serenarse—, pero no me imaginaba que me estaba utilizando para sacar información de la Tumba. Sin saberlo, le pedí a mi padre que la nombrara como Tapped, porque si ella se convertía en una chica Bones, ambos podríamos estar juntos sin prejuicios de ningún tipo y yo podría romper mi relación con mi

novia. Mi padre lo propuso a la Cúpula y ellos decidieron ponerla a prueba antes de nombrarla Tapped. Decidieron que el Turing era el mejor examen para demostrar que ella era la chica adecuada. Las pruebas eran exigentes y ahí se vería si Luce estaba capacitada para ser una Huesos.

—¿Y qué pasó?

Fred miró a todos lados inseguro.

—Antes del Turing, recibí una llamada de la Tumba. Me reuní allí con un miembro de la Cúpula y me enseñó vídeos de Luce y de mí... follando. Joder... follando, tío. La habían grabado porque sospechaban de ella y porque cuando una chica les interesa, empiezan a investigarla —no interrumpí porque le escuchaba con atención. Pero eso me hizo pensar en lo afortunada que era por tener a un hacker que me había guardado las espaldas para que nada ni nadie me grabara—.

Después me enseñó las pruebas que las cámaras de su habitación habían capturado de ella con su ordenador escribiendo informes de la Tumba y de cosas relacionadas con los Bones. Descubrieron que subía información a un servidor en cuya carpeta sin publicar había escrito «La voz de Artemisa». La... le siguieron el rastro, Kilian. Y resultó que Luce intentaba destapar los secretos de los Bones. Todos los secretos. Me traicionó.

—Ella no te traicionó —interrumpí yo. Pero Kilian me hizo callar con un gesto.

—Me pidieron que solucionara el problema —continuó Fred—. Que debía eliminar a Luce y conseguir toda la información que ella tenía sobre la Tumba. Debía hacerla desaparecer —se detuvo unos segundos y arrancó a llorar—. Pero llamé a mi padre... a-antes de coger el avión a Europa y le dije que... que no era capaz. Que yo la quería. Que no me obligara a hacer nada de eso —Fred ya estaba desbocado—. Mi padre me escuchó y me

dijo que hablaríamos cuando volviera. Sabía que nos iban a echar de la Orden, pero yo esperaba hablar con Luce sobre lo que ya sabía y pedirle que detuviera su investigación, fuera la que fuese. No queríamos dejar de ser Bones, y esperábamos arreglar el conflicto —exhaló descorazonado y miró a Kilian seguro de lo que decía—. Yo no le hice nada. Nada. Te lo prometo.

—Pero sabes que alguien se lo hizo, ¿verdad? —le dijo Kilian enfadado—. ¡La Cúpula no se quedó quieta, Fred! ¡Los vídeos eran claros! ¡Alguien agredió a Luce! Y tú, sabiéndolo y conociendo el consejo de tu padre, te callaste como un miserable.

—Yo no sé lo que pasó ahí arriba —reconoció muy nervioso—. No sé qué sucedió, joder —lloriqueó—. Me aseguré de que no había nadie.

—¡Pues miraste mal! —le gritó Kilian—. ¡¿Quién había?!

—¡No lo sé! ¡¿Crees que no preferiría que ella estuviera bien?! ¡¿Y cómo coño sabéis vosotros esto?! ¡Esta tía —me señaló— te ha comido los sesos, Kil! ¡Ya no eres el de antes! Aquello me pareció un halago. Un piropo. Porque el Kilian de antes actuaba sin conocer la verdad. Y este sí. Me gustaba muchísimo más el de ahora.

—Eso no importa —le cortó Kilian—. Lo que importa es saber qué le pasó a Luce.

—Como bien dices —le miró con desdén—, ya no importa. No importa porque Luce... Luce... —de repente la voz se le rompió y sus ojos azules se aguaron. ¿Estaba llorando? Para nuestra sorpresa, Fred se echó a llorar con rabia y un sentimiento impropio de alguien que parecía tan frío. A lo mejor sí la quería de verdad. Pero cuando alguien amaba, se interesaba, y luchaba por entender lo que le había sucedido a esa persona favorita. No le daba la espalda. En cambio, Fred decidió acatar órdenes y no remover más lo de Lucca, aunque la

chica que le gustaba estuviera involucrada—. Luce no va a despertar. Ella está en coma. Lejos de nosotros —se secó las lágrimas con el dorso de la mano y carraspeó—. Ya... ya no la veré más. Y ya no le puedo hacer nada. Debéis olvidaros del tema. Dejarlo como está. Fue un accidente.

A través del retrovisor, Kilian y yo nos buscamos los ojos. Fred se equivocaba. Luce había despertado de su pesadilla.

Y nosotros teníamos programado ir a verla para descubrir la verdad. Kilian había hablado con los padres de la periodista y ellos habían acordado que su hija solo hablaría con él, por ser el único que se había interesado sinceramente por su estado en todo ese tiempo. Habíamos pactado que no le diríamos a nadie que Luce había recobrado la consciencia. Ante todo, discreción. Aunque no éramos estúpidos. Los Bones tenían contactos en todas partes y no tardarían en enterarse de ello. Lo único que podíamos hacer nosotros era

adelantarnos, tomar ventaja y obtener una declaración. Queríamos un nombre.

—Sí. Dejarlo como está —repitió Kilian decepcionado con su amigo. Los músculos de su barbilla no dejaban de moverse arriba y abajo. Estaba tan ofuscado... Y solo yo podía sentir su desazón.

—¿Alguien más sabe lo que vosotros? —preguntó confundido.

—No —mintió Kilian. Tenía que decir lo que nos interesaba—. Solo nosotros.

—Pues que no salga de aquí —pidió Fred—. Podemos meternos en un lío con esto, Kilian. Ten claro, al menos, que yo no era capaz de hacer daño a Luce. Esa chica era especial para mí. Nunca le hice nada. La quería.

«Ya veo», pensé yo. «No quiero que me quieran

así». Kilian se asqueaba solo escucharle, pero se obligó a aparentar que le haría caso.

—Sí. Tienes razón —contestó finalmente—. Es mejor hacer vida normal como si aquí no sucediera nada.

—Sí —repitió Fred—. Somos Bones. Debemos estar unidos, ¿no?

El silencio entre los dos se hizo pesado y tangible. Si Fred hubiese sido listo, nunca habría confiado en alguien que se piensa tanto una respuesta.

—Claro —musitó Kilian.

—Vale tío —se reacomodó en el asiento, creyendo que estaba todo solucionado—. Ella no dirá nada, ¿no? —se dio la vuelta y me miró.

—¿Quién yo? —me hice la inocente.

—Eres una tapped, Lara. La Cúpula piensa en ti como la primera chica de los Bones. Es un honor, ¿no crees?

Me obligué a sonreír, tan falsamente como pude.

—Sí. Es un honor, y más viendo lo que le pasó a Luce...—añadí ácidamente—. Muy honorable todo.

El rictus de Fred se tornó cerúleo. Agriándose por segundos.

—Solo tienes que dejar de meterte donde no te llaman, y todo te irá bien —me recomendó como el amigo que no era—. ¿Crees que serás capaz de controlarla? —esta vez se dirigió a Kilian—. Átala en corto, Alden.

—¿Crees que soy un perro, narcisista cobarde? —le dije sin más—. Si yo fuera una Bones —remarqué—, empezaría a echar de la Logia a tíos

tan vendidos como tú, Andersen. No tienes nada de Caballero. Créeme, no creo que te interese que acepte ser uno de vosotros. No te convendría. Me las arreglaría para echarte.

—¿Has recibido la invitación para la Iniciación? Es imposible decir que no a eso... —se rio como si barajar esa posibilidad fuera imposible. Para personas como Fred sí lo era. Tenía a su padre en la Cúpula, y más poder del que un hombre de su edad emocional podía tener.

—No voy a rechazar nada —mentí. Nos íbamos a ir por la tarde y a alejarnos de Connecticut, nadie debía sospechar.

Fred sonrió convencido de que decía la verdad. Era tan iluso... Tan poca cosa. Un tío tan grande, tan corpulento y musculoso, con un apellido acorazado por un imperio, y no tenía nada de hombre. Nada.

—Bueno. ¿Puedo recuperar ya el control de mi coche? Tengo clase —nos recordó.

—Sí. Y nosotros.

—Entonces —Fred retomó su tono conciliador e hipócrita—. ¿Todo aclarado, Kilian? Me crees cuando te digo que yo no he hecho nada, ¿verdad?

Kilian ni siquiera parpadeó. Permanecía sentado a su lado, ocultando su verdadera opinión detrás de sus ojos oro. De repente le sonrió. Qué bien fingía... Al menos, los que no le conocían de verdad creían que esa sonrisa era auténtica. Pero yo sabía que detrás de ese mohín había dolor. Decepción y tristeza por descubrir el tipo de amigos que había tenido a su alrededor todo ese tiempo.

—Claro, tío. Te creo —dijo sin más—. Solo quería asegurarme de que tú no tenías nada que ver, por eso necesitaba hablarte en un lugar en el

que nadie pudiera oírnos. En fin —suspiró sacándose un peso de encima—. Olvidémonos del tema y volvamos a la universidad. Te veo allí.

Fred sonrió de oreja a oreja. Mucho más sosegado.

—Sí —le dio una palmada en el hombro, recuperando con ese gesto su camaradería—. Pues venga. Devolvedme mi coche, cabrones.

Kilian y yo nos apeamos del vehículo y cerramos la puerta. Kilian le hizo una señal a Taka para que saliera del sistema operativo de «Mas». Y este asintió con la cabeza y dejó de proceder con su ordenador.

Al cabo de unos segundos, Fred recuperó el control del vehículo y pudo salir del mirador de East Rock Park.

Kilian fulminaba el culo del deportivo con su

mirada, tenso y malhumorado. Yo le cogí de la mano y le pregunté:

—¿Le crees?

—Creo que él no lo hizo —contestó—. Pero me temo que tiene una ligera idea de quién pudo hacerlo. Y eso no nos lo ha querido decir —me miró sin más—. Y no va a tardar mucho en avisar a su padre para decirle que sabemos lo que pasó. Tenemos que irnos ya.

—Sí —admití de acuerdo.

Thais salió de la furgó de Amy con el móvil en mano y cara de pasmo. Mi esbeltísima amiga, toda vestida de negro y con unas sneakers de colores de Marc Jacobs en los pies, se puso sus gafas de sol a modo de diadema y espetó:

—Eh, no os lo vais a creer.

—¿Qué pasa? —pregunté acercándome a ella.

—Me han llamado del periódico de Yale —nos dirigió una mirada intensa y se humedeció los labios.

—¿Por qué? —quise saber.

—Han incendiado la Tumba.

—¿Qué dices? —dije sin entender nada.

—La han quemado. Ha ardido durante la noche —nos explicó tan sorprendida como nosotros.

—¡Cenizas! ¡Se ha convertido en cenizas! —gritó Amy sacando la cabeza por la ventanilla.

Kilian hizo negaciones con la cabeza y yo me recogí el pelo envolviéndolo en mi puño, incrédula ante lo que oía. ¿Quién había hecho eso?

—Vamos a mi casa —ordenó Kilian

metiéndonos prisa—. Me despido de mis padres y nos largamos de aquí ya.



Kilian abrazaba con cariño a su madre Betty. Esta le daba los típicos consejos de una mujer que cree que su hijo se va una semana a Europa para desconectar de todos sus problemas y para poder recargar la batería y continuar con el curso con más energía.

Tras aquella estampa, Thomas y su padre los miraban a los dos con la misma pose. Manos en los bolsillos y gesto serio y meditabundo. Ellos sí sabían lo que pasaba, pero hacían bien en disimularlo frente a mamá oso.

—Lara, ven aquí —abrió los brazos y me sepultó entre ellos para decirme al oído—. De los dos tú eres sin duda la que más sentido común tiene. Confío en que cuidarás de él.

—Por supuesto. Lo haré —le guiñé el ojo a Kilian y este sonrió.

—¿Ya lo tenéis todo? Si necesitáis cualquier cosa no dudéis en llamarnos, ¿entendido?

—Entendido —asentí tranquilizándola—. El lunes estaremos por aquí de nuevo. Es solo una semana —le aclaré—. Sobre todo voy a ver a mi madrastra —le expliqué desviando el tema—. Esperan un bebé y no quiero demorarme en hacerles una visita. Ahora que todavía no ha empezado la temporada fuerte de exámenes puedo aprovechar. Después será más complicado. Y no quiero esperar a Navidades para verles.

—Haces bien —me confortó—. Lo sé. Soy una dramas. ¿Qué le voy a hacer? —suspiró.

—Querida —la interrumpió Richard—, me gustaría hablar con ellos para pedirles unos encargos en Europa.

—Van a desconectar, no a hacerte recados — contestó regañándole.

—Sí, me ha quedado claro —musitó—. Pero ya sabes que soy sibarita y me gusta la comida que tienen en España. Y a ti también —la señaló—. No creo que les suponga nada traernos unos cuantos recuerdos culinarios.

—Por supuesto que no, señor —contesté.

La madre de Kilian dio un paso atrás, se cubrió con el cardigan azul oscuro y decidió que su despedida ya había finalizado. Su marido podía ser muy persuasivo, aunque ya nos había quedado claro a todos que ella tenía más poder que él cuando quería. Todavía recordaba con admiración la comida familiar.

Richard nos acompañó hasta la entrada. Yo había dejado mi Mini en el parquin de la Mansión Alden. Allí esperaríamos a que llegaran Amy,

Taka y Thaïs para ir juntos al aeropuerto.

Una vez allí, Thomas se acuclilló para mimar a Xena, la hermosa Golden que no dejaba de exigirle atenciones. Él parecía que estaba mejor, no tenía tantas ojeras, y sus ojos empezaban a brillar con otra luz más sensata y menos maligna que la que se había estado tomando. Estaba convencida que podríamos llevarnos bien. Así sí. Aunque aún necesitábamos tiempo. Todos lo necesitábamos.

—Papá —Kilian adoptó aquella voz de ponerse extremadamente serio—, ¿tienes algo que ver con lo que ha pasado en la Tumba?

Richard asintió sin ápice de duda.

—Te dije que arreglaría las cosas a mi manera —contestó en voz baja asegurándose de que su mujer no lo oiría—. No fui yo solo. Reuní a todos los Bones que estaban en contra de las gestiones

de la Cúpula. Dejamos nuestros anillos para que tuvieran claro que abandonábamos la Orden mientras se hicieran todas esas cosas a nuestras espaldas.

—¿Y si descubren que fuisteis vosotros?

—Es lo que pretendo —aclaró Richard sin más—. Pero somos muchos. Ellos tienen que entender que no estamos de acuerdo y que tampoco tenemos las mismas ideas. Estoy esperando a que Moore haga pública la investigación y que todo vuele por los aires.

—Pero tú eres el único miembro de la Cúpula que no está con ellos. Ya sabrán que has sido tú. Os vais a poner en peligro —adujo Kilian alarmado.

Thomas se incorporó sin dejar de tocar a Xena.

—No te preocupes —le dijo Thomas—. Yo me

encargaré de que no pase nada. Ya sabéis que cuando se me va la cabeza —silbó y dibujó círculos en su sien— no hay quien me pare. Soy un perro de caza.

Yo sonreí disimuladamente.

—Vamos a pasar esta semana en Rhode Island hasta que todo se destape —anunció Richard—. Estaremos ilocalizables para los maeses. Ellos ya han recibido el mensaje al ver la Tumba chamuscada, ya saben lo que pensamos. No les queremos liderando la Logia. Han ensuciado el nombre de los Huesos. Y no todos somos como ellos. Involucrar a nuestra hermandad en temas de drogas neurológicas es lo peor que podían hacer y jugar con la salud de nuestros hijos ha sido la gota que ha colmado el vaso. Vosotros desapareced y no os pongáis en el punto de mira. Que no os sigan el rastro.

—Sí, ya sabemos que no podemos regresar hasta

que no acabe la «Luna azul». Nos lo ha contado Trinity —intervine acariciando también a Xena.

Richard no se lo podía creer. Su gesto era de desaprobación absoluta.

—¿Eso ha dicho Trinity? Yo leí sobre ello en los libros de la Tumba. Había mucha magia negra y mucho Necronomicón...

Pero no me imaginaba que fuera una especie de religión. La Cúpula está obsesionada con sus rituales y con la aparición de la nueva Eulogia. Yo siempre pensé que era una manera figurada de aspirar a la máxima elocuencia como Orden. No me imaginé — suspiró incómodo— que parte de los maeses creyeran ciegamente en ello de manera tan literal. Están enfermos. Son fanáticos. Tenéis que alejaros de ellos.

—Por eso nos vamos.

—¿Adónde iréis?

—Tenemos algo que hacer en Inglaterra. Queremos ir a ver a Luce.

—¿A Luce? —dijo Thomas sorprendido—. ¿Sabéis algo sobre ella? ¿Está despierta?

Kilian y yo procuramos no decir nada al respecto. No por desconfianza, sino porque cuanto menos gente supiera que Luce había despertado mejor.

—Es una visita de cortesía. Vosotros no os preocupéis...

Nos mantendremos en contacto —aseguró Kilian—. Papá, llama al número que te he facilitado. Y utiliza el teléfono que te he dado y que es de tarjeta, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Con Taka todas nuestras comunicaciones serán seguras.

—Bien. Entonces —exhaló y atrajo a Kilian para darle un abrazo fuerte. De esos que nunca le había dado—. Ten cuidado, hijo. Y cuida de Lara.

Mi chico pareció tensarse un segundo, pero después claudicó y se relajó. Aceptaba el abrazo como verdadero.

—Eso haré —le dijo Kilian con sorpresa, disfrutando de aquel gesto de amor paternal.

Thomas me miró con empatía y se encogió de hombros.

—Siento mucho toda esta mierda, Lara —reconoció—. Y siento haber sido en parte responsable de todo lo que está pasando.

—No —negué yo convencida—. No tienes nada

que ver en esto. Las cosas suceden, Thomas. Además, si por ti fuera, yo nunca habría pisado Yale —reconocí—. Tú intentaste espantarme, alejarme, pero yo no te hice caso.

Él se echó a reír. Sus ojos negros destellaron. Parecía estar de acuerdo.

—Eso es verdad. Tú mordiste el anzuelo de mi hermano, no el mío. Toda la culpa es de él —le picó.

Kilian se tomó el comentario como una broma. Y yo no le quité razón.

—Thomas, te quedas a cargo del fuerte. Si sucediera cualquier cosa, por favor —le pidió colocándole las manos encima de los hombros—, avísanos —le ordenó en voz baja—. Usa el móvil de papá para hacerlo.

—Claro, tío —contestó Thomas dándole un

cachete cariñoso en la mejilla—. Anda, largaos ya. La Cúpula debe estar loca ahora mismo buscando a los culpables del incendio. Pero cuando salte la noticia de la Luz en los medios, todo irá a peor. Los maeses harán todo lo posible por no ir al hoyo, y si lo hacen, se asegurarán de dejar bajas por el camino. Nosotros también tenemos que desaparecer —auguró sin equivocarse—. No quiero ser carne de vendetta.

—Bien —Kilian tomó mi mano y los dos nos dimos la vuelta al mismo tiempo al oír el claxon de Amy. Mi amiga tan discreta como siempre...—. Cuidad de Xena —fue la última orden que Kilian les dio a su hermano y a su padre, antes de cargar las maletas de ambos en la pintoresca Chevrolet de Amy.

—Xena es la única hembra que me ama incondicionalmente. Es mi amor —susurró agachándose de nuevo para rascarle detrás de las orejas.

—Sí —añadí yo mirándole por encima del hombro—. Sobre todo, si no te decides a declararte a la hembra humana que te gusta.

Thomas arqueó las cejas negras y dibujó una sonrisa en sus apuestos labios.

—Lárgate, Lara —lo dijo de un modo tan fraternal que hasta me gustó.

—Adiós —me despedí de ellos por la ventanilla y le mandé un beso a mi adorable futura suegra.

En el coche, de camino al aeropuerto, fue el brazo de Kilian que me pasó por encima, el que me dio la tranquilidad que me faltaba. O, al menos, la suficiente como para no pensar en que todos corríamos peligro. Yo no sabía cómo se las gastaban los Huesos cuando alguien les hacía la cama. Pero me lo podía llegar a imaginar.

Y no me gustaba.

Las ventajas de tener amigos como Taka, un genio, un hacker y un delincuente con alma de Robin Hood al que querían reorientar —me temo que sin demasiado éxito— eran tantas que la lista sería interminable. Poseía tantos contactos de personas que parecían inalcanzables y que tenían en su potestad el don de la invisibilidad, que me fascinaba que tuvieran esa deferencia con él para darle todo lo que pedía. Eso me hizo comprender que Taka había hecho mucho más de lo que decía en sus tiempos bandidos, y que, seguramente, había encontrado el modo de continuar haciéndolo. Porque formaba parte de él. Estaba en contra del sistema. Le encantaba destrozarlo. Y el que nacía pirata, era un pirata siempre. Podía engañar a sus tutores, a su familia, a sus jefes y a la misma CIA si le daba la gana, pero a mí no me engañaba. Y a Thaïs tampoco. Además, sabía que

si la rubia estaba tan loca por él era precisamente por lo irreverente que era con las leyes. Totalmente indomable.

A mí me enseñaron a no aprovecharme nunca de los demás. A no pedir ni reclamar. Pero con Taka era imposible. No porque yo le pidiera nada, sino porque él te lo daba todo sin más. Si eras su amigo, entrabas en su grupo selecto y especial, y lo que él tenía, también te pertenecía. Te lo daba sin esperar nada a cambio.

Por eso nos quedamos locos al llegar al aeropuerto de Connecticut, donde nos asistió un guarda previamente avisado por algún contacto de Taka —nunca sabríamos cómo conseguía las cosas— y nos llevaron a la pista de aterrizaje donde cogeríamos un jet privado. O sea, un jet.

Increíble, pero cierto.

Era un Cirrus Visión SF50 rojo y blanco, de siete

plazas. El interior tenía todo lo que necesitábamos para viajar cómodos hasta Barcelona. Asientos amplios que se hacían cama si lo deseabas, mesas anchas, música, cine... Incluso buena comida.

Una vez todos acomodados y todavía con la sorpresa, Taka pidió unos Gin Tonics para los cinco. Aunque, Amy no lo iba a saborear siquiera. A los veinte minutos de salir del aeropuerto e iniciar el vuelo, ya se había quedado totalmente dormida, con la boca abierta y un antifaz de seda rosa en los ojos. ¿Cómo alguien podía ser tan bruta y tan cursi a la vez?

Kilian, sentado a mi lado, no dejaba de sonreír ante aquel alarde del japonés.

—Taka, permíteme que lo entienda —apuntó mirándolo de soslayo—. ¿Tus contactos te dan todo lo que quieras?

—Más o menos. Hice mucho por ellos, y algunos

son colegas de artimañas. Me deben muchos favores.

—Pues debes conocer a gente muy rica... —
murmuró admirando el avión.

—Conozco a gente muy rica. Yo no hago putadas ni tampoco favores a gente que no tenga donde caerse muerta. Trabajo para colectivos, no para personas individuales. Y lo que he hecho hasta ahora, lo he hecho porque mi código me ha empujado a ello. Mi punto de mira está mucho más arriba. Pero el dueño de este avión, si es lo que quieres saber, no es millonario. Compró el jet para ganarse la vida alquilándolo. Todavía lo está pagando. Pero, no le va nada mal.

—¿Qué favor te debía?

Taka miró por la ventana. Sus ojos grises iluminados por el cielo del atardecer parecían de acero.

—Le ayudé a denunciar una compañía aérea que explotaba a los pilotos y que, además, repostaban siempre la gasolina justa para sus vuelos, poniendo en riesgo la vida de los pasajeros. Saqué a la luz sus cuentas y sus contratos, así como las rutas de sus viajes y los depósitos de los aviones en cada viaje —arqueó la ceja en la que lucía su piercing y sonrió—. No fue nada. Un trabajito sin importancia.

—Así que te dedicas a hacer el bien —Kilian se cruzó de brazos y lo estudió con más simpatía.

—Solo me encargo de poner cada cosa en su sitio. Y más cuando el sistema no investiga lo que tiene que investigar. Así que, este hombre nos ha dejado el jet para usarlo en nuestro viaje europeo. La única condición que me ha puesto es que no practique sexo entre las nubes...

Thais chasqueó la lengua lamentando aquella condición.

—Pues vaya chasco.

—¿Y has dejado de meterte en líos definitivamente? — continuó Kilian muy interesado—. Tengo entendido que te siguen de cerca.

Mi amigo se pasó la mano por la cresta, y le guiñó un ojo a Thaïs, que tenía apoyada su cabeza en su hombro.

—Estoy en el mayor lío de todos.

—Me refiero a temas de seguridad nacional y demás...

Taka esperó a que el azafato nos sirviera las bebidas, que acompañó con un ligero pica pica de canapés y frutos secos.

Cuando se fue, prosiguió la conversación con Kilian.

—Meterme en líos como el de hackear a la NASA y al PENTÁGONO, sí. Eso lo he dejado por ahora —contestó sin darle ninguna importancia—. Pero, de alguna manera, estoy en un lío gordo con el tema de los Huesos. Es como si jodiéramos la escuela de los futuros gobernadores de Estados Unidos. Como si les fastidiáramos la base en la que ellos se forman, su principal academia para crear dominadores del mundo. No les hará gracia ver que estamos detrás de sus últimos fracasos. Así que sí: ahora mismo creo que me estoy metiendo en un lío de tres pares de narices. Todos estamos metidos. Dad gracias a que me sé mover —reconoció con seguridad—. No permitiré que nos cojan. Al menos, no dentro de las redes, sean cuales sean. Este es mi mundo. Puede que ellos sean los dueños del mundo físico, del económico y del político. Pero yo soy el Rey del Hackeo.

—Cambiando de tema —añadió Thais—.

¿Quién creéis que ha provocado el incendio de la Tumba?

—Han sido mi padre y el resto de maeses — confesó Kilian comiendo olivas y frutos secos—. Ellos la han quemado. Ha sido un modo de protestar contra la gestión de la Cúpula actual.

Taka y Thaïs se quedaron de piedra y ambos miraron a Kilian como si estuviera loco.

—Ah —murmuró Thaïs—. Pues casi nada, ¿no? —Caramba —Taka parecía divertido—. Pues parece que

sí tienen agallas después de todo.

—Todos tenemos agallas cuando nos pinchan y nos obligan a mostrarlas —reconoció Kilian.

—Hubo un tiempo en que creí que eras uno de ellos — reconoció Taka cogiendo un manojo de

cacahuetes con miel—. Eras un Huesos, un Alden y jugabas con Lara como querías. Y me dije: «eh, Taka, no te fíes de este tío porque te la va a colar en cualquier momento».

—Yo también llegué a creer que era uno de ellos —admitió Kilian—. Hasta que te das cuenta de que su mierda huele mucho peor que la tuya. Y de que hay cosas que por mucha etiqueta que cargues contigo, no estarías dispuesto a hacer en nombre de escudos ni de nada parecido. Y si formas parte de un grupo de personas que no aceptan que otros tengan opiniones diversas, entonces, estás en un problema. Porque de esos sitios uno puede entrar, pero es mucho más difícil salir por voluntad propia.

—Pero tú has salido —reconoció Taka alzando el Gin Tonic.

—De hecho, estoy escapando —sonrió Kilian alzando su copa—. Veremos si puedo salir

indemne.

Le miré obtusa.

—Todos estamos huyendo de esa gente —dije yo—. No sé cuántos hilos moverán alrededor del mundo ni hasta dónde llegan sus influencias. Pero creo que los Huesos ahora están divididos. La Cúpula se ha quedado sola, pero seguramente no le faltarán seguidores, personas dispuestas a hacer valer sus credos por encima de todos los demás. Y con toda probabilidad tengan gente esparcida por todas partes.

—Somos conscientes —dijo Taka intentando tranquilizarme—. No es un viaje de ocio —recordó—. Lo tenemos más que asumido.

—Solo espero que salga la noticia pronto y se vuelva de relevancia internacional —Thaïs jugaba con un mechón de pelo rubio, acariciándose la mejilla con él.

—Aunque ese sea el pistoletazo de salida —
murmuró Kilian.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thaïs.

—Nos lo dijo Trinity. Cuando ellos sepan todo lo que hay detrás se darán prisa en actuar. No les cogerán así como así.

—No pueden huir del país —protestó Thaïs.

—Lo harán —aseguró Kilian—. Y nos darán caza —su mirada gualda no titubeó—. Sin Luz, sin todos los medios disponibles, con la mayor parte de los Bones dándoles la espalda y desentendiéndose de sus conflictos y con las manos atadas como estarán, solo podrán correr en busca de la única persona que sus mentes enfermas creen que les puede ofrecer la Ascensión que les coloque como Reyes, por encima del resto. Que les dé el poder.

—Y esa es mi hobbit —Thaïs me miró con orgullo de hermana mayor—. No sé si me gusta que seas tan popular...

—Eres una egocéntrica —le contesté agradecida por fingir que todo estaba bien y que nada malo iba a pasar.

—Irán a por el Magog y el Tapper ware —resumió Thaïs haciendo un chiste.

—Eres tan lista... —fingí admiración—. Qué sinónimo tan bueno para Recipiente —tomé mi copa de Gin Tonic y le di un sorbo, porque me apetecía. Y porque quería relajarme un poco en el avión. Como el alcohol y yo teníamos tolerancia cero, como Obama y Trump, sabía que el efecto sedante iba a ser casi inmediato—. Habrá cargos contra ellos por manipulación de sustancias ilegales —Kilian posó su mano sobreprotectora sobre mi rodilla y yo entrelacé mis dedos con los de él. Adoraba ese contacto. Me encantaba el

modo en que me hacía sentir acompañada en cada momento— y un montón de delitos más contra la salud pública, pero recordad que nuestro objetivo es reunir las pruebas suficientes que demuestren que intentaron asesinar a Luce, y el porqué lo hicieron. Solo tenemos una parte del rompecabezas. Necesitamos completar el Tetris y después llevar el informe completo a los medios.

—Y mientras hacemos todo esto —agregó él dejando caer la atención sobre cada uno de nosotros—, debemos vigilar nuestras espaldas y procurar que no nos cacen.

—No hasta que pase la Luna Azul —señaló Taka comprendiendo todo a la perfección.

—Y no hasta que estén entre rejas o... —sentenció Kilian con voz mortífera— bajo tierra —se me puso la piel de gallina y le miré atónita.

—No vamos a matar a nadie —dije yo—.

¿Estamos locos?

Taka y Kilian se observaron de manera intensa. Odiaba que tuvieran esa complicidad de alfas, porque se comunicaban en secreto. Lo que se decían era un misterio para mí. Pero estaba convencida de que no era nada bueno.

—Si nos atacan —respaldó el japonés muy relajado—, no somos responsables de lo que suceda en defensa propia. Estoy con Kilian. Solo si acaban de una de las dos maneras podrán dejarnos en paz.

—Quiero ser criminóloga. No criminal —advertí—. No tengo intención de que nadie acabe conmigo, pero no voy a planear asesinatos. Prefiero que paguen en la cárcel.

—Tu protección nos la dejas a nosotros —sentenció Kilian. Lo hizo de un modo que no aceptaba más diatribas. Él había tomado las

riendas.

—Tú eres sanador, Kilian —le reproché—. No eres una persona agresiva. Salvas vidas, no se la quitas a nadie. Por favor —sacudí la cabeza totalmente en contra—, no quiero hablar de esto más.

—Solo estamos dejando las cosas claras —replicó él—. Haremos lo que tengamos que hacer llegado el momento.

—Dios, en serio... esto me sienta mal. ¿Thaïs, te parece bien que tengan esas ideas?

Mi amiga se encogió de hombros y se humedeció los labios rojos y perfectamente perfilados.

—Yo creo que, llegado el momento, prefiero tener a alguien cerca, fuerte y con medios, para salvarme la vida. A partir de ahora, Lara, todo será en defensa propia, ¿no lo entiendes? Estamos

huyendo de ellos y de su influencia. Pero nos perseguirán. No veo nada de malo en asumir que somos capaces de lo que sea por sobrevivir.

Dios, siempre tan pragmática. Y fría. Muy fría cuando se lo proponía.

Volteé los ojos y soplé levemente.

—Mirad, tengamos los ojos bien abiertos y permanezcamos juntos. No nos pasará nada —lo dije en voz alta para creérmelo. Aunque no estaba convencida de la veracidad de esas palabras.

—No. No nos pasará nada —sentenció Taka volviendo a hablar con Kilian mentalmente. ¿Qué código era ese?

Me dio mucha rabia.

¿Por qué los astros se habían puesto de acuerdo para juntar a dos tipos como ellos? ¿Quién me iba

a decir a mí que se iban a llevar tan bien? Aunque, siendo sincera, y conociendo sus psiques, entendía que ellos eran del tipo «escudero». Si tenían algo que proteger, se dejarían el alma en ello.

Por el modo en que Taka olía el pelo de Thaïs disimuladamente y la rodeaba con su brazo, supe que Thaïs era su baluarte. El que él defendería.

Miré a Kilian, y cuando me encontré con su golpe de vista, tan locuaz, tan sincero, no necesité adivinar cuál era el suyo. Y no pude hacer otra cosa que no fuera callar, tomarlo de la barbilla y darle un beso en los labios.

Me volvía loca saber que yo era el bastión que él lucharía por preservar.



Connecticut centro Mansión Andersen

Los cuatro se reunieron en el salón, frente al televisor. No daban crédito a lo que veían. Su Tumba, su lugar privilegiado de reuniones secretas; la olla donde se originaban las recetas de mejores ingredientes, se había incendiado. Pero no todo había ardido en su interior. Aquella montaña significativa de anillos de Huesos, permanecían enteras en el suelo de la sala central, ennegrecidas por la ceniza, pero todavía continuaban siendo alianzas que una vez, maeses y Bones como ellos, llevaron con orgullo.

¿Cómo alguien se atrevía a dar la espalda a la Cúpula? Ellos eran los que gestionaban el poder.

Los que, al final, acababan hablando con las más altas esferas del país para hacer y deshacer. Y ahora, no necesitaban ser demasiado inteligentes para comprender que no eran cinco lamentándose de lo sucedido. Les faltaba uno. Un Maese con nombre y apellido: Richard Alden. El Sabio.

Odín jugó con la alianza de su dedo anular, se frotó la perilla que volvía a crecerle, con su inconfundible mechón blanco, y fijó sus oscuros ojos en la pantalla.

—Han vaciado las cuentas —explicó al grupo—. Los socios compromisarios han retirado sus ingresos de la cuenta común y de las empresas asociadas a los Bones, y han dejado las arcas temblando. Ha sido una acción conjunta y premeditada. Nos hemos quedado sin fondos. Menos mal que los túneles estaban completamente limpios después de que pasaran a recoger todas las cajas. No han podido encontrar nada. Nada por lo que puedan incriminarnos.

—El Sabio no está aquí. Ha desertado —anunció el Comandante—. ¿Creéis que él ha promovido la rebelión?

Odin sonrió malignamente, como si todo alrededor le sobrase.

—Creo que no le ha gustado nada ver los efectos de la Luz en su hijo yonqui. Aun así, si ha sido él o no ya no importa. La entrega de los productos se realizará en breve y en el último pago recibiremos muchísimo dinero —explicó llevándose a la boca el puro habano que fumaba—. Todos los Bones que nos han dado la espalda lamentarán haberlo hecho. Otros nuevos ocuparán su lugar. Erraban al creer que eran imprescindibles. Nadie lo es —convino sin demasiado entusiasmo—. Después de todo, este incendio sin duda provocado... —suscitó con aires de grandeza— será solo anecdótico, un simple accidente. Y nosotros continuaremos con nuestros planes. Captando nuevos Caballeros.

—¿Creéis que cabe la posibilidad de que supieran lo que íbamos a hacer con la Luz? Han retirado los fondos y han abandonado la Orden... —meditó el Ejecutor, mucho más cauto y preocupado que los demás—. Hemos negociado todo esto a espaldas de muchos Bones... Y es significativo que Alden, el único al que no habíamos advertido de nuestros movimientos, no se haya presentado a esta reunión. Su teléfono está fuera de cobertura.

Odín frunció el ceño y desdeñó tal hipótesis.

—Hasta que no veamos el número de serie de esas alianzas despreciadas, no sabremos hasta qué punto anda metido en todo esto. De todas maneras, Alden fue una decisión de cara al departamento de abogacía. Necesitábamos a un representante en derecho trabajando de nuestra parte. No lo elegimos porque creyera en la Logia por encima de todo —explicó—. Creía en el poder y en el renombre. Pero le falta valor para organizar

un complot. El Sabio estaba muy afectado por los altercados entre el Magog y el Hechicero. Nada más. Son sus hijos —se encogió de hombros—. Ha tenido un arrebatado de culpabilidad. Me temo que se puso nervioso y al ver que ya no podía controlar a Thomas, simplemente se desmoronó. Pero no es tan inteligente como para ver más allá. Mis cuentas están protegidas. Y Alden no tiene poder ni medios para meterse en mis sistemas. Así que es imposible que sepan nada. Creo que a él y al resto les ha entrado el miedo. A todos. Es eso —alzó la barbilla con soberbia—. Pero más nos temerán. Cuando convoquemos a Eulogia este fin de semana, seremos invencibles —torció la cabeza y miró al Escriba—. La Diosa nos acompañará —con aire distraído, acarició el tejido del pantalón de su muslo—. ¿Tenemos a la chica y al Magog localizados?

—Sí, señor —contestó el Escriba lamentando la imagen del televisor. La televisión local emitía las

noticias de Yale, pero sería noticia estatal cuando saliera en los partes nocturnos de todo Estados Unidos. La fachada egipcia había quedado completamente devastada por el incendio. Ya no había grandeza en aquel edificio. Solo polvo—. Tenemos que recuperar la Tumba...

Me duele verla así.

—Se hará. Por eso no te preocupes. Lo primero es colaborar con la policía y mirar todos los números de los anillos, Escriba. Te pongo al cargo. Necesito nombres y apellidos de todos los que han participado en esta atrocidad.

—Sí, señor.

—Y asegúrate de que Kilian Alden acepta llevar a Lara a la Isla —ordenó Odín—. No admitas ningún "no" por su parte. Puede estar influenciado por su padre y no sabemos hasta qué punto Richard está involucrado en esta claudicación

general ni cuáles han sido sus razones. Si el Magog se niega, le obligaremos. No se nos van a escapar. Y no vamos a aceptar ningún «no». Convénceles, Escriba.

—Por ahora ya han recibido la invitación —asintió—. Hoy o mañana me aseguraré de que las directrices queden claras para los dos.

—Bien —susurró Odín mirando con tristeza el algarabio alrededor de su calcinado centro de operaciones—. El sábado los quiero a los dos dispuestos. Conscientes o inconscientes, me da igual. No hay tiempo que perder.

—Sí, Odín.

Su mirada añil se entrecerró. Él era el líder de la Cúpula. Pero no estaba preocupado por lo que sucedió con su Tumba. Ya habían sacado de ella todo lo que necesitaban.

Todo lo demás era secundario.

Ahora lo que concernía toda su atención era la Luna Azul y cómo iban a usar a Lara y al Magog para sus propósitos.

La diosa no podía seguir esperando. La chica era la pieza que necesitaban para completar el ritual que no llegó a consumarse veinte años atrás.

Pero él le daría continuidad. Ese era su Destino.

Martes, Barcelona

Pedralbes

Iba a ser una sorpresa. No nos esperaban.

Ni yo tampoco esperaba que volver a Barcelona,

a mi casa, me sensibilizara tanto. Me sentía tan rara...

Habíamos alquilado un apartamento solo para esos días en la Diagonal. No queríamos hacer registros masivos, y usamos una identidad falsa que Taka se creó para poder inscribirse en bases de datos sin levantar sospechas ni ser fácilmente rastreables. Nadie sabía que habíamos volado hasta Europa ni cuál era nuestro objetivo, y así debía ser. Cuando los Bones supieran la verdad, que esperábamos que fuera en breve, y ya era martes, solo les quedaría venir a por mí para, según ellos, intentar controlar el mundo que se les estaba yendo de las manos, y debía ser antes de que les metieran entre rejas. Cuanto más pensaba en ello, más enfermizo me parecía todo.

Taka, Thais y Amy se habían quedado en el apartamento. Los chicos querían darme espacio para que yo pudiera visitar a mis padres a solas, con Kilian. Y yo se lo agradecí. Necesitaba un

poco de intimidación. Además, ellos hablaban inglés, y mis padres, aunque lo entendían a medias, no lo hablaban nada. Bueno, mi padre sí tenía más control, porque sé que cuando mi madre vivía, de vez en cuando, chapurreaban alguna palabra. Y más conmigo, ya que desde pequeña fui a la escuela Saint Paul, donde desde el primer día nos hablaban en ese idioma. Yo necesitaba practicar, y él practicaba conmigo de higos a peras.

Pero la falta de práctica lo había oxidado. Tomamos un taxi hasta la calle en la que yo vivía.

Kilian estuvo muy pendiente de mí desde que llegamos a la ciudad condal. Era consciente de que me sentía frágil y nerviosa, y de que mi estado empeoraría cuando no pudiera hablar a mi padre sobre lo que estaba pasándome, ni sobre la carta de mi madre. No quería asustarles. Ni quería ponerles en peligro. Era una situación muy delicada.

—Me gusta mucho la zona en la que vives —me dijo Kilian abrazándome contra su cuerpo. Estábamos sentados los dos en los asientos traseros del taxi.

—Es una zona tranquila.

—De buenas casas.

—Sí —afirmé—. De gente con poder adquisitivo. Nosotros no somos ricos, Kilian —le aclararé—, ni por asomo. Pero mi padre se ha ganado muy bien la vida, como mi madre y, gracias a eso, han podido tener todo esto. No tenemos torres ni casas de playa —continué—, y mi casa tiene solo un jardincito delantero, otro trasero y dos plantas. Pero —suspiré con cariño— es mi casa.

Era la zona alta de Pedralbes, pero mi hogar no era ni de largo como las otras mansiones que sí había por la parte más montañosa, alrededor de la

cima. Como fuera, era una buena zona. En eso Kilian tenía razón.

—Me hubiera gustado hablar español —convino él con la mirada fija en la angosta calle por la que circulaba el taxi. Entonces le noté un poco nervioso. Y me enternecí. Él había querido acompañarme. Yo no quise obligarle ni nada por el estilo... Pero mi Assassin quería conocer a mi padre y a Gema. Y yo no le iba a decir que no.

Apoyé mi mejilla en su hombro y medio sonreí. Era tan mono, y tan... tan él. Ay, me tenía loca.

—No hace falta. Te entenderás muy bien con ellos. Saben hablar indio muy bien —bromeé—. Y si no, yo seré tu traductora.

Kilian giró su rostro hacia mí, la comisura de su labio se alzó con sorna y me dio un besito en la nariz.

—Lo único que tienen que entender es que yo cuido de ti —susurró—. Con eso me querrán.

Sí. Él cuidaba de mí. Y por eso yo le quería tanto.

Cuando el taxi se detuvo en frente de mi casa, tuve sentimientos encontrados.

Era extraño. Recordaba lo sucedido con mi madre como si hubiese sido en aquel sitio, bajo aquel techo, pero no era así. Fue en otra casa. Una de la que huimos para que mi mente obsesiva no se volviera loca recordando una y otra vez la dantesca escena. La psicóloga convino que era mejor mudarnos para que tanto mi padre como yo pudiéramos renovarnos y empezar de cero. Pero ninguno de los dos pudo empezar de cero. ¿Cómo iba a ser eso posible? Solo pudimos sobrevivir al dolor. Éramos supervivientes a una tragedia.

Aunque la mudanza nos ayudó a centrarnos y a tomar otros objetivos, lo cierto fue que vivíamos por la misma zona, la misma urbanización porque, por trabajo, mi padre no podía cambiar de aires, y a mí tampoco me iba bien, dado que mi colegio también estaba cerca.

«Normalidad dentro de lo extraordinario», eso nos repetía Margarita. Y mi padre siguió su consejo. Todo se parecía, pero nada era lo mismo. El mismo barrio, otra calle, otra casa similar y lo que más hería; ya no éramos tres. Éramos dos en casa. Tuvieron que pasar unos cinco años hasta que empecé a sentir esas paredes como mías. Y todo coincidió también con la llegada de Gema a nuestras vidas. Ella fue como una tiritita. Un apósito para las heridas. Con ella mi idea de familia se reestructuró. Me ayudó a conformar un hogar basado en las personas, no en los ladrillos. Y entre los tres, nos echamos una mano para crear nuevos recuerdos. Aunque en el fondo, mis taras

permanecerían para siempre. Porque uno nunca olvida un trauma como aquel. Y yo no era la excepción.

Nos bajamos del coche. Kilian pagó al taxista y después ambos miramos la fachada de mi hogar. En Barcelona no hacía tanto frío como en Connecticut en esas fechas, pero aun así, el viento y la humedad daba una extraña sensación gélida, lo suficiente para sentir las manos heladas.

—¿Vamos, cachorrita? —Kilian me ofreció su mano y yo la acepté.

Saqué mis llaves de mi chaqueta militar, la Ralph Lauren que me regaló Gema entre miles de trapos más, y que tanto me gustaba. Le iba a dar una alegría cuando me viera, y más aún cuando me viera vestida con sus cosas.

Abrí la puerta del jardín, y caminamos a través de las piedras que habían pavimentadas sobre el

césped. En las bases del muro híbrido de baldosas lisas y grisáceas y madera oscura que delimitaba mi casa habían flores de todos los colores, del mismo tamaño y juraría que también, por cada tipo de flor, el mismo número de unas y otras. Mi padre era un obseso de las flores, le encantaba la jardinería. De hecho, Gema y yo bromeábamos mucho al respecto. Además, se volvía loco si se pisaba el césped.

Yo adoraba el olor a hierba húmeda y acabada de regar. Hacía poco que los aspersores se habían puesto en funcionamiento. Solía ser a las doce de la mañana y a las siete de la tarde. Dado que eran las ocho, aquel manto verde todavía exudaba su refrescante aroma.

Subimos las escaleras del pequeño porche delantero en el que había un chillout de bancos y butacas de mimbre y decidí presionar el timbre de la puerta blindada de roble. No quería ser tan invasiva. A saber lo que estarían haciendo esos

dos.

Ding dong.

Escuché los saltarines pasos de Gema y cómo le preguntaba a mi padre en voz alta «¿esperas a alguien?». Pero no hizo falta que mi padre le contestase. Sus ojazos redondos y grandes no se lo creían.

Cuando abrió la puerta y me vio, entreabrió la boca y no parpadeó.

Yo le sonreí abiertamente.

Gema nos miró a uno y a otro, y después reaccionó. Dio un grito de alegría y añadió:

—¡Pero, por el amor de Dios! ¡Larita! —abrió los brazos y me sepultó entre ellos—. ¡Es Lara! —continuaba hasta casi asfixiarme.

Oí cómo mi padre corría hasta la entrada para verificar la información. Cuando Gema se apartó y yo le miré, sentía cómo me abrazaba el corazón con su mirada. Me emocioné y corrí hacia él como solía hacer cuando era pequeña y dejé de hacer al hacerme mayor. Pero al verle, volví a ser una niña.

Su rostro amable y agraciado; sus gafas de listillo, su pelo despeinado y aquella sonrisa perenne que había resistido a la mayor desgracia, me devolvieron el calor perdido.

Cuando nos abrazamos, él olió mi pelo y yo me embriagué del olor del suavizante de su jersey de algodón.

—Mi bicho raro... —no salía de su asombro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Yo sonreí contra su pecho y agradecí aquel momento, porque era justo lo que necesitaba.

Sí. Mi hogar eran esas personas.

—Este es Kilian —les presenté tirando de su mano para que se atreviera a entrar en la casa—. Es mi amigo de Yale. No habla castellano —me encogí de hombros.

Después de cientos de besos y abrazos, tanto Gema como mi padre esperaron a que les hablara de aquel chico alto y esbelto que esperaba respetuoso sobre el felpudo de la puerta de entrada.

Me entraron ganas de reír al ver aquel despliegue de educación americana de alta cuna en Kilian. Y también pensé que era el novio más guapo del mundo.

Llevaba unos tejanos, sus Panama, un jersey de

punto gris que moldeaba su torso y su cazadora de piel Philipp Plein con la calavera estampada en la espalda. Quería besarle ahí mismo, pero iba a controlarme.

Gema escondió su risita, y mi padre le echó una mirada estilo Padrino, aunque, como era un sol, obviamente no se lo hizo pasar mal.

—Encantado, Kilian —le dijo mi padre en inglés.

—Gracias —contestó él en lo único que sabía de español.

—Pero ¿entiende castellano? —quiso cerciorarse Gema cogiéndose al brazo de mi padre.

—No. Casi nada.

—¿No? —arqueó una ceja y entonces soltó—. Pues menos mal, porque tengo que decirte que

este chico está como un queso.

—Gema —mi padre puso los ojos en blanco. Yo me eché a reír.

—¿Qué?! —protestó divertida—. Tengo las hormonas haciéndome la ola... Me vas a decir tú a mí que eras así de guapo a su edad... —se giró para mirar a mi padre—. Madre mía, Lara —se llevó la mano al pecho—. Te juro que pensaba que me ibas a traer a un Nerdo de esos...

—Nerd —la corregí.

—Sí —asintió admirando a Kilian de arriba abajo—. Pero me has traído a un guapo. Qué alegría, cariño. Por fin te has sacado partido. Estás guapísima, por cierto —me tiró de la mejilla—. Es lo que nos pasa a las mujeres cuando nos dan besos, ¿a que sí? —dijo coqueta.

Besos. Y lo que no eran besos, pensé.

—Esto es genética, querida. —mencionó mi padre sacando pecho.

—Sí, sí, amor... Genética pura y dura. Caramba con Keuman... —repasó a Kilian de nuevo.

—Kilian —la rectificué.

A Kilian no le hizo falta hablar español para entender a mi pijastra. No era tonto. Sabía lo que provocaba. Y Gema, que era una mujer, no iba a ser la excepción.

Mi padre cerró la puerta de la calle y apoyó una mano en la espalda de Kilian y otra en la mía para invitarnos a pasar.

—¿Os quedáis a cenar? —nos preguntó—. Tienes que explicarme qué hacéis aquí. Y —alzó su dedo índice— Gema está haciendo fajitas mejicanas.

—Oh... —suspiré—. Me encantan sus fajitas. ¿Te gustan las fajitas, Kilian? —le pregunté.

Él asintió y accedió a darle la chaqueta a Gema, que también cogía la mía para colgarla en la percha.

—Pues venga. No se hable más —convino—. Todos al salón. Que en nada tendré todo listo.

Era como si nunca me hubiese ido. Llevaba dos meses y medio fuera de casa, pero cenar con ellos, juntos, mientras comíamos fajitas y nos contábamos las cosas, hacía que pareciera que todavía no había hecho las maletas para irme a Yale.

Y sin embargo, tantas cosas había vivido y tanto había pasado... pero debía vigilar no alarmarlos.

Gema esperaba un bebé. Mi padre estaba feliz y tranquilo como no lo veía en mucho tiempo.

Y Kilian... Kilian hablaba conmigo y yo traducía. Aunque con algunas palabras no hacía falta.

Gema habló sobre su estado. Se encontraba muy bien. Solo tenía náuseas matutinas. Y tenía que dar gracias porque iba a tener su primer bebé y le habían dicho que las primerizas lo pasaban fatal.

Iban a arreglar la habitación de la oficina para mi futuro hermanito, y mi padre quería pedirse una baja paternal cuando naciera.

El trabajo les iba bien a ambos, aunque Gema ya estaba de baja, porque a sus cuarenta y uno tenía un embarazo de riesgo, así que debía hacer reposo.

—Pero... ahora, contadnos —nos ordenó Gema—. Que estoy harta de hablar del monstruo de las galletas que tengo en la barriga. ¿A qué se debe

esta visita sorpresa?

—Sí. Hace poco hablamos contigo por tu cumpleaños —explicó mi padre mientras se enrollaba una tortita llena de pollo y guacamole—. No nos dijiste que ibas a venir.

—Entonces no lo habíamos pensado —les dije—. Queríamos hacer un viaje juntos... con mis amigos, y aprovechamos en hacerlo ahora porque todavía no hay exámenes. Y... bueno —llené una cucharada de guacamole y lo expandí por la salsa tejana y los frijoles—. En Navidades cada uno se va a su casa. Y para verano queda mucho. Y por eso hemos elegido estos días —me había convertido en una experta en mentir. Y era un título poco honorable—. Les enseñé Barcelona y luego nos vamos a Inglaterra, a pasar unos días en Londres.

Cómo me hubiera gustado poder decirles la verdad. Explicarles desde el principio todo lo que

sucedía y los problemas que nos venían encima. Pero necesitaba mantenerlos al margen de todo, por su seguridad.

—Ajá —murmuró mi padre no muy convencido, mirándome como un investigador privado—. ¿Y qué estudias, Kilian? —le preguntó en inglés.

Kilian tomó su cerveza y antes de beber contestó:

—Medicina, señor.

—Oh... —esos tonos que ponía eran sinónimo de advertencia. En todos ellos quería dar a entender un mensaje subliminal: «ándate con ojo con mi hija. Si le haces daño, te mato». Y me gustaba que fuera así de protector—. ¿Qué especialidad?

—Quiero especializarme en medicina legal —añadió Kilian de repente.

Lo miré con sorpresa. No me había hablado de

ello nunca. Lo cierto era que di por supuesto que él sería cirujano o incluso un atractivo y sexy médico de familia. Le encantaba ayudar a las personas y salvarles la vida... ¿Por qué pensé eso? Aparte de contarme su inquietud respecto a aquella aplicación de primeros auxilios que quería llevar a cabo con el premio del Turing, no me dijo nada más como para que yo pensase de ese modo.

—¿Medicina legal? —le pregunté.

—Sí —asintió él—. El quirófano me atrae. Y salvar vidas también —explicó—. Pero cada vez más me gusta la idea de la medicina forense —sonrió a medias, escondiendo lo divertido que se sentía con mi estupefacción—. Es algo que últimamente me llama bastante... Reconocer las causas de la muerte de una persona. Ayudar a desvelar un crimen. Investigar...

Mis pestañas aletearon un tanto confusas. ¿Kilian quería entrar en mi terreno? ¿Todo lo que

estábamos viviendo le había cambiado? Día a día, crecíamos, no éramos los mismos. Las decepciones, las sorpresas, las injusticias... nos curtían. Y si Kilian se especializaba en aquella rama, tal vez, en un futuro...

—Eso sí es amor —dijo Gema bromeando cuando les traduje lo que él había dicho—. Una criminóloga y un médico forense. Menuda pareja. Seríais como Bones. Y adoro esa serie —se llevó la mano al corazón.

—Sí —dije riendo. Ni se imaginaba lo Bones que en el fondo éramos—. Pero el Bones aquí sería él.

Kilian se echó a reír también cuando le expliqué la broma. Parecíamos dos locos idos de la cabeza, riendo a carcajadas.

Cuando se nos pasó aquel pasaje de histeria y enajenación, mi padre, que intentaba radiografiarnos a los dos, intervino diciendo:

—Entonces, ¿cuándo os vais a Londres?

—Mañana o el jueves —les dije. Teníamos pendiente que los padres de Luce nos dieran el permiso para ir a visitarla. Kilian hablaría con ellos mañana por la mañana. Pero como teníamos la ventaja de disponer del jet de Taka, las horas nos eran indiferentes.

—Has hecho una visita exprés —insinuó no muy feliz—. Una visita de médico, nunca mejor dicho.

—Solo quería veros y daros una sorpresa —me excusé—. Necesitaba cargar pilas. Lamentablemente, no podemos quedarnos muchos días. Además, en Londres hay una convención de medicina a la que no queremos faltar. Nos gustaría asistir a alguna charla —les solté. Me sorprendí a mí misma inventándome cualquier cosa sin titubear. La verdad era que, aunque quería pasar más días con ellos, no podía, porque si la Cúpula se ponía en marcha y nos perseguía,

mi padre y Gema se convertirían en objetivos. Y no soportaría que estuvieran en peligro por mi culpa.

—Nos has dado una sorpresa maravillosa — aseguró mi padre con la mirada llena de amor—. Pero contadnos más cosas, cariño —me pidió emocionado—. ¿Qué tal por Yale? ¿Cómo te va todo? Y —nos señaló con el tenedor—... ¿cómo os conocisteis?



Ocho

Bueno, en realidad no fue complicado decir que nos conocimos la noche de las hermandades. De alguna manera, era cierto, porque allí nos redescubrimos. O mejor dicho, yo descubrí parte del pastel. De la mentira y también de la verdad. Desde entonces, todo había sido un desafío, una carrera contrarreloj. Y ahí empezó todo.

Les hablé de tantas cosas... De lo espectacular que era Yale y su Campus, de la larga tradición de personas ilustres que habían salido de sus aulas; de Amy, de la llegada de Taka y Thaïs, a lo que ninguno de los dos dio crédito, pero celebraron con alegría, pues sabían que con ellos al lado yo no estaba tan sola.

Kilian participaba y también hablaba de su facultad y de las cosas que hacíamos juntos allí.

Todo inventado, obvio. Si llegan a saber la verdad, les da un colapso.

Me encantaba estudiar allí, en Yale. Eso sí podía decirlo con la boca bien abierta y llena. Era una victoria personal, y aunque pasaban cosas que se escapaban a mi control, no podía negar que me sentía orgullosa de ser la becada extranjera con mayor nota. Les hablé de mis profesores que más admiraba; de Trinity y del profesor Donovan.

Mientras tomábamos el café en el sofá, les conté que las clases me encantaban, que las aulas eran inmensas y que los edificios de Yale eran tan bonitos que en muchas ocasiones uno llegaba tarde por admirarlos.

Gema y mi padre me escuchaban con atención y asentían con una curva ascendente en los labios que hablaba de admiración y también una elación propia de unos tutores que celebraban todo lo que su hija había conseguido.

—Me hace feliz verte tan bien, Lara —me dijo mi padre.

—Gracias, papá.

—Y me pica la curiosidad... —se inclinó hacia delante con la taza de café en sus manos—. ¿Eso de las hermandades es verdad?

—Sí —dijo Gema bostezando apoyándose en el hombro de mi padre—. Eso que se dice tanto de las hermandades secretas... ¿Existen? ¿Cómo se llamaban? Hay una... —se quedó pensativa, con sus ojos claros entrecerrados—. Ah, sí. Los Calavera y Huesos.

Yo miré a Kilian de reojo. Y este dijo:

—Skull and Bones.

—¡Eso! —afirmó Gema.

—Yo no sé mucho sobre esas hermandades —les contesté—. Nosotros estamos en una hermandad animalista... —me di la vuelta hacia Kilian—. ¿Tú conoces a alguien que esté en esa hermandad?

Él fingió no saber nada. Sus ojos salvajes brillaron fugazmente cuando me devolvieron la mirada, pero contestó:

—Existen. Pero todo lo que se dice de ellos son leyendas urbanas. Son fraternidades como cualquier otras.

Qué gran actor. Qué buenos éramos. Nos iban a dar un Oscar cuando saliéramos de mi casa. El Karma nos castigaría.

Pero el Oscar nos caía fijo.

Después de aquello, la conversación derivó en otras más deportivas, sobre fútbol, hockey, baloncesto, fútbol americano y demás... Tocamos

casi todos los palos.

Y entre palo y palo Gema se quedó dormida en el sofá. El embarazo le daba mucho sueño.

El móvil de pago de Kilian empezó a sonar. Miró la carcasa para ver quién era.

—Tengo que cogerlo, Lara —me dijo—. Es mi padre. Richard. Si su padre llamaba tal vez tenía noticias de cómo iban las cosas.

—Claro, cógelo. Sal al jardín —le pedí—. Tendrás mucha mejor cobertura.

Kilian se disculpó con mi padre y se levantó del sofá para ir a nuestra terraza interior ajardinada.

Mi padre y yo nos quedamos solos. Eran casi las doce de la noche, y ya llegaba la hora de irse.

Recogí las tazas del café de la mesita mientras

mi padre colocaba a Gema bien estirada en el sofá y después me acompañaba a la cocina.

Nos pusimos los dos a recoger y a enjuagar los platos antes de ponerlos en el lavavajillas, como un equipo perfectamente sincronizado, como siempre hacíamos. Esos hábitos nunca se perdían.

—Parece un buen chico, Lara. Me gusta — aseveró observándolo a través de la ventana.

—Lo es —ratifiqué—. Él... me ha ayudado mucho a adaptarme a Yale.

—Me alegra oírlo. Aunque, con lo sensata que eres, confiaba en que eligieras bien y no te fijaras en nadie peligroso o adepto a alguna secta.

—Me fijo en los buenos, papá.

Reí nerviosa pero dejé pasar cualquier comentario más. Quería decirle: «Papá, Kilian es

un bueno que a veces sabe ser malo. Pero no lo hace por goce propio. Las circunstancias y su responsabilidad le han obligado. Hasta que el corazón se metió entre sus obligaciones y lo que quería de verdad para él. Y entonces, decidió. Y me eligió a mí por encima de un montón de calaveras y huesos. Y esa es la máxima demostración para mí. Es arriesgado salir de ese mundo, pero él lo ha hecho. Por tu hija». No obstante, fui cauta y callé.

—Dime, ¿cómo estás tú, Lara? La Lara hija —me dijo de repente. La ventana de la cocina daba al jardín y desde ahí, ambos podíamos ver a Kilian hablando por teléfono, tocando las enredaderas de la pared distraídamente mientras escuchaba a su padre—. ¿Cómo estás tú de todo?

—Estoy bien, papá —le contesté organizando los platos.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Duermes bien?

¿Tienes insomnio? ¿Te tomas la medicación?

Dejé ir el aire por la boca y me encogí de hombros.

—Ya no me hace falta tomarme pastillas, papá. Ya sabes que las dejé...

—Lo sé. Pero te tomas las hierbas, ¿no?

—Sí. Aunque desde que estoy en Yale duermo bastante bien. Las pesadillas han venido solo ocasionalmente. Ya no es como antes, que venían todas las noches —le conté.

Mi padre acabó metiendo los vasos en el lavavajillas y después se dispuso a enjuagar los cubiertos.

—No ha sido fácil para ninguno de los dos —asumió.

—No. No lo ha sido.

—Y aunque es imposible pasar página, creo que ambos hemos sabido encontrar el equilibrio para seguir con nuestras vidas, ¿verdad?

Él necesitaba oír que así era. Se mostraba esperanzado por escuchar de mis labios que todo estaba bien. Le diría lo que quería oír. Pero ambos sabíamos que a mí me afectó de otra manera y que después de la tragedia vivida mi objetivo en la vida era ser una buena criminóloga. Porque quería reabrir el caso de mi madre y resolverlo. Y más ahora, que todo lo descubierto en Yale la hacía estar más presente que nunca.

—Sí, papá. Lo estamos haciendo bien —alcé mis ojos verdes y azulados y le sonreí con sinceridad.

—Eres una chica fuerte. No puedo estar más orgulloso de ti.

—Y tú también eres un chico fuerte —nos chocamos brazo con brazo y remojuamos las bandejas del pollo manchadas de salsa de la fajitas.

—¿Y has podido descubrir algo sobre tu madre?

—¿A qué te refieres? —se me disparó el corazón.

—Ella estudió allí. ¿No has indagado? Sé que no debe ser fácil para ti hacerlo. Eso te haría ser más consciente todavía de que ya no está... Y sabemos los problemas que tienes con eso.

—La verdad es que no —le volví a engañar. ¿Cómo iba a decirle que mi madre se cambió el nombre y el apellido al irse de Yale, porque quería protegerse de una logia de pirados?

—¿Sigues hablando con ella en sueños?

—Sí —contesté sincera.

Él negó con la cabeza.

—A veces no sé si te envidio o si te compadezco, cariño.

—¿Por qué dices eso? —puse el detergente y el abrillantador en el lavavajillas y encendí el programa.

—Porque no le has dicho adiós. Y porque tu mente ha creado una realidad que no existe, en tus sueños —susurró preocupado por mí—. Hay que saber dejar ir, Lara —posó su mano en el centro de mi espalda—. No puedes retenerla.

—Para mí todavía es real —él no se imaginaba cuánto—. Cuando esté preparada, le diré adiós —aseguré visiblemente emocionada—. Aún no.

—Lo sé —contestó resignado—. ¿Has hablado de lo que le sucedió a mamá con ese chico? —miró a Kilian.

—No —suspiré—. Solo sabe que murió. Pero no sabe cómo.

—Te pasará lo mismo, Lara. Cuando estés preparada para decirle adiós, podrás hablar de nuestra tragedia con él, porque eso nos hizo como somos ahora. Y no podemos ocultarnos. Igual que no se puede ocultar la verdad, cielo. A mí me costó hablarle de ello a Gema, pero entendí que para empezar de cero, tenía que soltar lastre. Con Kilian puede que te pase lo mismo. Pero solo si es la persona adecuada —en ese momento, Kilian que seguía hablando en el jardín, se dio la vuelta y me miró sin dejar de lado la conversación telefónica—. ¿Lo es? ¿Es tu kelpie, como decía mamá? ¿O es solo un chico con el que te lo pasas bien?

Me quedé sin aire cuando me miró. Mi corazón se expandió, mis pulmones se llenaron de oxígeno. Era pura luz para mí.

—Sí, papá. Sí es mi kelpie.

—¿Y él sabe que tú eres su mujer medio caballo de mar? —Sí —suspiré—. Ya sabe que va a tener que aguantarme. Mi padre sonrió y me acarició el pelo.

—Entonces, tiempo al tiempo. Pronto podréis hablar de todo.

—Papá —le corté de repente—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Él me miró extrañado.

—Claro.

—¿Mamá te habló alguna vez de... su peculiaridad?

—¿A qué te refieres?

—Sí tenía alguna capacidad extraordinaria...

Mi padre sacudió la cabeza. Y cerró los ojos, evocando su recuerdo.

—Tu madre tenía muchas peculiaridades, Lara.

—Ya sabes lo que quiero decir. Yo tengo una capacidad. Gracias a ella puedo hacer muchas cosas —le hice ver—. Y ella tenía un don, ¿verdad? ¿Supiste cuál era?

Hablar de mi madre era extraño. Porque hacía mucho que no hablábamos de ella, así, tan abiertamente. Si mi padre supiera que ella dejó una carta para su hija no nata, y que en ella decía que iba a conocer a su futuro marido en Barcelona... Ella sabía tantas cosas que iban a pasar, tantas buenas y malas... Y, simplemente, escogió lo mejor para mí. Aceptó esos caminos. Dios, era una locura...

—Tu madre tenía corazonadas de vez en cuando —contestó sin darle excesiva importancia—. Era

un ser mágico —recordó con melancolía—. Yo solía decirle que se había escapado de un bosque de las hadas irlandés. Pero ella era así. A pesar de ser científica, creía en otras cosas, aunque nunca nos lo tomamos en serio. Para nosotros, el milagro más grande y mágico que hicimos fuiste tú. En eso coincidíamos los dos. Ella era especial como lo eres tú, pero no por sus capacidades, sino por lo que tenéis aquí —se tocó el centro del pecho—. Por cómo sois. Así que sí, tu madre era muy especial.

Me sequé las manos húmedas en el trapo de cocina y le abracé. Nos quedamos los dos en silencio, protegidos y cobijados el uno en el otro. Mi visita era exprés, eso fue cierto, pero me reconfortaba tanto. Podía sacar mucho de una buena pesca, por corta que fuera.

—Lara, quiero que cuentes conmigo para lo que sea. Que puedas contármelo todo. Pase lo que pase... Eres mi hija. Y no hay nada que no me

puedas decir o que yo no pueda comprender, ¿de acuerdo?

Asentí, y me quedé ahí un rato más, protegida por sus brazos, recibiendo su cariño incondicional.

—Te quiero, papá —fue lo único que añadí a sus últimas palabras.

—Y yo a ti, bicho raro —replicó él dándome un beso en la cabeza—. ¿Me puedo fiar de Kilian? ¿Él va a cuidar de ti?

—Él es mi guardaespaldas —bromeé—. Quédate tranquilo.

—Soy tu padre. Nunca dejaré de estar preocupado por ti. Razón de más para callar todo lo que sabía. Lo había decidido. No les diría nada. Solo el tiempo me revelaría si había sido buena idea o no. Lo único de lo que estaba convencida era de mantener muy alejados a mi padre y a

Gema de los Bones.

Aquel no era su mundo.

Y aunque tampoco era el mío, solo yo podía encontrar el camino para salir de él.

Despedirme de papá me costó. Fue difícil porque sabía que íbamos a Londres a sacar una confesión y que hasta que no finalizara la luna azul no estaríamos a salvo de la Cúpula. Podría pasar cualquier cosa.

Besé a Gema en la frente, que estaba dormida en el sofá, con una manta por encima. Dije adiós a mi padre y disfruté de uno de sus achuchones una vez más. Y cuando llegaba nuestro taxi para

llevarnos al apartamento con los demás, mi padre corrió detrás de mí por el jardín, con las zapatillas de estar por casa. Tenía un regalo en las manos y por poco se le cayeron las gafas de ver debido a la carrera.

—¡Lara! ¡Se me olvidaba!

—¿El qué? —Kilian me sostuvo la puerta trasera para que fuera yo la primera en entrar.

—Te habíamos comprado esto para tu cumpleaños — me enseñó una caja envuelta en papel de regalo fucsia—. Nos dijiste que no te enviáramos nada, pero ya te lo habíamos comprado así que esperábamos ir a visitarte pronto y dártelo —dijo disculpándose—. Pero te has adelantado. Y has venido tú.

—Oh... —tomé el regalo entre las manos.

—Ábrelo en el coche, no hagas esperar al taxista

—pidió. Kilian y yo nos metimos dentro del taxi. Saqué la mano por la ventana y tomé la de mi padre.

—Papá, cuidaros mucho. Cuida de mi pijastra querida. Seguiremos en contacto, ¿vale?

—Descuida, nena —buscó la mirada de Kilian y cuando la encontró le dijo en inglés—. Cuida de ella, por favor.

Kilian asintió y le contestó que eso estaba hecho. Cuando el taxi arrancó, hice un esfuerzo soberano por no echarme a llorar. Estaba muy sensible. Me hubiera gustado quedarme más con ellos, pero no podía.

—No te preocupes, Lara —dijo Kilian besándome en la mejilla—. Les verás pronto. En cuanto todo esto acabe.

—Lo sé —sorbí por la nariz y fijé mis ojos en su

barbilla—. No creo que necesite protección pero, ¿le harás caso? ¿Vas a cuidar de mí?

Él me dedicó una sonrisa llena de ternura y me besó en los labios con delicadeza.

—Nunca rompo una palabra.

—¿Porque eres un Bones?

—No. Porque soy un Alden. Y soy un trazador. No te va a pasar nada. No lo permitiré.

Me apoyé sobre su hombro y me agarré a su musculoso brazo. Él me hacía sentir a salvo, y también tranquila.

Y necesitábamos mucha tranquilidad para seguir adelante con nuestros propósitos.

Abrí la caja durante el trayecto. No pude evitar sorprenderme al encontrar el envoltorio de una

grabadora espía con cámara, de tamaño mini, de color negra y 2 GB de memoria. Las típicas que podías hacer sustituir por un botón de chaqueta, o incluso ocultarla en el interior de una gargantilla o de una pulsera... Mi padre y Gema sabían que era indómita y curiosa, y querían hacerme el primer guiño sobre mi futura profesión.

La tomé entre los dedos y me mordí el labio inferior.

—Genial. Nunca sabes cuando la necesitarás — dijo Kilian guiñándome un ojo.

—Son los mejores —afirmé—. Saben que estas cosas me encantan. Aunque creo que esto ha sido más idea de mi padre. Gema habría apostado por otros... abalorios.

—Gema es como una *personal shopper* — murmuró con cariño—. Lara, me he fijado en algo en tu casa.

Dejé caer mis ojos sobre los de él.

—¿En qué?

—No he visto fotos de tu madre. Ni una. Ni en el salón ni en la entrada... No me has enseñado tu habitación tampoco...

—En mi habitación tampoco hay fotos de ella si es lo que quieres saber —contesté algo avergonzada. Me hubiera encantado enseñarle mi cuarto, pero la verdad es que la visita había estado llena de conversa, y no pensé en eso. Solo en estar con ellos dos y que le conocieran a él. Que vieran el chico tan maravilloso que tenía al lado—. No tengo fotos de mi madre. Excepto las que guardo en mi álbum. Pero no están a la vista.

—¿Es por Gema? ¿Le molesta a ella?

—No —negué vehemente—. A ella no le importa, de hecho es la primera que sabe que

tenemos un pasado y que nadie puede ocupar el espacio que dejó mi madre. —Guardé la caja con la cámara en el interior de mi bolso y miré a través de la ventana—. Fue por nuestro propio bienestar —expliqué—. Mi padre necesitaba avanzar, y aunque hicimos muchos cambios, a él le urgía dar un paso al frente...

—No hace falta que me digas más —posó su mano sobre mi rodilla—. Es tan fácil como decir que dolía mucho verla congelada y sin vida en un marco —sus pestañas se entrecerraron—.

Las fotos inmortalizan un momento, pero dejan de reflejar una realidad presente. Cualquier cosa que sentías en ese momento en que tomaron una foto, desapareció en el tiempo. Ya no era vuestro ahora. Ella ya no estaba ahí. Y eso no es sencillo de soportar.

Tomé aire por la boca y exhalé poco a poco. Era tan cierto lo que había dicho que me quedé sin

palabras.

—Sí. Así fue —lo único que añadí.

—La verdad es la mejor propaganda, la mejor fotografía.

—Y la de mi padre y la mía es que siempre la querremos y que nunca la olvidaremos. Porque está aquí —me señalé la sien— y aquí —y dejé mi mano apoyada en el centro de mi pecho—. No me da miedo no tener fotos de ella en casa, porque es imposible que me olvide de ella. Y en mi cabeza, sigue viva, se mueve y se ríe. Así la recuerdo yo.

Kilian dibujó un mohín con sus perfectos labios y después asintió como si hubiera algo que solo él comprendiera y desentrañara al mismo tiempo un gran misterio.

—Soy muy paciente —dijo entonces. Me miraba

del modo en que un ajedrecista observaba a su mejor figura.

—¿A qué te refieres?

—Hay una Lara que conozco. Pero hay otra que no me enseñas. Y creo que la veré al completo cuando por fin me cuentes lo que le pasó a tu madre —me cogió la nariz con dulzura—. Esa parte de ti está oculta. No la muestras a nadie. Y tiene que ver con ella. Es como si la protegieras de algo, y al mismo tiempo, tú también te proteges. Cuando estés lista, bicho raro —me apodó como lo hacía mi padre—, aquí estaré.

Yo afirmé con la cabeza, me agarré a su brazo de nuevo y apoyé mi rostro sobre su hombro.

—Por si se me olvidaba decírtelo... —estaba tan agradecida por él, que necesitaba hacérselo saber.

—¿Qué? —me preguntó él.

—Gracias por cruzarte en mi camino y por no abandonarlo. Gracias por caminar conmigo.

Kilian apoyó su mejilla en mi cabeza y sentí cómo él también agradecía esas palabras.

—Eres mi persona perfecta en el camino equivocado — me contestó—. Y ya no quiero desviarme.

Y así me sentía yo con él. Nunca esperé una hoja de ruta como aquella, y mucho menos encontrar a mi persona perfecta en sus senderos.

Pero ya lo decían. El amor no se encuentra, se construye durante el trayecto.

Él era lo mejor que no quería que me pasara. Porque había aprendido a perder muchas cosas, a aceptar que no las podía tener y que no me podía quedar con ellas.

Y de tanto miedo, nunca me abrí a enamorarme, nunca quise querer tanto, porque me daba miedo sufrir. Porque vi el sufrimiento en mi padre, y lo viví también en mí.

No obstante, ahora entendía que el amor era sufrido. Fuese en la forma que fuese. Quisiera a quien quisiera.

Y eso me hacía débil, pero también dichosa.

—¿Qué has hablado con tu padre? —le pregunté—. ¿Hay noticias?

—Sí —contestó serio—. Le he pedido que nos llame más tarde. Tiene mucho que contarnos y me sabía mal estar mucho rato en el jardín hablando con él. Además, prefiero que todos oigamos lo que nos tiene que decir.

Sí, yo también lo prefería. Mejor que los chicos estuvieran al tanto de todo.

En La Diagonal se encontraba nuestro apartamento. Era muy amplio, de espacios diáfanos y grandes miradores a la ciudad. Mobiliario moderno, pequeños y carísimos detalles aquí y allá... en fin, un ático que desembocaba entre las calles Paseo de Gracia y Rambles. Zonas muy ricas de la ciudad y calles más populares e importantes de la capital.

Era mi Barcelona. Mi ciudad. Mi casa.

Y en aquel salón minimalista pero enorme, con suelo de parqué gris, muebles blancos y paredes lisas y grisáceas, cubiertas de grandes piezas rectangulares, se encontraban tirados entre el sofá esquinero con chaise longue en los laterales y sobre la alfombra gris oscura, Taka, Thaïs y Amy. A mí siempre me parecerían fríos ese tipo de pisos y apartamentos, pero ellos le daban ese toque

cálido y humano que le faltaba.

Me pareció increíble que, mientras veían en Netflix *El destino de Júpiter*, estuvieran comiendo pizzas y alternándolas con "boniatos" y "castañas" como si estuvieran ante un grandísimo manjar. En noviembre era la época de las castañas y habían siempre paraditas en las calles donde se podían comprar conos a granel.

Taka estaba estirado en uno de los chaise longues, y Thaïs yacía tirada encima de él, perpendicularmente, con la cabeza apoyada sobre sus muslos como una gata perezosa.

Amy se había echado sobre la alfombra y llevaba puesto un pijama de los caza fantasmas. Pero bueno... menuda imagen me estaban regalando.

—¿Qué tal con tus suegros, Kilian?

Bromeó Taka con su pelo despeinado y

llevándose castañas a la boca como si fueran kikos.

—Muy bien, gracias. Son un encanto —contestó Kilian. Thaïs me lanzó una de sus miradas de pitonisa.

—¿Qué tal mi pijastra favorita? ¿Al fin ha decidido que me va a adoptar? —sonrió y puso esa cara de niña buena que ella sabía poner—. ¿Te ha regalado ropa? Pásamela.

—Y a mí también —intervino Amy—. Tenemos tallas parecidas.

Cada vez que Amy decía eso, Thaïs y yo más nos convencíamos de que no podía hablar en serio. Era una locura.

—La visita ha ido muy bien —les expliqué—. Se han sorprendido mucho al vernos y me han llenado de amor. Kilian se los ha metido en el bote

en nada. Sabe mentir perfectamente —bromeé mirándole de reojo.

Él se aguantó la risa y entonces le robó el mando de la tele a Amy.

—Eh, ¿pero qué haces? —protestó Amy alargando el brazo como si creyera que iba a cogerle el aparato a Kilian como el Inspector Gadget—. Que ahora viene cuando Channing Tatum se pone a patinar a lo loco... y no hay hombre al que le queden mejor los patines.

—Chicos, mi padre nos va a llamar. Y es importante que estemos todos. Tiene noticias que darnos.

Aquello fue como el sonido de una corneta militar. Se incorporaron y esperaron a que Kilian y yo nos sentáramos en el sofá. Él cogió el móvil y le puso el manos libres mientras lo sostenía entre las manos. Le mandó un mensaje de texto

diciendo que ya estaba disponible y acto seguido, la pantalla del celular se encendió con una llamada entrante.

El móvil de Kilian no era su iPhone, sino el terminal con el que él y yo habíamos hablado en secreto. En el viaje aquel sería su único medio de contacto para hablar con su familia. Era de prepago y solo necesitaba ir cargándolo con euros para poder hacer llamadas. Pero en este caso, lo llamaban a él, como había acordado con su padre, que de la misma manera, había conseguido otro terminal de prepago para hablar con su hijo.

Kilian nos miró a unos y a otros y descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, hijo —lo saludó Richard.

—Hola, papá. Ahora ya puedo hablar mejor. Ya

no estoy en casa de Lara. Hemos vuelto al apartamento y estamos todos escuchándote.

—¿Estáis todos bien?

—Sí —contestamos todos.

—Me alegro... por aquí las cosas están muy moviditas. Para empezar, estamos en Rhode Island como dije. Trinity nos está informando de todo lo que acontece en el Campus. Y además, ella se ha encargado de ponernos en contacto directo con el padre de Amy, Christopher y el señor Moore, el director del Washington Post.

—Un momento —Amy no lo podía creer—. ¿Mi padre ha hablado con usted? ¿En serio ha decidido arriesgarse?

—Sí. Es un buen hombre, Amy.

—Claro que sí —asintió Amy con orgullo—.

Pero pensé que quería mantenerse al margen.

—Bueno, digamos que hemos hecho un buen equipo, tu padre, Moore, la decana y yo.

—Eso es bueno —constató ella abriendo otro boniato.

—Más que nunca tenemos a la Cúpula bien cogida. Mañana por la mañana saldrá toda la noticia de la trama de la Luz...

Moore nos ha explicado que ya se han intervenido los camiones y los contenedores que iban tanto para el ejército como para las empresas farmacéuticas implicadas. Y a partir de mañana habrá una orden de búsqueda y captura para todos los socios colaboradores.

—¿Mañana ya los cogerán? —quiso saber Thais incrédula—. Dudo que sea tan fácil.

—Si todo sale bien, sí. ¿Cuándo pensáis ir a Inglaterra? Necesitáis la declaración de Luce. Ella es la piedra angular de toda la investigación. En cuanto la tengáis tenéis que facilitársela a Moore y que él...

—No va a ser así, señor Alden —explicó Taka meditabundo y negando con la cabeza—. No podemos enviar ningún tipo de información ni archivo informático a través de las redes. No vamos a arriesgarnos a que nos rastreen de alguna manera. No tardarán en pinchar teléfonos ni en captar e-mails. La información se entrega en mano. O ya encontraremos otro medio más demoledor para darle inmediatez a la noticia.

—Haced lo que creáis conveniente —contestó Richard sin ánimo de parecer imperativo—. En cuanto salte la noticia y vean que no he ido a la universidad en estos días no tardarán en relacionarme con el complot. Pero para entonces la policía ya debería haberles arrestado.

—Papá, tenéis que esconderos —le pidió Kilian—. Saben que tienes una casa en Rhode Island.

—Tengo casas en muchos sitios, hijo.

—Sí. Pero en la primera que mirarán será ahí. Será el primer lugar al que vayan a buscarte. Cuando salte la noticia ellos no se van a entregar. Las pruebas son definitivas. Ningún abogado les va a salvar de eso. Solo les quedará una opción, y ya sabemos cuál es —me miró inquieto.

—No te preocupes. Vamos a estar bien —espetó conciliador—. Vosotros encargaos de conseguir las pruebas que necesitáis de Luce y manteneos a salvo hasta que pase la luna azul. Trinity no deja de insistir en eso. La fijación de la Cúpula es conseguir al Recipiente. Y lo necesitarán cuando las cosas se le compliquen. Quedan solo cuatro días.

Me pasé las manos por el pelo y resoplé.

—Es lo que estamos haciendo, señor Alden. Kilian esperaba hoy una llamada de la madre de Luce aceptando una visita para ver a su hija, pero aún no nos ha llamado.

—Pero sí me ha escrito —aclaró Kilian—. Me ha dicho que Luce necesita un par de días más para encontrarse bien del todo. Que está lúcida y que les ha dicho que no recuerda nada de lo que pasó en Lucca... que solo recuerda haber resbalado.

—Pero es mentira. Una no puede recordar algo que no pasó —insistí—. O recuerdas o no recuerdas, pero no lo inventas.

—¿Creéis que miente? —preguntó Alden—. ¿Por qué? ¿Por miedo?

—Sí. Creemos que miente —aseguré—. Luce es una chica muy inteligente. Sabe que no puede hablar con sus padres de esto porque entonces toda su tapadera se iría al garete. Se pondrían en

peligro tontamente. Necesita a alguien de confianza. Ahora mismo está desvalida y expuesta. Nuestra baza es que solo Kilian sabe que ella ha despertado. Sus padres no quieren dar ninguna noticia pública hasta que no vean a su hija preparada. La están protegiendo. La Cúpula no tiene ni idea de esto.

—Ni debe enterarse —advirtió Alden.

—Por eso creemos que cuando hablemos con ella y sepa que hemos seguido con su trabajo y que la necesitamos para acabar de meter a la Cúpula entre rejas y no solo por malversación y delitos contra la salud pública, nos contará todo lo que sabe —continué—. Pero necesitamos el permiso de los padres para poder visitarla.

—Bien, pues espero que sea pronto —concluyó Alden—. Por ahora no os puedo decir nada más. Mañana llamaré para contaros como está yendo todo.

—De acuerdo, papá.

—Buenas noches, chicos. Estad alerta y cuidaos mucho. Kilian, no dudes en llamarme si sucede algo extraño.

—Así lo haré.

—Adiós, señor Alden —dijimos todos.

—Adiós, chicos. Y Lara...

—¿Sí? —me impresionaba que hablase solo conmigo.

—Ten mucho cuidado y haz caso de todo lo que diga Kilian.

Sonreí al ver a mi Assasin avergonzado.

—Descuide.

—Al menos, hazle caso respecto a lo que tenga

relación con tu seguridad.

—Sí —buena enfatización.

Cuando la conversación acabó y Kilian cerró el teléfono, Taka fue el primero en comentar.

—Tenemos que adelantar la cita con Luce. No podemos esperar a verlas venir. Mañana la Cúpula ya sabrá a lo que se enfrenta y empezarán a mover ficha. Luce se convertirá igualmente en un objetivo para ellos. Necesita protección. Deberíamos advertir a sus padres. O hacerlo por nuestra cuenta.

Debíamos hacer muchas cosas, y cuanto más lo retrasáramos más peligroso sería. Pero antes de nada necesitábamos que los padres de Luce nos dieran luz verde para hablar con su hija.

O de lo contrario, como había dicho Taka, tendríamos que hacerlo por nuestra cuenta.

Estuviera bien o no.



Connecticut

O día contemplaba la apariencia de aquel oscuro callejón en Connecticut. Los contenedores, el humo de las alcantarillas, y las puertas traseras de los restaurantes chinos abriéndose y cerrándose tras los camareros orientales los cuales, hartos de su jornada laboral, salían a fumarse algún que otro cigarro. Nadie les buscaría allí.

La noticia había saltado a nivel estatal. Y no tenían tiempo para proceder ni para preparar ningún plan en su defensa. De hecho, no la tenían. Pero siempre podían comprar y manipular opiniones. Al menos, antes podían. No obstante, aquello era distinto. Con tan poco tiempo de maniobra y las pruebas contra ellos tan

irrefutables, solo les quedaba una salida.

Escapar. Y encontrar a la única persona cuyo poder les otorgaría la liberación de aquella cárcel con límites en la que vivían.

Trajeado de Armani, todo de negro, jugaba con su alianza del dedo, pensativo. Él nunca se hubiera quitado el anillo. Era un maldito orgullo llevarlo, y aquellos indeseables, todos miserables, lo habían arrojado al fuego, como si no valiera nada.

Él les castigaría. Cuando tuviera el poder, les castigaría. Mientras tanto, esperaba al resto de la Cúpula para llegar a su siguiente destino y elaborar su plan. Ya lo había pensado todo.

La puerta de la limusina se abrió, y entraron en el coche el resto de miembros fieles. El Ejecutor, el Comandante y el Escriba.

Les miró uno a uno. Se les veía nerviosos y enfadados. Ninguno de ellos había visto venir aquella traición, ni se imaginaban que les pudieran llegar a descubrir. Pero sus nombres estaban en el informe detallado que salía en el periódico como socios compromisarios y activos de cada negocio cerrado respecto a la Luz y su distribución. La policía ya había interceptado los camiones en las aduanas y los contenedores con el producto a vender. Además de un informe en el que hablaba de las terribles consecuencias que provocaba a la larga esa droga llamada «Luz». La Cúpula de los Bones quedaba notablemente perjudicada y todos querían sus cabezas. Y aunque el Gobierno había estado de acuerdo con todos sus procedimientos, ahora se encargaban de apartarse y condenarlos como todos los demás. Pero ya sabían que eso sería así en caso de que les descubrieran.

Así que estaban acorralados, pero no muertos.

Todos sabían lo que tenían que hacer. Y lo harían. Porque era la última carta que podían jugar. Solo ella les salvaría y les devolvería el poder más auténtico y puro del universo. Uno que nadie se imaginaba que existía.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó.

—No —contestaron los tres.

El Escriba se pasó las manos por el frondoso pelo e hizo negaciones con la cabeza.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Odin dibujó una mueca en su rostro pero no le dio más importancia de la que tenía.

—Alden no ha podido hacerlo —contestó—. Él no tenía ni idea de nada de lo que teníamos entre manos. Pero alguien ha tenido que darle la voz, informarle para que, antes de que saltara la bomba

informativa, a él no le salpicara nada. Su alianza estaba sobre el montante de la Tumba. No hay más declaración que esa. No quiere formar parte de los Bones y se ha desmarcado.

—Tenemos que coger a quien nos ha hecho esto —sugirió el Ejecutor visiblemente contrariado—. La investigación acaba de empezar, y el periódico del mezquino de Moore asegura que en estos días se descubrirán más cosas sobre la Cúpula de la Orden de los Bones. Están dejando bien claro que no todos los Huesos son corruptos. Solo sus líderes. Incluso han dejado caer que el incendio de la Tumba fue provocado como un acto de rechazo a toda la gestión de los maeses de la Cúpula.

Odín se sirvió una copa de whisky del mueble bar del coche y les pidió a todos que cogieran un vaso.

—El quién no nos debe importar —sentenció sirviéndose él mismo. Después cedió la botella del

carísimo licor al Comandante, Kirk Andersen—. Debemos focalizar en lo que podemos hacer a partir de ahora.

—No nos podemos quedar aquí —dijo Andersen—. Nos van a llevar a declarar con una orden de arresto. Debemos desaparecer, movernos e ir en busca del Recipiente. La luna azul es el sábado. Para entonces deberíamos haber hecho la invocación de Eulogia y tenerla entre nosotros como nuestra líder. La diosa lo cambiará todo —explicó de manera apasionada.

—Entonces —sugirió el Escriba—, deberíamos valorar el hecho de que Alden ha avisado a su hijo Magog y a Lara para que se escondan —comentó meticuloso y calculador—. No nos los va a poner en bandeja.

—Nuestro objetivo es dar con Lara. Ella es la única que importa. Y todos sabemos cómo conseguirlo, ¿verdad?

—Sí.

Los cuatro asintieron, ya con sus vasos llenos de whisky. Brindaron con la convicción de que comprendían la situación y que iban a seguir los pasos correspondientes.

—Perfecto —Odín meneó el líquido dorado y lo contempló con decisión—. Estaremos ocultos hasta que tengamos su ubicación. Ejecutor y Comandante, hablad con vuestros caballeros. Y Escriba —miró al más joven de todos.

—Sí.

—Ve a por el cebo. La chica es la clave.

Ambos se aguantaron la mirada. Por supuesto que ella era la clave.

Las grandes guerras y los grandes enfrentamientos se erigieron todos en nombre del

amor.

Así de simple y visceral era el ser humano.

Barcelona

Ni una gota de sangre. Nada. Solo un corte limpio en la garganta. Aquella era la única marca de agresión del cuerpo de mi madre. La desangraron. Pero ¿dónde fue a parar toda la sangre? ¿Qué se hizo con ella? ¿Quiénes lo hicieron?

El círculo blanco continuaba en el suelo. Era sal. Los símbolos a su alrededor se mantenían perfectamente definidos. Con el tiempo entendí que mi madre fue víctima de un ritual macabro, cuyos símbolos paganos eran tan antiguos y extraños que no pude localizarlos en ningún libro. Nunca conseguí información sobre ellos. Pero sí leí que la sal se utilizaba para rituales de magia.

Caminé lentamente alrededor del círculo salino. Mi madre ya no estaba en su interior. Apareció a mi lado, vestida de calle, con su pelo rizado recogido y sus ojos verdes clavados en el círculo en el que la mataron.

—¿Otra vez aquí, Lara? —me preguntó sin apartar sus ojos del suelo. Se metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón y movió los labios a un lado y al otro—. Deberías dejar de venir a este sitio. De aquí ya no puedes sacar nada más.

No le quitaba la razón. Pero mi mente recurría a ese momento cuando creía que se le escapaba algún detalle. Sin embargo, aquel sueño era nuevo. Era la primera vez que mi madre desaparecía del círculo y se presentaba ante mí, para hablar de ello. Viva.

—Lo sé —contesté—. Pero todo esto de los Bones está removiendo muchas cosas en mi

interior.

—Comprendo.

—Fíjate, mamá: tus asesinos no dejaron ni una huella, nada de ADN, nada con lo que poder continuar la investigación —me acuclillé en el suelo y toqué el círculo de sal—. Solo un rito que nadie entiende, cuyos símbolos son ilegibles. La policía de aquí no es el CSI de las series americanas, eso ya lo sé. Pero no debieron cerrar el caso de esta manera... Su incapacidad para encontrar pruebas les delata.

—No les delata —les defendió mi madre—. Simplemente, no todo el mundo está preparado para esto. No todo el mundo sabe lo que tiene que buscar —me miró de reojo—. ¿Sabes tú lo que tienes que buscar?

Fue como una pregunta omnisciente, pero rebotó en mi interior como un eco incesante.

—Cómo me gustaría, mamá... —dije frustrada—. Ojalá pudiera reabrir tu caso.

—¿Para qué lo quieres reabrir? —me acarició el pelo y yo me levanté mirándola con extrañeza.

Sentí que se me encogía el pecho y que me emocionaba. Mi padre tenía razón.

—Porque necesito cerrarlo para dejarte ir. Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Puede que no seas tú la que me invoque. Puede que sea yo la que decide venir a verte cuando lo necesitas. ¿No has pensado en eso?

Sorbí por la nariz. Me sentía sobrepasada. Su carta, su don, la huida de Connecticut, el saber que Luce había despertado... Era como si, de repente, todo me afectara, y la coraza de cordura y serenidad con la que acarreaba en la realidad, se desmoronaba en mis sueños, ante la única mujer

frente a la que podía volver a ser una niña indefensa con sus miedos y sus inseguridades. La única mujer que me daba fortaleza cuando me hacía falta. Mi muleta para cuando cojeara.

—Lara, ven aquí. Es normal sentir miedo —me dijo abrazándome—. Pero estás cerca —me dijo al oído—. No te me vengas abajo ahora.

Oh, Dios. ¿Por qué era tan real? ¿Mi don era una bendición o una tortura? Me agarré a su chaqueta y dejé que su abrazo tuviera el efecto anestésico que siempre tenía en mí.

—No estoy cerca, mamá... —protesté—. Estoy muy lejos de ti.

Ella hizo un mohín y me tomó del rostro como haría una madre dispuesta a dar una lección de vida.

—Cariño... Tú y yo somos la misma persona.

Estamos conectadas. Siempre estaremos cerca.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Haz lo que sientes que tienes que hacer. Haz lo que estás pensando. Llévalo a cabo —me ordenó apasionada—. Lo sabes, Lara —su mirada tenía una clarividencia fuera de lo común—. Sabes que es el momento. No estás sola.

Lo que yo pensaba era demasiado arriesgado. Eran mis pensamientos más secretos y oscuros, los únicos que solo ella podía conocer. ¿Y eran buena idea? ¡No lo sabía! Pero, tal vez habría llegado el momento... Tenía una intuición.

—Tus amigos te pueden ayudar —sugirió—. Ellos están ahí para ti. Te quieren, Lara. Escucha —me retiró las lágrimas con los pulgares—. Sé que estás asustada. Que crees que cuando cuentes lo que sucedió empezarás a perderme, crees que me desvaneceré. Pero estás equivocada. Yo te di

un legado, mi niña —no quería que dejara de mirarla. Ella necesitaba que escuchara su consejo—. Te di raíces. Raíces para que siempre estuviéramos unidas. Y también te di alas. Alas para que pudieras volar libre y decidir. Es el momento de que abras esas alas y vueles como un Fénix.

—¿Volar? —pregunté perdida.

—Sí. Alza el vuelo. Necesitas renacer, resurgir de esa época oscura y darle luz para encontrar la verdad. Así que, cuando abras los ojos de nuevo, mira a tu lado, a ese kelpie maravilloso que la vida te ha regalado y que yo te enseñé a detectar, y cuéntale lo que nos pasó. Cuéntale lo que nos hicieron. Cuéntaselo a tus amigos.

—No sé si puedo —protesté—. Me duele mucho, mamá... fue tan duro.

—Chist, lo sé. Lo sé —me aseguró ella

hablándome con dulzura—. Pero tienen que ver quién eres. Tienes que mostrarte. Tú lo sabes, Lara. No puedes continuar así. Habla con ellos, y ellos te ayudarán. A todo, Lara, ¿me oyes? Te ayudarán a todo. No necesitas más. Todo, absolutamente todo —admiró la casa en la que estábamos, el hogar que destruyeron... y después lloró cuando me miró a mí—... todo está conectado. Sigue tu corazonada. Sígueme a mí.

Dicho esto, mi madre se apartó de mí y, sin dejar de mirarme, caminó hacia atrás, como los cangrejos, y salió por la puerta de la casa.

Yo la seguí, hipnotizada por la benevolencia de su actitud y del brillo de sus ojos, y decidí ir tras ella. Entonces, cuando abrí la puerta, un rayo cegador me dio de lleno en el rostro, y mi sueño se envolvió en un resplandor que no me dejaba ver nada.

—Lara...

El zarandeo de mi cuerpo me despertó. Alguien me movía dulcemente. Cuando abrí los ojos, la luz que se colaba por las puertas del balcón me cegó parcialmente.

—Eh, cachorrita...

Me sentí desorientada, hasta que recordé que ya no estaba en Connecticut, y que los coches que oía en la calle circulaban por la Diagonal.

Me giró hacia él y pude ver en sus ojos oro su preocupación. Kilian y yo habíamos dormido juntos. Me encantaba sentirlo estirado a mi lado y el modo en que me abrazaba. Recordaba haberme quedado dormida mientras me acariciaba el pelo y escuchaba su respiración pausada en mi oído. Era como una nana. Tenía el mismo efecto en mí.

Pero aquel amanecer en Barcelona no era el esperado. Yo estaba llorando, y mi cuerpo y mis emociones seguían a flor de piel tras el sueño matutino con mi madre. Sabía que los sueños a esa hora, cuando ya había salido el sol, estaban cargados de mensajes, porque además eran los que más se recordaban. Y la fuerza de las palabras de mi madre, su claridad, golpeaban fuertemente en mi mente y en mi corazón.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Kilian recogiendo mis lágrimas con los pulgares—. ¿Has tenido una pesadilla? Ya está, bonita. Ya ha pasado. Estoy aquí...

—Lo... lo sé —aseguré aún aturdida.

Sus manos acariciaron mi rostro y me sonrió. Y aquella sonrisa era lo único que necesitaba para restablecerme.

—Dios, Kilian... —susurré acongojada.

—Lara, me estás asustando... ¿estás bien?
¿Necesitas algo?

Posé mi mano sobre mi frente y cerré los ojos.

—¿Qué? —me hablaba con un tacto y una dulzura que me derretía—. Habla conmigo. ¿De dónde vienen esas lágrimas? Las veces que hemos dormido juntos, siempre te oigo hablar en sueños... no entiendo bien lo que dices —sentenció posando su mano en el centro de mi pecho—. Pero sé que mencionas a tu madre y que es un tema delicado para ti.

—Sí, lo es...

—¿Quieres hablarme de ello?

Abrí los ojos de nuevo y parpadeé para aclarar mi mirada. Su sonrisa matutina, su calor y el modo que tenía de mirarme me hizo entender que había llegado el momento.

Tenía que exorcizar mis miedos y dar una salida a esa intuición que me ponía en estado de alerta desde que todo estalló. Mi madre me lo había pedido. Y lo cierto era que necesitaba hablarlo. Tenía que contárselo a él y a mis amigos. Liberar el peso de mi espalda y de mi memoria, y oír lo que sucedió de mi propia boca.

—Sí —contesté—. Quiero hablarte de ello.

—Perfecto —besó mi frente y mis labios y me rodeó con su brazo mientras se acomodaba sobre la almohada para escucharme con atención—. Adelante. Soy todo oídos.

Tragué saliva, tomé aire y decidí que, por mucho que me costase, debía soltarlo todo, quedarme limpia.

—Vas a ser el primero en saberlo, Kilian —le juré con sorpresa.

—Es un honor, cachorrita. Solo quiero que me lo cuentes si sientes que así debe ser. No te sientas obligada.

—No —sacudí la cabeza—. Creo que lo necesito.

Él sonrió y yo cubrí su mano con las mías. Admiré sus dedos muchos más grandes y vislumbré el tintineo de los abalorios de mi pulsera. Tenía el corazón de ese Huesos. Podía estar más segura que nunca.

—¿Es sobre tu madre?

—Sí.

—Sobre su muerte.

—Sí.

—Cuéntame.

—A los ocho años —me armé de valor— al

llegar a casa después del colegio, encontré a mi madre, asesinada, en el salón de mi casa.

Un rato después, Kilian permanecía muy serio y en shock. Vi gradualmente cómo cambiaba su expresión a medida que le iba dando más detalles. Y cuando finalicé, solo había empatía, y algo más que me recordaba a las caras que yo ponía cuando algo despertaba mi interés sumamente y al mismo tiempo me dejaba helada.

Él sabía ser más sereno y cauto que yo, más controlador respecto a sus emociones, pero percibí perfectamente el instante en que su comprensión se encendió y conectó conmigo de lleno.

—Nena... —musitó tirando de mí para colocarme encima de su cuerpo y abrazarme con fuerza. Y no sabía cuánto lo necesitaba hasta que me dio su

cariño—. Tuvo que ser horrible. Joder... Lara... no me imagino lo que has tenido que pasar.

—Me marcó la vida para siempre, Kilian.

—Me imagino... Ahora entiendo muchas cosas de ti. ¿Por eso quieres ser criminóloga?

—Sí.

—¿Quieres justicia? —Puede que sí.

—¿Quieres vengar la muerte de tu madre? —sus manos tocaban mi columna vertebral como si fuera un piano.

—Quiero darle descanso. El que se merece.

—Cerraron su caso sin culpables —lo dijo con tanto desprecio que no me hizo falta que me dijera que estaba de mi parte. Ya lo sabía—. Y ahora... su carta y todo lo de los Huesos ha removido la

mierda —se lamentó—. Siento que tengas que pasar por todo esto. Si pudiera, me cambiaría por ti para que no sufrieras.

—Yo no lo permitiría. Kilian, mi dolor es mío. Nadie puede hacer nada para evitarlo. Sueño con mi madre casi cada noche —revelé—. Ella habla conmigo, está muy viva en mi cabeza... pero, soy consciente de que alguien le quitó la vida, de que me la arrebataron, y pienso encontrar a los que le hicieron eso. Puede que tarde años, o puede que no —me aventuré decidida a resolver todas mis dudas y mis corazonadas, por malas que fueran—, pero alguien lo hizo, Kilian —me apoyé sobre su pecho y le miré—, y aunque me asuste llegar al fondo de todo este asunto, es mi objetivo.

Él me devolvió la mirada y asintió conforme con mi propósito.

—Tu madre murió asesinada diez años después de salir de Yale —dijo pensativo—. Y tenía un

don de clarividencia, aunque en esos futuros que ella veía, nunca contempló cómo moría —me tomó de la barbilla y la alzó—. Creo que sé lo que cruza por tu cabeza.

—¿Lo sabes?

—Sí. Yo te leo —posó sus dedos en mi entrecejo—. Soy tu kelpie, ¿no?

—Sí. Lo eres. ¿Y crees que estoy loca? —pregunté inquieta.

—Hace unas semanas te habría dicho que sí. Pero ¿ahora? —se preguntó para negar finalmente con la cabeza—. Ahora no. Estamos en medio de algo muy loco, Lara... Y a estas alturas, todo es posible. Y respecto a tu madre... creo que tienes que salir de dudas y continuar con este asunto. No lo dejes.

—Es justo lo que quiero. Y es el mensaje que me

ha dado ella —le expliqué—. Tengo que pedir ayuda a mis amigos. Tiene la confianza de que me podéis ayudar —murmuré rozando su pecho con mi nariz.

—¿Y tú la tienes?

—Por supuesto —contesté—, aunque eso implique contarles lo que te he contado.

Porque había propósitos y empresas que exigían siempre algo a cambio. Y para mí, esa moneda era salir de la oscuridad y mostrarme no como la Lara autosuficiente y súperdotada que ellos siempre vieron en mí, sino como la víctima que en realidad fui, la única que vio a los asesinos de mi madre aunque jamás pudiera reconocerles, y también la más agredida, porque viví con ese recuerdo cada día de mi vida.

En Barcelona, el modernismo gozaba de una intensa presencia. Gaudí dejó la mayor parte de su huella en la ciudad, y como sabía que Amy amaba su obra, ese día decidimos hacer un poco de turismo por sus lugares más emblemáticos. Habíamos decidido pasar el día allí y el jueves por la mañana irnos a Inglaterra y hospedarnos cerca de la casa de Luce hasta que su madre nos diera el visto bueno para visitarla.

En el fondo entendía su postura reservada. Se sentía extremadamente protectora y recelosa del bienestar de su hija. Mucho habían sufrido al ver las imágenes que colgamos por internet sobre su «accidente» y sus elucubraciones, y ahora entendía que le habíamos hecho más mal que bien al ponerla en el centro de la diana de los Bones. Al menos, seguíamos teniendo una baza a nuestro favor, una que nos colocaba en mejor posición que los Huesos. Solo nosotros sabíamos que Luce había despertado. Teníamos el tiempo a nuestro

favor.

Mientras paseábamos por las calles de Barcelona y gozábamos del sol de otoño, me descubrí feliz por estar con ellos. Éramos un tanto pintorescos, pero nos daba igual. Además no parábamos de reírnos. Amy llevaba su cámara a todas partes y hacía fotos hasta de cuándo parpadeábamos. Todas horribles. Llevábamos gorras del estilo Obey y gafas de sol, y la verdad era que parecíamos más un grupo de Hip Hop que otra cosa. Creo que la gente esperaba a ver si nos poníamos en formación y arrancábamos a bailar.

Kilian y yo caminábamos cogidos de la cintura. Yo escondí mi mano en el bolsillo trasero de su tejanos, y disfruté de lo duro que tenía los glúteos. Adoraba la sensación de normalidad de aquel gesto, como si él aceptara que debía ser así y no de otra manera. Poder tocarle cuando quisiera, como quisiera... me fascinaba. Y sonreía disimuladamente cuando las chicas le miraban

con curiosidad, y cuando también miraban a Taka.

Thaïs era mucho más dominante en ese sentido, más lanzada e impertinente. Yo aceptaba que a la gente le gustara ver a personas guapas. Todos admirábamos la belleza, no íbamos a negarlo. Pero mi amiga diosa decidió que se había cansado. Así que chica que repasaba a Taka como si fuera un croissant en un mostrador, ella se ponía al lado y le decía: «si quieres te hago una foto con él, así, que parezca natural...». Como lo decía en inglés, muchos no lo entendían, pero a mí me hacía reír como una desquiciada.

Amy se había enamorado perdidamente de la ciudad. Era un amor eterno. De hecho, se había puesto en su estado de whatsapp «en una relación inmortal con Barcelona». Fue por ella que visitamos la Sagrada Familia, la Casa Milà, el Palacio Güell y la Casa Batllò en Paseo de Gracia. Fachadas coloristas, arquitectura inspiradas en la naturaleza, patios interiores llenos de luz...Gaudí

era un genio lleno de magia, cuyas ideas inspiradoras aún resultaban modernas en la actualidad.

Comimos en el Bellavista del Jardín del Norte. Kilian y Taka eran seguidores de Messi y sabían que su hermano había invertido en un negocio de restauración y hostelería. Mil metros cuadrados más otros tantos de jardín, inspirados en Rosario, la ciudad natal del mejor jugador de fútbol de la historia.

Se pidieron el plato favorito del crack «Milanesa napolitana a caballo». Y nosotras pedimos toda la carta de las tapas de Bellavista. Además de cargar después con dulces del Colmado que fuimos comiendo por el camino, en nuestra siguiente visita al Parc Güell.

Allí no había ni una sola línea recta, las lagartijas que tantísimo le gustaban a mi amiga estaban por doquier, y había un punto en el que el bosque se

mezclaba de tal manera con la arquitectura que no sabían dónde empezaba uno y dónde acababa el otro.

Y por último, nos fuimos a Montjuic, para que tuvieran unas vistas impresionantes de la belleza de Barcelona, de lo grande y luminosa que era, y de la cantidad de microhábitats que albergaba. Sus bosques, sus playas, sus montañas, la ciudad de punta a punta y los barrios que la formaban... Barcelona era la mujer más coqueta del mundo. Especial, activa y mágica. Era del pueblo y de los arquitectos, no de la monarquía. Eran los artistas los que decidían cómo de bonita querían que fueran sus calles. Y la habían hecho preciosa.

Después de ver el interior de la fortaleza nos subimos a la atalaya, la torre desde la que los militares daban aviso en la antigüedad para avisar de los barcos que avistaban acercarse por el mar, y que ahora se usaba como Centro Internacional por la Paz.

Y allí, cuando el sol del atardecer cubría nuestros rostros, apaciguados por la serenidad de las vistas, fue cuando decidí contarles a Thaïs, Taka y Amy, mi verdad. Mi secreto.

Sabían que la muerte de mi madre era tabú y que había sido muy traumática para mí, pero no entendían por qué. Aunque eran inteligentes, y algo intuían.

En ese momento, con Kilian abrazándome por la espalda, contemplando el modo en que el azul del mar se oscurecía al dejar de recibir la luz de los rayos del sol, tomé aire y dije:

—Chicos, tengo algo que contaros.



Diez

Fue muy intenso. Hablar abiertamente de la muerte de mi madre con ellos nos sumió a todos en una catarsis. Tardamos varios minutos en reaccionar, en decir algo, y cuando lo hicimos, fue para que los tres me rodearan y me abrazaran formando una piña a mi alrededor. Kilian lo miraba con ternura desde fuera.

Los ojos plateados de Taka no dejaban de mirarme con sorpresa, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar. Y en el fondo, sabían que algo fuerte había ocurrido, pero no aquello. Thaïs lloró en silencio y juntó su mejilla a la mía para decirme que lo sentía mucho por mí. Amy en cambio, no dijo nada, solo permaneció callada, abrazándome de manera sentida y acongojada, llorando con Thaïs.

Pero calló. Cosa extraña en ella.

Y, sin embargo, cuando bajamos en silencio del castillo de Montjuic y cogimos un taxi para que nos dejara en la Diagonal, aunque la revelación había provocado mutismo y reflexión general, Amy sí habló esta vez y nos dijo:

—Vamos a la playa. Quiero regalarle algo a Lara.

Sus ojos marrones y aniñados irradiaban ilusión y esperanza cuando me miraron. Era imposible que yo me negara a su propuesta. De hecho, nadie osó a llevarle la contraria.

Por el camino, detuvimos el taxi para comprar algunas cosas en un Bazar, y con ellas nos dirigimos a la playa de la Mar Bella.

Eran ya las nueve de la noche. Por suerte, no hacía viento, la playa estaba tranquila y el mar

manso, y solo algunos corredores cruzaban ocasionalmente la vía pavimentada.

Nadie nos vigilaba ni estaba pendiente de nosotros. Como si aquel lugar se reservara solo para nosotros en noviembre.

Cruzamos la arena, abrigados con nuestras chaquetas abrochadas hasta el cuello. Y esperamos a que Amy nos explicara qué hacíamos ahí.

—Colocaos en círculo —nos pidió.

Ella estaba sonriente y convencida de lo que hacía. Su chaqueta roja contrastaba con nuestros colores más oscuros. Pero así era Amy. Pura vida.

—¿Qué es esto, Amy? —pregunté tomando de sus manos una vela roja que encendía ella misma.

—Espera y verás —me guiñó un ojo—. ¿Confías

en mí?

—A ciegas —susurré.

—Claro que sí, novata. Debes hacerlo —
murmuró pagada de sí misma—. Soy una
bendición para tu vida.

—Eso queda mal cuando lo dice una misma —
opinó Thaïs con diversión—. Pero... es cierto, eres
una bendición.

Amy la miró por encima del hombro y la admiró
con cariño.

—Gracias, Barbie.

—De nada, Nancy.

Yo me eché a reír al ver lo mucho que
bromeaban la una con la otra y lo poco o nada que
se ofendían por las barbaridades que se pudieran

decir. Eso era amistad. De verdad. Saber que las cosas no se decían para hacer daño, y encajarlo todo con buen humor.

Cuando los cinco cargamos cada uno con nuestra vela encendida, Amy se colocó de forma que cerrara el círculo. Como si juntos formáramos una estrella de cinco puntas.

—Esto es un regalo —anunció Amy—. Tú nos has regalado tu doloroso secreto, y esto que vamos a hacer ahora es nuestro regalo hacía ti, para que liberes el peso que cargas en el corazón, Lara.

Fruncí el ceño. No comprendía nada.

Amy tomó aire por la nariz y por ese momento, con la sensatez que la caracterizaba, dejó de lado sus bromas y su despreocupación, y adoptó una postura seria y respetuosa.

—Yo... ni siquiera me atrevo a imaginarme lo

que tuviste que pasar. Tampoco creo que nada de lo que podamos decirte calme tu recuerdo ni tu agonía. Creo que las palabras sobran en estos casos, porque solo tú sabes lo que sientes en tu piel. Pero, hace tiempo leí que uno no podía dejar atrás el dolor sin ofrecerle una salida en forma de adiós —comenzó alzando la barbilla—. Nos despedimos de las cosas buenas, igual que deberíamos despedirnos de las malas, porque ambas nos han enseñado algo sobre nosotros mismos —se había recogido el pelo en una coleta alta que le daba el aspecto de una colegiala. Una con un alma enorme—. Y todo adiós debe tener un ritual. Adiós a personas, a lugares, a recuerdos y a estados anímicos. Porque la vida es una sucesión de principios y finales. Sin embargo, no siempre estamos preparados para ellos. A veces, vienen tan de repente que nos toman por sorpresa. Y el no poder despedirnos se enquistaba en nuestro interior. Este ritual del adiós es para admitir que a todos nos sucedió algo que nos cambió para

siempre. A aceptarlo, y a dejarlo atrás. Y cuando este ritual acabe, ya no seremos los mismos. Porque eso que nos pesa se habrá ido con el viento, y reposará en el mar. Donde todo se regenera y se transforma. Ahora cerrad los ojos.

La seguridad de Amy era tan aplastante que era imposible no obedecerla.

—Empiezo yo —dijo ella como guía del ritual—. Estoy aquí hoy porque quiero cerrar una puerta. Quiero decir adiós.

Abrí un ojo disimuladamente y la vi mecerse de un lado al otro, un poco nerviosa, pero dispuesta a hablar sin tapujos. Entonces, prosiguió:

—Le digo adiós a la niña que abrigaba esperanzas por un chico que nunca la quiso por cómo era. A una niña que aún está en Rhode Island creyendo que tenía alguna posibilidad de que la quisieran. De que él la viera. Me despido

de ella con cariño, porque es bonito ser tan inocente, pero... me toca ser realista, aunque una parte de mí creyera que el príncipe también podía elegir a Fiona. Hoy sé que la vida no es una película de Dreamworks — suspiró resignada—. Y también le digo adiós a Fred. A él también. Porque la imagen que tenía de él no era real. Y la que es, no me gusta. Cuando apague esta llama, esa puerta se cerrará. Esta despedida no me dolerá —sopló la vela y tomó aire profundamente—. Saludo al futuro con lo bueno que vendrá.

Aquella declaración sincera y brutalmente honesta de Amy nos cogió a todos por sorpresa. Pero animó al resto a que fueran igual de francos. La luna casi llena se burlaba de nosotros en lo alto, aunque en el fondo, le gustaba lo que veía. Porque no todo el mundo se quitaba los escudos a pecho descubierto.

—Taka —le advirtió Amy—. Tu turno.

El japonés carraspeó, cerró los ojos igual que había hecho nuestra amiga y la obedeció. No tuvo que buscar mucho para encontrar aquello a lo que quería decir adiós. Su cresta, ahora plateada en ese círculo, había perdido arrogancia, y a mí en ese momento me inspiró ternura.

—Estoy aquí porque quiero cerrar una puerta. Quiero decir adiós —se detuvo un momento. Parecía necesitar arrojo para continuar—. Quiero decir adiós al chico que anteponía el deseo de los demás antes que el suyo propio. Porque ese chico no comprendía que lo que sus padres querían era, precisamente, que él se encontrara y decidiera qué era lo que necesitaba su corazón.

Abrí el otro ojo y descubrí a Thaïs igual que yo, mirándole tan enamorada que hasta me hizo sentir que violaba su privacidad. Sus ojos celestes, exóticos y rasgados hablaban con Taka en silencio. Y se emocionaban al escucharle.

—Ahora ya sé lo que quiero. En todos los sentidos... y me siento capaz de merecerlo. Le doy las gracias a ese chico, por lo que me enseñó. Pero no lo necesito más. Cuando apague esta llama, esta puerta se cerrará. Esta despedida no me dolerá — sopló con fuerza y centró sus ojos en Thais—. Saludo al futuro con lo bueno que vendrá.

Ella asintió, dándole la razón y sonriéndole con una dulzura divina, cómplice de sus deseos futuros.

—Te toca, Thais —dijo Amy.

Thais cerró los ojos, sujetó la vela con convicción y decidió ser sincera como todos.

—Estoy aquí porque quiero cerrar una puerta. Quiero decir adiós. Quiero decir adiós a mis ganas de competir conmigo y de no tener suficiente. A mis ganas de ser siempre la mejor solo para

demostrarle a la persona que quería que estaba a su altura, porque lo veía en el cielo, y yo solo era una terrestre. Quiero decir adiós a la niña que se ofendía con sus padres cuando le decían que no podía ser la reina del mundo. La niña que no entendía que solo le hacía falta ser dueña de su vida y reina de sí misma. Le doy las gracias a esa niña por enseñarme a estar permanentemente equivocada. Y por darme la oportunidad de conocer mis debilidades. Pero ya no la necesito más —abrió los ojos y su mirada y la de Taka conectaron—. Cuando apague esta llama, esta puerta se cerrará. Esta despedida no me dolerá —ella sonrió cuando Taka negó con la cabeza repitiéndole «no dolerá, preciosa». Sopló con fuerza y apagó su llama—. Saludo al futuro con lo bueno que vendrá.

A Amy no le hizo falta avisar a Kilian. Este estaba concentrado en sus palabras, metido de lleno en el ritual, dispuesto a cerrar también su

puerta.

Era increíble los derroteros que a veces tomaba la vida. Yo siempre vi en Kilian algo bueno y bondadoso, aunque él se empeñaba en ocultarlo. Y ahora, ese Huesos era uno más de nosotros; aceptaba nuestros juegos, nuestros desafíos, y se había hecho a todos.

Todos nos habíamos hecho a él. Yo me había hecho a él.

En la oscuridad que la noche barcelonesa nos ofrecía, solo bajo el alumbro de la llama de aquella vela roja, contemplé sus rasgos varoniles y hermosos. Y vi en él todo lo que había sido, lo que era y lo que podía llegar a ser. Kilian sería lo que él quisiera. No importaba si tenía una sociedad como los Bones respaldándole. Él era autosuficiente, inteligente y sabía elegir el mejor camino de todos. Conseguiría todo lo que se propusiera. Y, si me dejaba, me encantaría estar a

su lado cuando lograra todas sus metas. Porque no había mejor celebración que disfrutar de los éxitos al lado de la persona que se quería.

—Estoy aquí porque quiero cerrar una puerta — empezó a decir de manera intensa y resoluta—. Quiero decir adiós. Adiós a mi odio y a mi desilusión con mi padre. Quiero despedirme de ese sentimiento que empecé a albergar desde pequeño, cuando creí que habían diferencias entre mi hermano Thomas y yo. Que a mí siempre se me exigía más porque, en el fondo, no era un Alden completo. Era un niño recogido de los brazos de mi madre moribunda... No era su hijo por pleno derecho. Quiero perdonarme por pensar así —se humedeció los labios resacos—. Estos días mi padre me ha demostrado cuán equivocado estaba. Y también quiero poder perdonarme por albergar sentimientos de ira hacia mi hermano Thomas. Pensaba que el ofendido y el vilipendiado era yo, pero no me di cuenta de que

él también sufría por mi culpa, por decisiones que ni siquiera yo tomaba con el corazón.

Directas a mi corazón iban esas palabras. Kilian era maravilloso cuando daba su imagen de fortaleza y confianza. Pero era aún más admirable cuando mostraba sus puntos flacos. Cuando admitía sus zonas erróneas. Eso lo hacía humano. Y no había un humano más demoledor que el que era noble como un dios.

—Quiero dejar atrás todo lo negativo que pudo nacer en mí. Lo acepto, porque me ha hecho como soy. Pero creo que ha llegado el momento de ausentarse de ese camino. Y por último quiero decir adiós, con toda mi alma, a mi madre. A la que me concebió. No la recuerdo —admitió un tanto emocionado—. Ni siquiera le pude llegar a decir «mamá». Ni darle el primer «hola» ni tampoco el último «adiós». Era un bebé cuando ella se fue. Pero quiero darle las gracias por darme la vida. Estoy seguro de que era una mujer

maravillosa. Increíble —musitó. Su voz se rompía poco a poco. Yo solo tenía ganas de abrazarle, pero debía darle ese espacio—. Quiero que sepa que tengo gustos como los de ella, y que algo de ella siempre vivirá en mí. Supongo que las personas nunca se van del todo... Se transforman —susurró alzando la barbilla—. Cuando apague esta llama, esta puerta se cerrará. Esta despedida no me dolerá —sopló y sentí cómo se acercaba un poco a mí, solo para sentirnos más unidos. Dios, ¡cómo lo quería! —Saludo al futuro con lo bueno que vendrá.

No me di cuenta de que él lloraba hasta que vi una perla diamantina en su mejilla. Tomé la vela con una mano, entrelacé mis dedos con los de él, que ya me buscaba desesperadamente y le sostuve con fuerza. O él me sostuvo a mí. Porque ahora llegaba mi turno, y estaba convencida de que me desmoronaría. Él era mi puerto seguro al que amarrarme en la tempestad, y también en la

calma.

Mis amigos me estaban regalando sus partes oscuras. Sus miedos. Sus fracasos. Sus pérdidas. Me demostraban que, a su manera, también habían tenido tragedias personales; unas emocionales, otras psicológicas y otras físicas, como lo de Kilian.

Yo los adoraba. Comprendí que aquel ritual no estaba relacionado con el adiós ni la despedida. Sino con el «gracias». Porque así me sentía yo: agradecida.

—Estoy aquí porque quiero cerrar una puerta — sentía que todos me miraban. Que me daban sus fuerzas y sus energías para que yo pudiera sanar. Para que pudiera dejar atrás el dolor—. Quiero decir adiós... a tantas cosas... —resoplé como un caballo—. Pero sobre todo a ella —una bola de pena y angustia atoró mi garganta y empezó a arder en mi pecho. Iba a llorar como una

Magdalena, pero no me importaba romperme si lo hacía frente a ellos—. Una vez leí que las peores despedidas son esas que no se dijeron. Y ahora entiendo por qué. Porque yo no me despedí de ella, de mi madre. Se fue un día, así sin avisar. Me la quitaron. Y desde entonces vivo de los sueños que tengo con ella, y de los recuerdos felices que me dejó. Y siento... que no la sé dejar ir. Que la mantengo ahí —el llanto me privó de las palabras, y durante un rato, el silencio a mi alrededor solo se rompió por el llanto mudo de mis amigos, a los que contagié—. Sé que le tengo que decir adiós —sorbí por la nariz—, lo sé —asumí. Pero me daba miedo no volver a soñar con ella—. Y quiero decírselo ahora. Mamá —miré al cielo con el rostro lleno de lágrimas—... quiero darte las gracias por todo. Por el don que me regalaste, por la educación que me diste, por tus juegos... y tus regañinas... Por ser mi madre y quererme por encima de todas las cosas. Quiero que sepas que te recuerdo viva, sonriente y llena de vitalidad.

Que nunca te recuerdo en el suelo de casa. Me prometí que cuando fuera mayor reabriría tu caso. Todos mis esfuerzos hasta ahora han sido para cumplir este objetivo —le expliqué, pensando que ella en realidad me escuchaba, estuviera donde estuviese. Ya fuera en mi cabeza o en el cielo—. Y no voy a descansar hasta cumplirlo. Te lo prometo. Así que... quiero que sepas que te dejo ir. Que es la primera vez que digo esto en voz alta —no podía seguir hablando, maldita sea—. No te imaginas... lo que me duele. Solo te digo que si alguna vez nos volvemos a ver, espero que sea en un mundo mejor. Donde nadie pueda quitarle la vida a nadie y salir indemne. Sé que en ese mundo —sonreí con tristeza— yo como criminóloga no tendría trabajo. Pero preferiría tenerte a mi lado antes que sacarme la carrera. Eso es incontestable —sorbí de nuevo por la nariz y tomé aire para relajarme—. Así que no te quiero dar un adiós cualquiera. Un adiós significa irse. Y eso implica olvidar. Y yo nunca te voy a olvidar, ya lo sabes,

mamá. Por eso te digo «hasta luego». Cuando apague esta llama... —musité consciente de lo que hacía. Reconocía que iba a cerrar una puerta públicamente. Que aceptaba por fin la muerte de mi madre, por devastadora que fuera—. Cuando apague esta llama, esta puerta se cerrará — me quedé mirando el pequeño fuego en la vela, ensimismada.

Miré a cada uno de mis amigos, que me transmitían su apoyo. Era como si ellos me ayudaran a soplar. Kilian me apretó la mano que me sujetaba, y yo le miré afectada. Él asintió levemente y me dijo:

—Vamos, mi cachorrita. Hazlo.

Yo asentí, obedeciéndole. Soplé la llama con la fuerza de mi alma llena de amor, y al expirar el aire de mis pulmones, me vino una serie de fotogramas con mi madre. Recuerdos y escenas que nunca dejaría ir. Aquel era el modo que tenía

de mantenerla viva. En mi memoria. Y en mi corazón. Por eso ella nunca se iría.

—Esta despedida no me dolerá —finalicé.

Cuando la vela se apagó, todos nos quedamos callados y a oscuras. Solo las olas del mar muriendo en la orilla rompían la calma y la quietud. Una extraña paz cayó sobre nosotros.

Amy hizo un agujero en la arena, y nos invitó a que enterráramos las velas, y a que cada uno de nosotros, echáramos un puñado de tierra para cubrirlo de nuevo.

Cuando acabamos, Thaïs se expulsó las manos, me cogió de la solapa de la chaqueta y tiró de mí añadiendo un «ven aquí, mi bicho raro». Entonces me abrazó sin decir una palabra más. No hacía falta que se pronunciara. La entendía. Amy se unió al abrazo, y Taka y Kilian también.

Ellos me apoyaron. Con aquel gesto me dieron a entender que no estaba sola. Que nunca lo estaría. En el calor de aquel mimo grupal, de aquella demostración de amor, me vi protegida y comprendida. Me sentí como una flor herida a la que ellos cobijaban del viento y de la sal.

Pero florecería. Porque el amor que recibía era más potente que cualquiera de los rayos del sol.

Amy fue la primera en romper aquel hechizo. De repente, se apartó y empezó a quitarse la ropa.

Yo parpadeé, todavía con lágrimas en los ojos.

—¿Qué demonios haces, tarada?

—Hay que bañarse en el mar. Es parte del ritual.

—¿En bolas? —dijo Taka alucinado.

—Vístete ahora mismo, hija de mordor —le

ordenó Thaïs escandalizada—. Hace frío. No nos vamos a bañar ahora...

—¿Y eso por qué, Barbie? —la desafió mirándola de arriba abajo—. ¿Mattel no te ha dado bikinis a conjunto con Barcelona? ¿Te falta la tabla de surf? ¿O el caballo?

—No, puta loca. Me falta el vaporizador de agua para metértelo por...

—¡Thaïs, por Dios! —me llevé la mano a la frente.

—No, no, no —negó Amy provocándola—. Barbie no súper habla así, o sea...

—Amy, haz el favor de volver a ponerte los pantalones —le pedí.

—Uf, joder qué frío —continuaba ella—. Tengo los pezones que podría guiar a los barcos cual

faro...

Thaïs por poco se ahoga con la carcajada.

—Venga, hasta nunqui, me voy al agua.

—Por última vez, enferma —la señalé—. Ya tardas en vestirme —le chasqueé los dedos.

—Me aburrís —nos espetó Amy divertida con la situación—. Este cuerpo serrano —se dio una palmada en su barriga rechoncha. Se había quedado en ropa interior rosa en un visto y no visto— se va al mar. A que el agua la limpie.

—No, Amy —Thaïs y yo nos miramos con los ojos a punto de salirsenos de las cuencas.

—A callar, perrillas —arrancó a correr con una carcajada en medio de la garganta.

—¡Coge a la chiflada! —ordené.

Las dos empezamos a correr tras ella. La escena era muy cómica.

No nos dio tiempo. Amy se tiró de cabeza al agua, que estaba helada.

Thaïs y yo nos quedamos en la orilla, observándola sin dar crédito. ¿En serio acababa de pasar eso?

—Pero... —A Thaïs le costaba hasta respirar—. ¿Cómo demonios corre tanto? Qué cabrona...

A mí se me escapó una carcajada. Era surrealista.

—¿Eh, queréis ver a una sirena enseñando la cola?! —nos gritó muerta de la risa, agitando sus braguitas en la mano como si fuera una bandera de la victoria.

—¡No, Amy! ¡No! —gritamos Thaïs y yo, pidiéndole que parara, que no se dejara ir.

Kilian y Taka se retorcían de la risa en la arena, pero a nosotras nos parecía un escándalo. Amy estaba como una regadera.

Y la loca lo hizo.

Nos enseñó a una sirena mover la cola. Y toda Barcelona vio su glorioso culo.

Llegamos al apartamento sobre las once de la noche. Pedimos comida china para cenar. Mientras esperábamos

a que nos la trajeran, Kilian se fue a duchar, Amy también, pues estaba llena de sal, y Thais preparó el salón para ver alguna serie o alguna película de Netflix, y yo salí al balcón del ático, que me dejaba unas vistas de la Diagonal y de Barcelona inmejorables.

Los coches iban y venían, la gente aún pululaba por las calles. Muchos de ellos en pareja, otros con el Bicing, cruzando la vía central que iba casi de punta a punta de Barcelona. Y todos, sin excepción, ajenos a la realidad que nosotros conocíamos.

En la vida de uno existían días depuradores. Y aquel había sido uno de ellos.

Me apoyé en la baranda de piedra y disfruté del tacto de las láminas de madera del suelo bajo mis pies. La calefacción llegaba hasta ahí, por eso en el balcón no hacía frío. Las lámparas encendidas y las plantas estratégicamente colocadas por aquí y por allá me daban la sensación de que me encontraba en parte de un bosque nocturno y flotante sobre la ciudad.

—Lara.

Miré hacia atrás y vi a Taka, en calcetines como

yo, con el gesto serio y al mismo tiempo benevolente. En sus ojos de acero vi que quería hablar conmigo. Y yo supe inmediatamente de qué. Porque éramos amigos, y conocía su alma de vengador justiciero.

Le saludé y esperé a que se colocara a mi lado.

—¿Qué pasa Taka-Taka?

Él apoyó sus manos en la parte superior del adral y exhaló contemplando el panorama. Aunque ambos sabíamos que no estaba pensando en lo bonita que era la localidad.

—Cuando hablabas de tu madre...

—Muy pocas veces —intervine.

—Sí. Pero cuando hablabas de ella, Thaïs y yo siempre pensamos que algo muy malo tuvo que pasarle. Entiéndeme. Una pérdida siempre es

dolorosa, pero tú te cerrabas más de la cuenta y nosotros nunca quisimos ahondar en ello...

—Lo sé.

—Y ahora entiendo por qué —me acarició la cabeza como si fuera un perro y yo hice un mohín divertido. No era un chico dado a los cariños, pero que lo intentara me hacía gracia—. Lo que quiero decirte es que te conozco —se giró hacia mí—. Y nunca vas a descansar hasta que no lo soluciones, ¿verdad?

Yo asentí y repiqueteé con los dedos en la piedra.

—Y yo quiero ayudarte en lo que pueda. Creo que debes pedirme ayuda.

—Explícate —me aseguré antes de decirle nada.

—Sé que tienes datos, Lara. Tu memoria eidética ha debido repasar la escena del crimen mil veces.

A estas alturas tú debes tener más pruebas que el dichoso informe de la policía.

Alcé mi rostro hacia él e incliné mi cabeza a un lado.

—Sí —aseveré.

—Pues úsame, joder —dijo frustrado.

—¿Te gusta ser un chico juguete? —le pregunté intentando rebajar la tensión.

—Ya sabes a lo que me refiero. Úsame —repitió más serio que nunca—. Quiero ayudarte. Y estoy convencido de que nunca has querido pedírmelo por el tabú que suponía la tragedia de tu madre. Pero ahora... —negó con la cabeza—. Ya nada debe detenerte. Así que dime qué es lo que quieres investigar. Dime qué tienes.

Dejé caer la cabeza y me froté la nuca, totalmente

descubierta por las palabras de mi amigo. Nunca podría engañarle. Durante mucho tiempo le oculté mi secreto más oscuro, pero ahora, él no cesaría hasta que yo no le dijera la verdad. Porque quería echarme una mano. Y yo la necesitaba. No lo iba a negar.

—Lo que tengo es un círculo de sal y cinco símbolos extraños alrededor, que la torpeza de la policía borró al no pasar con cuidado. Hay dos hombres también, con máscaras de animal cornudo —nombré sin que me temblara la voz—. Les llegué a ver, Taka. Pero iban disfrazados, así que no pude identificar sus rostros. Se escaparon por el jardín cuando yo llegué. Uno de ellos tenía patas de animal, como de caballo.

—¿Patas de animal?

Me presioné el entrecejo. A mí también me parecía una locura.

—Sí. Lo sé. No es muy cuerdo que digamos —rectifiqué—. Mi psicóloga, Margarita, se hartó de decirme que eso no era real. Que era una asociación de mi mente tras el shock. No creían que hubiera visto a nadie con máscara de animal ni cuerpo de caballo. Así que lo achacaron a un sistema defensivo de mi mente. A una invención por no comprender lo que le había pasado a mi madre. Como no había rastro de ADN en la escena del crimen y todo estaba limpio, no dieron por válida la declaración de una niña de ocho años con las mejillas rojas de llorar y las pupilas tan dilatadas que apenas había color verde en mis ojos.

—Lo siento —posó su mano en mi hombro.

—Pero sé lo que vi. Y recuerdo perfectamente los símbolos en el suelo —alcé la barbilla con orgullo—. Y sí. Necesito tu ayuda.

Los labios de Taka se estiraron en una sonrisa.

—Esa es mi chica —celebró con satisfacción—. ¿Qué quieres que haga?

—Te voy a pasar los símbolos. Necesito que busques por la red si hay alguna similitud con algún tipo de símbolo antiguo. Yo he revisado muchos libros y no he encontrado nada —le expliqué—. Pero tus medios no son los míos y creo que tú puedes acceder a muchos otros lugares y a más bases de datos. Necesito que me digas qué significan.

—Eso está hecho —sentenció Taka—. Mañana mismo lo tienes.

—¿Mañana? —dije sorprendida—. ¿Tan rápido? No hace falta para mañana, Taka. Tenemos que descansar. Nos espera un vuelo a Inglaterra y...

—No, Lara —dijo rotundo fijando sus ojos en la luna del cielo—. Ya descansaré cuando me muera. Lo que quiero es ayudarte. Lo que te pasó es una

mierda enorme —reconoció empatizando conmigo—. Voy a echarle una mano y no voy a parar hasta encontrar todo lo relacionado con el asesinato de tu madre Eugene. Y si hay que empezar por esos símbolos, empezaremos por ahí. Venga —me animó metiéndome dentro del salón—. Dibújamelos bien. Que yo obraré mi magia —sacudió los dedos— y pillaremos a esos mamones.

—¿Puedes pillarlos tú y no la policía? —bromeé.

—La policía nunca me ha pillado hasta ahora. En todo caso, yo me he dejado pillar —me guiñó un ojo—. Soy mucho mejor que ellos.

—Qué modesto eres —ironicé.

—El puto amo nunca puede ser modesto. La modestia es la virtud de los mediocres. Y casos como los de tu madre no están hechos para mediocres.

Aunque esas palabras me sonaban extremadamente dadas, no podía quitarle razón. Porque en el mundo debía haber mediocres, o de lo contrario, nadie reconocería a los genios.

Como Taka.



Once

La habitación que compartíamos Kilian y yo era muy grande y disponía de su propio balcón. El nórdico blanco y cálido, la cama King, la tele de plasma en la pared, nuestro propio baño y un escritorio en el que trabajar si así lo deseábamos completaba la ascética pero lujosa y moderna decoración. No obstante, ahí ninguno usaría el escritorio, porque no queríamos trabajar.

Hacía unos minutos que dejamos a los demás en el salón, cenando chino y viendo «Por trece razones», y a Kilian y a mí nos apetecía estar solos, por trece mil razones más. Así que habíamos subido a la planta superior para meternos en nuestro dormitorio.

Allí, en silencio, parecía todo un mundo. Una cueva en la que se gestaba todo un universo. Salí

del baño después de lavarme los dientes, con el pijama ya puesto, y me lo encontré sentado de manera lozana y desvergonzada sobre el colchón.

Él y yo solos, mirándonos a los ojos, era una provocación de por sí. Me repasó de arriba abajo y dejó ir el aire por la boca, moviendo la cabeza negativamente.

—Mira dos veces para ver lo justo. No mires más que una vez para ver lo bello —recitó.

—¿Es tuyo? —arqueé una ceja.

—No. De Henry Amiel. Un escritor suizo.

—Es bonito.

—No es bonito. Es una gran verdad. Solo me hizo falta verte una vez para descubrir lo hermosa que eras. Por fuera y por dentro, Lara.

Tragué saliva. Yo sonreí un tanto avergonzada y me eché el pelo hacia atrás.

—Yo siempre pensé que la belleza está en los ojos del que mira.

—También —admitió encogiendo sus anchos hombros—. Pero tú haces que mire bonito.

Y él hacía que se me disparasen las pulsaciones.

—Gracias.

—Y eso que haces con el pelo... —bufó—. Me pone malo.

—Me estás poniendo nerviosa, asesino.

Kilian sonrió de oreja a oreja y con el índice me indicó que me acercara a él.

—¿Voy? —dije.

—Ven.

Caminé atraída por la intensidad de su mirada. Esos ojos siempre me parecerían salvajes y seductores. Llenos de peligro y de magia. Me quedé entre sus piernas abiertas y él se incorporó hacia adelante y dejó caer su cabeza sobre mi vientre con suavidad.

—Lara... —murmuró.

¿Era una súplica? ¿Un ruego? ¿Una plegaria?
¿Qué era?

—Lara, Larita...

—¿Qué? —susurré acariciándole la nuca. Parecía vulnerable. No sabía si quería mecerlo o desnudarlo.

—No voy a dejar que te pase nada —me juró—. No quiero que tengas miedo. Lo sabes, ¿no?

—Contigo no tengo miedo —pasé mis pulgares por sus pómulos—. ¿Qué te pasa?

—Quiero que me cuentes todo lo que tengas pensado hacer. Cualquier cosa. Necesito estar al tanto de todo.

Fruncí el ceño. No comprendía bien esa necesidad.

—¿A qué te refieres?

—Eres una persona muy imprudente. Sé que por tu cabeza hay muchísima actividad, más que en el interior de cualquier otra. Y que harás lo que creas que debes hacer cuando así lo sientas, pero tienes que entender que estamos contigo para ayudarte. Prométeme que hasta que pase la luna azul, no vas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte...

Era como si me leyese antes que nadie. ¿Qué intuía? ¿Acaso podía adelantarse a mis

movimientos? Yo no había calculado nada aún, ni siquiera había meditado ningún plan sobre nada, pero sí que había decidido algo. No pensaba poner en peligro a mis amigos. No quería que ellos sufrieran por mi culpa. Y si en algún momento debía actuar en consecuencia, y elegir entre su seguridad y la mía, elegiría siempre la de ellos. Pero eso era innegociable, se pusiera Kilian como se pusiese. Como fuera, él no necesitaba saber sobre mis impulsos.

—No voy a hacer nada, Kilian —confesé.

—¿No?

—No.

—¿Me lo prometes?

—Sí —contesté sin ser consciente de las consecuencias de mis afirmaciones.

—Nunca olvides que te veo —apoyó la barbilla en mi vientre y me miró—. Yo te veo de verdad, Lara.

Entrecerré los ojos, le puse ambas manos en las mejillas y me incliné para besarle.

—Confianza no es saber todo sobre la persona que me acompaña. Es cuando no necesito saberlo —le dije apresando su labio inferior entre los dientes.

—En tu caso, eso es peligroso —contestó él ayudándome a sentarme a horcajadas sobre su cintura—. Vas por delante de todos.

—Pero... ¿tú confías en mí? —deslicé mis labios por su garganta.

Él cerró los ojos, abandonado a mis caricias, y asintió.

—Me pones nervioso, Lara. Pero confío en ti. En que tu necesidad de pensar en los demás antes que en ti misma no te meta en líos.

—Bien. Pues confía en mí. Con eso me basta.

—Lara, hablo muy en serio —se apartó y posó sus manos en mis caderas—. Estamos todos juntos en esto. Me lo has prometido.

Me retiré los mechones de pelo que habían caído sobre mi rostro y contemplé la expresión algo perturbada de Kilian.

—Kil... Tengo una idea. ¿Por qué no dejas de preocuparte y me haces el amor?

Él parpadeó una sola vez. Divisé el momento justo en el que esas palabras hicieron efecto en todo su cuerpo, y en cómo su rostro era el reflejo de su alma. Se moría de ganas de hacer el amor conmigo. Y yo también.

—Eres una especie de encantadora.

—De serpientes —dije yo quitándole la camiseta de manga corta por la cabeza y dejándolo desnudo de torso para arriba. Los músculos de su abdomen dibujaban sinuosas y seductoras sombras que definían su cuerpo como el de una escultura griega.

—No... —negó él colando sus manos por el interior de mi pantalón y posándolas sobre la piel de mis nalgas—. De dragones.

Yo dejé caer mis labios sobre su boca, y le besé como quería. Me moría de ganas de hacer el amor con él y de jugar con ese piercing que tenía en la lengua. Quería tanto a Kilian que sentía dolor. Pero era un dolor placentero de dicha, en el centro del pecho.

Aquello no fue una estrategia de distracción, ni mucho menos. Ambos cedimos a lo que nos

pasaba cuando estábamos a solas y había una cama de por medio.

Pero no podía negar que él tenía razón. Por eso era mi kelpie. Me leía y me veía antes que nadie. Y sabía, tan bien como lo sabía yo, que actuaría siempre por el bien de todos antes que del mío, aunque eso comportara decisiones impopulares.

Aunque las mayores resoluciones, las más criticadas, se tomaran siempre en nombre del amor.

Jueves, Inglaterra *Warminster*

El vuelo hasta Inglaterra tuvo algunas turbulencias, pero nada de lo que preocuparse excesivamente. Salimos a las doce del mediodía, para despedirnos de la ciudad con un desayuno por todo lo alto en el Pudding, una hermosa

cafetería especializada en tartas del centro de Barcelona. Esa era una buena forma de decirle hasta luego, con el azúcar por las nubes y un buen sabor de boca.

Durante las tres horas y media que duró el viaje, Amy y Thaïs continuaron viendo la serie a la que se habían enganchado la noche anterior. Kilian y yo dormimos lo que no pudimos dormir durante la noche. Estuvimos demasiado ocupados cosiéndonos a la cama y matándonos a besos. Pero pude ver por el rabillo del ojo que Taka, mi intrépido hacker, trabajaba con su portátil desde su asiento. Y se centraba en los dibujos que le había pasado de los símbolos del ritual de mi madre. Tenía esperanzas de que él me ayudara. De hecho, estaba convencida de que si había alguien en el mundo que revisaría anales e información capada sobre temas versados en brujería, ese sería él. El único.

Warminster se encontraba en el condado de

Wiltshire. Los padres de Luce tenían una casa allí, y nosotros nos hospedamos a veinte minutos en coche de donde ella vivía. Thaïs se había encargado de la logística del viaje, y había alquilado una casita de dos plantas en el centro del pueblo de estilo parisino, en la calle principal.

Un río cruzaba el pueblo y sus bucólicos puentes hasta el parque central de la hermosa villa, que parecía cobijada por un espectacular paraje verde lleno de bosques y campiñas inglesas. Ciertamente, era un lugar precioso.

La casa también poseía su encanto. Se encontraba a pie de calle, gozaba de mucha luz y disponía de un jardín interior de unos cuarenta metros cuadrados que me hizo pensar en Narnia.

El interior y el exterior eran de estilo victoriano, y el mobiliario, aunque lo habían actualizado, no perdía armonía con su historia y con las líneas de la casa.

Cuando llegamos al salón que daba al jardín interior, nos dejamos caer en los sofás. Kilian decidió llamar a la madre de Luce para decirle que estábamos en Warminster y que esperábamos que nos recibiera. Puso el manos libres para que todos escucháramos la conversación.

—Hola, señora Spencer. Soy Kilian.

—Ah, hola, querido —dijo una voz dulce y algo raspada por los disgustos al otro lado—. Mira, estaba pensando en ti ahora...

—¿Ah sí? —preguntó Kilian mirándonos con intriga.

—Sí. Dijiste que llegabas hoy, ¿verdad?

—Sí, señora. De hecho ya nos encontramos en Warminster.

—Me alegra oírlo. ¿Qué tal os ha ido el viaje?

—Muy bien, gracias.

—Luce tiene esta tarde la visita de su médico. Le hará una revisión. Así que, hoy no creo que sea un buen día para venir a verla.

Kilian lamentó oír eso, porque quería cerrar el tema y la declaración de Luce lo antes posible. Pero eran las órdenes de la madre, y no se podían contravenir.

—Vaya... Bueno, nosotros también queremos descansar. No se preocupe.

—Mañana será un buen momento. ¿Os parece que vengáis a verla por la tarde? ¿Sobre las cinco? Luce necesita descansar por las mañanas, porque amanece con fuertes jaquecas. El golpe fue terrible —confesó aún afectada, aunque feliz y sosegada al ver a su hija recuperarse.

Miré a Kilian y afirmé. Me parecía una buena

hora.

—Claro —replicó Kilian—. A la tarde sería perfecto. ¿Le va a decir que vamos a verla?

—Sí. Quiero que ella reaccione bien. Su cabeza todavía está poniéndose en orden y el médico ha aconsejado que estos días no tenga emociones fuertes.

Arrugué el entrecejo. Eso quería decir que había cosas que aún no tenía claras, o que no recordaba. Tal vez era verdad lo de que sufría amnesia... Normal en un traumatismo de aquellas características.

—Perfecto, señora Spencer. Entonces, mañana iremos a verla como hemos acordado.

—Muchas gracias por tu preocupación, Kilian. Seguro que Luce se pondrá muy contenta al verte.

—Y yo de verla a ella.

—Adiós y disfruta de tu estancia en Warminster.

—Gracias. Hasta mañana.

Cuando colgó, resopló y se echó hacia atrás en el sofá tipo Chester de piel roja.

—Hasta mañana nada —dejó ir harto de la situación.

—Bueno... ya encontraremos qué hacer hoy hasta entonces —murmuré.

—Podemos ir a ver Stonehenge —propuso Amy.

—Sí —A Thaïs también le pareció buena idea.

De hecho, a mí también me gustaría ver aquel lugar tan cargado de energía, magia y leyenda. Y debíamos aprovechar el viaje, no encerrarnos en una casa. Así también el tiempo nos pasaría más

rápido.

Comimos en un restaurante de la vía principal a base de *hot dogs* y ensaladas. Nos abrigamos bien, porque el clima en Inglaterra era mucho más frío que en Barcelona.

Thaïs me ayudó a hacerme una trenza al lado y a maquillar a Amy. Ella siempre sabía sacar partido de la belleza de uno.

Me puse mi gorro de lana, mis bambas Huarache rojas, mi chaqueta de cuello alto y peludo, y unos tejanos ajustados de color negro. Hacía tanto frío que ocultaba mis manos en los bolsillos para mantenerlas en calor.

Mientras paseábamos por el centro y admirábamos las tiendecitas y las cafeterías que lo

poblaban, Kilian se detuvo en una tienda de cómics. Recordé aquel día en Lucca, cuando descubrí que le gustaba ese arte y que quería crear una aplicación de primeros auxilios donde se mostraran paso a paso con ilustraciones de primera calidad lo que debía hacerse en determinadas situaciones de riesgo.

Me coloqué a su lado y observé los tomos de Batman que admiraba. Como en Lucca.

—Un caballero oscuro. Eso eres —le dije en voz baja poniéndome de puntillas.

Kilian me cogió desprevenida, me rodeó con un brazo y me plantó un beso en toda la boca que me dejó sin argumentos.

—Oscuro —admitió—. Pero caballero no —se recolocó el gorro de lana y volvió a mirar el escaparate.

—¿Todavía tienes en mente tu aplicación de primeros auxilios? —le pregunté aún sin aire. Podía sentir su lengua sobre la mía, como si todavía estuviera ahí.

—Sí. Es algo que haré en un futuro. De eso estoy convencido.

—¿De qué aplicación habláis? —preguntó Taka detrás nuestro.

Amy y Thais habían entrado en la tienda, dispuestas a ojearlo todo. Y más después de ver algunos Funko Pops, que habían descubierto en Barcelona, y que les volvían locas.

—Una aplicación de primeros auxilios —le contó Kilian—. Pensada para sacarte de un apuro cuando no tengas al doctor cerca.

El japonés puso esa cara que solía poner cuando algo le llamaba la atención.

—Háblame de ello —le pidió Taka. Sorprendentemente, le tomó del cuello como si fuera su mejor amigo y ambos empezaron a hacer camino juntos, conversando sobre la idea de Kilian.

—Eh... Venga, adiós. Voy con las chicas —les avisé. Pero fue como si oyeran llover.

Me los quedé mirando embobada. Les amaba a los dos, de diferentes modos. A uno como mujer y al otro como amiga. Pero les quería.

Con esa sensación de amor universal y satisfacción personal, me metí en la tienda de comics, para rivalizar con Amy y Thais, que tenían dos Funkos de superhéroes en las manos, y discutían sobre quién era más poderoso, si Superman o Thor.

Yo decía que Superman.

Ellas decían que el Dios del Trueno. Porque tenía martillo.

A mí no me quedó claro sobre qué martillo hablaban y qué connotaciones tenía, pero conociéndolas, seguro que hablaban de algo muy guarro.

Como fuera, Henry Cavill era un hombre guapísimo. Nadie iba a discutirme eso.

Stonehenge

El rato que disfruté de Stonehenge, lo disfruté de verdad, como si me hubiera trasladado a tiempos de celtas y pictos y me asombrara el modo en que esas personas, entonces, siendo tan pocas, pudieran movilizar tamañas piedras metamórficas y plantarlas en la colina como un monumento megalítico circular de carácter ritual.

Todo el mundo ignoraba cuál era la finalidad del monumento, pero decían que era una especie de templo religioso o funerario. Incluso un observatorio astronómico.

Fuera lo que fuese, era sobrecogedor.

Los agujeros de Aubrey por un lado en el bancal, el foso en la Avenida, la piedra Talón y la piedra del sacrificio... me sorprendía cómo habían sido bautizadas con nombres místicos y elocuentes todas.

Allí, en la piedra del sacrificio, Kilian y yo nos hicimos un selfie. Y justo en ese mismo lugar, dejé de disfrutar de mi visita a Stonehenge y del viaje en general. Fue cuando Taka se me acercó disimuladamente y me dijo en voz baja:

—Lara. Tengo información sobre los dibujos...

Miré de reojo a Kilian, que estaba haciéndose

fotos con mis amigas, y procuré que él no se enterase de nada de la investigación que Taka y yo teníamos en paralelo.

—¿Tan rápido?

—Te dije que lo haría —me recordó—. Solo se necesitan medios y saber lo que buscar. Y yo sé de eso.

—Me dejas sin palabras. Pero eso ya lo sabes.

—Sí.

—¿Te das cuenta de que en menos de veinticuatro horas has hecho más de lo que hizo la policía en un año?

—Sí —asumió con normalidad—. Pero la policía no sabe cómo reventar sistemas de protección ni discos duros de ordenador. No tienen hackers. Solo tienen trabajadores que saben de ordenadores

e IP's, pero no pueden acceder a toda la información. Para eso hay que ser Taka, hobbit.

Puse los ojos en blanco, incrédula al ver lo poco que él se impresionaba de sus propios logros y lo común que le parecía todo.

—¿Y bien? —le pregunté.

—¿Quieres que Kilian se entere?

Le miré con culpabilidad. Lo cierto era que no quería que Kilian supiera que Taka estaba ayudándome en eso, y más después de haber cerrado una puerta como la que cerramos ayer. Quería tenerlo tranquilo. Solo estaba indagando. No estaba haciendo nada más, aquel era mi mantra para autoconvencerme.

—No —lo cogí del brazo y caminamos hasta el otro lado de la explanada, como si tuviéramos curiosidad por otras zonas—. ¿Qué has

descubierto?

—Los cinco símbolos vienen de la escritura hierática antigua. Son símbolos originales egipcios. De ellos evolucionaron los jeroglíficos.

—¿Egipcios? —pregunté totalmente perdida.

—Sí —dijo él solemne—. Escucha y verás. Hay un libro antiguo egipcio llamado Papyrus. Lo he sacado de la base de datos del museo de Witchcraft, que está aquí en Inglaterra. En él hay una especie de ritual en el que se usan cinco símbolos muy parecidos a los que viste en el círculo. Usé un programa que buscara coincidencias de imagen en toda la red, la abierta y la que está capada. Y encontré las coincidencias de símbolos en ese ritual.

—¿De qué trata el ritual?

Taka no estaba convencido de decírmelo, como si

el mero hecho de que yo lo supiera, no fuera del todo positivo.

Le cogí del brazo y le repetí más contundentemente: —Taka, dime de qué trata el ritual. Si has llegado hasta aquí, no te vas a callar ahora.

Este claudicó mirando por encima del hombro y controlando que Kilian no se acercara.

—Son unos símbolos que se usaban en Egipto para quitarle poder a los objetos.

—¿Quitarle poder?

—Sí... Dicen que cuando querían impregnar de magia a un objeto, lo marcaban con esos cinco símbolos y los colocaban sobre las puntas de una estrella con el objeto en el centro. Eso quería decir que el objeto ya era digno de ser «tocado» por un Dios.

—Una estrella... —murmuré recordando la estrella grabada en la mesa de piedra de la Tumba. Justo donde Kilian fue tatuado—. Tocado por un Dios...

Apreté los ojos con fuerza y sacudí la cabeza. Las ideas se solapaban en mi mente y unos extraños e incómodos nervios atenazaron mi estómago.

—Hacían el mismo ritual para quitarle el poder al objeto, pero invirtiendo la estrella y los símbolos, como si lo que una vez fue otorgado, regresara a su origen. Los dibujos del círculo de tu madre estaban colocados como si siguieran esos picos de una estrella invertida. Que también suele ser un símbolo demoníaco. Y no es de extrañar, porque el ritual también se lo hacían a las personas y a los animales que eran entregados a los dioses. Les daban el poder, y cuando ya no les servían, se lo quitaban... sacrificándolos. Por eso... —Taka no sabía si continuar o no. Me vio tan pálida que se detuvo—. Lara... ¿Te encuentras

bien?

—Mierda, Taka —dije casi sin aliento—. ¿Por qué todo esto me suena tan mal? —tenía sensación de mareo y el corazón me latía con frenesí.

—Porque suena horrible la verdad, y crudamente sospechoso... —dijo tan preocupado como yo—. ¿Sabe Trinity lo que le sucedió a tu madre?

—No —contesté.

—Tal vez deberías hablarle de ello y de lo que ahora sabes. Tal vez ella tenga alguna respuesta. Puede que estés más cerca de lo que crees...

—¿Más cerca de qué?

Kilian apareció de repente, con una inocencia y una ignorancia que por poco me rompió el corazón. En el fondo, yo sabía perfectamente por

qué no quería decirle nada. Yo sabía la razón. No solo no quería preocuparle. Mi corazonada podía ser peligrosa y difícil de gestionar, y no quería involucrarle más de la cuenta. Y además, lo último que necesitaba era que nadie me detuviera.

—De hablar con Luce —contesté poniendo mi mejor cara.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó preocupado—. Estás pálida.

—Eh... no. Creo que algo de la comida me ha sentado mal.

Él no añadió nada más. Solo me observó. Y me sentí ruin y miserable porque sabía que no me creía y que le estaba mintiendo a la cara. ¿Cómo pude llegar a pensar que podía ocultarle algo a mi kelpie?

A lo lejos vi a Thaïs y a Amy abrazándose a las

columnas de piedra, en una imagen cuanto menos, curiosa.

—¿Qué están haciendo? —pregunté queriendo cambiar de tema.

—Amy dice que las piedras tienen energía y que son sanadoras —contestó Kilian todavía juzgándome con la mirada—. ¿Quieres que vayamos a admirarlas con ellas? Puede que te sientas mejor... —me ofreció su mano, y de repente su gesto se suavizó y me regaló una sonrisa quitamiedos.

Yo acepté su mano y me fui con él, muy consciente de que Taka nos seguía y de que incluso a él no le gustaba que yo llevase a cabo aquella investigación por mi parte.

Pero ya no me podía detener. Taka me había dado algo con lo que empezar, algo con lo que me aterraba continuar, porque cabía la posibilidad, la

espantosa y retorcida posibilidad, de que conociera el mundo oculto que había detrás del asesinato de mamá.

Y saberlo, y no haber sido consciente de ello hasta ahora, me ponía enferma y me llenaba de una ira y una bizzarria que ni de lejos sabía tramitar.

Tal vez, ese viaje nos iba a llevar por rutas azarosas, y alguno de esos senderos no llegaría a buen puerto. Porque uno, el de Luce, era un intento de asesinato, pero el otro, el que involucraba a mi madre, había sido un acto criminal contra la vida de una persona, un homicidio crudo, deliberado y repleto de alevosía. Ninguno de los dos merecía tener perdón.

Pero uno de ellos me exponía más de la cuenta. Y aun así, solo me quedaba seguir. Ya nadie me iba a parar.

Rhode Island

Thomas tenía el móvil entre las manos. Se encontraba en la cafetería en la que solía ir a merendar y jugar al billar con los chicos, los Huesos que eran sus amigos, en las vacaciones de verano. Se tomaba una cerveza sin alcohol, pues con la medicación no podía beber nada que tuviera grados. Sabía que no era buena idea llamar a su hermano, pero tenía que hacerlo.

Marcó el teléfono de su hermano y muy a su pesar, inició la llamada, para, acto seguido, conectar el manos libres.

A la tercera señal, el teléfono se descolgó.

—¿Thomas? —era la voz de Kilian al otro lado.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Qué haces llamándome con tu móvil? ¿Ha

pasado algo? ¿Estáis bien?

—Sí. Todo va bien. Solo quería ver qué tal vais...

—¿Es seguro que hablemos ahora? ¿No hay nadie contigo? Ya sabes lo que dijimos respecto a las llamadas...

—No, claro que no —contestó mirando su propio reflejo a través de la ventana que daba al lago—. Cuéntame. ¿Cómo va todo? ¿Dónde estáis? Estoy harto de no saber nada. Y aburrido.

—Ya. Bueno tampoco es buena idea que hablemos con una línea de pago.

—Tranquilo. Está todo bien —lo serenó—. Solo quería saber si estabais bien.

—Bueno, pues... acabamos de cenar —explicó—. Estamos en Warminster, a veinte minutos de donde está Luce. Mañana por la tarde le haremos

una visita.

—Ha despertado, ¿verdad?

—Sí. Sí, lo ha hecho —contestó Kilian cediendo muy seguro—. Su madre me ha dicho que hoy la revisaba el médico y que mañana estará lista para recibirnos.

—Dios... ¿Cuándo volvéis a casa?

—El domingo. Una vez se haya acabado la locura de la luna azul. Esto es de enfermos.

—¿Qué tal está Lara?

—Bien. Bueno, como se supone que tiene que estar en una situación así... ¿Y tú? ¿Sabes algo de los demás?

—No —carraspeó—. Y mejor no saberlo. Ya sabes que la Logia está llena de sociópatas.

—Ahora lo sabemos —confirmó—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Papá dice que se puede filtrar el nombre de Luce Spencer Gallagher en las noticias. Moore lo está retrasando lo que puede, pues no quiere señalar a Luce hasta que la Cúpula esté en la cárcel y no pueda hacer nada. Pero las presiones porque salga el nombre de quien instigó la investigación inicial son muy fuertes.

—Ya le dijimos a Moore que no queríamos reconocimientos. Tienen que aguantarlo. Luce no está ahora para atender a nadie. Si hacen eso, la meterán en un lío.

—Sí, lo sé. Bueno, tranquilo, por ahora todo está bajo control. ¿Entonces? ¿Os quedáis en Warminster hasta el sábado?

—Sí. Nos ocultaremos aquí, y el domingo volveremos. Lara ya no les interesará. La fecha de

la luna azul habrá caducado.

—Bueno, tío. Tened mucho cuidado, hueso duro. Pase lo que pase, no os mováis de ahí.

—¿Thomas?

—Hasta el domingo.

—Sí... hasta el domingo.

Cuando cerró la comunicación, Aaron y Fred asintieron conformes. Los dos Huesos seguían órdenes de la Cúpula, y el Hechicero debía obedecerles o sería fatal para él y sus intereses.

—Muy bien —dijo Aaron decidido—. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer. O de lo contrario, sabes lo que pasará, ¿verdad? —los oscuros y juveniles ojos de Aaron lo fulminaron como si fuera un mafioso.

—Eres un hijo de puta —le dijo Thomas.

—Eso no lo sé. Pero ya estás advertido. No hagas ninguna tontería, Alden, o será ella quien lo sufra después, ¿de acuerdo? —le empujó y lo hizo caminar por el pasillo—. Fíjate lo que le pasa a un gallo cuando le tienen cogido de los huevos. ¿Quién lo iba a decir? —se cacareó Aaron conversando con Fred—. Es tan inofensivo...

—Ya está bien, Aaron —lo cortó Fred incómodo—. Hagamos lo que nos han ordenado. No hay por qué ensañarse.

Mientras Thomas no hacía más que seguir órdenes por el bien de los demás, limitado y amenazado, pensó que no podía imaginar lo que iba a suceder cuando Kilian supiera lo que estaba pasando.

Se visualizó arrancando la espesa cabellera de Aaron, y dándole una patada en la cara a Fred.

Pero no podía hacerlo, porque sabía que lo que él hiciera, se lo harían a ella, y eso lo mataría de dolor.

Warminster *Inglaterra*

Por la noche, después de cenar, nos quedamos charlando en el jardín mientras tomábamos unas infusiones. Taka tenía su portátil encima de la mesa y estaba ayudándome a conectar la micrograbadora que me habían regalado mi padre y Gema. Se conectaba vía *streaming* a través de una señal satélite.

—Este juguetito es muy potente —explicaba Taka trasteando el software—. Tiene muy buen alcance, mucha memoria... Es curioso.

—A mí también me gusta —dije orgullosa. Aquel regalo me había encantado. Además, lo

consideraba muy práctico para mi futuro.

—Cualquier cosa que grabes pasará al ordenador inmediatamente —me explicó.

—Genial.

Mientras Thaïs con su ordenador actualizaba su web «Friki News» y ponía al día todos los servidores, y Amy jugaba al Candy Crush desde su iPad, Kilian había recibido una llamada al móvil.

Al cabo del rato, apareció entre los árboles con una expresión que me puso en alerta. Esperé a que se sentara a mi lado en la mesa y le pregunté con curiosidad:

—¿Sucedo algo? ¿Quién era? —pensé que hablaba con su padre.

Kilian se quedó pensativo. Después, como si

saliera de un sueño, me sonrió para tranquilizarme y me contestó:

—No. No pasa nada. He recibido una llamada de Thomas. Eso es todo.

—¿Thomas?

—Sí.

—¿Seguro que no pasa nada?

—No... es solo que me ha parecido extraño.

Taka levantó la mirada del portátil y se metió en la conversación:

—Define extraño.

—Me ha llamado «hueso duro».

—Pues vaya cosa... —murmuró Amy.

—No sería gran cosa —continuó Kilian pensativo— si no fuera porque así me llamaba cuando de pequeños hacíamos una trastada y no queríamos que se enterase mi padre. Era una especie de palabra clave. Como una advertencia de que él se acercaba y de que podíamos ser descubiertos. Entonces, dejábamos de hacer lo que teníamos entre manos.

Aquella explicación no nos gustó a ninguno. De hecho. Nos puso en un estado de alerta bastante tenso.

—¿Deberíamos preocuparnos? —dijo Thais arqueando una de sus cejas rubias.

—No —contestó Kilian—. Habrá sido solo un mote cariñoso.

Ah, no. Pero no lo era. El modo en que él y Taka se comunicaron mediante aquel canal alfa no apto para progesterona venía a decir que nos excluían

de sus planes, y que si tenían pensado cambiar de estrategia o hacer algo diferente, no me lo iban a contar.

Y, aunque era justo, porque yo tampoco quería hacer partícipe a Kilian de la investigación paralela de lo de mi madre, me molestó.

Seguramente, él también estaría molesto conmigo.

Solo nos quedaba confiar el uno en el otro. Y confiar en los demás.



Doce

Viernes

Warminster

Me desperté con la información de Taka en la cabeza, y también con la sensación de que aquel era un gran día. La espera se nos hacía eterna. Íbamos por fin a hablar con Luce y tanto Kilian como yo estábamos emocionados.

Nos duchamos juntos, y nos entretuvimos más de la cuenta bajo el agua... ¡y era, sin duda, el mejor modo de amanecer! Pensé que me encantaría despertarme con Kilian cada mañana. Su cuerpo resbaladizo contra el mío, los besos y las sonrisas cómplices, los abrazos y las caricias... Y las palabras de amor. Descubrí que podía llegar a decir muchas tonterías al estar enamorada.

Cualquier palabra se volvía azucarada y empalagosa, y me encantaba. Adoraba cómo me lavaba el pelo, y cómo me secaba el cuerpo con la toalla, prodigándome besos por todas partes... Y me volvía loca el modo en que me abrazaba por detrás y mirando nuestro reflejo en el espejo me decía al oído.

—Buenos días, mi nena.

Me salía de mi cuerpo, me daba una vuelta por el Universo, saludaba a los unicornios y volvía. Así era la sensación de ser querida por mi Bones.

En aquel viaje europeo que nos sentimos obligados a hacer, nos dimos cuenta de que éramos muy compatibles, que nos entendíamos a la perfección y que nos habríamos echado de menos, incluso sin habernos conocido.

Al final conseguí vestirme a pesar de que a Kilian le encantaba quitarme la ropa. Me puse

unos pantalones tejanos, mis botas Panama amarillas, un jersey negro de cuello alto, y mi chaqueta tres cuartos del mismo color y con capucha. Guardé mi gorro rojo en un bolsillo, por si hacía el mismo frío que el día anterior, y me coloqué las gafas de sol colgadas de la chaqueta.

Cuando me di la vuelta para mirar a Kilian, el primer pensamiento que me cruzó la mente fue: «¡Madre mía. Y es tuyo, nena!». Él era de esos chicos-hombres que una se daba la vuelta para admirarlo y adivinar de qué portada de revista se había escapado.

Además, cuando arqueaba una ceja como en ese momento y me decía: «¿qué?», me costaba encontrar una razón para no encerrarlo en la habitación todo el día y convertirlo en mi esclavo.

No habíamos vuelto a hablar sobre la llamada de Thomas. Pero aunque él no me decía nada, yo sabía que pasaba algo extraño. Era una sensación,

como cuando algo te olía a chamusquina, sin olerlo en realidad.

Bajamos las escaleras. Él agarrado a mi mano como si se fuera a perder... Y cuando llegamos al salón, nos encontramos a Amy gritando como un vendaval:

—¡Eh, chicos, mirad! —exclamó entusiasta acercándose al salón con una bolsa de plástico verde llena de objetos.

Vestía de sport. Llevaba un abrigo negro y en la cabeza una diadema cubre orejas de pelo morado.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté acercándome a ella y dándole un beso de buenos días.

—Llevo un montón de cosas para desayunar... Estados Unidos está repleto de azúcares, grasas y carbohidratos ... Pero nunca me imaginé que en Inglaterra hubiera más —nos explicó emocionada,

quitándose el cubre orejas—. Ah, y también llevo armas.

Tardé unos segundos en procesar aquello último. Kilian entrecerró los ojos:

—Matiza eso último —le pidió.

—Armas.

—¿Qué?! —hurgué en la bolsa verde, en la que había estampado un nombre de una tienda de objetos militares. Y sí—. ¡Dios, lo dice en serio!

—Claro que lo digo en serio —me miró como si estuviera loca—. Creo que tenemos que protegernos. Estamos huyendo, ¿no? Si nos cogen, ¿cómo nos vamos a defender? Taka y Kilian no podrán ellos solos. Tenemos que ayudarles.

—Aquí nadie va a coger a nadie, Amy —dijo Kilian estudiando todo con curiosidad—. ¿Cómo

lo has comprado?

—Poniendo mucha pasta —contestó—. Aquí no es como en América, que te dan un arma solo por comprar antidepressivos —ironizó—. Y como no tengo permiso que valga para este continente antiguo, pues las he comprado como se suele comprar a la gente. Con dinero. Pagando más de lo que valen. El tío se ha ganado una buena comisión...

—Dios —murmuré—. ¿Qué es todo esto? Parecen bombas...

—No son bombas —Amy me explicó para qué servía cada cosa—. Mira, novata. Aquí hay puños americanos y navajas tipo mariposa.

—¿Qué somos? ¿Pandilleros? —murmuré.

—Esto es un spray antivioladores. Spray pimienta. No entiendo cómo no llevas uno... Una

vez eché un poco en el aire en la boda de mi prima. Fue un drama. Acabamos todos llorando —recordó con melancolía—. Y algunos en urgencias...

—Estás muy mal, Amy —le eché en cara.

—Esto es una pequeña bomba de gas, como la que usa Batman para desaparecer... —me ignoró—. Y esto —sonrió pagada de sí misma—. Esto es una Taser, querida. La madre de Thor.

Kilian se echó a reír con aquella relación.

—He comprado un par de cada cosa —continuó—. Y un par de pistolas de perdigones. No me permitía comprar las de balas de verdad.

—Claro, qué malo el armero... —musitó Kilian.

Amy sujetó la Taser, la pistola que descargaba voltios de electricidad en sus víctimas y le dio la

vuelta con ojos circunspectos.

—Creo que hay que cargarla antes. Pero podríamos ponerla en práctica con Thaïs.

Abrí los ojos estupefacta.

—No vas a tocar a Thaïs con eso. Ella después te mataría. Descargaría una central eléctrica contra ti... No mide en la venganza, ¿comprendes?

—Pero sería divertido —sonrió por lo bajini—. Una Barbie con pelo crespo...

—No, Amy —ya se me escapaba la risa—. Por cierto —miré a mi alrededor, buscándola—. ¿Se ha levantado ya? ¿Dónde están ella y Taka?

—Están en el jardín. Dándose el lote en el balancín. O eso, o Taka intentaba succionarla por la boca.

Me los podía imaginar perfectamente. Me asomé a la ventana y les vi. Estaban hablándose el uno al otro como si no hubiera nadie más en el mundo. Taka mecía el balancín y tenía a la rubia sobre sus piernas. Hacían tan buena pareja... Seguramente, Thais le había estado tocando la cresta, de ahí que la tuviera despeinada.

Golpeé el cristal de la ventana, y cuando ellos me advirtieron les animé a que entraran, haciéndoles el símbolo de comer con las manos y la boca.

Desayunaríamos. Y después, tal vez practicaríamos con el arsenal que había comprado Amy, y haríamos tiempo hasta que llegara el momento de ir a ver a Luce; la chica que lo empezó todo.

*Warminster
Church Street*

Cerca de la casa Bradley, en Church Street, se encontraban unas casas unifamiliares pegadas las unas a las otras. Las típicas inglesas de ladrillo rojo, ventanales y puertas blancas y tejas de pizarra de color gris. Todas de tres plantas, con parquin integrado y sótano.

Ahí, en una de esas, concretamente en el 19, tenían la casa los padres de Luce.

Taka, Thaïs y Amy se habían quedado en el centro, jugueteando con las armas que compró la última. Mientras tanto, nosotros debíamos hacer lo que fuimos a hacer allí.

Ver cómo se encontraba Luce y que ella nos contara toda la verdad sobre Lucca.

El taxi nos dejó justo en la puerta. Nos bajamos y ambos contemplamos la fachada de la casa. Era una zona tranquila en la que vivir. Seguramente, Luce podría reposar sin problemas en un entorno

así.

—¿Tienes ganas de verla, Kilian? —pregunté valorando su estado de ánimo.

—Sí —contestó con aire serio—. Tengo ganas de saber la verdad. Y de que los responsables paguen.

—Yo también —suspiré intentando relajarme.

—¿Vamos?

Kilian me tomó de la mano y se adelantó a tocar el timbre de la puerta blanca de la entrada, que tenía video portero. Él asomó su rostro al visor y cuando una voz de mujer contestó al otro lado, se presentó:

—Señora Spencer. Somos nosotros. Soy Kilian.

—Ah, sí. Kilian. Bajo.

Acto seguido, escuchamos sus pasos apresurados bajar la escalera, y deslizarse por el pasillo. Hasta que abrió la puerta y nos recibió.

La mujer era mulata, de ojos claros, como Luce. De hecho, ya sabía de quién había heredado esas facciones tan salvajes. Vestía de manera conservadora y elegante. Con una camisa blanca, unos tejanos y unos mocasines beige. Llevaba el pelo liso y suelto y nos sonreía feliz de vernos ahí.

—Hola, Kilian —nos saludó amablemente—. Soy Sara, la madre de Luce. ¡Estoy muy feliz de conocerte por fin!

—Y yo.

—¿Y tú eres? —me preguntó sin animosidad.

—Soy Lara. Una amiga también.

—Ah... encantada.

—Igualmente.

Sorprendida, nos dejó entrar a ambos. Sabía por qué había puesto esa cara. Su hija no le habría hablado de ninguna Lara. Pero yo me encargaría de que ella supiera quién era.

—Bueno, pasad.

El interior de la casa constaba de un pasillo que te llevaba al salón y a la cocina, de un recibidor y después una escalera que iba conectando con las siguientes plantas. Aquel hogar era acogedor, con mobiliario de wengué y suelo de madera estilo envejecida. Por todos sitios habían fotos de Luce y de sus padres juntos. En todas las imágenes parecían muy felices.

Sin embargo, a mí no se me pasaba un detalle por alto. Ellos no sabían quién era su hija. No sabían que era la propietaria de «La voz de Artemisa», y por lo visto, continuaban sin saberlo.

¿Por qué Luce lo quiso mantener en secreto incluso a sus padres? De hecho, nosotros nos encargamos de hacerles llegar parte del cheque del Turing para que los gastos del seguro médico de Luce corrieran de nuestra parte, y ellos pensaron que era como parte de indemnización por su accidente.

Como fuera, Luce era una joven que había conseguido reunir una gran fortuna al vender su web. Era una referencia en el mundo *blogger*. Pero sus padres creían que en su casa continuaban teniendo a su hijita, una chica que había ido a Yale a estudiar y que habían estado a punto de perder en una tragedia en Lucca.

Era curioso todo.

—Está arriba —nos explicó Sara—. Hoy se ha despertado bien, sin jaquecas. Y la verdad es que tiene ganas de verte, Kilian. Seguro que se animará con tu visita.

—¿Cómo está? —se interesó Kilian—. ¿Podemos hablar con normalidad?

—Está bien. Podrá hacer vida normal sin problemas. Pero solo hace cinco días que despertó. Está yendo poco a poco, recordando detalles... Tiene prohibido tocar el ordenador o hacer cosas que le exijan demasiado mentalmente. Pero sigue la conversación perfectamente.

—Me alegra saberlo, señora —Kilian respiró más tranquilo. De alguna manera, él se sentía culpable de no haber advertido el peligro para con ella. Pero era tonto. No fue su culpa.

—Me ha preguntado un par de veces sobre un chico — se quedó pensativa—. Fred, se llama. ¿Le conoces?

Él y yo callamos, como si no supiéramos nada, aunque en el fondo estábamos más que al corriente de lo que había tenido lugar entre ellos.

—No sé quién es —mintió Kilian.

Cuando llegamos a la segunda planta y Sara nos llevó hasta la segunda puerta del rellano a mano derecha, nos encontramos una habitación impropia de una chica de la edad de Luce, llena de flores y buenos deseos, de peluches y unicornios. Y a una joven con una camiseta de manga larga de algodón y cubierta con la colcha gruesa de estampado de flores hasta las caderas, mirando por la ventana, sentada y apoyada en el respaldo de la cama.

—Luce, han venido tus amigos —le informó Sara. Luce giró la cabeza hacia nosotros, y sonrió al ver a Kilian, aunque frunció el ceño al verme a mí.

—Os dejo solos. Si necesitas cualquier cosa, cariño —le dijo a su hija—, dale al botón —Sara nos guiñó el ojo, y cerró la puerta suavemente, dejándonos en el interior del dormitorio de su hija.

Kilian y yo nos quedamos quietos, mirándola, sin saber muy bien qué hacer, hasta que ella resopló y nos animó a acercarnos con un aspaviento.

—No os quedéis ahí. Pasad.

De repente, la aparente vulnerabilidad que nos ofrecía la primera impresión, se esfumó como el humo. Y advertí que nos encontrábamos ante la Luce fuerte y decidida que acababa de despertarse de un infierno, y que parecía enfadada con el mundo. Que no tenía miedo y que llevaba esperando durante toda la semana una visita que le recordara quién era y el trabajo que tenía entre manos.

—Te conozco —me miró al tiempo que nos señalaba las sillas vacías que tenía al lado de la cama—. Eres la chica de Lucca. Esa que Kilian no podía dejar de mirar... la de los Watch-Dogs.

Afirmé con una medio sonrisa y me senté al lado

de Kilian.

—Sí.

—Lara. La cachorrita —insinuó divertida, provocando a Kilian—. ¿Estáis juntos?

—Sí. Luce... —Kilian estiró la mano y sujetó la suya, feliz de verla—. Me alegra tanto saber que te has recuperado.

—Ha sido un milagro. Un auténtico milagro —se santiguó—. Pero contesta —no comprendía—. ¿Mantenéis una relación a distancia? No entiendo...

—Y más cosas que no vas a entender —él se mordió su labio superior, pues no sabía cómo comenzar su discurso.

—Háblame —le urgió.

—¿De verdad puedo hablarte de todo?

—Sí. No he olvidado mi capacidad de raciocinio. Y todavía entiendo el inglés.

—Tu madre nos dijo...

—Olvida a mi madre. No tiene ni idea de nada. Está en su mundo. ¿Tú has visto mi habitación? Mis padres me han sobreprotegido toda su vida. Mi madre me da hasta la sopa, Kilian. Me trata como si fuera una inválida. ¿Crees que no tengo ganas de salir de aquí y recuperar mi vida? Se creen que tengo ocho años... no querían que creciera. No me dejan ni maquillarme — nos explicó frustrada. Sus ojos verdes parecían enormes, y todavía se pronunciaban más con sus ojeras—. Entiendo que estén preocupados, pero consideran que voy a quedarme aquí a vivir con ellos para siempre y que mi lugar es Warminster... Y yo estoy aquí y me ahogo —se tocó el cuello con frustración—. Les quiero, pero es muy

complicado lidiar con ellos. ¿Por qué crees que me independicé tan pronto? ¿Por qué crees que me fui a la otra punta del mundo a estudiar?

—Vaya... pues sí que estás bien —barbotó Kilian.

—Te lo he dicho. Estaré bien cuando me pueda ir de aquí y recuperar mi vida. Ahora, cuéntame. Qué tengo que saber.

Entonces, al ver que Luce parecía accesible y estaba predispuesta a todo, decidí intervenir.

—¿Podemos hablarte de la cruz en forma de USB que llevabas en el cuello, Luce? ¿Y de lo que decías en tu investigación sobre que sentías que estabas en peligro? ¿Hablamos de tu investigación de los Huesos y tu relación con el Alfil?

Vi gradualmente el modo en que su rostro cambiaba a uno de estupefacción, después a uno

de cautela y finalmente, al de comprensión. La habíamos dejado sin argumentos. De piedra.

Jugó con la costura de la colcha que le cubría y dejó caer la cabeza, buscando el modo de hablar de todo eso.

—Lo habéis hecho —susurró—. Lo habéis descubierto. No estaba segura de que nadie... No tenía intención de morir ni nada por el estilo. Pero sabía que no estaba muy segura... y pensé: «nunca sabes lo que puede pasar. Llévatelo».

—Pues funcionó —aclaró Kilian—. Lara lo averiguó — aclaró Kilian señalándome.

Luce alzó el rostro y esta vez me miró de igual a igual.

—Tú has seguido con mi investigación.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó perdida.

Kilian y yo nos miramos extrañados. ¿Cómo que por qué?

—Fue un accidente, ¿no? Eso me ha dicho mi madre. Nadie me hizo nada —concluyó aún desorientada—. ¿Por qué nadie iba a querer indagar nada si...?

—No fue un accidente —intervino Kilian—. ¿Qué recuerdas, Luce?

—No mucho —se mesó el pelo rizado—. Solo subir a la torre del salto de fe y... poco más. Está todo borroso.

Abrí los ojos y la boca con asombro. Mierda. Luce no se acordaba de nada.

—Luce —la tomé de la muñeca para que me prestara atención—. No fue un accidente. Se subió

un video a internet donde se mostraba claramente que alguien te empujaba, alguien con el que tú hablabas... eras la última en dar el salto de fe. Deshincharon la colchoneta para que cuando tú cayeras te golpearas la cabeza. Pero caparon el video. Tus padres pidieron que lo retiraran de la circulación por vulnerar tus derechos. Y detuvieron la investigación. Decían que tenías resto de alcohol en la sangre y de maría, y lo achacaron a un accidente. Un resbalón que sufrió lamentablemente una joven que no estaba en su plenitud de condiciones.

La barbilla de Luce tembló con impotencia... Desvió la mirada hacia la ventana y se tragó la congoja.

—Entiendo.

—Sucedió tal como ha dicho Lara —corroboró Kilian—. Caíste justo después de que ella y yo saltáramos. No pueden haber tantas coincidencias,

Luce. Un video donde hay otra persona, un salto mal ejecutado, y la colchoneta desinflada en el momento inadecuado... Demasiada casualidad.

Ella tomó aire por la nariz. Luchaba con sus demonios, sus fantasmas y sus miedos. Al final, se pasó la lengua por los dientes superiores y dijo:

—Contádmelo todo. Todo lo que sabéis. Desde el principio.

Después de una narración con pelos y señales, sin pasar por alto ningún detalle, me di cuenta de que Luce había despertado con lagunas, y que sin nuestra ayuda, habría seguido en el interior de una pesadilla. Pero cuando finalizamos todo lo sucedido cronológicamente desde su accidente hasta aquel día, ella se encontró. Se encontró a sí misma. Y pareció ser consciente por fin de el

porqué de su situación.

—Vaya... —murmuró apoyando la cabeza en la almohada del respaldo—. Joder... —repitió.

—¿Es demasiado? —preguntó Kilian muy empático. Ella resopló y negó con la cabeza.

—No lo sé —confesó muy sincera. Se recogió el pelo en un moño alto y mal hecho lleno de rizos y después se frotó la cara como si acabase de despertarse. A continuación, me miró como si fuera la primera vez que me viera—. Así que has seguido todas las señales... Mi cruz, la nube, el señuelo que dejé del Alfil, la Luz, la Ascensión...

—Sí. Lo he tenido en cuenta todo. Todo lo que tú contabas. Con la ayuda de mis amigos, el resto de Watchdogs...

—No tenía ni idea de que ibas a estudiar en Yale. Qué increíble casualidad... —musitó sin dar

crédito.

—Kilian lo sabía, pero no dijo nada —expliqué.

—Ya veo —asintió—. Entonces, ¿dónde estamos ahora? ¿En qué posición me encuentro? —necesitaba poner sus ideas en orden—. El padre del Llave ha hecho saltar la bomba informativa de la Luz en Estados Unidos, pero aún no ha dado nuestros nombres —empezó a enumerar—. Fred reconoce que tuvo una amenaza de uno de los miembros de la Cúpula para sacarme del medio, porque, obviamente, me habían descubierto, como yo sospechaba... Pero Fred fue incapaz de ocuparse él mismo. Y alguien lo hizo en su lugar. Ganasteis el Turing y mis padres cobraron parte del premio para que cuidaran de mí. Tu padre —señaló a Kilian— y el resto de maeses que nada tienen que ver con Joss Klue se han revelado, y la Tumba ha ardidido en llamas como muestra de su disconformidad. Pero todavía no han cogido a los miembros de la Cúpula involucrados en los

negocios farmacéuticos de Klue, ni en los tratos cerrados con el ejército con el beneplácito del gobierno...

—Sí. Así es. Lo has entendido todo perfectamente.

No quisimos contarle nada más que no tuviera relación con eso y su investigación. Lo de que me considerasen recipiente y de que el Magog y yo estuviéramos en el ojo del huracán para formar parte de un ritual en el que se convocaba a una diosa, lo obviamos.

—Increíble todo —reconoció.

—Cuando cojan a la Cúpula, entonces, si aún lo deseas, tu nombre puede salir a la palestra como la que inició la noticia —señaló Kilian.

Luce hizo un gesto algo iconoclasta, como si lo considerase mejor, y no estuviera segura de querer

ese tipo de gloria.

—Quiero que mi nombre salga —afirmó—. Pero no hasta que los que todavía pueden hacerme daño, estén entre rejas. No aguanto a mis padres. Pero no quiero ponerles en peligro. Ni yo estarlo.

—Opinas como nosotros, entonces —admití—. Los nombres se darán cuando estemos todos a salvo.

Luce se quedó en silencio, meditando sobre todo lo dicho. No me hacía una idea de lo que podía estar cruzando su mente en aquel instante, pero seguramente debía ser un caos. Aun así, me sorprendió.

—Fred no ha llamado ni una sola vez —esto lo dijo con amargura y mucha decepción—. Cobarde... Sabía que era un cobarde —sonrió, dándose la razón y regañándose por su debilidad—. Me enamoro siempre de los tíos equivocados.

¿Le crees cuando te dijo que él no tenía nada que ver?

Kilian se encogió de hombros y al final cedió:

—Sí. Creo que sí.

—De todas maneras —continuó deprimida—. Ya no vale nada para mí.

Ahí estaba. Al final, a pesar de todo, lo que más le pesaba a una persona era sentirse decepcionada por aquella que había decidido amar.

—En fin —exhaló—. Tengo que recordar lo que pasó en la Torre del salto de fe. Esto no puede quedar así —nos juró—. Mis padres no me han mencionado nada del video.

—Porque no quieren que te pongas nerviosa ni que eso te trastorne.

—No me va a trastornar —protestó—. En Yale sí que he visto cosas que me han trastornado. Los Bones, sus credos, sus artimañas, su poder... Pero soy fuerte —reivindicaba con autoridad—. He sobrevivido, ¿no? No me han matado.

—Eso es verdad —Kilian le dio la razón.

—Recuerdo haber subido las escaleras, y haberme besado con Fred —dijo en voz baja, sumida en aquel momento de su vida—. Recuerdo que él me deseó suerte y que después descendió las escaleras. Y me quedé sola. Recuerdo que esperé a mi momento para saltar, en el rellano, con las vistas de la plaza a mis pies... Pero no sé qué sucedió después.

—Puedo enseñarte el video si quieres —convine sin convencerme la idea. Sabía que eso la agitaría, pero entendía que para estimular al cerebro a recordar, tenía que «ver» secuencias de ese momento. Luce no iría a Lucca. No había tiempo

para ello. Pero sí había un video de aquel instante, en el mismo lugar, con ella de protagonista. Sabía que funcionaría.

—Enséñamelo. ¿Cómo lo veo?

—¿Tienes un portátil? —le pregunté—. Tu madre nos ha dicho que nada de ordenadores...

—¿Crees que me importa? —replicó airada. Después me señaló su escritorio—. Ahí, en el primer cajón. Tráemelo.

Nosotros habíamos sido previsores. Teníamos el archivo de video de lo que sucedió de cuando el *youtuber* nos lo pasó. Lo guardé. Y ahora lo llevaba en un USB para mostrárselo en alta definición a Luce.

Me levanté, hice lo que me pidió y tomé el Macbook Air más chiquitito de todos entre las manos.

Luce se lo colocó sobre las piernas, lo encendió, metió su contraseña y cuando salió la imagen de su escritorio me dijo:

—Ya está.

—Bien —saqué el pequeño *pendrive* del bolsillo de mi chaqueta y lo introduje en la clavija USB—. Aquí solo está el video. En cuanto el ordenador lo reconozca se abrirá con el quicktime.

—¿Estás lista, Luce? —Kilian quería asegurarse de que aquello no iba a suponerle un shock.

—Alden, ya me conoces. Soy una todoterreno —sentenció con una medio sonrisa—. Eres un buen amigo por todo lo que has hecho. No las tenía todas conmigo respecto a ti —reconoció—. Al fin y al cabo eres un Bones, ¿no?

—Yo tampoco las tenía todas conmigo —le miré de reojo—. Pero es uno de los buenos —aseguré

dejándole el portátil de nuevo sobre sus piernas.

—Ya veo... Hacéis buena pareja —reconoció—.
Me gustas.

—Gracias. Tú también a mí.

—Al principio estaba celosa de ti —musitó
Kilian como quien no quería la cosa.

Yo le dirigí una mirada de esas que convierten a
las personas en figuras de sal, pero él la ignoró.

Luce arqueó sus cejas negras y se echó a reír.

—Él no es mi tipo. Ya has visto que me gustan
los malos —añadió estirando el cuello a un lado y
al otro—. Kilian siempre fue demasiado honesto.

—Lo es —dije.

—¿Y su hermano? —indagó convirtiendo sus
ojos en una línea verde de espesas pestañas.

—Está en ello —confesó Kilian.

De repente me vino a la cabeza la conversación que mantuvo con él la noche anterior y no quise pensar en la posibilidad de que Thomas nos traicionara y delatara nuestra ubicación. Pero aun así, aquella idea sobrevolaba mi conciencia y también mi bienestar. Y pondría la mano en el fuego de que a Kilian le sucedía lo mismo y que por eso también tramaba algo.

—A Thomas hay que comprenderle —reconoció Luce—. La sombra de su hermano es muy alargada.

—Sí. Y sus propias sombras también —convine sin querer delatar más—. Pero ahora ya ha dejado el lado oscuro —o eso esperaba.

—Como sea —prosiguió Luce centrando sus ojos en la pantalla y cortando abruptamente—. Lo que importa aquí es el video. Si de verdad intentaron

matarme, quiero ver cómo lo hicieron —en sus ojos claros y verdes se reflejó la seguridad y la bravura de alguien que había mirado cara a cara a la muerte, y la había vencido.

Entonces lo supe. Solo alguien como Luce, que no se doblegaba, y menos ahora que su amor le había dado la espalda, estaría dispuesta por luchar hasta el final y meter a los Bones corruptos y maquiavélicos entre rejas.

Y necesitábamos a personas con ese perfil de nuestro bando.

Al anochecer

Nuestra visita a Luce fue positiva. La respuesta que dio cuando contempló el video, fue impagable: «qué hijo de puta», exclamó. Se veía claramente la presencia de otra persona en lo alto de la torre y cómo ella perdía el equilibrio, como

si la hubieran golpeado, y caía al abismo.

Pero no pudo recordar nada. El rostro y la complexión de ese individuo no se veía bien y continuábamos teniendo los mismos datos que al principio. Excepto que ahora Luce sabía lo que estaba pasando con su investigación y que se había convertido en el tema central de los partes informativos de Estados Unidos y de los periódicos más punteros: «La Logia de los huesos y la producción de una pastilla para crear supermonstruos con fines militares y populares», esos eran los titulares.

Luce dijo que seguiría las noticias por internet y que haría lo posible por recordar. Que estaba convencida de que ese recuerdo vendría, que no se había disipado en su mente. Solo necesitaba un impulsor, y ese era el vídeo. Éramos conscientes de que no era lo mismo procesar a la Cúpula por producción ilegal de drogas, que hacerlo por intento de homicidio. Y buscábamos lo segundo.

Kilian le dio su teléfono para que hablara directamente con él. Cualquier dato serviría. Y así estarían en contacto.

Regresamos a nuestro apartamento y allí pusimos a los demás al tanto de todo. Lamentaron que Luce no recordara lo que sucedió, pero tenían plena confianza en que al final su memoria retomara el camino.

—Con el paso de los días, esa amnesia temporal desaparece —dijo Kilian tomando un agua de la nevera y dándome otra a mí.

—Lo sé —yo no quería perder la esperanza.

Nos quedamos los dos apoyados en la encimera de la cocina, bebiendo de nuestras botellas, codo con codo, y entonces apareció Thaïs con una Taser en la mano, alejando a Amy de su cuerpo.

—¡En serio! ¡Aléjate, Satán! —le exclamó.

Amy entró en la cocina, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Es que no me deja! —se quejó—. Quiero probar la potencia de la Taser para ver cuánto hay que calibrarlo y no quiere...

—No entiendo por qué —murmuré.

—¿Por qué no lo pruebas tú contigo misma? —protestó Thaïs histérica.

—¡Ya lo he probado! Pero tengo la piel gruesa, ¿ves? Vengo de las sirenas —pellizcó la carne de su antebrazo—... A mí no me afecta igual.

—Ah, y Thaïs que vendrá seguramente de los leones marinos y que tiene grasa por todas partes es el paciente perfecto, ¿no? —repuse con ironía.

—Prueba en Taka —musitó Kilian con una sonrisa malévola.

—Que te follen, Alden —dijo este apareciendo en la cocina, mirándome de manera extraña—. El paciente perfecto sería Kilian, que es el que más músculo tiene.

—A él no le toquéis —me puse delante como escudo protector frunciendo el ceño.

—¿Yo? —se señaló Kilian—. A mí no me va a tocar eso...

Taka es japonés. Y samurái —le pinchó con ironía—. Él tendrá más autocontrol que yo para soportar la descarga.

Amy miró a uno y a otro, y después se decantó por Kilian.

—El japo tiene razón —decidió—. Tú eres el más corpulento de todos, Kil.

—Ni hablar —protesté yo sin apartarme de

delante. Amy y Thaïs, que de repente también quería ver el efecto de la Taser en otra persona, le pusieron cara de cachorritas.

—No me pongáis la cara del gato de Shrek —las acusó Kilian.

—Por favor... Es solo un momento —le pidió Amy.

—Nadie me va a freír —no estaba dispuesto a eso.

—Déjale que lo prueben —Taka me hizo un gesto con la cabeza que no me pasó desapercibido.

—Claro, lo pruebo yo y después yo calibro la Taser en ti, ¿te parece?

Los dos se miraron como dos machos que adorasen los desafíos y a ver quién tenía más poder, y sorprendentemente, Taka accedió. Le

ofreció la mano.

—Hecho, Alden. Pero primero tú.

—No me lo puedo creer —murmuré negando con la cabeza. Me di la vuelta y lo encaré—. ¿Eres tonto?

Kilian sonrió de oreja a oreja. Nunca lo había visto en ese plan, y me pareció muy sexy.

—Después le tocará a él. Y no tendré misericordia —me agarró de la cara y me dio un beso en los labios con mordisquito incluido que me dejó rezando el rosario—. Por si me muero y no nos besamos más.

—No digas estupideces —repuse. Después lancé mi mirada asesina a Amy y Thaïs—. No lo matéis.

—¿No vienes a verlo? —me dijo Kilian mientras

ellas lo cogían de las manos y lo arrastraban al jardín, donde no podrían romper nada.

—No. Me niego a ver cómo te hacen un silla eléctrica. Kilian hizo un mohín y añadió:

—Gallina.

—Tarado —le contesté.

—Después te toca a ti Taka-cojones —le aseguró Kilian desapareciendo por la puerta del jardín.

Taka se encogió de hombros y resopló.

—Estamos todos enfermos —sentenció.

—Ni que lo digas. Bueno, ¿qué quieres?

—Ya tengo línea segura con ella.

—¿Con Trinity?

—Sí. Si quieres hablar de lo que has descubierto, ahora es la hora adecuada —sacó su móvil del pantalón y me lo entregó—. Está la línea protegida, nadie puede detectar la llamada entrante. Puedes adjuntarle las fotos de tus dibujos si quieres. Están en la carpeta de imágenes.

—Ay, Taka —me puse de puntillas y le di un sincero abrazo de oso—. Gracias, esto es muy importante para mí. Necesito quedarme tranquila.

—Sí, o volverte loca para siempre —señaló muy preocupado por mí.

Ambos pusimos caras de circunstancia. Era una opción, la peor de todas. Y, sin embargo, sería la respuesta definitiva.

—Anda. Ve y aprovecha ahora que van a matar a tu novio. Él nunca se enterará.

—Por favor, échale un ojo, que esas piradas se lo

cargan. —Kilian es fuerte. Tranquila.

—Taka... Por favor, échale un ojo —le advertí subiendo las escaleras.

—Sí, sí... ya voy.

Subí a la planta de arriba, al baño. Y ahí me encerré con el móvil de Taka para realizar una llamada que podría dejarme como estaba o, darme una respuesta, que de ser cierta, nunca me dejaría tranquila hasta que saciara mi sed de venganza.



Trece

El neceser de Kilian junto al mío. Nuestros cepillos de dientes en el vaso de cristal. Me encontraba en el baño que compartíamos, donde nos habíamos duchado juntos, pero ahora me hallaba sin él, porque le ocultaba lo que hacía por mi cuenta. Sentada sobre el retrete, con la tapa bajada, veía mi reflejo en el espejo.

¿Estaba bien lo que hacía? Sabía lo que hubiera pasado si le hubiese revelado a Kilian lo que traía entre manos. Él me habría puesto freno. Y eso era justo lo que no necesitaba. Porque de acertar mi corazonada, nunca había estado tan cerca de la verdad. Y no quería barreras.

—¿Diga?

—Trinity —dije el nombre con la esperanza de

que ella vertiera la luz que necesitaba.

—¿Lara? —preguntó extrañada.

—Sí, soy yo.

—¿Es seguro que me llames? —era muy precavida.

—Por ahora sí —contesté.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas? ¿Sucede algo? ¿Estáis escondidos?

—Sí, sí —me apresuré a decir—. De hecho te llamo por algo distinto. Bueno está relacionado, pero no tiene que ver conmigo. Bueno, en realidad sí —¿qué me pasaba? Estaba muy nerviosa...

—Lara, ¿de qué se trata?

—¿Recuerdas que me dijiste que teníamos activadores cuando percibíamos o sentíamos

cosas?

—Sí.

—Pues tengo un cosquilleo en la nuca que no me ha dejado dormir en toda la noche.

Trinity se quedó callada unos segundos.

—¿Respecto a qué, Lara?

—Respecto a mi madre. Trinity —me pasé los dedos por la frente y apoyé la cabeza en mi mano—. Mi madre murió. Eso ya lo sabes.

—Sí.

—Lo que no sabes es que... que murió asesinada.

—¿Cómo dices? ¿Asesinada? ¿Mary?

—Sí.

—Pero madre mía, Lara... ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque odio hablar del tema. Me pone... me pone enferma. Entraron en nuestra casa e hicieron una especie de ritual con ella. La metieron en un círculo de sal con cinco símbolos que a mí me quedaron grabados y la policía nunca logró identificar. Le hicieron un corte en el cuello, y la desangraron —Dios, era tan frío hablar así—. En la escena del crimen no encontraron muestras de ADN de sus asesinos, y con el tiempo y la falta de pruebas, cerraron el caso porque eran incapaces de dar respuestas. A pesar de yo haber dicho que cuando llegué vi salir por la puerta a dos hombres con cuernos en la cabeza y careta de animal... y...¿Trinity? —¿se había ido?—. ¿Sigues ahí?

Segundos de suspense después ella contestó:

—Por Dios, Lara... Deja que me siente. Me tiemblan hasta las rodillas...

—Le he dibujado a Taka los símbolos y ha buscado similitudes por toda la red. Se trata de símbolos egipcios muy antiguos, relacionados con la magia y el robo de poder.

—Egipcios... —repitió en trance. Y la comprendía. Porque escuchar todo aquello a bocajarro no era de recibo.

—Se usaban cuando el objeto ya no era útil para el Dios. Entonces, dejaba de ser marcado. Era desechado. ¿Entiendes, Trinity —dije exaltada—, por dónde voy?

—Sí. Claro que sí...

—Necesito que me ayudes.

Ella echó el aire por la boca con fuerza, tan sobrepasada como yo.

—Lo que quieras.

—¿Tenían los Bones en algún libro de brujería algún ritual egipcio con los símbolos que te voy a pasar ahora por móvil?

Se los envié a su teléfono y esperé su respuesta, impaciente, con los nervios en la boca del estómago. Esta llegó en un minuto.

—Señor... —decía ella rezando—. Lara...

—¿Qué?

—Me he quedado helada. Sí. Sí, lo tenían. De hecho, en su librería privada poseían un ejemplar de un libro llamado Papyrus, transcrito especialmente al inglés. Ahí vi estos símbolos. Los ojeé porque eran páginas en las que se mostraban rituales de sacrificios humanos y animales para los dioses. Y... y me llamaba la atención que los Bones tuvieran ese tipo de incunables. Pero ellos coleccionaban todo tipo de cosas extrañas y tampoco las tomé en serio... ¿qué

más daba una más?

—¿El Papyrus? —Me cubrí el rostro con la mano y arranqué a llorar. Lloraba porque ya sabía que tenía razón—. Trinity...

—¿Qué pasa, Lara? ¿Estás llorando? Escucha, ellos adoran a Eulogia, y también a Isis, que es la diosa egipcia que se supone la sustituye en su cultura... «La que vierte la luz y el conocimiento». Son la misma deidad. Se han visto a muchos Huesos de la historia, entre ellos a Bush y su mujer, hacer el saludo del culto a Isis, cruzándose de brazos como si fueran faraones, en todo tipo de ceremonias.

Esa información era válida, inquietante y reveladora, pero yo quería ir al grano.

—Busca, por favor, en el libro que tienes de fechas astronómicas la siguiente fecha que te voy a dar.

—Lara... no llores. Cálmate.

—Búscalos, por favor —urgí. ¿Cómo iba a dejar de llorar? Era imposible. Tenía ante mí la mano de mi madre que me decía que la siguiera, que la había encontrado.

Le di la fecha a la decana y ella procedió a iniciar la búsqueda en el libro.

—¿Qué es? —quiso saber.

—Es el día que mataron a mi madre. La fecha de su asesinato.

—Por el amor de Dios... ¿estás sola ahí?

—Sí. Solo Taka sabe que estoy hablando contigo.

—No deberías estar sola. ¿Y Kilian?

—Kilian no lo sabe. No quiero que sepa que estoy contactando contigo.

—Lo tengo —dijo de repente.

Tragué saliva y me armé de valor. Alcé el rostro lloroso y me vi en el espejo. Quería estar preparada, porque sabía lo que ella me iba a contestar. Y la sensación era la misma que tenía un surfista cuando veía una ola inmensa que con toda probabilidad lo engulliría, y aun así, nadaba hacia ella. Me hundiría, me daría la vuelta y, posiblemente me ahogaría. Pero era la gran ola. Ningún surfista quería perderse la gran ola.

—Dímelo, Trinity. No te lo calles. Dímelo.

—Por todos los... Lara —su voz tembló ostensiblemente—. Aquel día de hace diez años era... era luna azul.

Era luna azul.

Luna azul. El día que mataron a mi madre fue un día como el que viviría yo mañana. Ellos querían cazarme para hacer un ritual, diez años después del que hicieron con ella y que acabó con su vida.

Y la mataron los Huesos. La mataron ellos.

Maldito Uróboros. Todo se cerraba. La serpiente se mordía la cola, y el círculo se completaba. Como si la vida fuera un chiste o una broma de mal gusto.

—Lara... ¿estás bien? Escucha, cariño...

—No. No estoy bien —reconocí acongojada. Lo cierto era que tenía sentimientos encontrados. Estaba perdida, y al mismo tiempo conocía la respuesta a la pregunta que más me había hecho en los últimos diez años. ¿Quién?

¿Quién le hizo eso a mi madre? La respuesta era: los Bones. Ahora solo me faltaba saber el porqué.

¿Por qué la mataron? ¿Qué hicieron con su sangre?

—Fueron ellos... —susurré—. Todo este tiempo los he tenido delante, persiguiéndome, sin saber que ellos eran sus asesinos.

—Es increíble... En todo caso, Lara, te aseguro que ellos tampoco saben que eres hija de Mary.

—¿Por qué lo hicieron?

—Lara, escucha, hay que estudiarlo... esto implica una relación directa pero no son pruebas concluyentes. Intenta serenarte. Sé que es imposible porque estás involucrada emocionalmente. Pero puedes hacerlo... usa tu cabeza. Eres una chica muy lista.

—¡No puedo! —exclamé levantándome de mi improvisada butaca de un salto—. ¡Se trata de mi madre!

—Lo sé. Pero no inculpes antes de tiempo. No tienes nada que demuestre que algún Bones estuvo allí, no tienes ADN, no hay pruebas. Y será muy difícil demostrarlo.

—¡No lo será! —protesté—. Lo hicieron ellos —espeté nerviosa—. No me equivoco, y en el fondo lo sabes. Y estoy decidida a saber por qué.

—Bueno, a ver, calmémonos. Lara, ¿dónde estáis ahora?

—En Warminster. Estaremos aquí hasta el domingo.

—Bien. No hagas ninguna tontería, ¿me oyes? Los Bones os estarán buscando y es importante que no salgáis de la madriguera. ¿De acuerdo? Permaneced ocultos. Todavía no los han arrestado. Siguen libres. Y se dice que han podido salir del país. Removerán cielo y tierra hasta encontrarte, Lara. Te quieren a ti. Así que aguanta. Solo

quedan cuarenta y ocho horas para que todo esto acabe.

—Sí —contesté. Aunque en el fondo, no la escuchaba.

Estaba decidida a seguir mis propios credos y mis impulsos. Ahora eran ingobernables.

—Mañana te llamaré para ver qué tal estás.

—No. No me llames —pedí—. En todo caso, si tengo algo más que decirte, ya me pondré yo en contacto contigo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que él se entere de nada de esto.

—Lara... Deberías.

—No —la corté decidida.

—Pero, ¿tú estás bien?

—Estoy bien, Trinity, de verdad. Tranquila. Voy a esperar a que pase la maldita luna azul y después nos encargaremos de la Cúpula. ¿Es eso lo que me querías decir?

—Sí.

—Entendido.

—Así me gusta —como mínimo, parecía que me creía—. Esa es mi chica. Tienes que serenarte.

—De acuerdo.

—Cuídate mucho, Lara. Y, por favor, no te obsesiones. Hablaremos de esto con más calma. Si ellos mataron a mi amiga, pagarán. Te lo aseguro —sentenció con firmeza—. Pero tenemos que hacerlo con tiento.

—Sí.

—Bien.

—Buenas noches, Trinity.

—Intenta dormir. Buenas noches, Lara —me deseó con cariño.

Colgué y apoyé las manos en el mármol del lavamanos. Tomé aire por la nariz y cerré los ojos, siguiendo al pie de la letra los ejercicios de autocontrol y relajación que me enseñó a ejecutar Margarita.

Me mojé la cara con agua fría y me la sequé dándome suaves golpecitos con la mullida toalla blanca del baño.

Tenía que salir de ahí. De esa zona peligrosa de descontrol. Ver a Kilian. Abrazarle. Necesitaba que él me diera normalidad y energía positiva.

Porque él tenía ese efecto en mí. Me sanaba. Y necesitaba que me calmaran o que me hicieran pensar en otra cosa, menos en mi madre muerta a manos de esos asesinos. Y lo peor era que aún no podía ponerles cara. ¿Qué Bones habían sido?

Abrí la puerta del baño. Me eché el pelo hacia atrás y me encontré a Taka, juzgando mi estado emocional con sus ojos plateados.

—Lara, ¿cómo ha ido? ¿Te encuentres bien?

—Taka... no te lo vas a creer.

—¿Qué ha...?

Entonces, Taka puso los ojos en blanco, bizqueó, sufrió un montón de espasmos y se mordió hasta la lengua haciendo una mueca horrible. Cayó desplomado hacia adelante, totalmente inconsciente.

Tras él, de pie, con cara de sorprendido, una quemazón en el cuello y medio loco, estaba Kilian, sujetando la Taser.

—¡Amy! —gritó hacia atrás—. ¡Te has vuelto a pasar con el calibrado!

—¡¿Taka?! —exclamó Thaïs desde la planta de abajo—. ¡Tarada, te ha dicho Kilian que no lo subieras!

Escuché a Amy desternillarse de la risa y los acelerados pasos de Thaïs subir las escaleras.

Yo parpadeé un par de veces. Cuando reaccioné, me arrodillé frente a Taka para socorrerle y dije, sin dirigirme a nadie en particular:

—¡¿Os habéis vuelto locos?!

Kilian se quejó cuando le puse algo de hielo en el cuello, justo donde habían contactado las pinzas metálicas de la Taser. Le habían quemado.

Estaba tumbado en la cama, maldiciendo a Amy mil veces. Abajo, Taka daba lecciones morales a Amy sobre la necesidad de estar bien de la cabeza.

A mi amiga artista le encantaban las emociones fuertes, pero se le había ido de las manos. Todos habíamos aprendido la lección. Las armas eléctricas y ella eran incompatibles como el agua y el aceite. O puede que se complementaran muy bien, como la gasolina y una cerilla.

La cuestión era que el resultado de esa fórmula siempre era «caos».

Como fuera, Kilian se encontraba mejor de la descarga de voltios sufrida. Me miraba atentamente mientras me encargaba de él, sentada en la cama, prodigándole mimos.

En la tele sonaba un canal de música del estilo de los Bill-board. Los más oídos en Inglaterra. Mientras escuchaba la letra de una de las canciones de Ed Sheeran, pasé el paño húmedo con hielo por la marca de la piel de Kilian y sonreí levemente.

—Parecerá que te he hecho un chupetón. Él hizo un mohín divertido.

—Prefiero tus chupetones a esto.

—Está como una cabra... —resoplé incrédula—. Amy la loca...

—¿Por qué no me protegiste? Me dejaste solo con las dos sádicas.

—Lo siento. Fui al baño —contesté sin más.

—¿Te encuentras bien? —sus ojos se clavaron en mi rostro.

Lo sabía. Sabía que veía mucho más allá de lo que yo mostraba. Era como si Kilian esperase a que le dijera la verdad y le hablara de mis intenciones más íntimas.

—S-sí —exhalé el aire entre los dientes—. Estoy nerviosa, eso es todo. Solo quiero que todo esto pase. Que Luce recuerde y que la luna azul acabe.

Él dejó caer sus párpados, sin dejar de mirarme, como si pudiera ajustar el visor de sus pupilas y verme a través de la piel. Ver mi alma.

Alzó su mano y la posó en mi mejilla al tiempo que se incorporó.

—Las cosas son buenas o malas depende del prisma que usemos para verlas.

—¿Qué?

—No tiene que ser malo el recuerdo que nos

llevemos de aquí. Mira —señaló la luna llena que levitaba en el cielo y que parecía que quería meterse en nuestra habitación—. La luna es preciosa. No es mala.

Me quedé mirando el astro de la noche, asumiendo que sus palabras eran ciertas. Era hermosa. Tenía razón. La noche caía en Warminster sin avisar, como llegaban las sorpresas buenas y malas. Pero las cosas no eran buenas y malas, solo se veían afectadas por las intenciones de los demás.

Se levantó de la cama y me llevó hasta las puertas del balcón, para que ambos contempláramos el cielo estrellado y de color topacio. En la tele empezó a sonar la canción de Warrior de Beth Crowley. Me gustaba y hacía mucho que no la oía.

—Mañana acabará todo —me tomó de las manos y se plantó ante mí—. Sé que está siendo duro

para ti.

No me pude controlar. Era demasiado. Mis ojos se llenaron de lágrimas y el nudo de mi pecho se encogió violentamente.

—Pero tienes que apoyarte en las personas que te queremos. No estás sola —alzó mi barbilla con delicadeza—. No lo estás. Yo no te dejaré, ¿entiendes?

—Kilian —sacudí la cabeza, incapaz de seguir mirándole sabiendo que no le diría lo descubierto sobre mi madre—. Estoy bien...

—Lara —repitió privándome de que me ocultara de él—. Sé que te pasa algo. Y que no me lo quieres contar —pegó su cuerpo al mío y me tomó del rostro—. Pero solo me queda confiar en ti y pensar que sea lo que sea no te pondrá en peligro y no nos hará daño.

Me mordí el labio inferior. Iba a estallar de agonía, de nervios y de rabia. Tenía que hacer fuerza con los dientes para que las palabras no brotaran desmandadas. Solo yo debía saber cómo gestionar mi secreto. Solo yo.

—¿Nos hará daño? —me preguntó alzándome lo suficiente para que me pusiera de puntillas.

—¿El qué?

—Tus secretos, Lara. ¿Nos harán daño? —repitió afligido—. Porque sea lo que sea, si después me hieres...

—No.

—Si después me hieres, y lo haces conscientemente... — me cortó, no me dejó acabar. Era una advertencia—. No seré capaz de perdonarte. No soporto las mentiras.

—No. Kilian —moví la cabeza negativamente—. No es nada. Solo... solo estoy nerviosa. Eso es todo.

Él no me creía. Su gesto frustrado lidiaba con el mío agobiado.

—Entonces, deja que te tranquilice —hundió los dedos en mi pelo y susurró sobre mi boca—: deja que recupere un poco el control. Porque prefiero hacerte el amor a seguir viendo cómo me mientes a la cara.

Se me partió el corazón.

Él lo cambiaría todo. De saberlo, lo cambiaría todo. Y no me lo podía permitir. De repente, los objetivos se habían modificado, para hacerme ver que yo ya no estaba ahí solo por Luce ni por

protegerme a mí misma. Estaba ahí por darle a mi madre la justicia que merecía y la paz que ambas necesitábamos.

Pero yo también lo necesitaba a él. Más de lo que creía. Necesitaba su fuerza, sus brazos a mi alrededor y sus labios por mi cuerpo. Quería que esa boca que la genética le había dado, obrara su magia y se convirtiera en la goma de borrar penas y malos trazos que en realidad era.

Quería que me dejara exhausta para que así pudiera dejar de pensar y de atormentarme.

—Kilian... —musité mientras él caminaba conmigo hasta que tropecé con la cama y me sepultó bajo su cuerpo.

Me tomó las manos y las colocó por encima de mi cabeza. En el siguiente beso que me dio plasmó todas sus intenciones buenas y malas.

Estaba enfadado, pero me quería. Estaba enfadado "porque" me quería y yo no contaba con él. Era injusta, y era consciente. Pero aquello superaba mi manera de gestionar mis emociones y mi comportamiento.

Se quitó el jersey de mala manera. Lo único que pude hacer era contemplarlo, y ver que el brío de sus movimientos iban acordes a su frustración.

No se quitó los pantalones. Se los bajó lo suficiente para poder ponerse un preservativo. Y en un visto y no visto me desnudó. Yo le ayudé, porque la ropa me sobraba. Si quería una prenda encima, era su piel.

Nuestros labios encajaron, se acoplaron, igual que lo hicieron nuestras caderas; nuestros dientes mordieron y cuando él entró en mí, y empezó a empujar, le susurré «te quiero» que la primera luna azul de ese viernes sí escuchó, y Kilian también, aunque se hiciera el loco y solo para

castigarme no contestara.

Yo comprendía su ofuscación.

Sin embargo, sus besos de después y el modo en que me arropó con la colcha me demostró que sí me quería. Tanto que cualquier traición mía, por pequeña que fuese, le podría destrozar.

Lo último que quería era dañar a mi Kelpie.

No obstante, no había otro camino para mí que hacer lo que ya no podía eludir. Y no sabía cuándo llegaría ese momento. Pero encontraría el modo de llevarlo a cabo.

Era una O'Shea, como mi madre. Y ambas necesitábamos descansar.



Catorce

La madrugada inglesa era húmeda y fría. La niebla cubría los campos aledaños de Warminster, y las calles despertaban a la vida. Los comercios se abrían sin demora, sabedores de que abrir tarde era sinónimo de perder ventas.

El día a día en la ciudad.

Estaba en el salón, viendo el movimiento en la calle a través de la ventana. La gente iba muy abrigada de buena mañana, señal de que la temperatura bajaba considerablemente.

Un ciclista cruzó la carretera y después, al fondo de la avenida vi llegar el camión que proveía de alimentos al supermercado más cercano. Miré al cielo. Estaba encapotado, nublado de espesas nubes grises que no dejaban que se colara la luz

del sol.

—Lara, aún no has acabado, cariño.

Me di la vuelta y seguí la voz de mi madre hasta el salón. Estaba sentada en la alfombra, al lado de la mesita de centro, en la que había el puzle que me hacía montar una y otra vez cuando era niña. Se cubría los brazos y la espalda con un chal de lana hecho a mano por mi abuela que contenía todos los colores del Universo. Me encantaba.

—¿Hoy toca esto otra vez? —pregunté acercándome a ella y acuclillándome a su lado.

—Sí. Ya lo sabes. Tienes que completar el puzle hasta que te lo sepas de memoria.

—Me lo sé de memoria, mamá —contesté—. Podría hacerlo hasta con los ojos cerrados. Podría recorrerlo si me encontrase allí.

Y tanto que lo sabía de memoria. Con ella lo hice cientos de veces, y en mis sueños también lo completaba.

Ella negó con la cabeza.

—Te falta la última pieza.

Esta reposaba al lado de la esquina inferior del puzle. La tomé entre los dedos y me la quedé mirando. Era tan pequeña...

y sin embargo, sin ella, aquel croquis visual nunca tendría sentido. Esa pieza completaba la imagen.

—Me queda poco, mamá... —le dije en voz baja.

Ella sonrió con la vista fija en el hueco que aún quedaba por rellenar.

—Lo sé, Lara.

—No me refiero al puzle —no. Me refería a mi despedida.

—También lo sé —asumió cubriéndose con el chal en un movimiento de protección—. Y me alegra oírlo —alzó la mirada y entonces sonrió con toda esa paz y esa vida que solo ella sabía transmitir—. Al final, todos tenemos que saber dejar ir. Incluso nosotras.

Tragué saliva y contemplé su dedo índice que señalaba el hueco por rellenar.

—Pon la pieza.

La obedecí, y acto seguido mi madre respiró más tranquila. Esperé el discurso que venía a continuación. Y no falló.

—Esta es la torreta central —señaló la imagen que esa pieza completaba—. El lugar más alto. Desde aquí, todo se contempla de otra manera.

Todo se ve mejor. Puedes ver a tus enemigos acercarse y replegarte para pelear junto a tus amigos y defender lo vuestro. Ningún detalle se te escapará desde este punto vigía. Así que busca siempre el lugar más alto, Lara. Como en la vida... Las cosas se resuelven dependiendo de la perspectiva que emplees. Desde abajo, muchas veces los árboles no nos dejan ver el bosque... desde arriba, ves mucho más que el bosque —me guiñó un ojo.

Contemplé por última vez el puzle completado y asentí. —Siempre el lugar más alto —repetí como un mantra. —Eso es —me acarició la mejilla con suavidad—. Ahora, cariño, abre los ojos...

La miré extrañada, y poco a poco, su imagen se diluyó como si se tratara del reflejo en la superficie del agua de un manantial.

—Abre los ojos, cachorrita —cuando mis párpados se abrieron como si fueran persianas,

encontré a Kilian frente a mí, con una bandeja llena de un apetecible desayuno.

Zumo de naranja, bollos recién hechos, café... Él estaba vestido y arreglado. Había madrugado para ir a comprar a la panadería.

El olor a bollería recién horneada me dejó noqueada y por poco se me saltaron las lágrimas de la emoción.

Tenía un hambre que me daba calambre.

—Mira lo que te he traído —dijo guapo hasta decir basta. Y yo con mi pelazo a lo Eduardo Manostijeras.

—¿Esto es para mí?

—Síp.

—¿Y tú eres de verdad? —le toqué la cara como si fuera una visión.

—Esa marca que te he dejado en el cuello confirma que sí —asintió con orgullo—. Soy de verdad.

Me llevé la mano a ese supuesto chupetón que aún no había visto.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—¿Esa hora es?! —exclamé sorprendida—. ¡Pensé que era más temprano! ¡He dormido mucho!

—¿Y qué? ¿Es malo? ¿Tienes algo que hacer? Fruncí el ceño.

—¿No? —era una contra pregunta.

—No. Hoy nos quedaremos aquí tranquilos — parecía un militar. Daba la sensación de que lo tenía todo bajo control—. Amy, tú y yo pasaremos el día en esta casa. Taka y Thaïs se han ido a vigilar la casa de Luce, por si ven algo raro.

—¿Algo raro? —me incorporé sobre un codo—. ¿A qué te refieres?

Kilian se sentó en la cama y después se hizo un hueco a mi lado, colocando la bandeja sobre sus piernas para que yo fuera cogiendo lo que quisiera.

—Es solo por precaución —apoyó la espalda en el respaldo de la cama.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Por ahora nada. Es solo que cuando hablé con

mi hermano le dije que estábamos en Warminster y que íbamos a ver a Luce. Tengo la sensación de que alguien más escuchaba. Y no me sorprendería que, además de ver pronto a Thomas, alguien más quiera hacerle una visita a Luce.

Me asustó oírle hablar así.

—¿Insinúas que Thomas sí nos va a traicionar? ¿Tan seguro estás de que va a venir? Dudo que tu hermano nos vaya a hacer esto, Kilian. Las cosas se han solucionado y...

—No se trata de eso. Es mi hermano y le conozco. No digo que venga con malas intenciones. Me dio la señal para que me preparase, así que me advirtió —confirmó comiendo uno de los bollos para metérselo en la boca—. Él vendrá.

—¿Por qué estás tan convencido?

—He llamado a mi padre. Me ha dicho que él no está. Que la noche anterior les pidió permiso para irse a la casa de Aspen. Mi padre lo vio bien, y accedió, pues pensaba que era mejor y más seguro para Thomas no estar en Rhode Island. Y ahora está preocupado porque sabe que pasa algo raro. Además, aunque las noticias sobre la Cúpula de los Bones plagan los partes informativos, todavía no hay rastro de ellos. Si no los han arrestado aún, seguimos en peligro. Por eso hay que tener mil ojos y debemos estar preparados para cualquier cosa.

—¿Crees que saben dónde estamos?

—No estoy seguro.

—Pero crees que Thomas nos ha delatado.

—Creo que lo ha hecho, sí. Pero no creo que haya sido voluntariamente —su perfil se tornaba rígido cuanto más hablábamos del tema.

—Entiendo —mascullé con los nervios a flor de piel—. Thomas no está en Aspen, ¿verdad? —tomé el zumo de naranja.

—No lo está. Hazme caso. Va a aparecer tarde o temprano por aquí. Y no creo que lo vaya a hacer solo.

—Si eso es así, ¿por qué diablos no nos hemos ido? —era obvio. Si sabían dónde estábamos, vendrían a buscarnos.

—Porque después de llamarme «Hueso duro», Thomas me advirtió de que, pasara lo que pasase no nos moviéramos de aquí. Creo que él tiene un plan. Y quiero escucharle.

—Me estás poniendo de los nervios... —dije sin paciencia—. ¿Cómo puedes hablar tan tranquilo, Kilian? Tu hermano tiene intención de volar nuestra tapadera. A saber a quién se lo ha dicho... y no pareces inquieto.

—No lo estoy —torció el rostro y me miró impertérrito—. Estoy preparado para cualquier cosa. Llevo preparándome para esto toda la semana, Lara. Si me tengo que enfrentar a la Cúpula, lo haré, porque soy el principal interesado en que todo esto acabe. Si me tengo que enfrentar a Thomas, lo haré también. Yo sí que soy consciente de que esto no es un maldito juego.

—¿Insinúas que yo sí creo que lo es? —repliqué ofendida medio incorporándome en la cama.

—No —negó rotundamente—. Pero quiero que seas consciente de que a partir de ahora, en este momento, es a mí a quien tienes que hacer caso.

—¿Qué quieres decir con eso? —me ofendía aquel tono. —Que no sería la primera vez que te metes en líos, Lara, e ignoras mis advertencias. Así que, no sé qué es lo que cruza esa cabeza —me tocó la frente con el índice—, pero sea lo que sea, destiéralo hasta que pase la luna azul.

Olvídalo. Céntrate en lo que yo te diga.

Achiqué mis ojos y negué incrédula ante esa actitud.

—No eres mi amo.

—No. No lo soy. No quiero serlo —aseguró—. Pero eres un puto imán para tomar decisiones equivocadas. Así que solo por hoy, fíate de mis instintos. No hagas ni pienses nada más.

Cuando Kilian y yo nos enzarzábamos en una discusión, la tensión crepitaba entre nosotros como si fuera electricidad. Teníamos carácter, no lo íbamos a negar. A mí me molestaba la autoridad y a él le irritaba el desafío y la desobediencia. Y si los dos estábamos con ese humor, chocábamos violentamente el uno contra el otro.

Pero me negaba a estar de morros con él. No en

ese día. Además, lo que más me desazonaba, era saber que me conocía tanto como para dudar de mí. Hacía bien. No podía culparle.

Resoplé, cedí y evité discutir.

—De acuerdo, Kilian —bisbiseé.

—¿Qué has dicho? —sobreactuó fingiendo sorpresa—. Creo que no he oído bien.

—Que vale. Hoy mandas tú —suspiré y le dejé caer los ojos de un modo conciliador.

—Hoy es un día importante en la historia de la humanidad... —empezó.

—Corta el rollo, por favor.

Arqueó las cejas, sonrió sinceramente y me besó, feliz de que yo hubiera entrado en razón. Parecía que le había convencido.

—Bien —bebió de su café—. Esperaremos la llegada de Thomas. Actuaremos de un modo o de otro, dependiendo de lo que vea en él. Todavía sé leer a mi hermano. No le voy a dar por perdido.

—Dime que no crees que haya cedido a la Cúpula —recé porque aquello no hubiese sido así. Si Thomas nos delataba, estábamos perdidos. Tendríamos que pelear u ocultarnos de nuevo—. Solo dímelo.

—Espero que no —contestó sin ser demasiado optimista—. Veremos. Ahora, desayuna tranquila —me ordenó—. Hoy mando yo. Y si todos hacemos lo que tenemos que hacer, no nos pasará nada.

—Hablas como un general del ejército.

—Me lo tomaré como un halago.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que hoy no va a

pasar nada?

—No lo voy a permitir. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver, Lara, antes de que te toquen un pelo —me juró sin titubear.

Fue oír aquellas palabras y helárseme la sangre.

—Yo no quiero eso —dije impresionada por esas palabras—. No quiero que te pase nada. Ni hablar.

Él rio.

—No me pasará nada. Además —me echó una mirada de soslayo—. Tenemos a Amy. Y ha cargado todas las Taser y las pistolas de perdigones. Quien quiera entrar en esta casa, tendrá que pasar antes por encima de sus voltios. Va a estar todo bien —me pasó el brazo por encima y besó mi frente—. De verdad, cachorrita. Deja que cuide de ti y te proteja. ¿Vale? Confía.

—Está bien —cedí abrazándome a él—.
Confiaré siempre en ti.

Agradecí su calor y su apoyo.

Sonreí para probarle que no tenía miedo. Y no lo tenía, pero sabía que en ese día nos jugábamos todo. Demasiado.

Y que Thomas empeorase las cosas apareciendo en Warminster como Kilian creía, no ofrecía buenas expectativas.

Me duché para sacarme el pesimismo del cuerpo.

Me puse una falda tejana azul y desgastada, unas medias negras gruesas para no pasar frío y unas botas altas del mismo color. Lo combiné con un jersey oscuro y un pañuelo grueso envuelto al

cuello, para mantener mi garganta a buena temperatura.

Comimos con tranquilidad, los tres, como si nada malo fuera a suceder.

Después, me preparé un té con menta, y había hecho otro para Amy, la cual vestía con pantalones militares, botas Martins y una sudadera negra con una mano huesuda haciendo una peineta, jugaba con una de las pistolas eléctricas, aburrída, en la mesa de la cocina, sentada frente a mí.

Kilian no dejaba de mirar por la ventana, y de vez en cuando oteaba su móvil, como si esperase una confirmación de alguien. Estaba ahí, de pie, de brazos cruzados. La culata de una de las pistolas de perdigones que había comprado mi rubia loca, asomaba por entre la cinturilla del pantalón tejano. Llevaba una sudadera gris con capucha, arremangada, de modo que podía verle el tatuaje

del antebrazo.

—¿Cómo te sientes, novata? —me preguntó Amy.

—Un poco nerviosa —me froté las manos en los muslos—. Tengo la sensación de que vamos a entrar en guerra.

—Y así va a ser —hablaba como una auténtica pandillera—. ¿Plata o plomo? —imitó a Pablo Escobar sujetando la Taser, y presionándola para que un chipazo azul emergiera de sus pinzas eléctricas.

—Sádica —murmuré dibujando media sonrisa.

—No se toca a la familia —se encogió de hombros.

—Amy... —estiré el brazo y abrí la palma de la mano hacia arriba. Tenía mucho que agradecerle.

Se metió en ese lío por mí y lo hizo voluntariamente. Nos ayudó con su padre. Fue una joya—. Eres un tesoro para mí.

Ella posó su mano sobre la mía. Sus ojos castaños sonrieron agradecidos y después chasqueó con la lengua.

—Lo sé, querida —me guiñó un ojo—. Por si acaso, deberías cogerte la pistola de perdigones pequeña. No mide ni diez centímetros. Pero dispara fuerte.

—No me gustan las armas —arrugué la nariz.

—Pero agradecerás que te salven la vida.

Dialogamos durante unos minutos más sobre dónde dolían más los perdigones, hasta que Kilian nos interrumpió.

—Eh —alzó la mano y nos advirtió que fuéramos

a la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté levantándome de la silla.

—Viene un encapuchado.

—¿Quién es?

—No le veo bien... —entrecerró los ojos y apretó la mandíbula con dureza—...Creo que es Thomas.

Maldita sea. ¿Thomas estaba ahí ya? Se me aceleró el corazón y cogí un par de armas, que no sabía hacer servir, para guardármelas donde pudiera.

—¿Qué hacemos? —pregunté incómoda.

—Quedáos aquí —nos ordenó.

El timbre de la puerta sonó, y acto seguido, Kilian se dirigió con grandes zancadas a abrirla.

No saludó a nadie, directamente, lo agarró del jersey y lo metió dentro de la casa hasta estamparlo contra la pared del recibidor.

Amy y yo nos asustamos ante aquella beligerancia, pero no nos escondimos.

Kilian le quitó la capucha de la cabeza, y el rostro que esta escondía nos dejó sin palabras.

—¿Aaron? —Kilian apretaba los dientes y las venas del cuello se le marcaban con notoriedad—. ¿Qué mierda haces aquí?

El rostro de Aaron, aniñado, de piel blanca y facciones hermosas y principescas, no parecía asustado ante aquella violencia. Alzó las manos, y nos miró a Amy y a mí, buscando nuestra complicidad. Pero nosotras ya no éramos

cómplices de nadie. Solo de los nuestros.

—Vengo a advertirte, Magog —explicó nervioso. Kilian sacó su pistola y le puso el cañón debajo de la barbilla, presionando con fuerza, hasta dejarle una marca rojiza en su sensible piel.

—¿De qué?

—De que os van a meter en una trampa —murmuró intentando apartar el rostro del cañón—. Joder, Kilian, baja el arma.

—Ni lo sueñes. Habla —le urgió estampándolo de nuevo contra la pared, que estaba tapizada de papel rayado a líneas blancas y fucsias. Muy inglés, sí.

La nuez de Aaron subió y bajó a gran velocidad y nos miró de reojo.

—La Cúpula ha preparado un plan —empezó a

contar. —¿De qué va el plan?

—Sabéis que están en busca y captura por el tema de la Luz... —insinuó.

—Sí.

—Pues no sé qué tipo de obsesión tienen con Lara, pero están huyendo con la única finalidad de encontrarla. Solo les interesa ella.

—¿No me digas?

—Ya sé que lo sabéis —se excusó—. No soy gilipollas. Ya sé que estáis huyendo por eso. Pero están aquí. En Inglaterra. Y no se van a ir sin ella.

—¿Y a qué coño has venido entonces?

—Nos pidieron que encontráramos a Thomas. Que él era el único que podía delataros.

Vi lo mal que le sentó a mi assassin aquellas

palabras, porque a mí me sucedió lo mismo. Percibí lo que él. Teníamos empatía y sabía que estaba decepcionado y que empezaba a flaquear.

—¿Por qué creen eso de mi hermano?

—Porque siempre ha sido más ambicioso que ninguno, Kilian —Aaron le hablaba como si Kilian fuera tonto por no darse cuenta de ello—. Que ahora esté con un perfil bajo no quiere decir que haya desaparecido su lado oscuro.

—Vete a la mierda, Aaron —le puso el antebrazo en la garganta—. Más vale que no estés inventándote nada de esto.

—Escucha —intentaba coger aire—. Encontramos a Thomas en Rhode Island. Le escribimos al móvil y accedió a quedar con nosotros en nuestro pub de siempre. Allí te llamó, y gracias a eso, la Cúpula ha localizado vuestra ubicación. Thomas viene hacia aquí para llevarse

a Lara, con o sin ti —le advirtió.

Kilian frunció el ceño y yo cerré los ojos. Me dolió. Fue como un corte, una cisión que escocía demasiado. No quería creer lo que decía. Thomas no nos podía hacer eso.

—¿Y por qué te adelantas tú a sus pasos?

—¿Por qué? —repitió. De repente, sus ojos negros y de largas pestañas se aguaron, y entonces, la voz se le rompió—. ¿Y tú me lo preguntas? Tú, que me conoces y sabes lo que pasa conmigo...

—¿Por qué, Aaron? —exigió impaciente.

—Porque llevo mucho tiempo fingiendo ser un hijo de puta que no soy por tal de agradar a la Cúpula, a mi padre y a Odín, y que ignoren el hecho de que soy gay para tener los mismos privilegios y no ser una paria. La Cúpula no quiere

Bones homosexuales. Y yo lo soy —alzó la barbilla con orgullo—. Estoy cansado de que me hagan sentir vergüenza de cómo siento y de cómo quiero. Por eso he venido hasta aquí, para joderles el plan a esos homófobos, para que les metan a todos en la cárcel, si es lo que tiene que pasar, y para que dejen de joder a gente inocente, como Lara. Nunca he tenido nada contra ti —aseguró dirigiéndose a mí conciliador—. Les he hecho creer que estoy de su parte, pero no es así —se centró de nuevo en Kilian. Era a él a quien tenía que aplacar—. Solo quiero que me dejen en paz. Y que paguen por ser tan cabrones —le temblaba la barbilla.

Me llevé la mano al corazón. ¿Sería verdad? Aaron parecía tan sincero... sufrió demasiado con ellos, ¿y por eso quería devolverle todos los agravios?

Cuando miré a Kilian de nuevo, sus ojos dorados también parecían emocionados, pero no por lo que

contaba Aaron. El daño que le ocasionaba pensar que su hermano se la volvía a jugar era devastador.

Me acerqué a él, caminando lentamente, y cuando estuve a su lado, le obligué a dejar de ahogar a Aaron.

—Kilian...

Su rostro era el de un animal que luchaba por mantener las riendas de sus emociones.

—Thomas va a venir hasta aquí —prosiguió Aaron—. Hay que sacar a tu chica de esta casa. Nos espera un taxi dos calles paralela a esta.

—No pienso irme —le amenazó Kilian.

—A Thomas no le va a importar pelear para llevársela. Le han dado Luz.

Amy sopló angustiada e inquieta.

Luz. Aquella palabra nos alteraba. Más aún cuando sabíamos lo que provocaba en Thomas y lo terrorífico que podía llegar a ser con esa sustancia corriendo libre por su mente.

—Kil... —repetí. Le tomé de la barbilla.

—Kilian tienes que sacar a Lara de aquí — insistía Aaron cada vez más nervioso—. Me he adelantado a Thomas. Pero no tardará en llegar... ¿Quieres que esto se convierta en una batalla campal? Tu hermano no atiende a razones.

Kilian me apartó la mano y le dijo a Amy, como si no quisiera oír a nadie más:

—Amy.

—¿Qué? —solicita, se acercó a nosotros.

—Coge a Lara y a Aaron y llévalos al jardín trasero.

—¿Qué? —irrumpí nerviosa—. No. No me muevo de tu lado —protesté.

Su expresión era determinante. No quería que nadie le llevara la contraria.

—¿Qué me has dicho antes en la habitación? —me preguntó. Habían tonos y tonos. Y el suyo tenía el mismo efecto que el de una bofetada.

—Que te haría caso —recordé angustiada.

—Pues hazme caso de una jodida vez. Ve. Al. Puto. Jardín —recalcó. Era una fiera.

Parpadeé y asentí, porque no quería dificultar las cosas más de lo que ya estaban.

—Amy. Llévalos allí. Si ves que algo va mal, sal

por la puerta trasera con Lara y con Aaron —con un gesto de su cabeza, mi amiga le puso la Taser en la nuca a Aaron y este, acobardado, se encogió.

—Venga, Aaron. Vamos —ordenó la artista.

—Kilian no hay tiempo para esto. Hay que irse —apremió Aaron—. Deberías hacer lo mismo. Podemos escapar.

—Eso lo decidiré yo —lo cortó él de repente.

Les seguí hasta el jardín. Por último me detuve y me di la vuelta para mirar a Kilian, que se pasaba la mano por la cabeza, frustrado y nervioso por su futuro encuentro con Thomas.

No supe ni qué decirle. Pelearse con su hermano, después de haber hecho las paces y de empezar a entenderse, debía de ser terrible. Como ácido para el corazón.

—Assassin... —lo llamé, con el alma en un puño.

Él negó con la cabeza y me dio la espalda. No quería que lo viera cabizbajo y destrozado.

—Al jardín —fue su última orden.

Dicho eso, seguí los pasos de Amy y Aaron. Desde donde estábamos, no podía ver cómo iba a ser ese encuentro. Y no verles, no saber lo que se harían, me quebraba en pedazos.

Y más si era por mí. Por mi culpa.

¿Cuántas cosas sucedían en mi nombre? ¿Por qué debía ser así? ¿Podía detenerlo?

Estaba tan cansada de la tensión, del no saber, del saber, del miedo, de mis picos de valentía, del terror, y de mi sumisión, como en aquel instante.

Había cambiado la vida de muchas personas en esos meses. Y dudaba que fuera a mejor, porque de lo contrario, no deberíamos estar huyendo como hacíamos. Ellos daban la cara por mí y no les importaba jugarse el pellejo. ¿Sería una persona tóxica?

No se lo merecían. Esos hermanos Alden no tenían por qué partirse la cara en mi nombre.

No me sentía nada bien conmigo misma por permitirlo.



Quince

Iban a saltarle los dientes, disparados como balas, por culpa de la tensión que acumulaba. Si Thomas quería guerra, la encontraría. Porque no estaba dispuesto a servirles a Lara en bandeja. Y, sin embargo, a pesar de que habían evidencias de una clara traición, Thomas también le avisó para que se preparase. Aquel era el último indicio de esperanza al que Kilian se amarraba con desesperación.

Quería a su hermano. Nunca hubiera imaginado un desenlace como aquel. Los dos Alden, hijos de un mismo padre, adoradores de la misma madre, iban a dejarse la piel, la sangre y los huesos por Lara.

Todavía meditaba, tieso como una vara, en cómo reaccionaría cuando lo viera presentarse allí,

cuando de repente, Thomas apareció cruzando la carretera y andando por la calle, con el gesto serio, una cazadora de piel negra, tejanos, botas y sus ojos negros fríos, perdidos entre la escarcha de su nula razón.

A Kilian se le tensaron todos los músculos y un fuego interior adverso creció arrasando hasta el último resquicio de paciencia que le quedaba..

Abrió la puerta sin más, esperándolo, pero incluso esos segundos fueron excesivamente lentos, así que se adelantó como un vendaval y fue a por él, a lanzarse contra su hermano, que, al mismo tiempo, impactó contra él.

—¡Thomas! —gritó Kilian cayendo los dos al pequeño patio delantero que la misma casa poseía. Si la gente pasaba alrededor, les vería golpearse, pero les dio igual.

—¡Kilian!

Thomas recibió un puñetazo tan fuerte en la cara que enseguida empezó a sangrar profusamente.

—¡Dime que no me has traicionado! —le susurró tirando de él, agarrándolo por el cuello del jersey rojo que llevaba—. ¡Dímelo! —lo levantó con el mismo nervio de su furia y lo lanzó contra la mesita metálica blanca del patio. La maceta decorativa y las cuatro sillas salieron volando.

Los dos hermanos se golpearon fuertemente contra el suelo macizo, moteado de piedras planas y grises, y rodaron hasta que Kilian quedó en la posición de poder.

Thomas miró alrededor, analizando su entorno como un cazador. Buscaba a alguien.

—¡No vas a ver a Lara! —Kilian alzó el puño, dispuesto a tomar contacto con el pómulo derecho del moreno—. ¡No la tendréis!

—¡No quiero a Lara, capullo! —protestó él acercando a su hermano del mismo modo en que el otro lo trataba. Juntaron sus narices—. ¡Te di el aviso, hueso duro! —le hizo ver—. ¿Qué crees que significaba eso? ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Aaron. Los dos, Fred y Aaron, debían ir a buscar a Luce —contó de repente—. Pero él insistió en venir conmigo para asegurarse de que cumplía las órdenes que me habían dado. Me quieren controlar. No se fían de mí.

—¿Qué...? —Kilian se apartó ligeramente—. ¿De qué hablas?

—¿Dónde está Aaron? —repitió.

—Thomas, no me jodas... —le advirtió alzando el puño de nuevo.

—Kilian. Confía en mí. Mira —Thomas agarró a su hermano de la nuca—. Observa —escupió a un lado y sacó dos trozos rojos de la boca. Parecían dientes.

—¿Qué es eso? —Kilian se vio perdido en segundos.

—Es la Luz que me han obligado a tomar —contestó—. Las píldoras. No las he tragado. He venido en el mismo taxi que Aaron. Sabía que al darte el aviso, tú me esperarías. Él espera que tú y yo estemos reventándonos a golpes aquí afuera y que después vayamos Aaron y yo con Lara al encuentro de la Cúpula. Antes querían al Magog y a la Recipiente. Ahora les da igual. Con la Recipiente ya les basta. Ellos son Maeses, también... Pueden hacer tu función.

—Y una mierda —gruñó desaprobándolo. Le daba asco imaginar que alguno de los maeses pudieran tocar a Lara.

—Kilian, hazme caso. Te digo la verdad.

La mirada gatuna de Kilian se relajó sin perder inteligencia. Sus facciones se destensaron y poco a poco, fue soltando a su hermano, aunque no se apartó de encima suyo. No iba a arriesgarse tanto.

—No entiendo nada —murmuró.

—Escucha. Me amenazaron en Rhode Island. Me dijeron que tenía que ayudarles a localizaros. Porque tienen a Sherry —espetó desesperado.

—¿A Sherry?

—Sí. La han cogido a ella para asegurarse de que yo participaría en esta cacería. Querían que les hiciera un intercambio.

Sherry por Lara. Si no les entregaba a Lara, iban a sacrificar a Sherry. Ellos sabían cómo me sentía yo al respecto.

—Todos menos yo —Kilian se fustigaba por haber sido tan necio.

—Eso ya no importa. No os voy a traicionar. No pienso traicionarte, hermano —tironeó de su nuca para que Kilian reaccionara—. Juntos podemos salir de esta. ¿Me oyes? Pero tienes que ayudarme a salvar a Sherry. A ella no le puede pasar nada.

Las piezas encajaban unas con otras. En la cabeza de Kilian, el caos había dado paso al orden. Y sin prisa pero sin pausa, empezaba a verlo todo desde el prisma de su hermano.

—Has venido a ayudarnos —comprendió finalmente.

—Sí. Aaron cree que voy a dejarte frito a golpes por culpa de la Luz. Podemos hacerle creer que es así. Yo me iría con Lara, y tú nos seguirías con el coche, directamente. Llegaríamos hasta la Cúpula y ahí...

—Ahí se iría todo a la mierda —aseguró Kilian resolutivo—. Porque no tengo paciencia ni razón para todo lo que tenga que ver con Lara, ¿entiendes? Soy capaz de matarlos, Thomas —sentenció con gesto asesino. Le importaba poco que le acusaran de asesinato si con ello Lara seguía a salvo.

—Yo te ayudaría —juró—. Me pasa lo mismo con Sherry. He estado reprimiendo mis ganas de matar a ese par de cobardes con mis propias manos en el vuelo por tal de no joder la operación. Pero creo que lo podemos hacer bien, Kilian. Les tenemos. Sígueme el rollo.

Finalmente, Kilian supo que Thomas no iba a destrozarles la vida. Venía a echarle un cable. Y él debía ayudarle también.

Los dos hermanos unirían sus fuerzas por fin en nombre del amor de dos chicas.

Y se debían salvar las dos.

No había un futuro con Lara y sin Sherry. Ni otro con Sherry y sin Lara.

Había llegado el momento de que los dos hermanos confiaran a ciegas el uno en el otro.

Ya no había más tiempo que perder.

En el jardín, permanecimos ocultos entre los matorrales, excepto Amy, que intentaba escuchar lo que sucedía en la entrada de la casa.

—He dejado de oír golpes —nos retransmitió.

Yo analizaba la situación. No acababa de creer a Aaron, pero no quería imaginar que los Alden de verdad se estuvieran dando golpes a muerte en

aquel lugar. Yo tenía la culpa de todo. Y me pesaba. Me pesaba mucho.

Aaron me miró de reojo. Percibía nerviosismo e incomodidad en él. Tenía la expresión de alguien a quien los planes no le estuvieran saliendo como quería y eso, a alguien tan intuitivo como yo, le fundía la confianza por completo.

A cada segundo que pasaba se le iba cayendo la máscara y lo iba descubriendo, sin necesidad de que dijera nada más.

—Lara —murmuró.

—Nos has mentado, ¿verdad? —le dije sin medias tintas. Aaron se encogió de hombros.

—Y tú sabes que todo esto tiene una solución rápida, ¿verdad? —me hablaba en voz baja para que Amy no nos oyese.

Torcí el cuello para encararle.

—¿A qué te refieres?

—¿No te sientes ni un poco culpable? Eres responsable de todo esto.

Arrugué el entrecejo y sentí que me quedaba fría.

—Tú no sabes cómo me siento, Aaron.

—Pero sí sé cómo te sentirás —susurró mirándome con esos ojos negros—, cuando sepas que Sherry ha muerto por tu culpa.

Me quedé sin aire. De repente, no necesité más explicaciones. Lo supe. Supe que él venía a por mí y que Thomas, en el fondo, no iba a traicionarnos. Aaron también se había dado cuenta de ello, por eso gastaba su última carta conmigo.

—¿Tenéis a Sherry? No te creo...

—¿Por qué si no Thomas iba a estar aquí? Era la única manera de chantajearlo —me agarró del antebrazo con fuerza y me acercó a él—. ¿Vas a provocar la muerte de una inocente? — siseaba como los reptiles.

—No quiero que nadie muera —espeté.

—Entonces, deshazte de Amy y ven conmigo. Salvarás a Sherry y tú te encontrarás con la Cúpula. Les perteneces —su voz era sibilina como la de una serpiente. Podía imaginármelo con una capa negra y una manzana roja en las manos, tanteando a los niños inocentes en los bosques. Daba miedo—. Acaba con todo esto de una vez por todas.

—Yo no pertenezco a nadie.

—Deberías dejar de poner en peligro a tus amigos y aceptar tu sino. Tú lo has empezado todo. Tú deberías acabarlo.

Qué mezquino. Y qué sociópata. Sabía dónde dar para hacer daño.

A favor: tenía lo que buscaba desde hacía años al alcance de la mano. Salvaría a Sherry. Y daría paz a mi madre, y también justicia.

En contra: echaba por tierra el esfuerzo de mis amigos en mantenerme a salvo. Y traicionaba la confianza de mi kelpie. El mismo que había visto venir todo el percal solo con una llamada de su hermano. Él tenía razón. Y nunca me perdonaría.

Pero había una vida en juego, una que, si yo me entregaba, podía salvar. Y era maravilloso saber que podía evitar una muerte.

Porque no pude evitar la de mi madre.

Sabía que no era una por otra, que nada ni nadie me devolvería lo que me robaron, pero todo lo que fuera arrebatarse víctimas inocentes a la Cúpula,

para mí era una victoria. Y tenía ganas de ganar.

No podría vivir sabiendo que Sherry estaba pagando el hecho de que yo huyera y estuviera oculta. No. No podía... No era una cobarde.

Me llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón, palpé la superficie y después tragué saliva, mirando al frente, a mi Amy que hacía lo posible por asomarse y ver quién de los dos Alden ganaba en aquella batalla.

Cerré los ojos con pesar. Me imaginaba la cara de Kilian cuando supiera lo que estaba a punto de hacer.

—Lara. O te vienes ya conmigo, o matarán a Sherry. Ya veo que el cretino de Thomas está tardando mucho... Creo que me la está jugando —sonrió como el diablo—. Muy poco inteligente por su parte. Tú decides —sentenció Aaron esperando que yo reaccionara—. Tú decides lo que haremos

con Sherry.

Exhalé temblorosa, medio llorando, y me llevé la mano a la cinturilla de la falda. Ahí había guardado una Taser pequeña, recién cargada. Sin mirar a Aaron, sin pensar en mis actos sino en lo que ellos podían lograr, me dirigí hacia Amy.

—Lo siento —murmuré con los ojos llenos de lágrimas. Ella se dio la vuelta extrañada.

—¿Qué has dicho? No vengas aquí. Ocúltate en el jardín... Lara, haz lo que...

Rápidamente le toqué el cuello con la pistola eléctrica. Su cuerpo empezó a convulsionar, cerró los ojos, torció la boca a un lado y se desplomó.

Lo sentía tanto. Me dolía haberle hecho eso. Pero ya me fustigaría en el infierno.

Me di la vuelta para encarar a Aaron, que salía

de los matorrales con aires victoriosos.

—Llévame hasta Sherry —le pedí.

—Salgamos por aquí —dijo abriendo la puerta trasera del jardín—. Tus deseos son órdenes, bonita.

—Vete a tomar por culo —le espeté cuando pasé por su lado.

—A la Cúpula le encantará verte —masculló Aaron—. Has hecho lo más inteligente que podías hacer, Lara.

Dos calles más abajo, un taxi esperaba por nosotros. Aaron y yo entramos y nos sentamos en los asientos traseros, tapizados de piel.

—Ah, se me olvidaba —murmuró—. Nos espera un viajecito y no me apetece oírte.

Solo me dio tiempo a sentir el pinchazo en mi cuello. Acto seguido, impotente y sin tener opciones de luchar, el mundo desapareció de mis ojos. O tal vez, fui yo la que desaparecí.

Thomas llevó a su hermano malherido a rastras hasta el jardín. Tenían que fingir y demostrarle a Aaron que había cumplido su palabra. No solo les había llevado hasta Warminster. Además, tenían a Lara y habían desactivado al Magog. Así confiarían en él, y cuando menos se lo esperasen, darían la gran estocada.

Kilian fingía estar reventado y se llevaba las manos a las costillas, como si su hermano le hubiese roto alguna.

Pero todo cambió al abrir la puerta del patio interior. Amy estaba inconsciente en el suelo, y no

había rastro de Lara ni de Aaron.

—Me cago en la... —a Thomas no le hizo falta decir nada más.

Cuando Kilian levantó la cabeza y comprendió la situación, el mundo se le cayó a los pies.

El presentimiento que tenía le puso enfermo.

Amy se movía y empezaba a abrir los ojos, luchando por parpadear, sobre las baldosas del suelo híbrido del jardín.

Thomas se acuclilló y la ayudó a incorporarse.

—Amy, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Lara?

Cuando la joven pudo hablar, los ojos se le llenaron de lagrimas y eso afectó mucho a Kilian, pues nunca la había visto así. Ella siempre sonreía, siempre se reía de todo. No lloraba como

si le hubieran roto un sueño.

—Ha... ha sido Lara. La novata me ha electrocutado.

—¿Lara? —Thomas no se lo creía.

Pero el bueno de Kilian menos. Lara se había ido con ellos voluntariamente.

—¿Por qué?

Amy, que parecía tan desorientada como el resto, se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Aaron ha tenido que contarle que si ella va, Sherry queda libre —murmuró Thomas—, porque de lo contrario, no lo comprendería.

Kilian se volvió loco. Empezó a dar patadas a todo el mobiliario e incluso rompió un cristal de la

puerta de un golpe.

Thomas intentó cogerle y tranquilizarle.

—Vale, Kilian —le rodeó con los brazos para inmovilizarlo—. Vamos a encontrarla. Tranquilo.

—Qué cabrona es... —masculló encolerizado—. ¿Te lo puedes creer? Después de todo lo que... Estamos todos aquí protegiéndola y va y se entrega. ¡¿En qué está pensando?!

—Lara tiene sus razones. Piensa que es lo mejor. Estoy seguro —Thomas quería calmarlo, pero Kilian era un toro incontrolable y sañudo, enfadado hasta decir basta con su chica.

En ese instante de furia recibió una llamada. Pensó que era Lara o Aaron y estaba dispuesto a comerse el teléfono y a dejar sorda a esa chica desobediente a gritos. Pero el número era de Taka.

—Kilian.

—Taka. Se han llevado a Lara —dijo sin más—. Y necesito tu ayuda.

—¿Cómo que se han llevado a Lara?!

—Ahora no te lo puedo contar. Ven a la casa. Tenemos que ir a por ella.

Le escuchó decir un montón de tacos y a Thais acompañarlo en sus dicterios, hasta que al final añadió:

—¿Quién se la ha llevado?

—Aaron.

—¿Aaron? ¿El Bones?

—Sí.

—Perfecto. Te llamo porque tengo a Fred a la

vista. Está a diez metros de la casa de Luce. Tenías razón. Iban a venir a por ella para que no dijera lo que sabe. Y te iba a preguntar qué debía hacer. Pero ahora ya lo sé. Este capullo se viene con nosotros, consciente o inconsciente.

—Sí. Tráelo —le ordenó Kilian—. Necesitamos ganar tiempo. Quiero hacerle confesar. Él debe saber dónde se llevan a Lara. Y si no lo sabe, yo sí lo sé. Pero necesito que vengas. Harán el ritual por la noche. Tenemos unas horas todavía para reorganizarnos.

—De acuerdo, Kilian. Cojo a Fred y voy para allá. Cuando colgó, Thomas lo miró con interés.

—¿Cómo puede ser que tú sepas dónde va a estar? Kilian se frotó la nuca y contestó malhumorado:

—Cuando crezcas te lo contaré. Dios, mataré a Lara cuando la vea...

Dicho esto, los tres entraron al salón. Esperarían a Taka. Interrogarían a Fred y se irían a rescatar a Lara y a Sherry.

Ni Thomas ni él pensaban perder a nadie por el camino.

Taka no se lo pensó dos veces.

Habían alquilado un coche para moverse ese día por Warminster. Era un Fiat 500X negro.

Al final, la loca de su amiga, había hecho lo que nadie quería que hiciera. Dejaron todo para ayudarla. Aparcaron su aventura en Yale una semana para acompañarla en su huida. ¿Para qué? Lara siempre se adelantaba a los acontecimientos y, finalmente, acababa haciendo lo que consideraba que era mejor para los demás, nunca

pensaba en ella.

Como en ese instante. Ella no era una chica fácil de alcanzar ni de coger, y de repente, el enclenque de Aaron se la había llevado. Sospechaba el porqué.

Por eso, tomó su portátil y abrió el software de su micro-grabadora que dejaron abierto en el escritorio. Lara la llevaba con ella, de eso estaba convencido. Si la grabadora tenía datos, si la hacía funcionar, los archivos de audio se descargarían en el portátil.

Iracundo, salió del coche con el objetivo entre ceja y ceja. Fred, el hijo del Rector, estaba ahí, entre los cipreses de la entrada, estudiando la fachada de aquella casa y cómo podía escalarla hasta llegar a la habitación de Luce. Desde la calle, se podía ver a la joven, cerca de la gran ventana, con su atención en la pantalla de un portátil.

Thaïs, hecha un manojo de nervios, hiperventilaba al saber que Lara estaba en manos de Aaron y de la Cúpula. Nada debió suceder así.

Ellos protegían a Lara, ¿cómo la pudieron coger?

No obstante, las ideas se desvanecieron de su cabeza cuando contempló el modo en que Taka abandonaba el volante, salía del coche y como un torpedo, corría hasta Fred, que no lo esperaba. A las seis anocheceía en Warminster, con lo que a esas horas, por la calle de esa zona residencial no transitaba nadie.

Lo alcanzó en diez segundos. Fred percibió los pasos acelerados a su alrededor, pero no llegó a ver de dónde venían, hasta que fue demasiado tarde.

Taka lo placó y lo tiró al suelo. Colocó su mano en la boca del Bones, para que no hablara ni gritara, y entonces, tomó la pistola de perdigones

que había comprado Amy y lo encañonó entre las cejas.

—Te vas a levantar —imperó—. Y vas a venir conmigo.

—¡Joder! —exclamó entre sus dedos—. ¡¿Qué coño...?!

—Eso mismo ha preguntado Lara cuando Aaron se la ha llevado. Así que, ojo por ojo. Nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario por ella. ¿Crees que los tuyos tendrán la misma consideración contigo?

—¡No me hagas nada, por favor! —lloriqueó. Se desmoronaba por momentos—. Estoy muy cansado... mucho. Estoy harto de todo esto.

—Calla, nenaza —le dio la vuelta como si fuera un pollo, y colocándole la rodilla en la parte baja de la espalda, le unió las manos con una brida de

color negro—. ¿Dónde se han llevado a Lara?

—¡No... no lo sé! —exclamó.

—¿Cómo puede ser que no lo sepas? —frustrado, le dio una bofetada en la cabeza—. ¿Acaso no eres el hijo de uno de la Cúpula? ¿Del rector Andersen?

—Sí, sí... pero no... no me lo han dicho. Te lo juro, Taka —su expresión era de auténtico terror.

—¿Te crees que me lo voy a creer? —colocó el cañón de la pistola entre sus piernas y la apoyó en sus testículos—. Me importa poco dejarte eunuco, Fred. Tú y los tuyos sois unos miserables. Pero no creo que a ti te dé igual... ¿a que no?

—¡Oh, Dios! —Fred se comportó como un niño pequeño llorón y asustado. Era un hombre por fuera, pero un niño por dentro. Lloraba como si no hubiera un mañana—. ¡No sé dónde la llevan!

Taka... ¡tienes que creerme! Yo tenía que venir a por Luce. Supimos que ella había despertado, y quería... quería ver qué recordaba y cómo estaba.

—Claro, y de paso asegurarte de que no abría la boca y confesaba que uno de vosotros la intentó matar. ¿Es eso? —le cogió de la parte de atrás de la cabeza y le hizo comer parte del cemento de la acera.

—Yo quería a Luce —admitió dolorido.

—Pues déjame decirte, que tu manera de querer deja mucho que desear. Tú eres un mimado de la Élite, Fred. Que pide y tiene al momento. Pero eres estúpido, como la mayor parte de los niños ricos de Yale, y cuando la lían, son sus papis quienes solventan el problema. Y ellos, dejan de tener voz y voto, se apartan, se lavan las manos y adiós. Eso eres tú —volvió a darle una colleja—. A nosotros no nos la cueles, Andersen. Andando.

Después, tironeó de su capucha hasta levantarlo, y lo llevó hasta el coche, donde Thaïs abrió la puerta de atrás del Fiat para que ese miserable entrase como un futuro convicto.

Cuando los tres estuvieron en el coche y Taka empezó a circular, Fred preguntó:

—¿Adónde me lleváis? —sorbió por la nariz, mirando con tristeza la ventana por la que Luce, ignorante, continuaba mirando su portátil.

—Puede que a Kilian le cuentes todo lo que sabes. Él tiene mucha menos paciencia que yo.

Su rostro palideció, fijó los ojos al frente y negó con la cabeza.

—Tú lo has dicho, Taka. Yo no sé nada. Solo soy un peón más —reconoció—. Kilian podrá hacerme una cara nueva, pero perderá el tiempo —sugirió—. Porque no tengo información sobre

nada más. Debería invertir las fuerzas en dar con Lara antes de que sea demasiado tarde.

Taka dio un volantazo, Thaïs iba agarrada, pero Fred no. Se golpeó en la cabeza con la ventana del otro lado, y se hizo una brecha. La sangre, siempre escandalosa, empezó a brotar por su sien.

—Un Bones no me va a dar órdenes ni me va a sugerir qué es lo que tendríamos que hacer para encontrar a mi amiga —aclaró Taka entre dientes.

Thaïs lo observó por el retrovisor y fulminó a Fred con sus ojos.

—Cállate. No abras la boca en este coche —le advirtió—. Taka suele tomar las curvas muy mal.

A continuación, ambos miraron al frente, ignorando a Fred, que se retorció de dolor. Thaïs apoyó la mano en la pierna de Taka y este entrelazó los dedos con ella.

—La vamos a encontrar, Thaïs —aseguró—. Te lo prometo.

—Más nos vale —susurró mordiéndose las uñas presa del pánico—. No me lo perdonaría nunca, Taka. Nunca.

Cuando veía a la periodista llorar, se le rompía el alma, como en ese momento. Él nunca perdonaría a los Bones por haber hecho sufrir a las chicas de su vida.

Eran su familia.

Y quien se metía con ellas, se metía con él. Lo iban a pagar. Les iba a rajar.



Dieciséis

Me sentía destemplada. Abría los ojos levemente, poco a poco, y me costaba la vida. Mi cuerpo no reaccionaba como debía, consecuencia de la droga que me suministró Aaron. Él mismo me obligó a salir del taxi, a trompicones y sin demasiada delicadeza.

Los pies no me sujetaban y sentía las rodillas de gelatina. Notaba mi boca como estropajo y mis sentidos se hallaban aletargados.

Por lo poco que podía advertir, supe que me encontraba en una especie de claro, en medio de un bosque. Ni me imaginaba cómo el taxi se había metido hasta ahí, pero me dio igual. Sacudí la cabeza, y en ese movimiento me vino el primer olor a pino.

—Olvídalo. No se te va a ir el globo, Lara — Aaron me guiaba a través de la masa forestal, no demasiado extensa ni tampoco poblada, pero estaba claro que era un soto. Podía hallarme en cualquier lugar; en cualquier montaña o monte—. La droga es muy potente. Y ellos te necesitan así. Relajada y sin ganas de pelear.

Escuchaba sus palabras al tiempo que luchaba por recobrar mis capacidades. Mi cerebro funcionaba perfectamente, lo que no iba tan bien era mi habilidad motriz.

—Te hemos encontrado justo a tiempo, ¿eh? ¿Sabes? Nunca creí demasiado en la brujería y en el ocultismo —continuó con su discurso. Y me sonaba tan pedante que su timbre de voz era hasta molesto—. Pero creo que hoy voy a ver algo único. ¿Te lo puedes creer? —se carcajeó. Estuve a punto de caerme, pero él me sujetó para que siguiéramos la andadura. Oscuro como estaba no podía ver nada—. Dioses. Se trata de dioses, de

invocaciones, de otros mundos... ¡qué locura!

Le miré de reojo y deseé pegarle.

Era consciente de mi grabadora, cogida con una pinza a mi sujetador. Había estado haciendo pruebas con Taka el día anterior, a ver qué tal se oía bajo la ropa. Y tenía buen alcance y un sonido nítido. Ahora estaba encendida. Después de comer decidí activarla, solo por ver qué era lo que podía sacar en claro de ese día, qué tipo de declaraciones registraría y si Thomas venía con alguien de la Cúpula.

Además, tenía un plan.

Uno que nunca delaté. El mismo que cumplía en ese momento.

Y a pesar de haber tenido claro desde un principio que me metía en la boca del lobo por voluntad propia y que lo hacía en malas

condiciones, todavía tenía esperanza.

Podía salvarme. Podía despertarme. Necesitaba hacerlo, al menos, para sacar a Sherry de ahí. Disimuladamente, me llevé la mano al bolsillo trasero de la falda tejana y volví a palpar la superficie. Seguía ahí. Mi salvación seguía ahí. Había sido buena idea cargar con ella, por si las moscas. Por si todo se complicaba y necesitaba una ayuda extra.

Trastabillé de nuevo, aunque esta vez lo hice a propósito. Mientras caía y Aaron señalaba lo torpe que era, llevé una mano al bolsillo, no con demasiada gracia, pero sí lo suficientemente efectiva para tomar la píldora rojiza entre los dedos, la misma que hallé en la cabaña forestal donde Thomas me secuestró, y acto seguido, metérmela en la boca.

Era Luz. La única píldora que tenía en mi poder y que guardé celosamente después de mi

experiencia en la cabaña del bosque.

Aaron no lo advirtió. Y yo sentía la garganta tan dormida que no me fue fácil tragarla.

Pero, al final, lo hice.

La Luz debía contrarrestar el efecto de la droga. Poco me importó los efectos secundarios que pudieran provocar en mi sistema nervioso un sedante y una droga estimulante al mismo tiempo, pero esperaba que la Luz fuera más poderosa.

A través de la espesura de troncos y hierbas, un reflejo a lo lejos llamó mi atención. No se trataba de luz focal, sino del alumbro que otorgaban las llamas, una claridad inigualable y bailarina que poseía vida propia.

—Ya hemos llegado —aclaró Aaron ayudándome a salir al segundo claro.

Sherry se hallaba sobre un dolmen bajo de piedra grisácea, como si se ofreciera en sacrificio. Vestía de blanco y no dejaba de temblar.

La rodeaban cuatro personas vestidas con túnicas negras. Cada uno de ellos sujetaba una máscara de esqueleto de búfalo, de cuernos largos y acaracolados. Custodiaban cuatro antorchas clavadas a la tierra y las amplias capuchas no me permitían verles bien los rostros.

Pero todo cambió a medida que me iba acercando. Ellos mismos se apartaron el cobertor negro de la cabeza, y me miraron de frente, sin secretos, sin vergüenza... y sin culpabilidad.

Por fin conocía a la Cúpula al completo. Ante mí.

Y la sorpresa que me llevé hizo que cayera al suelo de rodillas.

—¿Tú? —susurré incrédula y decepcionada,

mirando en particular a uno de sus miembros.

—Hola, Lara.

—¿Qué...?

—Soy el Escriba.

En otro lugar

Habían atado a Fred, y lo dejaron en el maletero. No iban a correr el riesgo de tenerlo en la casa para que, después, hábilmente encontrara el modo de liberarse de las bridas y escapar. Ni por asomo.

La carretera solitaria y oscura que recorría el Fiat con Kilian a la cabeza, acompañado de Taka de copiloto y Amy, Thomas y Thaïs atrás, era interminable. Seguían la señal que marcaba el GPS del ordenador.

—Lara no tiene ni idea de que el abalorio de calavera que tiene en la pulsera es un localizador, ¿verdad, hermano? —preguntó Thomas sin perder un detalle de lo que tenía alrededor.

—No lo sabe —contestó concentrado.

—La verdad es que es un poco controlador, ¿no crees? — se dijo Amy.

—Conociendo a tu amiga, que es incapaz de seguir una orden, lo mejor era ponerle un cascabel, pero como pensé que no le gustaría, me decidí por la pulsera —explicó Kilian mirando de reojo la señal intermitente de la pantalla—. Y, como ves, mi intuición no me falló —finalizó.

—Se ha parado. Está por esta zona —Taka rodeaba la señal con el dedo.

—¿Dónde es? —Thomas, en medio de las dos chicas, se inclinó hacia adelante.

—No la conozco —respondió—. Pero estamos a veinte minutos.

Mientras tanto, Taka continuaba revisando la aplicación de la grabadora, para ver si recibía datos. El corazón se le disparó cuando comprobó que el receptor se activaba, señal de que estaba empezando a grabar y a transmitir archivos.

Bip bip bip.

Kilian activó el manos libres del móvil sin dejar de conducir cuando vio que la llamada que recibía venía de Luce.

—¿Sí?

—Kilian —su voz sonaba alterada.

—Luce. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Kilian... llevo desde ayer revisando el video de

mi accidente. Quería comprobar si mi mente recordaba y rellenaba las partes que tenía en blanco.

—¿Y?

—He recordado, Kilian.

En el interior del coche todos aguantaron la respiración.

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo... recuerdo subir las escaleras de la torre. Darme un beso con Fred.

—Eso ya me lo dijiste.

—Sí. Pero ahora viene lo que no recordaba. Él le preguntó a Aaron si ya no quedaba nadie más. Aaron dijo que no. ¿Me estás escuchando?

—Sí. Sí. Continúa.

—Una vez arriba, el último en bajar por la otra escalera fue Aaron. Desde ahí se iba directamente a la base de la torre, donde estaba la colchoneta de aire. Yo estaba muy nerviosa. Se suponía que estaba sola y pensaba que Aaron me avisaría desde abajo para que diera el salto. Pero entonces vi aparecer a otro individuo más. Y no lo comprendí, porque Aaron me aseguró que no había nadie. Pero, cuando le vi, entendí que no era un error. Y supe que me la iban a jugar.

—¿Quién, Luce? ¿Quién más había ahí contigo?

—Era un miembro de la Cúpula y para mi sorpresa, un profesor muy joven de Yale. El profesor Donovan. Imparte algunas clases de criminología.

—No me jodas... —murmuró Amy—. ¿Donovan?

—Sí. Le pregunté qué demonios hacía ahí y

quién era para los Bones —continuó con su narración—, y él me contestó que era el Escriba. Y que lamentaba decirme en nombre de la Cúpula que no iba a ser una Bones jamás. Que era una traidora y que al final, los secretos que yo intentaba desvelar, iban a acabar con mi vida. Entonces, me golpeó en la cabeza. Yo me quedé mareada por el impacto, y me empujó para que cayera al vacío. Para entonces, Aaron había deshinchado el colchón.

La narración era tan exacta y fría que ninguno dudó de su veracidad.

—Fueron ellos, Kilian—su voz tembló. Estaba tan consternada como los demás—. El Escriba es el profesor Donovan.

Dado que Fred no fue capaz de acabar la faena, los Bones enviaron a Donovan para que, con la colaboración de Aaron, me quitaran del medio. Ellos lo harían sin dudarlo.

—Hostia puta... —gruñó Thomas escandalizado—. Acelera, Kilian. Esos sádicos tienen a Sherry y a Lara. No les va a temblar el pulso. Hay que salvarlas como sea.

Los cinco rezaron por no llegar tarde. No podían perder ni un segundo más de tiempo, y harían lo posible en ganarlo en cada curva y en cada recta.

Joss Klue. Kirk Andersen. Otro hombre que no conocía pero que suponía era el padre de Aaron, porque eran iguales. Y después él. Mi mayor decepción. Mi admirado profesor Donovan.

Odín. Comandante. Ejecutor. Y Escriba. Ahí estaban. Los maeses de la Cúpula al completo.

Fruncí el ceño cuando empecé a experimentar el efecto de la Luz. Cómo avivaba mi sangre, mis

músculos y mis terminales nerviosas... Menudo subidón. Aunque debía disimularlo. Ellos me querían totalmente sumisa y adormecida, y eso fingiría, aunque me costase un mundo.

Sherry lloraba desconsolada y cuando me vio, gritó:

—¡Lara! ¡¿Qué está pasando?! ¡¿Por qué me están haciendo esto?!

Tenía una respuesta en la punta de la lengua parecida a: «porque son unos enfermos, Sherry».

Mi rostro reflejaba lo impresionada que estaba al verles ahí. Juntos. Con aquellas máscaras esqueléticas que yo ya había visto en otro tiempo; en otro lugar; y en otra muerte.

—¿Te sorprende verme aquí? —me preguntó Donovan entretenido con mi desorientación.

Yo negué con la cabeza.

—En el fondo no —le mentí—. Suele pasar... que... que los mejores profesores y estudiosos de la psicología criminal son todavía mucho más retorcidos y criminales que el resto.

—Hay que elegir bando. Y el bien y el mal ya sabes que es subjetivo. Yo solo me fijo en el poder.

—Ya... Es solo que me cuesta catalogar el tipo de sociópata que en realidad eres... Ahora mismo, no puedo ordenar mis ideas —sonreí y me llevé la mano a la cabeza. Debía hacerles ver que todo me sobrepasaba.

—No necesitas ordenar nada, Lara. Sabía que eras una chica brillante. Y podrás hacer tantas cosas a nuestro lado... —su pasión hacía que me entraran ganas de vomitar—. Solo deja de luchar y acepta el don de la diosa. Siéntete orgullosa de ser

la elegida.

Exhalé y cerré los ojos.

—¿Dónde estamos? —quise saber a ver si así podía ubicarme.

—En Horningsham. Un adorable pueblo cerca de Warminster —contestó Joss.

Eso quería decir que no estaba muy lejos de Kilian y los demás. Alcé mi ceja y lo encaré sin ningún miedo.

—Odín... supongo.

—Supones bien —contestó entretenido.

—Me alegra que por fin hayas decidido colaborar, Lara—este fue Kirk Andersen, el Rector.

—En realidad... me han obligado. No estoy aquí

por placer... rector —contesté—. ¿Tanto le aburría el trabajo en la universidad que necesita disfrazarse para... pasárselo bien?

—Eres ocurrente incluso drogada. Lo quieras o no —replicó—, estás en nuestras manos y harás lo que te digamos.

—Antes, soltadla —les pedí señalando a Sherry—. Ya me tenéis a mí. Ya no la necesitáis.

Joss arqueó sus cejas y se burló de mí.

—Querida niña; ¿acaso crees que estás en posición de dar órdenes?

—Ella ya no os sirve —fingí que estaba mareada—. Es a mí a quien queréis encima de ese dolmen. Vuestro deseo era tener al Magog —murmuré mirando las estrellas. Qué pena que en una noche como aquella me encontrara en un ritual macabro como aquel—. Y él tampoco está. Señal de que no

era imprescindible. Si los demás no son imprescindibles, dejadlos al margen —concluí—. Solo me queréis a mí.

—Qué altruista —se burló Kirk.

Joss torció la cabeza a un lado y su boca dibujó una mueca.

—El papel del Magog puede ser sustituido por otro Maese. Aquí somos cuatro. Pero seré yo quien haga su función. Tendrás que tolerarme a mí e imaginarte que soy Kilian —encogió sus hombros.

—Tendrás que darme mucho alcohol para eso...

Dios, la Luz me activaba y a duras penas podía continuar con mi papel de drogada inocua. En mi cerebro tenía lugar cientos de posibilidades de cómo escapar de ahí. Como si se hartara de darme alternativas. Pero yo no podía seguir ninguna,

porque no tenía todavía lo que quería. Hasta que no lo consiguiera, no decidiría intentar huir de ahí.

—Aaron. Saca a Sherry de aquí —ordenó Joss—. Apártala lo suficiente para que vea lo que va a suceder.

—Dejadla libre —ordené.

—Ni hablar —Joss quería dejarme claro que no tenía ningún poder—. Aaron, sujétala y que no huya.

Me humedecí los labios y tomé aire para serenarme. Cuando Aaron bajó a Sherry de aquel altar, la pobre no se podía mantener en pie.

—¿Qué vais a hacer con Lara? —preguntaba temblorosa.

—Ya lo verás —contestó Aaron sujetándola por el codo.

La apartó del dolmen y de las antorchas.

—¡Lara! —gritó Sherry.

Yo la ignoré y permití que Joss y Kirk me pusieran sus sucias manos encima y me alzaran hasta estirarme sobre el dolmen. No me resistí.

Cabía la posibilidad de que me ataran, pero si me comportaba y accedía a todo, no me reducirían de ese modo y tendría más posibilidades de escapar. Lo único que tenía que hacer era quedarme quieta lo suficiente hasta que pudiera obtener todas las confesiones que buscaba. Hasta entonces solo tenía que tolerar tenerles cerca.

—Así que los Alden, al final, no han querido tener nada que ver con nosotros —Joss me tomó de la barbilla—. Nos han dado la espalda. Y, si embargo, no han podido retenerte —se burló—. Eso es un golpe muy duro para su ego.

—Sí —musité con los ojos llenos de lágrimas. No quería llorar, no pretendía hacerlo. Pero de hecho, eso salía, nunca se pretendía.

—Oh, no llores —Joss pasó el pulgar por mi mejilla—. Eres una chica joven y guapa, Lara. Me portaré bien contigo. Haré que disfrutes para que la diosa se reencarne en ti a gusto.

Estaban obsesionados con el sexo. Por Dios, se me revolvían las entrañas. Ese hombre me sacaba veinticinco años por lo menos.

—Eres el mejor recipiente que hemos tenido hasta la fecha —reconoció con admiración.

—No, señor —contesté presa de las convulsiones que provocaban mis propios nervios—. No soy el mejor recipiente.

—¿Cómo dices? —se apartó ligeramente para mirarme a la cara.

—Yo sé quién fue el mejor de todos.

—¿Sí? ¿Quién? Sorpréndeme —me animó incrédulo. Bien. Les tenía. Les iba a dejar sin palabras.

—Mary O' Shea. Mi madre.

Se le fue el color de la cara. A él, a Kirk y al Ejecutor. Y una corriente de satisfacción recorrió mi cuerpo. Donovan, en cambio, admiraba sus expresiones con sorpresa. Eso me dio a entender que El Escriba hacía poco que era Maese Bones. Era el más joven de todos y con toda probabilidad desconocía lo que sucedió veinte años atrás.

Pero Joss no lo había olvidado. Sus labios intentaron formar alguna palabra, pero fracasaba en el intento.

—¿Qué?

—Mary O'Shea. ¿La recuerdas?

—Eso es imposible —el Ejecutor se cernió sobre mí—. Imposible. No hay ninguna O' Shea becada este mismo año. No puedes ser su hija.

Yo me eché a reír estresada por la situación.

—Veo que tú si la conoces Ejecutor... —le increpé—. Es una historia larga de contar... Pero soy O' Shea, soy hija de Mary y sé —levanté un poco la cabeza de la piedra y me encaré con Joss — que tú estabas loco por ella y que diez años atrás, en una noche de luna azul como esta, la matasteis.

—¡Hija de puta! —clamó el Ejecutor dando un paso atrás —. ¡¿Cómo sabe estas cosas?! —se dirigió a Kirk, que estaba tan despistado como el resto.

—Vosotros matasteis a mi madre, ¿verdad? —
continué con mis acusaciones—. Joss estaba
enamorado de ella. Ella halló la fórmula inicial de
la Luz, pero dio la espalda al proyecto porque no
era ético. Vosotros creíais que mi madre era la
recipiente de Eulogia y pensabais usarla como tal.
A ella y a Trinity —disfrutaba muchísimo de
aquel cambio de tornas. Yo seguía en el dolmen
rodeada de cuatro hombres que querían
sacrificarme, pero mis palabras tuvieron el poder
de detenerles. De paralizarles—. Pero al final fue
mi madre la elegida. Sin embargo, ella se marchó
de Yale y se alejó de los Bones porque vio que
estabais locos. Ella descubrió la fórmula no
agresiva de la Luz, pero nunca te la dio, Joss.
Porque sabía que harías mal con ella. Por eso se
alejó de vosotros. Se alejó de ti y de Yale. Diez
años después de que os dejara, la matasteis en
nuestra casa, sin tener en cuenta que una niña de
ocho años os vería saliendo por el jardín, con unas
máscaras como las que lleváis en las manos. Y

que esa niña, cuando creciera, averiguaría que los símbolos de sal alrededor del círculo que envolvía a mi madre, tenían que ver con símbolos egipcios como los de la diosa Isis que veneráis y que estaban relacionado con quitarle el poder que le disteis una vez para que fuera Eulogia. Le quitasteis el poder de ser la elegida, ¿verdad? Y la sacrificasteis. ¿Me equivoco, Odin? —miré a Klue sin miedo, y con una honestidad que él no supo devolverme.

—¿De verdad eres hija de Mary O' Shea? —repitió buscando semejanzas entre nosotras.

—Sí. Mi madre cambió su nombre al llegar a España, y lo hizo todo para que nunca la encontraras. Pero la encontrasteis. Lo que no entiendo es cómo la encontrasteis si no sabíais que se cambió el nombre y el apellido. ¿Crees que puedes hablarme de ello, Joss? —le increpé—. Me merezco al menos que me digas la verdad, antes de que hagas conmigo lo que vayas a hacer.

Me lo debes por quitarme a mi madre.

Finalmente, Joss pareció ceder. La Luz de la luna aparecía sobre nuestras cabezas y teñía los rostros de mis futuros asesinos de una claridad espectral.

—Debí suponerlo. Tienes sus ojos y su salvajismo. Ella siempre me cautivó por eso — admitió—. Se cierra el círculo — Joss miró al cielo agradecido, alzó los brazos y sonrió—. ¡Gracias, Diosa! —acto seguido cruzó los brazos sobre su pecho—. Eres un regalo, Lara. La mismísima hija de la primera Recipiente ha caído en mis manos. Es increíble. Solo por eso, creo que te debo la verdad. De todas formas, cuando la diosa entre en ti, olvidarás todo lo que ha pasado, te perderás en su poder y ella se hará con tu memoria y tu voluntad. Así que, no me importa contártelo todo ahora.

—¿De verdad crees que me olvidaré? —le desafié. —Querida —sujetó mi barbilla con fuerza

y me obligó a mirarle—, drogada como vas hasta las cejas, dudo que retengas ni la mitad de lo que te voy a contar. Pero no te olvidarás por eso. Te olvidarás porque dejarás de ser tú.

—Empieza —murmuré rabiosa.

—En la Logia, siempre tenemos a caballeros, reich y maeses dispuestos a hacer lo que sea a cambio de ganar nuestro favor, o de pagar sus deudas. Muchos aceptan incluso perder su vida si después a su familia y a sus hijos no les falta de nada en su futuro.

—A eso se les llama suicidas... —musité.

—Llámalos como quieras. La cuestión es que cuando Mary se fue, me quedé destrozado. Yo quería mucho a tu madre...estaba loco por ella.

—Loco seguro —apunté.

—Sabía que ella tenía un don y queríamos la Luz para poder traspasar los límites de la mente como ella logró hacer. Pero cuando se negó a darme la fórmula y desapareció, yo no lo quise asumir. Anteriormente, habíamos hecho algún ritual sin que ella se diera cuenta, marcándola como recipiente. Cuando marcas a una persona, se convierte en el principal objetivo de la diosa para encarnar. Es como un mapa. No tiene pérdida —decía crédulo hasta el tuétano. Caramba. Confiaba a ciegas en sus palabras—. Pero ese mapa se puede borrar al cabo de los diez años. Se debe borrar para preparar el terreno y buscar a la nueva recipiente. Después, deben pasar otros diez más hasta que aparece de nuevo esa persona especial y apta para recibir a Eulogia. Y entonces, una década después de matar a tu madre y eliminar su marca de la diosa, apareciste tú. Su hija —dejó ir una carcajada y todos rieron con él—. ¿No es increíble?

Increíble era saber que estaba grabando toda la declaración. Si no salía viva de ahí, al menos, habría tenido justicia.

—Sí lo es... —murmuré. Las lágrimas me resbalaban por las comisuras de los ojos—. ¿La mataste tú?

Joss pasó los dedos por encima del dolmen y rozó mi hombro.

—Un verdadero líder no se mancha las manos. Ordena a otros a que lo hagan en su lugar. Tiré de esos Bones a los que tú llamas suicidas. Les di la orden de encontrarla, de que hicieran el ritual y, después, antes de que se quitaran la vida, me aseguraran de alguna manera que habían cumplido con el trabajo. Yo no quería saber nada más. Ni donde vivía. Ni si estaba casada. Ni si tenía hija o hijo. Nada. Solo quería que dejara de respirar. Cerciorarme de que la diosa ya no buscaría a Mary. Y así lo hicieron. Los dos

enviados ejecutaron el ritual del robo de poder, la desangraron y después se mataron en un despeñadero de las montañas de tu ciudad. Se llevaron toda la información sobre tu madre a la tumba. Sus cuerpos quedaron calcinados por completo. Podrías buscar esta historia en los sucesos de hace diez años de Barcelona...

—¿Qué... qué hicieron con la sangre?

—Ah... eso —sonrió y me morí de miedo—. Nos la enviaron en cajas a Connecticut, como si fueran botellas de vino tinto. Vino catalán de ese tan bueno... Nadie sospechó nada — era un pagado de sí mismo. Eso era. Un hombre con un imperio farmacéutico que tenía balas en la recámara para todo. El único con el ego suficiente como para pensar que podía invocar a los dioses.

—¿Por qué? —la barbilla me temblaba y me ahogaba con mis propias lágrimas—. ¿Por qué hicisteis eso?

—Porque queríamos que las píldoras de la Luz estuvieran tintadas con su sangre. Somos así de románticos. La primera mujer con dones auténticos que yo había conocido. Por eso eran rojas.

No... no podía ser. Las píldoras llevaban la sangre de mi madre. Joss Klue era la encarnación del mal. Un sádico enfermo lleno de cinismo.

Y le odiaba. Le odiaba tanto que quería ser yo quien le arrebatase la vida.

—Eso no tiene nada de romance y... y sí de sadismo, maldito...

—Cuidado, Lara —del interior de la túnica negra y de mangas holgadas, sacó un puñal curvo y plateado, con inscripciones que yo no comprendía—. Un respeto al hombre que te va a hacer el amor y va a permitir que tu cuerpo sea habitado por una diosa. Te voy a explicar cómo va a

funcionar el ritual.

Nunca había sentido tanta repulsión hacia alguien. Joss era un hombre atractivo, pero al mismo tiempo estaba tan vacío que el hueco en su interior destilaba un hedor insoportable.

—La luna azul brilla sobre nuestras cabezas — señaló al cielo—. Los maeses nos colocaremos las máscaras del carnero, e invocaremos en sánscrito a las fuerzas oscuras a abrir un portal en el cielo.

Cuanto más lo miraba, más lunático y fanático me parecía. Se le había ido la cabeza.

—Te cortaré con este puñal sagrado —la hoja metálica resplandeció y dejé de sentir mi propio corazón—. Tu sangre manchará la piedra de este altar, después yo me cortaré en la palma de la mano y nuestras sangres se mezclarán. A continuación, te desnudaré, Lara, y te tomaré en el dolmen mientras el resto de maeses nos rodearán e

invocarán a Eulogia para que te posea en el instante en el que culminaré dentro de ti. Mi semilla sagrada y tu sangre harán de tu cuerpo un perfecto recipiente para la divinidad de nuestra diosa. Y antes de que ella entre en ti —susurró pasando la hoja afilada por mi garganta—, te clavaré este puñal en el corazón. Tú morirás, Lara. Desaparecerás. Tienes que hacerlo para que nuestra diosa entre en tu cuerpo. Cuando abras los ojos de nuevo, ya no serás humana, ya no habrá ni rastro de O'Shea en ti. La diosa estará con nosotros —sonrió ilusionado— y podremos implantar nuestro nuevo orden. Las denuncias contra la Cúpula no tendrán ninguna importancia. Todo el mundo se doblegará a nuestra voluntad. No puedes hacerte a la idea de lo que es ese poder —alzó la mano y les ordenó empezar el ritual a los maeses.

Estos se colocaron las máscaras, abrieron los brazos y colocaron las palmas de las manos hacia

arriba.

—Elohim, Elohim... —empezaron a recitar.

—Estás loco —sollocé aterrorizada.

La sangre recorría mis músculos como si acabaran de darme un chute de cafeína, y reconocí el efecto de la Luz en mi cuerpo. No me habían atado, no estaba inmovilizada. Si actuaba rápido podía escapar, pero tenía que analizarlo todo bien.

Llevaba una pistola de perdigones, la más pequeña que Amy compró, sujeta al muslo con una cinta. Me la había quedado porque quería tener algo que me hiciera sentir segura durante todo el día y que nadie pudiese ver. Además, nunca había llevado ningún arma, y como futura inspectora y criminóloga que sería, tenía ganas de experimentar esa sensación de poder. Porque aunque ese arma no escupiera balas, un perdigón dolía igual y podía reducir a un agresor. Ahora

tenía que encontrar el momento de levantarme y de sacarme a Joss de encima.

—No estoy loco, preciosa. Ninguno de nosotros lo estamos —explicó con vehemencia—. La gente dice que no existen las personas con capacidades extrasensoriales o con poderes. Y se equivocan. Porque todo esto empezó con la habilidad de tu madre. Una habilidad divina —acarició el dolmen—. Personas como ella hacen valer el dicho de que el mundo y la realidad es mucho más de lo que vemos. Hay un velo tras este, y cuando caiga, sabremos que venimos de los dioses y a ellos regresaremos —recitó—. Tu madre podía ver ese velo. Podía ver más allá. Como Nostradamus, como Rasputin, como muchas otras personas que se entregaron a la magia... Lo que me hace pensar —acercó su rostro al mío apretando sus dedos alrededor de mi barbilla y me preguntó—: ¿qué don tienes tú, Lara?

¿Qué don tenía yo? Yo sabía perfectamente cuál

era mi don: la memoria eidética. Lo que no sabía era identificar los dones que despertaban la Luz en mí y que ya hacían efecto de una manera devastadora.

Entonces, me sucedió lo mismo que cuando Thomas me obligó a tomarla en la cabaña. Vi el interior de los hombres que me rodeaban. Eran demonios. Sus cuernos, sus pieles rojizas, sus colmillos y sus ojos amarillentos... habían salido de un lugar oscuro y maligno.

Miré al cielo y allí, entre las nubes, vi un agujero tan grande como un embudo. Me parecía tan real... ¿Se suponía que de allí regresaría Eulogia?

Desvié la mirada hacia Joss, el cual sujetaba el cuchillo por el mango con dos manos y empezaba a recitar acompañando al resto.

Déchetai aftó to dóro (acepta este regalo),

*eínai gia sas (ella es para ti),
sárka kai to aima sas (sangre de tu sangre).
Éla edó (ven aquí).
Eínai dikí sas (es tuya).
Párte to Evlogía (tómala, Eulogia).*

No hablaba griego. Pero sabía que era griego. No entendía el griego, y sin embargo, entendía lo que decían. La Luz afectaba a mi cerebro. Me daba unas capacidades que no tendrían explicación. Joss pasó la hoja por debajo de mi clavícula y me cortó.

La incisión, la sensación del metal metiéndose en mi carne y lacerándome, me devolvió a la realidad. No podía perderme en esas habilidades. Eran distracciones. Lo que tenía que hacer era salvar mi vida y la de Sherry.

Mi propio grito de dolor acabó por despertarme.

*Déchetai aftó to dóro
eínai gia sas...*

Ellos continuaban y yo sangraba de mi herida. Joss alzó su mano y con el mismo cuchillo con el que me había cortado, empezó a hacerse una incisión en la palma.

Y entonces, cuando iba a reaccionar para huir de allí, la vi. La vi a ella, etérea, inalcanzable, inolvidable. Avanzaba hacia mí en cámara lenta. Vestía de un blanco impoluto y había luz a su alrededor. No. No era luz. Era fuego. Mi madre caminaba hasta el dolmen, con su pelo suelto negro meciéndose por un viento que yo no sentía, sus ojos verdes rebosantes de amor hacia mí y con unas alas en llamas totalmente desplegadas, como un Fénix que hubiese renacido de sus cenizas. No era real. Yo lo sabía. Pero verla con los ojos abiertos era maravilloso.

—Abre las alas —me pidió.

Comprendí lo que quería decirme. Mi madre era un Fénix. Mi Fénix.

—Vuela, hija —me ordenó.

—¿Mamá? —sé que lo dije en voz alta, porque, con la misma lentitud con la que todo transcurría, Joss se volvió y miró por encima del hombro.

—Vuela, hija —repitió mi madre—. Resurge de las cenizas.

Y eso hice. Me metí la mano en el interior de la falda, me incorporé y aprovechando que los demás estaban con los ojos cerrados en trance cantándole a Eulogia, saqué la pistola y disparé a Joss en la mejilla cuando volvió a mirarme sin comprender nada.

Fue espeluznante e indescriptible al mismo

tiempo. Me sentía tan poderosa, tan capaz de todo. Los demás iban a dos velocidades por debajo de la mía y yo podía anticiparme a sus movimientos.

Di un salto y me bajé del dolmen. Apunté a Aaron y le disparé al cuerpo, sin importarme dónde darle. Sé que le di en el estómago por el modo en que posó sus manos en su vientre y cayó ovillado al suelo. No me detendría. Por el rabillo del ojo vi que los maeses acudían a socorrer a su líder Odín, mientras tanto, cogí a Sherry de la mano y me la llevé de allí.

—¡Corre, Sherry! ¡Sígueme!

Corrimos las dos como si no hubiera un mañana. Porque si nos cogían, no lo habría para nosotras. Al tiempo que nos metíamos de nuevo en el interior del bosque, pensaba en la pregunta que me había hecho Joss.

¿Cuál era mi don?

¿De verdad quería saberlo?

Mi don era la capacidad de no olvidarme jamás de las personas que me querían. El don de no olvidarme jamás de quien mató a mi madre.



Diecisiete

Hubiera deseado tener una de las píldoras para dársela a Sherry. Yo estaba extraestimulada, y ella, en cambio, tenía la psicomotricidad por los suelos.

—¿Dónde estamos? —pregunté después de correr todo lo rápido que pude para salir del bosque. Sabía que nos seguían. Les podía oír. Oía sus pasos, los gritos de dolor de Aaron, y la angustia de Joss por recibir un perdigonazo en la mejilla. Pero eso no les detendría. Nada lo haría.

—No... no lo sé —contestó Sherry en shock, con las pupilas dilatadas.

—¡Mierda! —exclamé nerviosa.

Me sentía capaz hasta de volar, pero era la

euforia de la Luz, no era real del todo. Posiblemente explotaba mis capacidades atléticas, me hacía más rápida y fuerte, pero no era invencible. No iba a caer en el error que cometían los Bones cuando tomaban esa droga. Porque tenía más sentido común y estaba acostumbrada a trabajar con mi cabeza, a oírme y a saber cuándo algo era posible o no. Mi mente analista me ayudaba mucho a discernir lo que era Luz y lo que era oscuridad.

Era de noche, no teníamos ninguna linterna y ellos tenían antorchas. Debíamos ocultarnos.

Continué corriendo como loca hasta avistar un muro verde. Desde esa distancia en la que estaba me parecía un muro verde, pero a medida que llegaba hasta esa zona me di cuenta de que eran setos. Un muro kilométrico de setos. Tejos ingleses, para ser exactos.

El sonido de un ave extraña me distrajo y me

detuve en seco. A continuación oí algo parecido a un rugido o un graznido, no lo sabía identificar bien.

—¿Oyes eso? —le pregunté a Sherry sin soltarle la mano.

—¿S-son animales?

—Sí.

—¿Tenemos animales alrededor? ¿Estamos en un zoo? Fruncí el ceño pero no descarté esa opción. Desde luego que parecían animales, y de diferentes especies.

—Tenemos que pasar al otro lado de los setos —le indiqué—. Vamos, no te detengas.

—¡Voy descalza! —protestó—. Tengo heridas en los pies. Ni siquiera lo había advertido. Lo lamenté mucho por ella, por que tuviera que vivir

algo así. Y todo por conocerme.

—Lo siento, Sherry —le puse ambas manos en la cara, sin darme cuenta de que sostenía la pistola en la derecha. A ella no le importó. A mí tampoco —. Siento todo lo que nos está pasando. Pero tienes que continuar, ¿entendido? Tenemos que escondernos.

La chica asintió porque no tenía más remedio. Cuando sus ojos se desviaron a mi clavícula se horrorizó.

—Lara... estás sangrando... mucho.

—No te preocupes por mí. Estoy bien —la adrenalina provocaba que no me doliera la herida.

Sherry hizo un mohín, porque sabía que no podía hacer nada más por mí y juntas volvimos a correr para alejarnos de la proximidad de los gritos de la Cúpula.

Estaban cada vez más cerca.

Al final, logramos encontrar una entrada a través de los setos. Me gustaba el olor a tejos, y parecía que esos en especial, estaban perfectamente cuidados y podados. Húmedos, incluso. Como si los acabaran de regar. De hecho, todos seguían una armonía; la misma medida, la misma altura, y se unían todos como si de un cuerpo de gusano se tratase.

Las piernas iban rápidas, pero mi mente era más veloz y no podía detenerla. Analizaba aquel hábitat; aquel espacio abierto, todo verde, de intrincados caminitos interminables que te obligaban a tomar una dirección o a volver atrás. ¿Dónde estábamos?

—Lara —Sherry se liberó de mi amarre y se detuvo, apoyando las manos en sus rodillas.

—Sherry, hay que seguir —la apremié.

—Lara, ¿es que no lo ves? Llevamos un cuarto de hora aquí dentro. Es un laberinto.

—¿Qué? —por Dios. La Luz hacía que perdiera la noción del tiempo.

—Un laberinto —exclamó tomando aire a bocanadas—. Estamos perdidas.

Alcé la mirada. Divisé un lado y el otro y me detuve para escuchar. Posé mi índice sobre mis labios para que Sherry mantuviera silencio.

—Escucha —le susurré.

Y les oímos. Oí a Joss hablar con el Escriba.

—Hay que coger a esas dos perras. No se nos pueden escapar —rugió Joss dolorido—. Hija de puta... Tengo el perdigón incrustado en la garg... garganta.

—Se han metido en este maldito laberinto —
apuntó el profesor Donovan—. No podrán salir de
aquí. Son dos kilómetros y medio de setos. Y
somos cuatro. En algún punto daremos con ellas.

—Bien...

Salí de mi modo de hiperaudición y fruncí el
ceño. Dos kilómetros y medio de setos. Él conocía
el laberinto, de lo contrario, no podría saber ese
dato, ¿no?

Me hormigueó la nuca, señal de que mi mente
captaba algo de lo que aún no era consciente. Era
mi activador. Como loca, me puse a andar hasta el
final de aquel camino y rebusqué entre los setos.
Mis dientes castañeteaban y mis manos temblaban
por la emoción. ¿Sería posible?

Y de repente, oculta por una rama de tejo, lo vi.
Una caja metálica verde, con una frase pintada en
blanco que ponía en inglés: «Lift if lost».

«Levantarse si están perdidos».

Fue justo en ese instante en que comprendí todo y reconocí el lugar en el que me hallaba. Y me puse a llorar, arrodillada en el suelo, abrazándome a mí misma, agradecida por su milagro y su don.

Cuando mi madre vivía, tomó la costumbre de obligarme a trabajar con un puzle muy complicado de hacer, porque los colores eran muy parecidos y homogéneos, y habían miles de fichas. Yo era muy pequeña, pero gracias a mi tenacidad y a mi peculiaridad, siempre lograba finalizarlo. Lo hacíamos todas las semanas. Era una obsesión para ella, y también para mí. Me escondía las fichas y después tenía que ejercitar mi memoria eidética para encontrarlas en mi cabeza.

La imagen que formaba el puzle era una fotografía desde el aire del Laberinto de Longleat. El laberinto de setos más grande del mundo. Poseía muchos callejones sin salida y seis puentes

elevados que interrumpían las rutas. Para respaldar a los que se perdían en el laberinto, los tejos escondían en puntos estratégicos, varios paneles de dirección en los que había indicado: «Lift if Lost». Nos encontrábamos en ese jardín. Y no podía ser casualidad. Mi madre me enseñó a memorizarlo al tiempo que hacía el puzle. Tenía el mapa desde el aire grabado en mi cabeza y sabía que la salida correcta terminaba en una torre central. Las piezas del puzle que mi madre siempre me escondía formaban parte de esa torre.

Aquella misma mañana había soñado con ello.

—Dios... ya sé dónde estoy —murmuré acercándome a Sherry.

—¿Qué? —Sherry no me había oído bien, pues hablábamos en voz excesivamente baja.

—Que ya sé dónde estoy. Pero necesito algo... — estudié la complexión de Sherry. Era delgada.

¿Podría sostenerme?

—¿Qué necesitas?

—Que me subas a los hombros. Es el único modo de que podamos salir de aquí. Necesito ver dónde estoy exactamente. En cuanto lo sepa, lo demás vendrá solo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque lo sé, Sherry.

—No tengo fuerzas —murmuró agotada.

—Ni yo —la obligué a arrodillarse delante de mí—. Pero tendrás que hacer un último esfuerzo —me senté sobre sus hombros y Sherry hizo el último esfuerzo.

—Súbeme.

Cogió aire y puso todo su corazón en ese

movimiento.

—No puedo...

—Sí puedes —la animé—. Eres animadora y tienes las piernas fuertes. Sabes hacerlo. Venga, súbeme.

Impulsándose una última vez, al final lo consiguió. Mi cabeza sobrepasó la altura de los setos. Miré a Norte y Sur y a Este y Oeste. Pude ver los puentes, y en medio, a unos trescientos metros, la torre de vigilancia. El lugar más alto que aquella mañana mi madre me había mencionado en mi sueño.

—¡Lara! —el grito de Joss me sobresaltó.

Lo vi al otro lado de los setos, a una distancia de dos caminos... Sujetaba una pistola en su mano. Alguien lo tenía alzado, como a mí. Sherry se desequilibró en cuanto oyó el disparo. La bala me

rozó el lateral del cuello y caí desde arriba de los hombros de Nicholson.

Impacté con el pómulo en el suelo. Si salía viva de ahí acabaría hecha un Cristo. Me levanté con el quemazón insoportable en la piel de la garganta y con Sherry llorando en el suelo.

—¿Qué ha pasado?!

—Me... me han disparado —le contesté deteniendo la hemorragia con la mano.

—¡Por Dios, Lara! —quiso socorrerme pero ninguna de las dos teníamos tiempo para tiritas.

—Vamos, Sherry —tiré de ella—. Ya sé cómo salir de aquí —la animé.

Veía el mapa en mi mente, ese puzle que tantas veces realicé, con el camino y las salidas marcadas, y lo usé como un GPS. Sabía en qué

parte del laberinto me hallaba. Y esperaba. Rezaba, mejor dicho, que ningún miembro de la Cúpula tuviera la suerte de encontrarla como yo. Cargué la pistola en mi mano y con la otra tiré de Sherry para ponerla a salvo. Thomas me lo agradecería. Y yo me sentiría satisfecha por sacarla de las garras de esos locos.

Giramos cinco esquinas sin pérdida. Y a la sexta, después de diez minutos, llegamos a la torre de vigilancia, construida de madera gris y blanca. Unas escaleras llevaban a la parte de arriba, cuya forma en cúpula estaba descubierta y desde la que se podía avistar todo el laberinto y los reclutas perdidos en ella. El reflejo de la luna parecía iluminarla. Era tal y como la veía en el puzle.

Subimos los peldaños corriendo, medio tropezándonos. Cuando nos cobijamos bajo el techo de la Torre, ambas nos agachamos. Ellos no debían vernos. En caso de que llegaran hasta nosotras, tendrían que subir las escaleras.

—Agáchate —le ordené a Sherry.

Sujeté la pistola con las dos manos y me asomé lo suficiente como para verlos llegar. Dispararía sin pensármelo. Apuntaría a la cabeza. No me importaba...

—¡Lara! —oí a Joss gritar con rabia. Y lo peor es que lo oí muy cercano a nuestra ubicación—. ¡Vas a acabar como tu madre! ¡¿Me oyes?! ¡¿Me estás oyendo?! ¡Voy a abrirte en canal!

Ojalá hubiera podido taparme los oídos. Pero no podía. No soltaría ese arma de segunda, porque era lo único que podía mantenerlos alejados de mí.

—¡Lara! —gritó Sherry.

Sin saber cómo ni de dónde, Kirk Andersen apareció frente a nosotras. Agarró a Sherry del pelo. La levantó y le dio una bofetada tan fuerte que la tiró al suelo de madera.

Lo vi todo rojo. Para entonces ya era el todo o el nada. Si me moría ahí, si me mataban, tendría que hacerlo luchando. Así que disparé a Kirk con la pistola de perdigones. Hasta cuatro veces... hasta cuatro veces le di.

Cayó quejándose de todo, pero se levantó de nuevo justo cuando me di cuenta de que ya no me quedaban perdigones. Le tiré el arma a la cabeza, y corrí hacia él para acabar de rematarle. Le di una patada entre las piernas, y en ese instante alguien me agarró del pelo, me tiró hacia atrás y me di de bruces con los dos demonios que más temía.

El Escriba y Odín habían alcanzado la torre.

Aunque había dejado fuera de combate a Kirk, Sherry seguía dolorida en el suelo, y yo estaba sola, sin balas, y cansada.

El profesor Donovan me sujetó por la espalda y permitió que Joss me golpeará en la cara con el puño. Vi las estrellas. Aunque la Luz que aún recorría mi cuerpo me permitió evadirme del dolor. Pasó rápido.

—Vas a ser mía —me dijo él tirándome al suelo—. Lo quieras o no.

En ese instante llegó el Ejecutor, guiado por los gritos. Estaba agotado y muy enfadado conmigo por haber disparado a su hijo.

Los tres me rodearon. Joss se colocó la máscara de carnero, y se tumbó encima mío. Entre mis piernas. Estaba empezando a desnudarme.

Me quería morir. Odiaba que ese tipo me tocara.

Me había roto las medias y el Ejecutor y el Escriba habían iniciado el cántico griego.

Luché contra él todo lo que pude. No se lo iba a poner fácil. Sentí un golpe muy fuerte entre las costillas, y esperé a que Joss dejara de darme puñetazos.

No estaba resignada. No quería rendirme.

Pero sucedió que hubo un momento en el que me invadió una paz extraña. Uno de esos momentos en los que la droga, todavía activa, detenía el tiempo. Vi a mi madre de nuevo, esta vez volando y desplegando sus alas de fuego. Un halo luminoso la enfocaba desde atrás. Me sonrió, y me dijo:

—«Esta es la torreta central. El lugar más alto. Desde aquí, todo se contempla de otra manera. Te replegarás junto a tus amigos y defenderéis lo vuestro. Ya vienen, corazón».

Sus divinas alas se abrieron y agitándose con fuerza, emprendió el vuelo para desaparecer de

aquel lugar. Y sentí que desaparecía también de una parte de mí, por eso rompí en llanto y le pedí que no se fuera.

Nadie más la vio. Solo yo. Cuando miré a Joss, que estaba a un paso de bajarse los pantalones, lo siguiente que vi fue una bota impactando en su cara. Salió despedido hacia atrás.

Miré a mi alrededor, y me encontré con Taka y Thomas encargándose del Ejecutor y del Escriba, machacándolos a golpes y electrocutándolos. Thaïs y Amy pateaban al padre de Fred que era incapaz de levantarse del suelo, malherido y apaleado como estaba.

Rodé por el suelo, como una croqueta, y me incorporé lo que pude para buscar a Kilian con mis ojos.

Kilian golpeaba a Joss en la cara, repetidamente, con el puño. Le veía los nudillos ensangrentados y

aun así no se detenía. El cuerpo de Joss no se movía bajo la presencia heroica de aquel guerrero alado, solo recibía el maltrato al que era sometido.

Vi más luces, más resplandores y muchas voces... alguien apartó a Kilian de encima de Joss y escuché una voz femenina conocida que decía:

—Apartadlo antes de que lo mate. ¡Tratad a Lara!

Miré por encima de mi hombro, parpadeé, pues no estaba segura de lo que veían mis ojos. Y vi a Trinity, vestida con traje chaqueta negro, una blusa blanca debajo y unos zapatos de tacón. Llevaba el pelo recogido y una especie de tarjeta colgada del cuello con una cadena.

—¡Lara!

Oí gritar a Kilian, pero Trinity fue la primera en acercarse a mí.

—Llamad a un médico —dijo inspeccionándome—. Tiene muchas heridas.

¿Por qué no las notaba? ¿Qué hacía Trinity ahí? ¿Quienes la acompañaban? ¿En qué demonios trabajaba? ¿Acaso era algo más que una decana de Yale?

Y entonces, vi por fin, frente a mí, a quien de verdad quería ver, porque sentía que se me iban las fuerzas.

¿Qué me pasaba?

—Lara, no te muevas.

—Oh Señor... —a Kilian se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sentí las manos de Trinity en mi costado. Trinity...

—¡Que vengan los médicos! Kilian... Cógela.

Mis ojos se desviaron a las manos que me sujetaban. Salía sangre a borbotones de entre sus dedos. Me habían herido de gravedad entre las costillas.

—¿Es mía... esta sangre? ¿Es... mía?

—Lara... —me decía Kilian desesperado.

Vi el cuchillo que había sujetado Joss lleno de sangre, y entendí que me había apuñalado. El pinchazo entre las costillas había sido producto de esa hoja curva entrando en mi carne. Y ahora me desangraba...

—Kilian... —susurré asustada—. La grabadora... ¿Taka?

—Chist —él solo miraba mi herida—. Todo está bien, Lara. Se han grabado todas las

declaraciones. ¿Dónde la tenías? Alcé la mano como pude y me toqué el sujetador por encima del jersey.

Kilian palpó con cuidado hasta que encontró el pequeño aparato sujeto en el centro de las copas.

—Pues te ha salido bien —reconoció presionando su mano contra mi herida. La sangre salía a borbotones. Era imparable.

Se me cerraban los ojos y me quise entregar al sueño.

—¡Lara, no cierres los ojos! ¡Trinity! —pedía ayuda como un loco.

Me cogió en brazos y cargó conmigo corriendo. Por el rabillo del ojo comprobé como Thomas se hacía cargo de Sherry mientras que Taka, Thaïs y Amy seguían a Kilian como en una procesión, rotos por verme en ese estado.

Antes de entrar en el coche, Trinity, que daba todo tipo de órdenes al equipo de seguridad que la acompañaba, sujetó la puerta y le dijo:

—Llévala a este hospital —le entregó una tarjeta—. Dadle esto a quien os atienda. Rápido. La cogerán enseguida.

—Trinity... —¿aquella era mi voz? No me oía apenas...—. Por favor, mis padres... no quiero que sepan nada de esto... por favor...

Ella comprendió lo que le pedía. Y de repente, me tomó del rostro y me contestó:

—Entonces, vas a tener que mantenerte viva... ¿Me oyes, Lara? No te mueras, ¿vale? ¿Lara?

—¡Lara! —el grito de Kilian se me antojaba muy lejano. Dejé de ver a Trinity.

Dejé de ver a Kilian.

Simplemente me dormí. O tal vez, morí.



Dieciocho

Una semana después

Amy, Taka y Thaïs me miraban desde los pies de la cama, como si fuera una aparición o ellos asistieran al nacimiento de una virgen o algo por el estilo.

La luz de la mañana se colaba por la ventana y me daba de lleno en la cara. Y me encantaba notar el calorcito del sol, aunque fuera del inglés.

Hacía cuatro días que había salido de peligro y que me quitaron los aparatos de respiración asistida. Estuve muy mal. Realmente mal.

A punto de morir. Gracias a Dios, el cuchillo no alcanzó ningún órgano vital, pero sí creó un

estropicio en los músculos intercostales. Estaba tan cansada que decidieron sedarme y conectarme a la respiración asistida para que sanara lo más rápido posible.

Cuando desperté, emocionalmente, me encontraba reventada. Y me sentía una estafadora. Satisfecha por una parte por resolver el tema de mi madre, por haber dado justicia, pero por otro, arriesgué mucho. Muchísimo. La vida de mis amigos entre otras cosas. Y sin embargo, estaban ahí, al pie del cañón. Deseando que mejorase y que saliera del hospital privado inglés en el que me habían dado las mejores atenciones.

Me habían venido a ver todos los días. Y según me dijeron, se hospedaban en la misma casa de Warminster. Volverían de Inglaterra conmigo. Así me lo juraron.

Por mi seguridad, y mi bienestar, no mencionaron nada sobre lo que sucedió después

de encontrarme. Pero ahora, venían a buscarme, a llevarme a casa por fin después de siete días ingresada. Y a explicarme lo acontecido en esos días en los que me mantuve sedada y dormida profundamente. Ya podía hablar sin quejarme.

—Lara, tienes mucho mejor cara —me dijo Taka sentándose al lado de la cama—. Nada que ver con hace unos días...

—Es lo que tiene haber perdido tanta sangre —contesté intentando quitarle hierro al asunto—. Por suerte, me encontrasteis a tiempo. Me salvasteis la vida.

—¿Lo dudabas? —Amy resopló y me miró de arriba abajo—. Habrá que darte de comer, eh, novata... estás muy delgada.

Claro. Había perdido peso.

—¿Sabéis algo de Kilian? —pregunté

esperanzada. No lo había visto desde que me cargó moribunda en el coche. Y sabía que las cosas entre nosotros estaban raras. Mal. Posiblemente, teníamos que resolver el problema de la confianza.

—No, Lara —respondió Amy con cara de circunstancias—. Ha regresado a Estados Unidos para prestar declaración. Los tres —aclaró—. Sherry, Thomas y él. Trinity les necesitaba para hacer los informes.

Vaya. Y no me vino a ver ni una vez, pensé agriada.

—Trinity —repetí—. ¿Qué es en realidad? ¿Cómo nos encontró? —quise saber intrigada.

—La llamaste desde el móvil de Taka. Y ella tiene sus propios medios para encontrar a la gente. Le dijiste que estábamos en Warminster y a partir de ahí realizó el cerco. Siguió nuestro Fiat cuando

salimos en tu busca, y nos llamó para decirnos que nos iba a echar una mano. Que sabía lo que habías averiguado y que teníamos que encontrarte como fuera antes de que siguieras la estela de tu madre. Así que apareció con su equipo de operaciones, y te hallamos gracias al localizador que te puso Kilian en la pulsera que te regaló.

Me froté la muñeca y descubrí que ya no la tenía. ¿Un localizador? ¿Kilian me puso un localizador? Así confiaba en mí...¿pero quién le podía culpar después de todo?

—¿Dónde está?

—Tal vez la perdiste en la persecución —sugirió Amy.

—No —negué sumamente deprimida. Estaba convencida de que él me la había quitado. Kilian debió sentirse fatal cuando me fui con Aaron. Y lo peor fue que no le revelé mis planes, y que le

mentí cuando le dije que no me pasaba nada. Seguramente ya no quería ni verme—. Creo que la tiene él. Él debió quitármela... —para intentar salir de esa zona de flagelación, insistí con la información sobre Trinity—. ¿Dónde está Trinity ahora?

—En Connecticut. Ha mantenido la palabra que te dio sobre proteger tu intimidad y no decir nada a tus padres de lo sucedido. Por lo que a ellos respecta, estás en Yale continuando con tus clases —Amy sonrió satisfecha.

—Creemos que trabaja para una agencia de seguridad del estado. Como si tuviera su propio CSI —Añadió Taka con voz interesante—. Es decana de Yale en su vida laboral, pero es mucho más que eso. No lo sabemos aún. Puede que a ti te lo diga. A mí no me lo ha contado porque sabe que al ser hacker puedo utilizar cualquier información en su contra.

—¿Cómo puede pensar eso de ti? —ironicé.

—¿Es sorprendente verdad? —Taka me siguió el rollo—. Bueno, la cuestión es que es poderosa. Ha arreglado todo el papeleo con el hospital y ha hecho que seas invisible. Es todo un personaje esa mujer.

—Sí. Lo es —asentí.

De los tres, Thaïs era la que menos me miraba y más dolida parecía conmigo. Notaba su energía arisca a leguas.

—¿Entonces ya tienes el alta? —me preguntó ella de repente.

—Sí —contesté.

—¿Y ya se te puede hablar como a las personas normales? —arqueó una ceja—. ¿Ya no debemos tener miedo de que te rompas?

—Thaïs —le recriminó Taka.

—Nada de Thaïs. Si ya podemos hablarle de todo, mejor somos sinceros, ¿no?

—Dime lo que me tengas que decir —le pedí yo. Fuera lo que fuese me lo merecía.

—Pues verás, pienso decírtelo ahora porque no quiero cargar con esto más tiempo —se descruzó de brazos—. Taka sabía lo que intuías sobre tu madre y los Huesos. Él te ayudó a investigarlo.

—Sí.

—Y no contaste conmigo para nada, Lara. Tal vez, si hubiera sabido algo, habría intuido lo que ibas a hacer y nada de esto —señaló la cama y mi camisión— habría pasado. Nada.

—Thaïs, siento no haberte dicho que...

—¡No tienes derecho! —exclamó dolida—. No puedes decidir que quieres acabar con tu vida, Lara y pretender que no va a pasar nada con la gente que te quiere. Que no les va a afectar. No tienes derecho a jugarte así el pellejo, ni a jugar así con los demás, porque lo que haces afecta a todos. Me afecta a mí. Le afecta a Taka. Y también a Amy. Y le ha afectado a Kilian. A él sobre todo.

—Thais...

—No sé cuánto tiempo voy a tardar en perdonarte esto, Lara. Pero vas a tener que esforzarte mucho, pero mucho —espetó furiosa—. Fuiste una egoísta.

—No fui una egoísta —protesté emocionada—. Solo quería alejaros de la Cúpula. Solo eso. Odiaba que estuvierais en peligro por mi culpa...

—¿Y qué piensas que hacen los amigos? ¿Solo

salir de fiesta y ver Netflix? Somos más que eso. Somos familia. ¿Así nos tratas? ¿Nos dejas de lado en tus decisiones más importantes? ¿Cómo crees que nos sentimos cuando supimos que te habías entregado a Aaron voluntariamente? —dio un paso al frente y me señaló rabiosa—. Fue como una patada en la boca del estómago. Fue horrible, Lara. ¿Cómo crees que nos sentimos cuando te encontramos con Joss encima de ti y tú en medio de un charco de tu propia sangre? ¡¿Eh?! ¡Fuiste tú sola! ¡Pasaste de nosotros, que estábamos ahí para ayudarte!

Por el silencio de Amy y de Taka, comprendí que ellos también pensaban lo mismo. Menudo rapapolvo me caía encima.

—Os pido perdón —les ofrecía una disculpa, porque tenían razón—. Siento no haberos dicho lo que tenía pensado. Pero no quería perder a nadie más. Ya llené el cupo de tolerancia con la muerte de mi madre, Thaïs. Y cuando descubrí que ellos

estaban detrás de mi mayor tragedia, me cegué. No quería escuchar a nadie. No quería que nadie me detuviera ni que nadie se involucrase. Y no quería ni imaginarme lo que sentiría si en vez de haber sido yo la que sufrió a manos de los maeses, hubieses sido tú, o Amy... o Kilian o Taka... yo no quería que os hicieran daño. Sois lo más importante de mi vida.

Thaïs frunció el ceño aún enfadada, pero la mirada que me dirigió fue en parte comprensiva.

—Claro, y decidiste llevarte tú todo el pastel. Todos los golpes y los cortes. ¿Te has visto? Estás hecha un cromo —espetó. El hielo a su alrededor se deshacía cada vez que me miraba—. Y te han cosido las puñaladas como si fueras una puta muñeca de trapo... —se mordió el labio inferior y le tembló la barbilla. Me contagió de su pena y su emoción—. Por poco acabas como la novia de Frankenstein...

—Thais... —abrí los brazos y la miré con pena —. Deja ya de reñirme. ¿Me das un abrazo? Lo necesito...

Ella no se lo pensó dos veces, acudió a mi lado y nos fundimos la una contra la otra, llorando a moco tendido.

—Estás hecha un desastre —me dijo sollozando —. Das mucha pena...

—Me da igual —contesté apoyando mi barbilla en su hombro—. Qué reconfortante eres —bromeé.

—Bueno, y ahora que por fin habéis hecho las paces — dijo Taka siempre conciliador—, querrás saber cómo ha acabado todo, ¿no? —sacudió un periódico frente a mis ojos.

Era el Washington Post. Lo fui a coger, pero él lo apartó de mi vista.

—Ni hablar. Ya lo leerás en el avión de vuelta a casa. Ahora os dejo solas. Que sé que quieren ayudarte a cambiarte para salir de aquí —me guiñó un ojo y salió de la habitación.

Una vez solas, busqué la complicidad de Amy y de Thaïs y con el corazón en la mano les pregunté:

—¿Kilian ya no quiere saber nada de mí? ¿Es eso?

Amy me ayudó a desabrocharme el camisón con cuidado, porque los puntos me tensaban.

—Mataste del susto a ese chico, Lara —me explicó Amy recogéndome el pelo—. No sé cuál es su postura hacia ti, pero sí sé que le hiciste daño al dejarle de lado. Le vi llorar como un desquiciado, totalmente hundido cuando te metieron en el box para intervenirte. Y no durmió en los días siguientes, solo estaba pendiente de ti, de si mejorabas. Él esperaba ser tu héroe... no tu

enfermero. Y ahora, bueno —se encogió de hombros—, no sé qué puedes esperar. Fue todo muy intenso y doloroso para todos. Dale tiempo.

—¿Tiempo? Me muero de ganas de verle —susurré cubriéndome el rostro con las manos—. Me siento fatal... ¿y si ya no quiere verme más?

Thaïs y Amy me rodearon con sus brazos.

—Tranquila, Lara. La medicación que te han dado causa picos de depresión, pero desaparecerán cuando dejes de tomártela.

—No son picos de depresión. Es que no quiero perderle —protesté inconformista, rota por completo—. Soy lo peor.

—Anda, ven. Deja de castigarte —me pidió Thaïs—. Yo puedo decirte lo que me dé la gana, pero tú no.

Mientras Thaïs y Amy me ayudaban a entrar en la ducha para asearme, yo solo podía pensar en lo que él me dijo la última noche que pasamos juntos. "Solo me queda confiar en ti y pensar que sea lo que sea lo que me ocultas no nos hará daño".

Dios, se me hacía una bola en el estómago...

"¿Nos hará daño?" "Porque sea lo que sea, si después me hieres, no seré capaz de perdonarte. No soporto las mentiras".

Y yo le había mentado al decirle que iba todo bien, y le había demostrado que no confiaba en él para revelar le la verdad.

—Mierda —susurré hecha un guiñapo.

¿Cómo iba a ser capaz de olvidar a mi kelpie? Sabía que le había hecho daño, pero necesitaba resarcirle.

Él había sido mi héroe real. El que de verdad vino a por mí antes de que me cerraran los ojos para siempre.

Necesitaba poner en orden mis ideas y pensar en una estrategia para verle, organizarle una encerrona, algo, aunque eso fuera lo último que él quisiera.

Al fin y al cabo, se trataba de Kilian. Y si de verdad quería acabar con lo que teníamos, tendría que hacerlo mirándome a la cara, y entrando a matar.

Como el Assassin que era.

El mismo que no me había llamado ni tampoco me vino a ver desde que abrí los ojos. Y todos sabían que la primera persona por la que pregunté cuando recuperé la consciencia fue:

«Kilian».

En el avión, de vuelta a Connecticut

Íbamos a parar en Barcelona. Pasaríamos el día allí y después regresaríamos a New Haven. No vería a mis padres, porque necesitaba la tapadera todavía vigente. Tenía la cara llena de moretones, una herida en el cuello, un corte en la clavícula y una puñalada entre las costillas. De verme en ese estado, algo habrían sospechado.

La cuestión es que tenía algo que hacer en Barcelona. Debía cerrar por fin el círculo. Mi círculo personal. Necesitaba ese alto en el camino para regresar a Yale limpia, nueva y sin temas pendientes.

Estaba sentada al lado de Amy, ambas tapadas con la manta, y por fin iba a leer lo que decía el Washington Post sobre todo el tema de los Huesos. Era el artículo más completo hasta la fecha sobre el caso Bones, como así lo habían

bautizado, y mis amigos me habían asegurado que no tenía desperdicio. Que podíamos estar satisfechos. Y que el artículo era una colaboración conjunta de Luce, del padre de Dorian y de Thaïs. Mi amiga estaba pletórica por colaborar en algo tan sonado.

WASHINGTON POST
De Calaveras y Huesos

por Thaïs, Luce SG y Mr. Moore

Pequeño manual para entender el mundo
Bones

Dejen que les contemos una historia que creerán que es ficticia. Se la vamos a

presentar por capítulos, como si fuera una maravillosa novela negra con tintes fantásticos. Y, sin embargo, es una realidad. Este es el resumen general de lo que sucedió con el caso «Bones».

¿Y si les contáramos que toda esta historia empezó dos décadas atrás? Sí, así fue: Hace veinte años, cuando una estudiante irlandesa, llamémosle M, llegó a Yale para estudiar Neurobiología.

La joven llamó la atención de los Bones, una logia norteamericana, cuna de todos los niños ricos y más influyentes que pudiera dar nuestro país. Caldo de cultivo del que salen presidentes, economistas, abogados, diputados y toda la flor y nata de nuestra sociedad.

M, despertó el interés del entonces estudiante Joss Klue. Y tras hablarlo con la

Logia, propusieron a M y a otra mujer más llamada T, como tappeds. Las señaladas para ser las únicas mujeres aptas para el conocimiento más hermético y secreto que uno pueda imaginarse. Al margen de la parafernalia, los Bones más puristas, hijos de la vieja guardia, creen en el poder de la elocuencia y veneran a la diosa Eulogia. M poseía un don que Joss quería para él, y además, encontró una fórmula química que podía provocar el desarrollo de esos dones en personas normales. Joss buscaba esa fórmula con ansia, pero M nunca se la dio, porque tenía una profunda ética laboral y profesional y sabía que un poder así no podía ser entregado a una humanidad inmadura, porque éramos irresponsables y, seguramente, abusaríamos de ello. A Joss aquella traición no le gustó nada, entonces pensó que lo mejor sería hacer un ritual con M para convencerla y convertirla al poder

de Eulogia, pues ansiaba tenerla de su parte, y de paso obtener esa fórmula mágica que les haría millonarios y que les ayudaría a conseguir algo a lo que ellos llamaban "la Ascensión".

Lamentablemente para los intereses de los Bones, M huyó y se alejó de los Bones para siempre, empezando una vida en otro país, creando su propia familia y trabajando en lo que a ella le gustaba...

Ahora ubíquense. Damos un salto en el tiempo, diez años después de su fuga de Yale, y nos encontramos a M, asesinada en el salón de su casa por un ritual macabro con símbolos egipcios a su alrededor.

M deja atrás a una hija y a un marido. Y su

caso queda archivado y sin solucionar por falta de pruebas.

Nunca nadie supo quién y por qué la mataron.

Volvamos a dar un salto en el tiempo. Nueve años después del asesinato de M. Cambiamos de personaje y volvemos a un escenario conocido. Yale. Su Campus. Su Tumba. Y una estudiante extranjera, llamada X, que vuelve a llamar la atención de los Bones. Aunque solo de uno. X es periodista, y ha decidido realizar una investigación encubierta sobre los Huesos. Lleva un año con ella. Lo que aparentemente parece ser un trabajo inocente sobre sus tradiciones, se convierte en un estudio profundo sobre sus negocios

turbios y una extraña producción de material químico que crean en los pasillos secretos de la Tumba. X descubre la implicación de Joss Klue como participante en esa producción del famoso Bones rey midas de los imperios farmacéuticos. Pero a la pobre X, que mantiene una relación íntima con un Bones importante, hijo además de un miembro de la Cúpula, la descubren. Como saben que maneja información muy comprometedor sobre algo a lo que llaman "Luz" deciden quitársela del medio en unas pruebas europeas a las que asisten los Bones y grupos de los mejores jóvenes en sus disciplinas. X es víctima de lo que a priori parece ser un accidente, consecuencia de ir bebida. Pero no fue un accidente. La única prueba que tiene de quién es y de lo que ha descubier to sobre los Bones, es un dispositivo USB que cuelga de su cuello

como si fuera una cruz. Si alguien era suficientemente listo para fijarse en ello, seguiría la estela de X y advertiría su investigación.

Y aquí es donde entra, L, un año después de que X decidiera estudiar en Yale. Ella es la ficha que vuela todo por los aires y que es la clave de todo.

L es una joven que forma parte de esos jóvenes aunque sobradamente preparados en esa secreta competición europea. Su equipo se medirá con el de los Bones. Cuando X sufre ese aparatoso "accidente", L es casi testigo directo de lo que sucedió. Bien, L y sus amigos descubren que hay un vídeo de un aficionado, un importante youtuber, en el que hay planos de X antes de caer desde la torre de la que cayó. El vídeo refleja que no cayó. Alguien la empujó.

L y sus amigos, intrépidos y curiosos por naturaleza, deciden ir a ver a X al hospital. Allí se dan cuenta de que lleva el ya mencionado dispositivo Bluetooth colgado del cuello, en forma de cruz y que puede transmitir los datos solo enlazándose con él. Y eso consiguió L con ayuda de sus amigos. Recibió la información codificada de X sobre su estudio de los Bones.

Ahora viene lo mejor. L estudiaría ese mismo año en Yale y dado que X quedó en coma, se erigió como jueza, y decidió seguir con la investigación de X. L encontró un diario escrito por X en el que hablaba de sus miedos por ser descubierta, de su relación con el Bones y de todo lo que creía que hacían en la Tumba.

Y era todo verdad. L tomó esa cruzada como algo personal y descubrió todo el pastel. La participación directa de Klue, con el apoyo

de la vieja guardia de la Cúpula, a excepción de un miembro que se desmarcó: la producción de la droga llamada Luz y su venta al ejército y al mundo farmacéutico como estimulante neurológico, sin mencionar las contraindicaciones que la droga poseía. Pero L, que era una chica muy intrépida, se metió tanto en su investigación que acabó llamando la atención de los Bones. Si a X solo la quería como tapped uno de los caballeros. A L la quiso toda la Cúpula al completo, porque veían en ella a la sucesora de M, la «recipiente» de Eulogia.

Pero la vida tiene golpes inesperados escondidos. ¿Quién era L en realidad? L era la hija de M, una niña trastornada que perdió a su madre siendo muy pequeña.

L provocó una explosión de revelaciones en cadena. Este artículo, de hecho, es gracias

a ella.

Con el paso del tiempo, L destapó los planes de la Cúpula, y ayudó a revelar la verdad sobre el accidente de X; pero lo que no imaginaba era que la muerte de su madre tuviera relación con los Bones. Y así fue.

L descubrió que su madre fue propuesta para tapped, pero ella lo rechazó, ya que no consideraba a los Bones muy éticos con su trabajo y poco responsables del poder que podían llegar a tener. No solo eso, los Bones la mataron. Ya que según sus libros de ocultismo, tenían que quitarle el poder como recipiente ente de Eulogia al cabo de diez años. Ya que diez años después aparecería una nueva heredera a recipiente.

Y esa heredera era L. La hija.

Los Bones buscaron hacer lo mismo a L, en

las mismas fechas a las que ellos llaman la luna azul, un evento astronómico que sucedía cada dos años y medio.

Ahora bien, después de un enfrentamiento a vida o muerte, podemos decir con alegría, que L sigue viva, que no pudieron completar el ritual con ella y que ahora se está recuperando ajena a todo lo que acontece a su alrededor.

Gracias a ella Joss Klue, Kirk Andersen, J. Donovan y L. Eckjart se preparan para cumplir cadena perpetua por muchos delitos, contra la salud pública y por cometer intento de asesinato.

La Tumba ha ardidado esta semana pasada y la están reformando para los nuevos Bones, formados por los mismos que se pusieron en contra de las gestiones de la anterior Cúpula. Un nuevo orden reinará en la Logia

y no permitirán fanatismos y sí máxima transparencia. O eso dicen.

Por nuestra parte, decirles que esperamos que este resumen por encima les haya servido de manual para comprender el mundo de los Bones. Increíble, pero cierto. Esperamos que sigan este serial.

Un universo apasionante y negro de política, ciencia, misterios, asesinatos, amor y logias, que a más de una les ha «calado hasta los Huesos».

Cuando cerré el periódico agradecía profundamente su respeto. Sonreí secretamente porque comprendí que mi trabajo sirvió para descubrir el entramado. Y eso solo era la

introducción.

Pero deseé con toda el alma que Kilian celebrase conmigo nuestra victoria incontestable. Habíamos salido ganando. Éramos los justos vencedores. Y aun así, me encontraba más sola que nunca en ese avión. Muy triste.

Doblé el periódico sobre mis rodillas y miré por la ventana. En el cielo no habían problemas, solo nubes que se disipaban. Ojalá se disipara el vacío. Entre Kilian y yo había un enorme nubarrón. ¿Podría desvanecerse?

Tomé el móvil que me regaló para hablar con él y lo observé con temor. Era la última posibilidad que tenía. Si le escribía y él no contestaba, si no venía y no apostaba por mí, todo habría acabado. Y mi desafío habría salido excesivamente caro. Nada tendría sentido.

Igualmente, abrí la carcasa y le mandé un

mensaje. Si lo recibía y lo leía, si él me quería todavía, tendría que demostrarlo acompañándome, ayudándome a cerrar esa etapa para siempre. Me sentía como un pez moribundo que daba sus últimos coletazos y que se negaba a morir.

Deseé profundamente que por favor él me diera la oportunidad de explicarme y de decirle lo mucho que lo amaba.

Para mí nada había cambiado, mis sentimientos eran los mismos. Incluso más fuertes después de que me salvara.

¿Y los suyos? ¿Acaso después de lo de Warminster él ya no querría saber nada de mí nunca más?

Con esa pregunta en mi mente, me aparté las lágrimas para que nadie me viera llorar, y cerré los ojos esperando que en los sueños encontrase la calma que no hallaba en mi vida. Al menos, no

hasta que pudiera decirle a Kilian lo mucho que lo quería. Y lo mucho que sentía haberle asustado tanto.



Un día después *Cementerio de Montjuic*

La calma reina en los lugares de muerte. Mi aventura con los Bones me había demostrado que nunca debía temer a los muertos, de quien sí debía tener miedo era de los vivos, cuyos instintos y anhelos provocaban guerras, conflictos y también asesinatos. Los vivos eran los únicos capaces de arrebatarse la vida. Capaces de menospreciarla. Ellos eran los monstruos.

Había dejado a mis amigos en el apartamento de la Diagonal. Al día siguiente partiríamos a Connecticut para retomar los estudios y nuestra vida universitaria y aunque quisieron acompañarme, les pedí que me dejaran hacerlo

sola. Lo necesitaba.

Cuando regresáramos a Yale, nadie sabría que éramos los responsables de las noticias más importantes de Estados Unidos de la última semana. Nadie sabría que Amy compró armas, que nos electrocutamos los unos a los otros, que hombres enmascarados quisieron hacer un ritual conmigo, que Amy y Thaïs llenaron los ojos del Rector Kirk Andersen de gas pimienta hasta el punto de casi dejarlo ciego; ni que fueron Kilian, Thomas, Trinity y los demás quienes redujeron a Odín, el Escriba y el Ejecutor. Nadie conocería la verdadera historia de los NM List ni lo que tuvimos que hacer para sobrevivir del asedio de esos locos fanáticos de Eulogia. Solo nosotros. Y eso nos uniría siempre.

Al menos podíamos hacer vida normal y no sospecharían que éramos los artífices de la investigación y persecución de los Bones.

Volvería a Yale, y con la ayuda de mis amigos, superaríamos el trance del regreso juntos y retomariamos el curso. Éramos un equipo.

Luce había tomado la decisión de volver a Inglaterra y estudiar allí, en Harvard. La gente ya había atado cabos, ya sabían que L era ella, y más después de que muchos vieran el video de su accidente por las noticias. Por eso ya no quería permanecer en Estados Unidos. Se estaba recuperando bien de sus traumatismos y tenía ganas de activar «la voz de Artemisa» con nuevas noticias, Habíamos ganado a una amiga, una intrépida periodista que no dudó en declarar contra todos.

Ya no había nada que temer. La Cúpula al completo se pudriría en la cárcel. Aaron y Fred fueron trasladados a otra prisión como cómplices de intento de asesinato. Para ellos todo había acabado también.

Y los Bones... Seguramente los Bones nunca dejarían de existir. Se reagruparían y trabajarían con otras bases y otros valores, como ya adelantó el Washington Post. Y de lo que estaba segura era de que elegirían otra Cúpula, más razonable y menos enferma. Tal vez, Richard, el padre de Kilian, podría hacer algo al respecto. ¿Quién lo sabía?

Por fin había acabado todo.

Noviembre, en cambio, todavía no había finalizado y empezaba la época de exámenes antes de Navidad. Nos tocaba clavar los codos y recuperar los temarios perdidos. Yale seguía caminando todos los días y no esperaba a nadie.

Por mi parte, sabía que la decana me ayudaría. Ella era nuestra cómplice, y nos facilitaría la vuelta para que nuestra tapadera no se descubriera. Desconocía el efecto que tuvo en el profesorado del Campus que miembros ilustres de

su plantilla fueran procesados por delitos tan escandalosos. Tendría que regresar para verlo con mis propios ojos. Pero aquella universidad era fuerte, y resurgirían de las cenizas y del humo que había levantado la Tumba. Estaba convencida.

Pensaba en ella mientras seguía el camino ascendente de sepulcros. Fue la mejor amiga de mi madre, y era una caja de sorpresas. Todavía me quedaba una conversación pendiente con ella, y esperaba que tuviera lugar pronto.

El cementerio ocupaba una ladera de la montaña de Montjuic, y se dividía en catorce sectores, todos ellos delimitados por calles. Dejaba atrás panteones y una gran variedad de sepulturas de todo tipo y estilos, que gozaban todo el día del sol. Como si aquel no fuera un lugar de sombras. Solo de luz.

Un museo bohemio al aire libre, eso era, que en ocasiones y dependiendo de la zona que visitabas,

poseía un aire de abandono romántico que no pasaba desapercibido y que golpeaba el corazón de los más sensibles. Una definición era consecuencia de la otra, ¿no? Decían que el abandono era muerte. Y tenía sentido.

Inmersa en mis pensamientos, siguiendo la ruta como una autómata, mis pies se detuvieron frente al panteón de mi madre, uno pequeño, diminuto en comparación a los que habían de familias aristócratas y personajes ilustres, pero estaba lleno de significado y de magia para mí. A mi gusto, era el más bello de todos.

Hacía años que no lo visitaba. Un día me negué a acompañar a mi padre, y desde entonces lo tomé como norma. No quería pisar aquel lugar, porque me trastornaba saber que ella ya no estaba. Porque aunque la veía en mis sueños, me chocaba muchísimo más leer su nombre en una lápida. Por hermosa que fuera, y aunque tuviera un ángel que mirase al cielo con unas alas desplegadas como

las de un Fénix... ella no respiraba. Y eso era insoportable para una niña. Incluso ahora seguía siéndolo para una mujer. Pero sabría asumirlo y encajarlo, porque lo que más dolía era saber que los que la mataron andaban libres; yo les encontré; les hice pagar. Saldé las cuentas pendientes y ambas por fin podíamos descansar en paz.

Mi padre no tenía que saber por lo que habíamos pasado, eso le destrozaría, porque él sí había cerrado esa puerta, y abrirla no traería nada bueno. Pero yo siempre la dejé entreabierta, nunca dije adiós como debía. Había llegado el momento.

Posé mis flores sobre la tumba de piedra que reposaba bajo la pequeña Cúpula. Y miré a mi alrededor. A todas partes de hecho.

Llevaba una cazadora de piel marrón, unos *leggings* color carne, las botas altas Tommy y una camisa blanca debajo de la cazadora. Me había dejado el pelo suelto, y me cubría el cuello con

una bufanda.

Le esperaba. Tenía esperanzas de verle. Inconscientemente me froté la muñeca en la que debía estar la pulsera que él me regaló, pero su desnudez me sacó de dudas.

Se la había llevado. Me la quitó mientras sentía que me moría entre sus brazos, en el coche de ida al hospital. Y dolía tanto pensar que ya no quería que yo tuviera su corazón de Bones...

—Lara.

Me envaré y me di la vuelta abruptamente al oír esa voz conocida que tanto me había ayudado. Vestía con una gabardina negra, tejanos, gafas de sol y un pañuelo de seda envuelto a la cabeza, como las grandes fashionistas francesas. Elegante. Misteriosa. Era mucho más de lo que se veía a simple vista.

—¿Trinity? ¿Qué haces aquí?

—Hola —sonrió y se acercó a mí hasta que solo nos separó un palmo de distancia. Revisó los moratones y marcas de mi cara. No le gustaban. Bueno, ya éramos dos. De repente, posó sus manos sobre mis hombros y me dio un abrazo—. Me alegra ver que ya tienes el alta.

—Gracias. A mí también —contesté devolviéndole el abrazo. Olía a Channel. A mujer poderosa—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo sabías que...?

—Tengo mis contactos —contestó apartándose de mí de nuevo.

¿Sus contactos? Si Kilian era el único que conocía dónde iba a estar... Emocionada, alcé la cabeza por encima de su hombro y le busqué entre las tumbas. Pero no le vi.

—He venido sola —contestó leyendo mi mente. Un manto de decepción me cayó encima.

—Kilian me dijo que te habías puesto en contacto con él. Me dijo dónde estarías. Simplemente —se quitó las gafas de sol y desvió su atención al panteón de mi madre— quería venir a verla. A despedirme también. A él no le he dicho que usaría su información para verte —me informó.

—¿Y no... no te dijo Kilian si iba a venir? —tenía la voz rasposa.

—No, querida. No me dijo nada —sus ojos tuvieron piedad de mí.

Las dos encaramos el panteón y en silencio, contemplamos el ángel que guardaba la tumba de mamá. Me acongojé, porque odiaba pensar que Kilian no iba a venir.

—Siempre recordaré a tu madre con muchísimo cariño, Lara —reconoció solemne—. Ella era tan especial como lo eres tú. Y me hace feliz saber que algo de esa magia de Mary sigue viva en ti. Tú mantienes su llama encendida.

Suspiré a trompicones y negué con la cabeza.

—Ha sido tan increíble... —susurré—. Tantas casualidades.

Ella alzó el rostro al cielo barcelonés y medio sonrió.

—El mundo está lleno de cosas obvias que nadie observa por casualidad —sacó algo del bolsillo de su gabardina. Era una foto de ella y mi madre en una fiesta de hermandad.

Jóvenes, llenas de sueños y con un futuro prometedor por delante. Excepto por que a una de ellas alguien se lo truncó.

—Quiero creer que no han sido casualidades — admití. —Eres una chica inteligente, Lara. No debes creerlo. Porque aunque todos vivimos por casualidad, en realidad lo que nos mueve es la voluntad que ponemos para encontrar nuestro destino —se agachó como si fuera una bailarina, posó la foto entre las flores que yo había dejado, se besó la punta de los dedos y tocó la imagen, queriendo dejar impregnado en ese recuerdo congelado de papel, un beso de cariño y de amistad—. Y tú has tenido mucha voluntad para encontrar el tuyo y el de tu madre. Cuando alguien quiere algo y lo encuentra, no es la casualidad quien lo otorga, sino su deseo y su necesidad.

—Supongo —musité.

—Te he echado de menos cada día, Mary — Trinity fijó sus ojos azules claros en la piedra en la que había escrito su nombre—. Y te echaré de menos los que me queden —sonrió con tristeza—. Pero quiero que sepas que me quedo a tu hija.

Cuidaré de ella, seré su tutora en Connecicut de ahora en adelante, si ella me deja —me miró de reojo y esperó a que yo reaccionara—. ¿Qué te parece, Lara? ¿Seremos amigas?

Estudié sus facciones y su expresión. Siempre iba bien rodearse de gente poderosa y buena. Porque los poderosos siempre solían ser malos. Pero Trinity estaba en el otro bando. El mío. El de mis amigos.

—Solo si me dices quién eres en realidad —fue la única objeción.

Ella dejó caer la cabeza a un lado y accedió.

—¿Recuerdas que te dije que la salida para un buen criminólogo no solo se encontraba en los departamentos de Justicia de los Estados Unidos? Y no hablo de uno bueno. Sino de los mejores. De esos que tienen algo... especial.

—Sí.

—Hay otras fuerzas del orden. Otros servicios de inteligencia y de seguridad. Pero estamos ocultos y nos contratan por otros medios privados. Yo lidero una de esas fuerzas —contestó sin más.

—¿Cómo dices? —mis ojos se achicaron.

—Podría explicarte mucho más, Lara. Pero me estaría adelantando unos años —me guiñó el ojo—. Y por ahora solo reclutamos a personas que hayan acabado sus carreras —alzó el dedo haciéndose la interesante—. Me temo que te quedan unos cursos. A no ser que con tu don eidético, seas la licenciada más joven en criminología de Yale.

—¿Me estás lanzando el guante? —pregunté—. Podría hacerlo si quisiera —le aseguré.

—¿Crees que no lo sé? —con sus manos me

arregló la bufanda con ositos de Tous que rodeaba mi garganta y ocultaba todas mis heridas. Me dio un beso en la mejilla y se despidió de mí—. Nos vemos en Yale, Lara.

—Pero... —¿dónde iba? ¿Me iba a dejar así?

—Ah, oye —se dio la vuelta para hablarme pero no dejó de caminar de espaldas—. El lunes hay clase. Se acabó hacer campanas.

Desapareció al final de la calle y me dejó sin palabras.

—Oído —me di la vuelta y observé con sentimientos encontrados la fotografía que había dejado sobre la yacija de piedra gris y lisa.

¿Pero qué acababa de pasar? Me dejó loca, perdida entre mil cábalas y con más ganas que nunca de volver a Yale para licenciarme. ¿Trinity lideraba un grupo centrado en la seguridad y el

orden? ¿Como un CSI? ¿Un FBI? ¿La CIA?

—Por mucho que pienses en ello, no lo averiguarás. Esta vez sí. Se me cortó la respiración y sentí que me hacía pequeña. ¿Por qué? Porque estaba arrepentida, tenía un gran sentido de la culpabilidad y le quería mucho como para encajar un rechazo.

Me giré de golpe y le vi, de pie. A tres metros de mí. O por encima mío, porque esa era la sensación que tenía.

Vestía con una tres cuartos negra con el cuello levantado. Llevaba un jersey de pico del mismo color debajo de la chaqueta. Lo sabía porque le veía la forma perfecta de los músculos centrales del pectoral. Sus pantalones eran azul claro, y calzaba unas botas altas de piel con los cordones sueltos. Ocultaba sus manos en los bolsillos y no tenía muchas ganas de acercarse a mí.

Me dejaba sin respiración.

—Has venido —dije con un hilo de voz.

Él no hizo nada. Ningún gesto, ninguna palabra. Solo me miraba, tieso como un tronco.

—¿Te... te ha dicho Trinity lo mismo que a mí?

—Sí —contestó—. Quiere futuros forenses. Y no solo me lo ha ofrecido a mí. También se lo va a pedir a Taka y a Thaïs. Le ha gustado nuestro «modo» de solventar los problemas —se burló agriamente.

Me mordí el interior del labio porque estaba a punto de romper a llorar y tenía que centrarme en algo que no fuera la desazón que me invadía.

—¿Y lo aceptarás? —pregunté.

—¿Quién sabe lo que pasará de aquí a dos años?

—se dijo.

—Ah... —no estaba nada accesible. Se veía a leguas—. ¿CÓ-cómo estás? —¿ahora tartamudeaba? Maravilloso.

—Bien.

—¿Y tu hermano? ¿Y Sherry?

—Están bien. Han empezado a salir juntos.

—¿En serio? —me alegré sinceramente por ellos. Al menos, algo bonito entre tanta oscuridad—. Eso sí que es una buena noticia.

—¿Para qué querías que viniera, Lara? —se miró el reloj como si estuviera perdiendo el tiempo.

¿Para qué? ¿No lo veía? ¿Estaba ciego o solo quería hacérmelo pasar mal?

—Porque ha acabado todo —contesté triste—. Y

esta vez sí quería decirle adiós a mi madre. En su tumba. Y quería... quería que ella te conociera en persona. Ya sé que ella te vio en su visión, pero... bueno, solo quería... solo quería tenerte aquí — dejé caer la cabeza, muerta de miedo.

—¿Por qué? ¿Ahora te importo, Lara? Estuviste a punto de tirarlo todo por la borda. Conseguiste tus grabaciones, pero ¿a qué precio? Mucho aprecio no me tendrías cuando estabas dispuesta a abandonarme a mí y a todos, ¿no crees?

—No digas eso... —me acerqué a él, con pasos medidos y cautelosos, no fuera a ser que me llevara un zarpazo. Porque Kilian era muy bueno, pero también muy salvaje cuando estaba enfadado —. No fue así. No quise hacerte daño.

—¿Sabes por qué me fui del hospital y no te vi despertar? Negué con la cabeza, a un paso de poder tocarle. Las ganas de abrazarlo y besarle me superaban.

—Porque no soportaba verte la cara. Te veía ahí tumbada en la cama, y solo recordaba tus palabras diciendo que «todo iba bien», «que no pasaba nada». Mintiéndome.

Su mandíbula se endureció y sus ojos amarillos brillaron iracundos y dolidos. Y le amaba. Le admiraba. Porque no escondía sus emociones conmigo. Eso sí era valiente.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas—. Haré lo que quieras. Lo que me pidas. Kilian... me salvaste la vida —fui a acariciarle la mejilla y él se apartó.

—Estoy cansado de eso —contestó—. Harto de avisarte y de que tú, a pesar de eso, sigas metiéndote en el lodo, dispuesta a hundirte solo porque parece ser que te gusta... No soy masoquista, Lara. Búscate a otro a quien le guste sufrir así.

—Pero... ¿te vas? —ya no pude controlarme más. Me rompí. Me puse a llorar delante de él, sin filtro, sin medida, y a él le dio igual.

Dio un paso atrás, y después otro y otro, y sin más añadió:

—Adiós. Esto acaba aquí. No lo aguanto. Cuídate —fue su último deseo.

Como un ente se alejó de mí, giró la esquina del último panteón y desapareció.

Y yo, como un zombie, destrozado, arrastré mis pies hasta la tumba de mi madre, me arrodillé, porque no tenía fuerzas para mantenerme en pie, y me apoyé en la lápida, hundiendo mi rostro entre mis brazos, sollozando resquebrajada por dentro.

Mi kelpie se había ido. Vino expresamente a decirme adiós, ahí, frente a mi madre.

Qué cruel...

¿De verdad era el final? ¿Así?

Estuve sola, tirada como una bayeta deshilachada durante varios minutos. Y todavía era incapaz de levantarme. Me sentía como una mierda.

Resultó que en mi aventura, di justicia y paz a mi madre, descubrí que tenía a los mejores amigos del mundo, atisbé lo que podía ser mi futuro profesional, pero perdí al amor de mi vida.

¿De verdad era tan desgraciada?

Alcé la mirada al ángel, cuya expresión de liberación me hacía ver lo desvalida que me sentía en ese instante.

—¿Lo notas?

Giré la cabeza abruptamente y miré a Kilian por

encima de mi hombro. Continuaba con el gesto severo, acusándome de lo mal que me había portado. ¿Estaba ahí de verdad? ¿No se había ido?

—¿Qué? —ya no tenía voz.

—El dolor. La pena. La decepción —señaló—. La angustia y la desesperación. Así es como me sentí yo cuando decidiste irte con Aaron.

—¿Qué? —repliqué. No me lo podía creer.

—Ya sabes lo que siento —dio un paso al frente—. Ahora júrame que nunca más volverás a hacerme algo parecido.

Un momento. Necesitaba un momento para asimilar lo que pasaba.

—Kilian...

—Júramelo —me levantó de golpe cogiéndome

de los brazos y me pegó a él—. Recuerda esto que sientes ahora y piénsatelo dos veces antes de jugármela otra vez, Lara —alzó las manos temblorosas y me agarró de las mejillas, con cuidado de no hacerme daño—. Porque si lo haces, seré yo quien acabe contigo.

—Te... te lo juro —contesté llenándome de nuevo de esperanza.

Nuestras miradas colisionaron y detecté el momento justo en el que él se ablandó.

—Estúpida niña cruel y bonita —me susurró dibujando una sonrisa misericordiosa—. Cómo odio quererte tanto —sus tupidas pestañas aletearon y fue como un rayo directo al corazón.

—¿Me quieres? —hipé como una cría.

—Demasiado.

—¿Te quedas conmigo?

—Si me dejas.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Cómo que por cuánto tiempo?

—Sí... —asentí ilusionada—. ¿Preparo café o preparo toda mi vida?

Él sonrió de verdad. De esa manera que me llenaba el corazón y la vida, y entonces me besó.

Y nada me gustaba más que besarle. Porque le quería y solo los dos sabíamos lo mucho que nos necesitábamos el uno al otro.

—Te quiero, assassin —susurré sobre sus labios, abrazándolo por el cuello con fuerza.

Me abrazó y continuó con el beso hasta que, no sé cómo, supongo que con esas habilidades que

solo los trazadores como él poseían, acabé sentada sobre él, y ambos apoyados en la tumba de mi madre. No sé si era indecoroso, pero pensé que a ella le encantaría ver a su hija besándose con su novio. Feliz y enamorada.

—¿Y mi pulsera? —le pregunté exigente—. Dámela, es mía.

—Tendrás que ganártela —me advirtió—. Todavía no te he perdonado del todo —bromeó.

Uní su frente a la mía. Bueno, ya pensaría en maneras de recuperarla.

—Mira, mamá —dije entre beso y beso, desviando mis ojos a la tumba—. Te presento a mi Kelpie —Kilian y yo juntamos nuestras mejillas y los dos leímos el nombre de mi madre Eugene, y la fecha de su nacimiento y muerte. Con cariño pasé mi mano por su nombre—. Él es la casualidad más bonita que llegó a mi vida. Mi Y

'deffroad. Mi despertar.

Kilian volvió a besarme, y nos quedamos allí un rato, disfrutando de nuestros mimos y nuestros te quiero.

Trinity había dicho que las casualidades no existían. Que eran consecuencia de nuestros deseos y nuestras necesidades.

Y tenía razón.

Porque si Kilian era mi mejor casualidad, era porque era un reflejo de lo que yo necesitaba y del tipo de chico que deseaba a mi lado. Le quise, le creé, le encontré y me lo quedé. Después de desafiarnos, de internarnos entre huesos y cenizas, del fuego en nuestros propios huesos, de escapar de una tumba en llamas...después de eso, resurgimos de nuestras ascuas, como un Fénix. Y decidimos quedarnos el uno con el otro.

Mi caballito de mar... Me subiría a su lomo y cabalgaríamos, porque esa iba a ser la mayor aventura de todas.

Todavía nos quedaba mucho por vivir.

Debíamos licenciarnos y después... Después ya se vería. Trinity tenía un plan, ¿no?

Pero siempre, siempre, trazaríamos el camino juntos.

FIN

Créditos

Primera edición: Junio 2017

Diseño de la colección: Editorial Vanir

Corrección morfosintáctica y estilística:
Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: © Lorena Cabo
Montero, 2017

Del texto: Lena Valenti, 2017

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2017

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

Edición digital: **Vorpal. Servicios de Edición**

Digital

ISBN: 978-84-947047-2-7

Depósito legal: DL B 15225-2017

Impreso y encuadernado por: LIMPERGRAF SL

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.